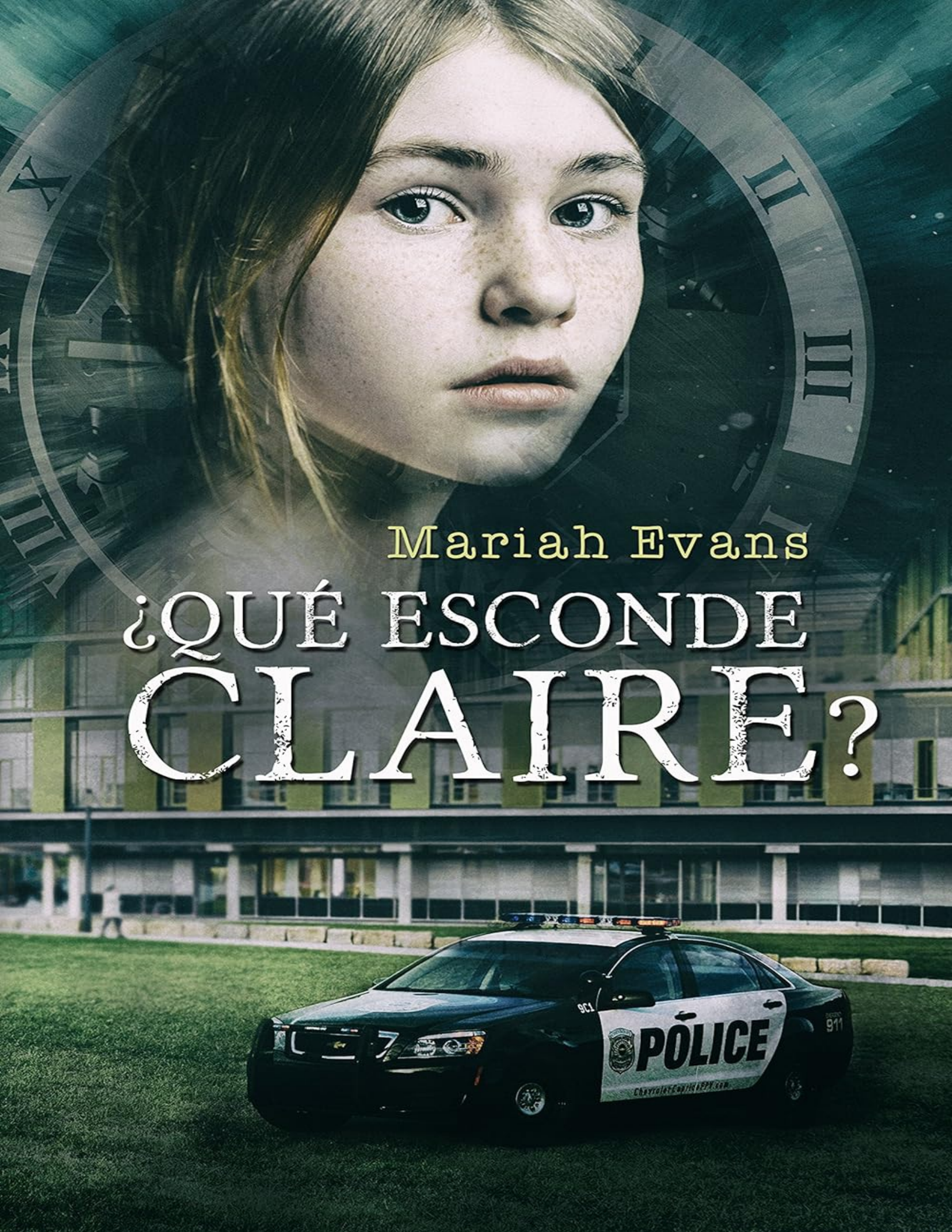

Mariah Evans
¿QUÉ ESCONDE CLAIRE?
POLICE
911

¿Qué esconde Claire?

—Mariah Evans—

Título: *Que esconde Claire*
© 2017, Mariah Evans

De la edición y maquetación: 2017, Romeo Ediciones
Del diseño de la cubierta: 2017, Alexia Jorques

Primera edición: noviembre de 2017

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Índice

PRÓLOGO
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
Epílogo
AGRADECIMIENTOS
Sobre la autora

Esta novela se la dedico con todo mi cariño a Raúl:
Después de tantos libros publicados ya era hora de que te dedicase uno.
Muchas gracias por apoyarme y compartir esta ilusión conmigo, por
darme siempre un espacio para que pueda dedicarme a mi afición.
Por escucharme y ayudarme tantas veces, no solo en esto,
sino en muchos aspectos de la vida y, ante todo,
por estar siempre ahí.

María.

PRÓLOGO

Un recuerdo doloroso volvió a su mente.

Tenía solo once años. Caminaba lentamente, con miedo, dirigiéndose hacia la puerta que separaba el comedor del distribuidor de aquella lujosa vivienda. Fuera, los rayos iluminaban y compensaban la poca luz del día lluvioso. Los truenos hacían vibrar los cristales.

Notó cómo su mano temblaba mientras la desplazaba hacia el pomo de la puerta.

La abrió con sigilo y observó a su abuela de espaldas a él. Tenía el cabello corto y blanco, su cuerpo era delgado y su estatura más bien baja. Vestía toda de negro, tal y como había deseado desde la muerte de su abuelo.

Allen la contempló inquieto, sin comprender qué hacía allí.

—Abuela, ¿qué haces? —preguntó mientras aún se sujetaba al pomo de la puerta—. ¿Vas a salir? Fuera hace frío. Está lloviendo —dijo indicándole con la mano hacia la enorme ventana del comedor, desde donde podía divisarse la tormenta que azotaba desde la noche anterior.

Su abuela se giró despacio y lo miró con dulzura. Tenía el rostro surcado por arrugas, sus ojos resplandecían celestes, incluso un poco vidriosos como si hubiese estado llorando.

—No te preocupes, cariño.

—Pero te puedes constipar —Le insistió consciente de su pésimo estado de salud.

Ella volvió a sonreírle mientras se acercaba y le pasó la mano en un gesto cariñoso por el cabello negro.

—No me pasará nada. Ahora tengo que irme —dijo apartándose un poco de él, dirigiéndose hacia la puerta.

—¿Pero adónde vas? —insistió.

—No estaré lejos. Sólo voy a dar un paseo.

Iba a replicar cuando escuchó un fuerte golpe, como si un cristal se rompiese en la planta superior. Aquello le asustó.

Allen se giró y corrió hacia las escaleras que se encontraban en el mismo distribuidor y que le conducirían hasta la segunda planta. Se paró en seco antes de seguir subiendo y contempló a su abuela.

—Espera. No te marches. Ahora vengo —dijo volviendo a mirar a la planta superior, ascendiendo rápidamente por las estrechas escaleras—. ¿Mamá? —gritó mientras saltaba los peldaños de dos en dos.

22 años después

El amanecer daba un especial colorido al cielo, dando una tonalidad anaranjada al horizonte y haciendo que se difuminase poco a poco con un azul celeste, surcado por unas tenues nubes. La llanura que se desplazaba hasta el horizonte adquiría colores dorados, bronceados. La tierra de aquella densa llanura formaba una nube de polvo que se elevaba hacia el cielo tras el paso de los coches, todoterrenos y ambulancias que iban llegando al psiquiátrico. Desde luego, era un buen lugar para ese hospital, apartado en cierto de modo de la civilización. A veinte kilómetros de la ciudad de Kansas, el centro médico se alzaba en la extensa llanura. Un edificio blanco de siete plantas, formando una L. Se encontraba rodeado por unos altos muros de tres metros, con lo que se evitaba que cualquier enfermo pudiese treparlos. El hospital disponía de varias salidas al exterior, pero estas se encontraban franqueadas por unas cabinas donde un guardia vigilaba la entrada y salida de todo vehículo mediante la subida y bajada de una barrera.

Un centro psiquiátrico que albergaba a más de ciento cincuenta personas con trastornos mentales que acudían desde prácticamente todo el Estado de Texas y colindantes, ingresados la mayoría de forma indefinida y bajo tratamiento.

Llevaba menos de dos semanas trabajando en aquel hospital, pero había sido acogido de forma afable por todos los empleados.

A solo dos días de comenzar su trabajo de forma oficial se sentía exhausto. Era un trabajo duro, con un cansancio mental inigualable.

Iba a encargarse de los pacientes del doctor William Clarke, Doctor en psiquiatría de gran reputación y con más de treinta años en el ejercicio en aquel hospital y, finalmente, en dos días, jubilado. Allen se encargaría de sus pacientes y, aunque había visitado a la mayoría y había leído casi todos los expedientes aún le faltaban algunos. Concretamente, serían unos veinte pacientes, todos ellos con patologías psiquiátricas importantes tales como depresiones neuróticas, trastornos psicóticos, trastornos de la personalidad, etc. Unos bonitos e interesantes amigos a los que había comenzado a conocer hacía apenas dos semanas y que no le habían dejado indiferente.

Había trabajado cuatro años en un hospital pequeño, haciendo terapias conjuntas a un grupo de jóvenes con anorexia y a otro con depresión, ambas con necesidad de medicación, por eso, cuando le llamaron para realizar la primera entrevista en aquel hospital se entusiasmó. Aquello era pura psiquiatría. Podría estudiar al fin la mente caótica de todas aquellas personas, ver como mejoraban ante sus visitas particulares y conjuntas y, ante todo, representaría una excelente mejora en su currículum. No todos los jóvenes de treinta y tres años con una experiencia laboral de cuatro años podían presumir de trabajar en el Hospital Universitario de Psiquiatría de Kansas. Eso, se lo debía a un imponente expediente académico, forjado a base de numerosas horas de estudio y noches sin dormir en la biblioteca, pero no se arrepentía de ello. Vivía para su profesión. Era lo que más le gustaba, y estaba dispuesto a no desperdiciar aquella oportunidad.

Se apartó de la ventana de la cafetería situada en la segunda planta y fue hacía la máquina que acababa de emitir su particular pitido anunciando que su café estaba listo. Miró el reloj y no pudo evitar bostezar al comprobar la hora. Las siete menos diez minutos de la mañana.

Su jornada variaba según la semana. Esta era en la que se encontraba más a gusto. Entraba pronto, pero disponía de toda la tarde libre. Su trabajo comenzaba a las siete de la mañana y no finalizaba hasta las tres de la tarde. Aunque era agobiante, pues vivía a casi una hora en coche del hospital, lo que representaba que todas las semanas que tuviese ese cuadrante debería levantarse a las cinco de la mañana.

El horario de tarde, sin embargo, en ese momento le resultaba más atrayente. De tres a once

de la noche. Y finalmente, tendría turnos de noche, de once de la noche a siete de la madrugada. Jamás había realizado un turno con ese horario, pero suponía que no debía haber mucho trabajo dado que todos los pacientes internos debían estar durmiendo, así que no le preocupaba en exceso tener que quedarse a pasar las noches allí.

En un principio iban a ponerle un horario fijo, el mismo que tenía su mentor, pero tras una reunión con la directora del centro se había decidido que durante el primer año iniciase un horario de cuadrantes dividido por semanas. De esta forma, sus compañeros psiquiatras podrían controlar también a sus pacientes. Lo cierto es que de aquella manera se sentía más protegido dado que sus pacientes, en principio, serían compartidos y no únicamente estarían bajo su responsabilidad.

Tras varias semanas había llegado a la conclusión de que aquel horario era horrible para poder organizar su vida. Jamás acabaría de acostumbrarse durante un año a un horario en concreto. Pero es lo que se había decidido, y ya no podía hacer nada al respecto.

Cogió el vaso de plástico entre sus manos y se apoyó en la ventana observando el basto y austero paisaje. Ni un solo árbol, ni un arbusto. Nada, simplemente una llanura de tierra y, al final, el luminoso sol que anunciaba un día caluroso y la llegada inminente del verano.

—Buenos días, Allen.

Ni siquiera se había dado cuenta de que ya no se encontraba solo en aquella pequeña cafetería, con tan solo dos máquinas para bebidas y una máquina con galletas saladas y zumos.

El doctor William Clarke echaba unas monedas en la máquina y sonreía como cada mañana.

—Buenos días —respondió de forma cortés.

Su afable mentor tenía todo el cabello blanco y brillante. Su frente se encontraba surcada por unas grandes arrugas y unas espesas cejas entre negras y blancas. Sus ojos eran pequeños, escondidos tras aquellas enormes gafas de pasta, pero aun así, su color azul cobalto no pasaba desapercibido.

El doctor William se colocó a su lado y sopló al vaso de plástico que sujetaba, observando también el paisaje.

—¿Todo bien?

Allen afirmó mientras daba un sorbo a su café.

—Todo bien.

—Lamento que todo tenga que ser tan rápido —Se disculpó de nuevo.

El doctor Clarke disponía de dos semanas para aclarar todas las dudas que pudiesen surgir en el que recibiese su legado, aquello hubiese sido suficiente si no se tratase de un ala tan compleja y en cierto modo, comprometida. Por suerte, Allen Milton, su nuevo discípulo, se encontraba entusiasmado ante aquel nuevo reto y aprendía de forma eficaz y rápida.

—No importa.

Dio un trago a su café y lo bebió de un sorbo. Allen lo miró impresionado mientras se alejaba hacia la papelera.

—No sé si te han informado ya, pero ha sido una noche movida.

Allen se giró hacia él mientras daba otro sorbo pero no dijo nada, esperando a que el doctor se explicase.

—El de la habitación trescientos ocho ha tenido otra crisis y…

—Michael Born —puntualizó Allen.

—Sí, sí, exacto —William le sonrió—. Yo me muevo más por números que por nombres —reconoció—. Le han sedado, así que supongo que no despertará hasta dentro de unas cuantas horas.

—¿Qué ha ocurrido?

William se encogió de hombros.

—Ha intentado suicidarse de nuevo. —Luego medió rió—. El hombre es ingenioso, hay que reconocerlo. —Su tutor tenía un extraño sentido del humor—. Se ha intentado desnucar cogiendo carrerilla y golpeándose con la puerta. —Allen levantó una ceja hacia él incrédulo ante lo que escuchaba—. Tiene unos cuantos moratones y una brecha en la ceja que ha necesitado ocho puntos de sutura. —Luego resopló y adoptó una actitud más compasiva—. Pobre. Está en la sexta planta, en una de las habitaciones de polietileno. Aunque espero que cuando despierte haya superado ya la crisis. —Miró pensativo a Allen y le interrogó con la mirada—. Es uno de los más conflictivos, como mínimo dos veces al mes tiene un intento de suicidio. ¿Has leído su expediente clínico?

—Sí. —Dio el último sorbo a su café y caminó despacio hacia él, tirando el vaso de plástico en la papelera—. Aunque el último brote psicótico lo tuvo hace un mes y medio.

—Parecía que estaba más estabilizado. —Miró hacia la puerta acristalada de la pequeña cafetería y observó a uno de los enfermeros—. Lo estamos tratando con haloperidol. —Abrió la puerta de la cafetería y fue hacia el enfermero que arrastraba una silla de ruedas—. ¿Adónde va?

El enfermero se volvió.

—A la quinta planta. A duchar a algunos pacientes —respondió nervioso.

—¿Quién está en la tercera planta ahora?

—Alice, Sophia y Mark —dijo angustiado, saliendo por el pasillo a toda prisa en dirección al ascensor.

A aquella hora comenzaba la vida en el hospital y con ello, el caos. La mayoría de enfermeros iban despertando progresivamente a los pacientes, los duchaban si les tocaba, los vestían y los bajaban a desayunar.

William se giró de nuevo y observó a su joven aprendiz acercarse, aún con el paso un poco desubicado.

Colocó una mano sobre su hombro y dio una palmadita reconfortante mientras caminaban por el pasillo hacia el ascensor que los conduciría a su planta.

Aunque el hospital era un lugar que se caracterizaba por la tristeza, la luminosidad de este hacía un poco más llevadera aquella continua angustia. Poseía enormes ventanales por los que se filtraba una gran claridad y, gracias a su ubicación, disfrutaban de casi todas las horas de sol. Además, debían sumarle que sus paredes blancas y la gran cantidad de focos ayudaban a hacer de aquel lugar un sitio más apetecible y alegre, si podía.

—La mujer de la trescientos quince también ha tenido otra crisis —explicó mientras apretaba el botón del ascensor y esperaba a que llegase.

—Una noche movida —comentó Allen mientras colocaba las manos en los bolsillos de su bata blanca corroborando las anteriores palabras de su mentor.

—Claire McCain —continuó William—. Pobre chica. —Allen lo miró de reojo. Aún no había leído su expediente—. Está ingresada en la séptima planta.

—¿La séptima? —Aquello le intrigó. En la séptima planta se encontraban la enfermería y los quirófanos.

—Se ha mordido las muñecas.

—¿Se ha mordido las muñecas? —preguntó inquieto.

William asintió.

—Lo ha puesto todo perdido. —Resopló desesperado—. Eso sí es un brote psicótico, lo demás son tonterías. Por suerte no ha necesitado puntos de sutura ni llegó a la vena cubital o

radial. —Las puertas del ascensor se abrieron y ambos entraron mientras William apretaba el botón que señalaba la tercera planta. El ascensor era lo suficiente amplio para que cupiesen dos camillas y algunos enfermeros—. Luego les haremos alguna visita, a ver lo que nos cuentan. —Llevó el dedo hasta su nariz y subió sus gafas ya que se habían desplazado y amenazaban con caer.

Las puertas del ascensor se abrieron. Tal y como el enfermero les había informado, ya se estaba despertando a algunos pacientes, pues la planta comenzaba a inundarse por gritos de desesperación y golpes.

Caminaron por el largo pasillo y giraron a la derecha hasta el final, donde el doctor William Clarke tenía su despacho. Era acogedor, aunque no muy grande, y lo mejor de todo es que en dos días sería suyo.

Tenía a su lado izquierdo montones de archivadores, repletos con los expedientes clínicos de todos sus pacientes. Una butaca al lado de estos, donde de vez en cuando se sentaba algún paciente para hacer una visita y analizarlo, aunque la mayoría de esas visitas solían realizarse en la propia habitación del paciente.

El escritorio era amplio, con un ordenador anticuado y un lapicero con un gran número de bolígrafos. Al lado derecho tenía una gran estantería, con algunas figuras, un reloj y un montón de manuales sobre psiquiatría.

Allen avanzó junto a él esquivando algunas cajas de cartón que yacían en el suelo y que el mismo doctor había ido llenando con los utensilios que había decorado el despacho durante los últimos treinta años, y que indudablemente quería mantener como recuerdo.

—¿Te importa que me lleve la planta? —preguntó cogiendo una pequeña maceta algo seca de la estantería—. Le he cogido cariño.

Allen negó y le hizo un gesto con su mano para que se la llevase. La colocó sobre el escritorio para no olvidarla cuando finalizase su horario laboral y se sentó en su butaca de cuero frente al ordenador que comenzaba a encenderse.

Allen cogió la enorme butaca para pacientes y la colocó a su lado para observar la pantalla del ordenador. Al lado de este había dos informes que debían haber dejado los enfermeros durante la noche explicando los problemas que habían sido causados por sus pacientes.

—Cada mañana, antes de empezar la ronda hay que incluir los nuevos datos en el ordenador —explicó como cada mañana. Cogió los dos informes y se los acercó para que los examinase.

Allen los leyó. Los enfermeros explicaban los dos intentos de suicidio que habían sucedido aquella noche. Un informe de Michael Born y otro de Claire McCain.

Al igual que cada mañana, el doctor William abría el programa informático del hospital y buscaba por el nombre a cada uno de esos pacientes. Todo lo que necesitaba saber sobre cada uno de ellos lo encontraría ahí.

Abrió el expediente de Michael Born y observó la pequeña fotografía. Un hombre de extrema delgadez, ojeras marcadas, orejas puntiagudas y nariz un poco aguileña, con un cabello extremadamente negro y unos ojos de igual color. Sólo observar la fotografía te dabas cuenta de que ese hombre sufría una grave enfermedad psiquiátrica.

Descendió con su ratón hasta el final del expediente y puso la fecha. A continuación copió lo que el informe de enfermería decía.

—Al final vamos a tener que atarlo a la cama para dormir —susurró el doctor mientras acababa de teclear en el ordenador.

—¿No lo hacen?

William ladeó su rostro hacia él, algo molesto con la pregunta.

—Lo usamos como última medida. Este paciente sufre crisis importantes cuando se descompensa pero si no, puedes mantener una conversación más o menos normal con él, aunque no de forma muy habitual —acabó reconociendo—. El hecho de atarlo cada noche le hace tomar conciencia de su estado mental y por lo tanto le hace tener un carácter más irritable y más propenso a sufrir crisis. Y eso es lo que hay que intentar evitar —acabó sonriendo.

Extraña deducción, pensó Allen.

William cogió el siguiente informe y buscó a la paciente. Allen observó la foto. Tenía el cabello largo, rubio, con algunas hondas. Sus ojos eran grandes y de un color verde intenso, precedidos por unas estrechas cejas poco pobladas. Su piel blanca hacía que aquella visión fuese casi etérea. Le parecía mentira que aquella joven hubiese podido morderse las muñecas aquella noche.

Se pasó repetidas veces la mano por su cabello negro despeinándose un poco y resopló mientras el doctor acababa de pasar el informe.

Una vez acabó guardó la copia en papel en el archivador y se puso en pie.

—Bien, vamos allá. —Cogió una carpeta roja que albergaba unos cuantos documentos, se la pasó a Allen y este la colocó bajo el brazo.

Su ronda a primera hora de la mañana consistía en pasar habitación por habitación comprobando a sus pacientes. Entablar unas cuantas palabras con ellos para ver como era su estado de ánimo en el nuevo día y apuntarlo todo para llevar un exhaustivo control.

La mayoría de las veces, Allen no había acabado de dar la ronda con el doctor, dado que se habían encontrado con alguna complicación y se había quedado para ayudar a la enfermera. De esa forma, el doctor William había comprobado que su sucesor era una persona de reflejos y que sabía actuar de forma correcta en un entorno caótico y conflictivo.

Salieron de su despacho y anduvieron por el pasillo hasta colocarse frente a la puerta de la primera habitación.

Las puertas eran de hierro, pero en su centro tenían una pequeña ventana redondeada que permitía observar lo que ocurría en el interior.

Allen se asomó comprobando que aún se encontraba la Señora Caroline Hans. Mujer de cuarenta y cinco años, ingresada en ese centro desde hacía cuatro años. Su complexión era obesa, por ello, cuando sufría algún ataque de pánico o crisis era difícil de controlar y se necesitaban al menos cinco enfermeros para poder paralizarla e inyectarle un sedante. Tenía el cabello rizado y enmarañado. Sus ojos eran oscuros y su rostro se veía caracterizado por una prominente barbilla.

Su carácter era entre enfurruñado y perdido debido a un trastorno disociativo. La despersonalización. Aquella mujer no era realmente consciente de lo que ocurría a su alrededor, solo observaba la vida pasar, como si no fuese con ella, como si ella fuese la protagonista de una película. Este tipo de sintomatología acarreaba grandes crisis y ataques de pánico de lo que ellos no eran conscientes. Aunque ahora, no era uno de esos momentos.

Caroline se encontraba sentada en su cama, con la mirada perdida en la pared de enfrente. Le habían puesto el vestido blanco, consistente en una tela con tres agujeros por donde introducir la cabeza y los dos brazos.

El doctor William Clarke abrió la puerta y entró subiéndose las gafas de nuevo.

—Buenos días, Caroline —dijo con un tono risueño mientras entraba en la habitación.

Las habitaciones eran muy sencillas, simplemente con lo justo y necesario. No disponían casi de muebles, solo una cama, asegurada al suelo por tornillos, y una ventana sellada con cristales de plástico por donde entraba una gran claridad. De esta forma, se evitaban que aquellas personas con comportamientos tendientes al suicidio pudiesen usar algún objeto para su

cometido.

La señora Hans ni siquiera se inmutó o volvió su rostro hacia él. Mantenía su miraba clavada en la pared sin siquiera pestañear, pero el doctor no intentó llamar su atención, solo fue hacia la ventana y observó a través de ella.

—¿Cómo te encuentras hoy? —preguntó sin mirarla.

Allen observaba la escena desde la puerta, intentando analizar el comportamiento y estudiando sus reacciones.

Caroline siguió sin pronunciar palabra ni realizar ningún gesto, como si en realidad no estuviese allí.

—Hoy hace un bonito día, quizás quieras dar un paseo por el jardín.

Caroline siguió callada, concentrada en aquella pared blanca. Allen siguió su mirada perdida y para su sorpresa encontró una pequeña mosca parada allá donde la mujer tenía su vista clavada.

Dio unos pasos hacia la pared y se colocó a un escaso metro de donde se encontraba el insecto.

Movió la mano e hizo que el insecto volase por la habitación hasta el otro extremo, pero la mujer no torció el rostro hacia donde el insecto había volado, si no que siguió contemplando la pared extasiada.

Allen chasqueó la lengua y luego miró al doctor.

—Te bajarán a desayunar y luego podrás dar un paseo —comentó mientras avanzaba hacia la puerta seguido de Allen.

—Nunca ha dado muchos problemas, excepto cuando sufre un ataque de pánico —explicó mientras volvían al pasillo.

—¿Se los causa algo en concreto?

William cogió la carpeta que Allen mantenía sujeta bajo el brazo y le sonrió.

—No es una fobia. Es un ataque de pánico motivado por una despersonalización. —Tomó el bolígrafo que llevaba en el bolsillo delantero de su bata, junto a su pecho, y apuntó unas notas junto al nombre de ella—. Se lo puede causar cualquier cosa. —Se encogió de hombros—. El último se lo causó el vaso de plástico de la comida. —Movió la cabeza de un lado a otro recordando aquel episodio—. Lo mejor es sedarla cuando le dan. Cuando despierta no suele recordar nada de lo que ha ocurrido. Es lo que tiene la despersonalización.

—Ya —respondió mientras se cruzaba de brazos—. ¿No tiene familia?

—Sí, su madre venía hasta hace poco. Ahora está ingresada en una residencia de ancianos.

Aquello era triste. Aunque la mujer no fuese consciente de lo que ocurría muchos de ellos aún tenían intervalos de lucidez. Debía ser difícil enfrentarse a ello. De ahí que la mayoría de los pacientes que sufrían ese tipo de patología sufriesen ataques de pánico.

Se giró cuando escuchó un grito de exclamación.

A unos metros, un paciente, contemplaba hacia dentro de una de las habitaciones con la puerta abierta. Sus brazos estaban extendidos hacia delante y en su rostro se transmitía verdadera admiración. William se giró también movido por aquella voz y corrió hacia él cogiéndolo del brazo, luego miró hacia dentro de la habitación e hizo un gesto de fastidio.

—Vamos, lléveselo —Escuchó la voz de una mujer desde dentro de la habitación—. Aquí no hay nada que ver, Charles —Le reprendió la enfermera.

Allen caminó hacia él y se colocó al lado del doctor.

—Allen, llévalo a su habitación. La trescientos dos.

El paciente se giró con una sonrisa hacia Allen y le cogió directamente de la mano como si se tratase de un niño.

—Hola. doctor —dijo con una sonrisa inquieta.

—Hola, Charles —contestó Allen con una sonrisa hacia su paciente.

Allen desvió la mirada hacia dentro de la habitación donde una enfermera restregaba un trapo rosado sobre las paredes. Tenía varios cubos de agua. Aunque lo que le llamó en extremo la atención fue lo que intentaba borrar de aquellas paredes con tanta celeridad.

Allen soltó la mano de Charles mientras daba un paso hacia la puerta, compungido e inquieto.

La habitación tenía las paredes pintadas con extraños dibujos. Se acercó más a la puerta y asomó la cabeza. Notó como el corazón le latía con más fuerza al comprender que era aquello. Sangre. Las paredes habían sido dibujadas con sangre. Siguió observando, extasiado ante aquello, y le pareció intuir el dibujo de una serpiente o réptil.

La enfermera restregaba con fuerza un paño teñido de rojo sobre la figura dibujada de un ala, similar a la de un pájaro.

Se separó de la puerta y observó su número. La habitación trescientos quince. La imagen de aquella chica de dulce rostro y ojos verdes se posó en su mente. Claire McCain.

—¿Han hecho fotografías de la habitación? —preguntó William a la enfermera.

—Sí —respondió sin mirarle, concentrada en su labor—. Sophia las ha hecho hace media hora.

Allen aún contemplaba estático la habitación cuando notó la mano del doctor William sobre su hombro. Claire McCain había debido perder mucha sangre haciendo aquello.

—Lleva a Charles a su habitación y vuelve conmigo.

Allen aceptó aún conmocionado pero cumplió la orden. Aquella chica tenía un verdadero problema. Jamás hubiese pensado que una persona pudiese llegar a hacer aquello, morderse las muñecas para ponerse a dibujar cosas en la pared.

Había estudiado patologías como la del desorden de identidad de la integridad personal donde el paciente sentía deseos por amputarse alguna parte de su cuerpo, pero una cosa era estudiarlo en un manual y otra comprobar que aquello era cierto. ¿Cómo la mente humana podía llegar a atrofiarse tanto?

Estaba claro que en aquel centro psiquiátrico se encontraban los enfermos más peligrosos y a la vez más lesivos.

Caminó agarrando del brazo a Charles, el cual se dejaba llevar sin ningún problema, dócilmente.

—Qué bonito —Escuchó que susurraba. Giró su rostro hacia él con ojos cargados de lágrimas de emoción y le cogió la otra mano llevándola a su corazón—. Mire doctor, el corazón me late rápido. —Allen enarcó una ceja hacia él—. Jamás había visto algo tan hermoso —decía como si estuviese en trance—. Esa chica es una artista.

Perfecto —pensó Allen—, a Charles deberían añadirle el síndrome de Florencia, aunque estaba claro que ese hombre no entendía mucho de arte.

Lo había acompañado a su habitación y tras que el paciente explicase la magnitud y la paciencia de aquellos hermosos trazos lo dejó solo. En breves minutos un enfermero acudiría en su búsqueda para bajarlo a desayunar.

Para cuando se unió junto al doctor, ya había visitado a dos paciente más.

—Charles parece que tiene el síndrome de Florencia, aunque bastante atrofiado —comentó Allen con una sonrisa.

—Que yo sepa no había ninguna obra de arte en aquella habitación.

—Charles no opina lo mismo —respondió cruzándose de brazos.

Tras visitar a seis pacientes subieron a la sexta planta donde Michael Borne permanecía en una de las salas de polietileno.

Las salas de polietileno se caracterizaban por su blancura y la paz que transmitían. Sumergirse en ellas le recordaba a su infancia, cuando su padre le había acompañado al parque de atracciones y había entrado junto a sus amigos en una sala de aquellas, rebotando en las paredes acolchadas sin cesar y empujándose los unos a los otros.

Michael permanecía en el centro de la sala, tumbado y cantando una canción de la que no conseguía averiguar el ritmo. Ni siquiera se incorporó o movió cuando escuchó que la puerta de la habitación se abría, pero sí lo hizo cuando esta se cerró y escuchó la voz del doctor William.

—Hola, Michel —saludó en un tono amistoso.

El paciente se colocó de rodillas y se desplazó con premura hacia el otro extremo de la sala, enroscándose en un vértice acolchado y tapándose la cara con las manos, aún susurrando aquella canción.

—No pasa nada —intentó calmarlo.

Estaba claro que aún permanecía un poco sedado, sin fuerzas siquiera para levantarse y echar a correr por la sala, lo cual era bastante más práctico para intentar mantener una conversación racional con él.

Michael comenzó a cantar más fuerte. William dio un paso hacia él pero se detuvo al ver como se encogía más contra la esquina.

—No pasa nada —continuó con aquel tono conciliador, como si le hablase a un niño de cinco años—. ¿Te duele mucho? —preguntó señalando su frente vendada.

El paciente se llevó la mano a la frente y se tocó con cuidado, pero no respondió sino que continuó tarareando aquella canción.

Allen avanzó un paso y se puso a la altura del doctor William examinándolo también.

—¿Qué cantas? —preguntó intentando darle conversación.

—El show debe continuar, el show debe continuar… —tarareaba Michael sin cesar.

Allen se llevó una mano a la frente, pensativo, hasta que chasqueó con la lengua y luego picó los dedos. Lo señaló y sonrió.

—Ah, ya lo sé. Los Beatles.

Michael dejó de cantar y se giró hacia él con actitud enfadada, realmente molesto.

—¡No! —gritó. Se llevó las manos a la cabeza como si no pudiese creer lo que había escuchado y cerró los ojos con fuerza—. The Queen, idiota. Es The Queen.

Allen dio otro paso hacia él.

—Es verdad, tienes toda la razón —respondió como si no se hubiese dado cuenta de su error hasta ese momento—. ¿Te gusta ese grupo?

Michael lo miró no muy convencido.

—Es el que más me gusta —dijo de mal humor por aquel error.

—Sí —sonrió como si le hubiese convencido—. Freddy Mercury era impresionante.

Pero aquello descolocó a Michael que lo miró sin comprender.

—¿Quién es ese? —preguntó con un grito.

Allen enarcó una ceja pero se contuvo de darle una explicación. Al menos, había conseguido entablar conversación con él y lo aprovecharía.

—¿Cómo te encuentras? Nos tenías preocupados. —A todo el mundo le gusta que le digan lo preocupado que estás ante su malestar.

Michael lo observó y luego miró al doctor William.

—Me duele la cabeza —admitió.

—Eso es porque te golpeaste ayer —Intervino William—. ¿Por qué lo hiciste?

Michael apretó un puño y se puso de rodillas mirando hacia ellos.

—Me dijo que lo hiciera.

—¿Quién?

—Ricky.

Aunque Michael no pudo notarlo, para Allen no pasó desapercibido el suspiro que emitió el doctor William.

—Habíamos quedado en que Ricky es un mal amigo. ¿No recuerdas nuestra conversación?

Michael adoptó una postura compungida, derrotada, casi a punto de llorar.

—¿Lo recuerdas? —volvió a preguntar el doctor.

El paciente asintió aunque luego volvió a adoptar una postura enfadada.

—Él me obligo —gritó casi escupiendo—. Él me dijo que debía hacerlo.

—Michael —Le previno el doctor elevando su mano para que se callase—. No debes hacer caso a Ricky. Ricky es mala persona, un amigo no te haría eso.

—Él es mi amigo —volvió a gritar llevándose las manos a la cara de forma desesperada.

William dio otro paso hacia él.

—El doctor Milton y yo nos vamos a ir, pero quiero que pienses en lo que hablamos en la última sesión, que recapacites y te des cuenta de que ese amigo tuyo no te ayuda en nada. Cuando hayas recapacitado volveremos.

Se dio media vuelta y fue hacia la puerta.

—No, no —gritó Michael cayendo al suelo al intentar levantarse—. Quiero irme de aquí.

—Cuando puedas mantenerte en pie podrás volver a tu habitación —dijo abriendo la puerta y dejando que Allen saliese primero.

—Pero si ya puedo —gritó intentando ponerse en pie, aunque al momento cayó—. Mire doctor, ya puedo —volvió a intentar levantarse pero se cayó de nuevo—. Que puedo…

Aún gritaba que podía y caía otra vez al suelo espumoso cuando William cerró la puerta. Observó a través de la ventana como seguía intentando ponerse en pie y caía repetidas veces hasta que suspiró y desvió su atención a Allen.

—Ricky era su amigo de la infancia —explicó—. Murió ahogado delante de él. —Hizo un gesto un tanto furioso y se dirigió al ascensor—. Ese tal Ricky es el que le obliga a suicidarse.

—Pero no es una personalidad suya —aclaró Allen—. Esquizofrenia aguda. Con una clara descompensación.

William afirmó mientras caminaba y anotaba en la hoja.

—Mejor que sigas suministrándole durante un tiempo haloperidol, parecía que lo había estabilizado un poco. Quizás si sigues con este tratamiento logres ralentizar poco a poco las descompensaciones.

—Así lo haré.

Fueron al ascensor y pulsó la séptima planta. Se mantuvo callado los segundos que transcurrieron hasta que la puerta volvió a abrirse.

Era palpable que no se encontraban en una planta de internamiento. El silencio reinaba y las pocas conversaciones que se escuchaban eran entre médicos y enfermeros.

Era una planta diferente a todas. Las habitaciones se encontraban a cada lado, como en el resto del edificio, pero éstas no tenían forma de dormitorio, sino de enfermería.

En esa planta estaban todos aquellos pacientes que habían sufrido una operación reciente o

bien alguna herida, como era el caso de Claire McCain.

Al final del extenso pasillo se encontraban las puertas que anunciaban los dos quirófanos.

Caminaron por el pasillo despacio. Lo bueno de aquella planta era que todas las habitaciones poseían una enorme ventana desde la que se podía observar al paciente sin la necesidad de entrar en la habitación.

Pudo comprobar como todos los que se encontraban allí estaban sedados o dormidos.

Se detuvieron ante una de las salas y comprobaron a través del cristal como la joven permanecía inmóvil, con los ojos cerrados. Su respiración era lenta, acompasada y relajada.

El cabello largo y rubio lo tenía esparcido hacia un lateral. Estaba tapada hasta el pecho, y los brazos caían suavemente sobre las sábanas blancas.

Allen miró directamente sus muñecas, ambas vendadas.

Suspiró y se puso las manos en los bolsillos de la bata.

Si ya era triste ver cualquier persona en un estado mental como los que había ahí, ver a una chica joven era deprimente.

—¿Qué edad tiene? —preguntó mirando hacia ella.

—Dieciséis. —Cogió los documentos y volvió a apuntar—. Presenta un trastorno disociativo bastante peculiar. Despersonalización, paranoia, psicosis, esquizofrenia, va bien servida. —Allen la observó contrariado.

—Parece tan calmada así dormida —susurró.

—Sí, dormida sí. Pero despierta… —No acabó la frase. Guardó su bolígrafo en el bolsillo de su bata y cerró la carpeta—. ¿Has leído su expediente? —Allen negó—. Te lo recomiendo, es interesante —dijo con sorna, como quien recomienda un libro de lectura—. Cuando tenía siete años sufrió un accidente de coche. Conducía su padre. Tanto él, como la madre y el hermano menor murieron. Una tía suya se hizo cargo y fue la misma que solicitó su internamiento. Por lo visto no supo aceptar la muerte de sus familiares y eso derivó a una despersonalización y posteriormente… —Dejó la frase sin acabar—. Una lástima.

2

Eran las cuatro y cuarto de la tarde cuando llegó a su piso. Soltó su maletín sobre la mesa del comedor y resopló. Era cuestión de adaptarse, volvió a decirse. Por muchos estudios y especializaciones que se pudiese tener la mente humana no estaba preparada para tanto sufrimiento. Sabía que se adaptaría, que al final lograría superar aquella pequeña barrera que aún le mantenía bloqueado. Le había ocurrido lo mismo cuando comenzó con el grupo de anoréxicas, ver aquellos cuerpos tan delgados y carentes de fuerza lo habían aturdido al inicio, pero poco a poco se había adaptado. La mente humana era capaz de adaptarse a todo. Y eso le ocurriría también a él tras trabajar un par de semanas más en el psiquiátrico, no tenía duda.

Se pasó la mano por los ojos y posteriormente la pasó por su cabello negro despeinándose y frotándolo. No podía dejar que aquello le influyese.

Metió en el microondas un plato de pasta preparada y dejó que se fuese haciendo mientras se cambiaba de ropa y se ponía algo más cómodo.

La parte mala era que debía vestir como doctor, pantalones oscuros, camisa. La parte buena, al menos no debía llevar corbata. El doctor William Clarke le había prevenido el primer día cuando había aparecido con su traje.

—La corbata fuera —pronunció con rapidez—. Podrían estrangularte durante una crisis.

Aquello le había desubicado un poco pero ahora lo comprendía, y cada vez estaba más seguro de que el doctor William tenía razón.

Se puso unos pantalones cortos y una camiseta y fue a la cocina. Ni siquiera preparó la mesa para comer cómodo.

Cogió la bandeja de plástico, la volcó sobre un plato y comenzó a comer la pasta ahí mismo, de pie, pero tras cinco cucharadas se dio cuenta de que no tenía ni pizca de hambre. Puso papel de aluminio sobre el plato y fue hacia el sofá.

El piso era grande, al menos para un recién soltero. Lo había comprando junto a su ex pareja, pero tras solo tres meses de convivencia descubrieron que aquello de vivir juntos era más difícil de lo que pensaban. Era extraño descubrir en solo tres meses lo que no habían sabido ver en casi ocho años de relación. Se habían conocido en la facultad de medicina, aunque ella al año de comenzar había decidido que no quería ser doctora, si no enfermera, y había cambiado de carrera.

La relación había ido siempre viento en popa, ella se mostraba siempre sonriente, alegre, hasta que decidieron comprarse aquel piso.

A ella siempre le había gustado la ciudad, el movimiento, por eso no le importó comprar el piso en medio de aquel alboroto. El piso disponía de un gran recibidor, la cocina a mano izquierda y un aseo pequeño. Un pasillo se comunicaba con un gran comedor. Lo había decorado moderno, con muebles de módulos que era lo que según Christina se llevaba. El sofá color ocre y unos bonitos cuadros abstractos, que por lo visto, hacía falta más de un doctorado en psiquiatría para comprender lo que significaban. Pero a él le había parecido bien. Todo era poco por tal de verla feliz.

Disponían de dos habitaciones. La de ellos y la otra la había usado cuando algún amigo había decidido pasar la noche allí.

Lo único que le fallaba a aquel piso era un balcón o terraza. Le hubiese gustado poder

disfrutar de alguna tarde tomando el sol o trabajando al aire libre.

Pero aquello había sido imposible. Ella se había encaprichado de aquel piso y, por arte de magia, ahora él era quien vivía ahí y ella se había trasladado a las afueras de la ciudad junto a su hermana. Resultaba ilógico.

Suspiró y cogió el mando de la televisión mientras se tumbaba en el sofá.

Por suerte había tenido la compañía de sus dos amigos, Danny Smith y Megan Sullivan.

Danny había estudiado periodismo, uno de los primeros de su promoción y, actualmente, trabajaba en un diario de prestigio sobre política y justicia de la ciudad. Megan era veterinaria. Sus padres tenían una empresa y ganaban grandes cuantías de dinero así que había podido montar su propia clínica.

Podría decirse que los tres habían triunfado en su vida laboral, se dedicaban a lo que realmente les gustaba.

Tras su ruptura con Christina se había apoyado en ellos, incluso le habían hecho compañía las primeras noches para que no se sintiese solo. Aún recordaba la cara de susto de Danny cuando le había pedido que se acostase con él en su cama.

—¿Estás loco? Pídeselo a Meg.

—Meg va a dormir en la otra habitación, y yo no pienso dormir en el sofá para que tú disfrutes de mi cama.

Danny había puesto cara de disgusto pero se había acostado a su lado.

—Esto que no salga de aquí —dijo mientras se cubría con la sábana.

—No estás bien de la cabeza, Danny.

Aquello había causado las risas y comentarios incontrolados de Meg durante las sucesivas semanas, pero al fin parecía que la broma había tocado fondo y no había vuelto a mencionarlo. Más gracioso había sido que pocas semanas después Danny y Megan decidiesen comenzar una relación.

Pulsó el botón de encendido y dejó una serie juvenil que, aunque nunca la había seguido, le mantendría entretenido hasta que cogiese el sueño.

No tardó más de diez minutos en quedarse dormido.

Allen despertó asustado, escuchando la vibración del móvil. Se incorporó en el sofá y se pasó la mano repetidas veces por los ojos. Miró de un lado a otro intentando recordar donde había dejado su teléfono.

Comenzó a rebuscar en su maletín, entre la multitud de carpetas que contenían algunos de los expedientes clínicos de sus pacientes que se había traído a casa para estudiar.

—Allen Milton —contestó en cuanto lo encontró.

—¿Dónde te has metido? Estaba a punto de colgar ya.

Allen resopló al reconocer la voz de su amigo Danny y volvió a pasarse la mano por los ojos.

—Eh, ¿estás ahí? —volvió a preguntar su amigo exasperado al no recibir respuesta.

—Sí, sí, estoy aquí. Estaba echando una cabezada.

Danny se calló, aunque fueron solo un par de segundos.

—¿Una cabezada? Son más de las siete.

—No me había dado cuenta —comentó mientras se desperezaba—. Hay gente que trabaja, ¿sabes? —Se burló.

—Eso no lo dirás por mí, díselo a Meg.

—¿Qué me diga qué? —Escuchó la voz de Meg de fondo. Allen sonrió al escucharla—.

¿Qué está haciendo?

—Durmiendo —respondió Danny.

—¿Durmiendo? Son más de las siete de la tarde —Escuchó que protestaba.

—Eh, desde que has empezado ese nuevo curro no te hemos visto el pelo —comentó hacia el teléfono—. ¿Te has vuelto responsable de golpe?

—Ja —protestó Allen mientras se sentaba en la silla y bostezaba.

—Estás bostezando, te he oído —Le recriminó.

—¿Qué quieres? Me acabas de despertar.

—Quiero que muevas ese culo tuyo y tengas vida social.

—Bufff

—¿Qué dice? —volvió a escuchar la voz de Meg.

—Resopla.

Al momento escuchó una especie de pelea y golpes. Pocos segundos después era Meg la que hablaba por la línea.

—Oye Allen, ¿te has olvidado ya de nosotros? Ni una llamada, ni siquiera un email —protestó.

—He estado ocupado, perdona —pronunció adquiriendo un tono de voz pausado.

—Ya, claro ¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—¿Vas a venir?

—¿A dónde?

—Ni siquiera se acuerda —pronunció hacia Danny. Luego volvió su voz hacia el móvil—. El partido. Juegan los Dodgers. Tu equipo favorito.

—Lo había olvidado —respondió adormecido.

Volvió a escuchar unos golpes y esta vez era Danny el que le hablaba por teléfono.

—¿Cómo que se te ha olvidado? Para ti es el acontecimiento del año.

—¿Podéis dejar de hacer eso? —protestó riendo.

—¿Hacer qué? —rio también Danny—. Bueno, ¿y bien?

—Tendría que darme una ducha y vestirme.

—Pues date prisa, te llamo a la puerta en cinco segundos — Automáticamente colgó.

Allen se quedó embobado mirando el móvil, aunque tal y como Danny había profetizado el interfono sonó al momento.

Suspiró diversas veces mientras se levantaba de la silla e iba arrastrando los pies. Descolgó el interfono y vio a través de la pantalla a sus dos amigos sonrientes. Danny colocó unas latas de cerveza frente a la cámara del interfono, balanceándola.

Allen rió.

—De acuerdo. Subid —pronunció mientras apretaba el botón para que se abriese la puerta del portal.

Fue hacia el comedor y colocó los cojines correctamente, luego se miró a sí mismo.

—Menudas pintas —susurró.

No tuvo tiempo de ir a la habitación a cambiarse de ropa, pues Danny ya aporreaba la puerta.

—Vamos, dormilón, abre de una maldita vez.

Allen abrió. Ni siquiera hizo falta que les invitase a entrar.

Danny atravesó el marco de la puerta directamente seguido por una Meg sonriente.

—Toma —dijo pasándole las latas de cerveza —A la nevera —ordenó.

Allen levantó una ceja mientras veía como se dirigía al comedor y se sentaba en el sofá.

—Hola, Allen. —Meg le besó en la mejilla. Acto seguido entró también en el comedor y cogió el mando a distancia.

Desde luego la confianza daba asco.

—Eh, no os preocupéis, pasad, poneos cómodos —ironizó.

—Mete eso en la nevera ya, Allen. Falta menos de media hora para que comience el partido.

Allen suspiró e hizo lo que Danny le pedía.

Cuando regresó al comedor Danny ya se había quitado los zapatos y había colocado los pies sobre la mesa.

Movió su rostro hacia él y sonrió mientras colocaba sus brazos tras su cabeza apoyándose.

—Tranquilo, me he frotado los pies en la ducha —bromeó.

Allen se rascó la cabeza mientras los observaba.

—¿Cómo va el trabajo? —preguntó Meg mientras rebuscaba en su bolso y se apartaba un mechón de cabello caoba. No entendía la extraña afición de las mujeres a teñirse el pelo sin necesitarlo.

—Mucho trabajo —respondió desperezándose de nuevo.

—No te quejes tanto, para lo que te van a pagar ya puedes trabajar. Mira yo —comentó Danny mientras le quitaba el mando a Meg ya que seguía rebuscando en su bolso—. Explotado y cobrando una miseria.

—Ya, por eso te compraste el año pasado el deportivo —pronunció sin mirarle mientras abandonaba el comedor e iba hacia su cuarto.

—Imagínate si no cobrase una miseria —volvió a bromear Danny.

—Allen —gritó Meg mientras dejaba el bolso a un lado—. Siéntate, va.

—Voy a darme una ducha rápida —gritó hacia el comedor.

—¿Quieres que te frote la espalda? —Danny reía mientras pronunciaba las palabras.

—No —gritó antes de cerrar la puerta del lavabo y echar el pestillo. Conociendo a su amigo era mejor tomar todas las precauciones posibles.

Tan solo mirarle a la cara ya te dabas cuenta de que era un cómico profesional, por ello, aún se sentía confuso cuando leía las columnas que escribía en el diario. Parecía un tipo serio. Poseía un encanto natural, ya no solo por su carácter. Su cabello rubio, sus ojos azules y su sonrisa sincera te daban a entender que era buena persona desde un principio. Hasta que te cogía confianza, era entonces cuando te dabas cuenta de que además tenía un gran sentido del humor.

Se dio una ducha rápida en diez minutos y se puso sus tejanos claros y una camiseta azulada. Se miró en el espejo y se intentó colocar su cabello oscuro y corto de una forma ordenada.

Arregló el aseo y salió de el llevando la ropa sucia y las toallas al lavadero. Cuando pasó por el comedor observó que Meg venía de la cocina con tres cervezas.

—¿Tan pronto comenzamos? —preguntó dirigiéndose al lavadero.

—Hay que caldear el ambiente —pronunció animada.

Allen soltó la ropa sucia en el cubo y avanzó a la cocina para coger una bolsa de patatas y unas olivas. Si al menos hubiesen avisado que iban a ir hubiese comprado algunas pizzas. Fue a la nevera y cogió la propaganda que tenía colgada con un imán.

Fue al comedor y descolgó el teléfono inalámbrico. Dejó la bolsa de patatas sobre la mesa, un cuenco con olivas y dio un golpe en la pierna de Danny para que se apartase y poder sentarse a su lado.

—¿La pizza barbacoa? —preguntó directamente.

—Pídela con extra de salsa. —Danny se incorporó en el asiento observando el papel que Allen mantenía en su mano.

Comenzó a marcar el número mientras miraba el papel y luego se colocó el teléfono en el oído.

—Deberías vigilar con la comida Danny, te está saliendo barriga —Le indicó con un movimiento de cabeza. Pero él no le respondió, se limitó a hacerle un gesto despectivo con su rostro y abrió su lata de cerveza—. Tuviste en el último análisis un poco de colesterol. Deberías cuidarte más. —Meg iba a intervenir en la conversación cuando le hablaron por el teléfono—. Sí, buenas tardes, para que traigan una pizza. —Hubo un silencio—. Sí, gracias. —Miró de nuevo hacia Danny y entornó los ojos—. Sí, la barbacoa. —Facilitó la dirección y colgó—. Tardarán media hora.

—Eh, no has pedido extra de salsa.

Allen alzó una ceja hacia él y sonrió.

—Ya está bien así. Te vas a poner como un cerdo.

Danny resopló, se tumbó hacia atrás y volvió a apoyar los pies en la pequeña mesa que tenía por delante.

Dos meses después

El doctor Allen Milton suspiró y miró el reloj de la sala de reuniones del psiquiátrico. Las cuatro de la tarde. Todos sus pacientes se encontraban sentados alrededor de una mesa circular de madera, con papeles y lápices desgastados, intentando dibujar algo que expresase lo que más deseaban en aquel momento. Los rayos del sol entraban por los grandes ventanales desde donde podía divisarse el enorme jardín de la parte trasera del centro psiquiátrico. Podía ver cómo alguno de sus pacientes caminaba sin rumbo por los caminos de tierra entre los matorrales, o bien descansaban a la sombra de algún árbol, refugiándose del intenso sol de junio.

Las paredes azuladas de aquella sala transmitían tranquilidad y paz, lo cual era lo que más necesitaba en esos momentos cuando se reunía con uno de sus grupos de terapia. Era una sala más bien pequeña, pero justo con lo que necesitaba para reunir a cinco o seis pacientes y poder tratarlos a la vez. Todos permanecían concentrados en el trabajo que les había encomendado.

En realidad no era el momento de hablar con ellos, él prefería hacerlo uno a uno, de esa forma se expresaban mejor, pero también era cierto que mediante los dibujos o juegos que organizaba podía tenerlos entretenidos, hacerlos pensar, discurrir y transmitir también lo que sentían en aquellos momentos, pero sobretodo analizar cuál era su estado de ánimo y prever una posible descompensación.

Miró a cada uno de sus pacientes. Aquellas últimas semanas sin la supervisión del doctor William Clarke eran las que más le habían permitido evolucionar como psiquiatra. Ahora estaba totalmente solo, sin la ayuda de nadie más que de sus manuales y algún compañero que se apiadase de él cuando le surgía una duda.

No le costaba en absoluto manejar a sus pacientes, al contrario, creía haber ganado su confianza en aquellas pocas semanas, lo cual era muy gratificante. Quizás era su aspecto juvenil en contraposición con la madurez del doctor Clarke lo que le brindaba tener una mejor conexión con cada uno de los internos.

—Ya estoy —comentó Charles levantando su mano y soltando un lápiz de color verde.

Allen se levantó y fue hacia él.

—¿Qué has dibujado?

—Un helado. —Allen sonrió.

—¿De qué es?

Charles miró el dibujo pensativo.

—De menta, no, no, de limón —rectificó al momento—. Quizás de… pistacho.

Michael Borne, uno de sus pacientes más conflictivos en las últimas semanas miraba con suspicacia el dibujo, sentado al lado de Charles.

—Ese helado es una mierda —dijo con un total desprecio—. ¡Esto es un helado! —gritó mostrado su dibujo totalmente orgulloso. Allen arqueó una ceja al observar aquello. Unos garabatos sin sentido con un enorme círculo encima.

—¿Qué es una mierda? ¿Qué es una mier…? —Se levantó enfurecido Charles de su asiento, dispuesto a comenzar una pelea. Allen colocó una mano en su hombro y lo sentó rápidamente.

—Los dos están bien —dijo intentando infundir algo de calma en sus dos pacientes.

—Pues yo he dibujado el mar —intervino Elisabeth mientras le enseñaba un extraño dibujo azul.

—Eso está muy bien, y tiene peces y todo. Está muy logrado —Le felicitó—. ¿Te apetece un baño en el mar?

—Sí —respondió sonriente, mirando el dibujo como si sintiese nostalgia. Sabía de sobra que

su padre había sido pescador cuando ella era pequeña, y en multitud de ocasiones la había llevado con él en barca.

—Yo nunca he visto el mar —susurró Claire McCain observando el dibujo de su compañera.

—Es enorme y muy bonito.

—¡Ja! ¡Nunca ha visto el mar! —gritó Michael de nuevo—. Qué tonta, y no sabe cómo es.

Claire entornó los ojos hacia él.

—Eso no está bien —Le reprendió el doctor—. No debes decir eso.

Pero Claire seguía mirándolo fijamente.

—Yo este verano al menos lo veré. Tú te quedarás encerrado aquí el resto de tu vida —dijo con total calma, aunque aquello pareció enfurecerle y se levantó de la silla caminando hacia ella con actitud furiosa.

Iba justo a llegar hasta Claire cuando Allen se colocó en su camino y le sujetó.

—¡Enfermera! —gritó mientras intentaba contener a un Michael seguramente descompensado—. ¡Enfermera! —volvió a gritar hacia la puerta.

Allen lo empujó con un poco de fuerza para distanciarlo del grupo mientras Michael gritaba furioso y se movía intentando deshacerse de las manos del doctor.

—¡Déjame! —Le gritó—. ¡Suéltame! —volvió a gritar mientras lo contenía intentando que nadie sufriese ningún daño.

—Michael cálmate, no es para tanto. —Michael volvió a empujarle—. ¡Enfermera! —gritó de nuevo. Pero el hecho de que Charles estuviese aplaudiendo desde su asiento, con una gran sonrisa, no hacía más que aumentar los nervios de Michael.

Las enfermeras entraron justo cuando creía que no podría contenerlo más. Al menos ya venían preparadas. Sujetaron a Michael y le administraron un calmante que en menos de un minuto comenzó a hacer efecto.

—Llevadlo a su habitación —ordenó mientras las enfermeras lo sentaban en una silla de ruedas, pues la medicación hacia efecto rápidamente.

Se quedó observando la puerta por donde se llevaban a un Michael totalmente drogado y suspiró. Le gustaba su trabajo, pero debía reconocer que era agotador.

Se giró y observó que todos lo miraban de forma interrogante.

Caminó hacia ellos y se cruzó de brazos.

—Claire —dijo volcando toda su atención en la joven chica—, lo que has dicho no está bien.

Ella se encogió de hombros como si no le importase.

—Es la verdad.

—¿No te arrepientes de ello? —Ella no le contestó, simplemente lo miró de forma fija—. Está bien, creo que será mejor que vayas a tu habitación y reflexiones sobre lo que acabas de decir.

—Pero él se rió de mi primero —Se quejó con un grito.

—A tu habitación —dijo mientras iba hacia la puerta de la sala y la abría—. Enfermera, por favor, ¿puede acompañar a Claire a su habitación? Necesita reflexionar sobre unas cosas que ha dicho.

Claire dejó el lápiz color rojo sobre la mesa y caminó apresurada sin siquiera dirigir una mirada al doctor. Su gesto era frío y enfadado, incluso infantil, aunque debía tenerse en cuenta que tenía dieciséis años y que era una de las más problemáticas.

Allen cerró la puerta una vez se había marchado y fue hacia la mesa para continuar observando el resto de los dibujos que habían hecho, pero el dibujo de Claire llamó su atención. Se trataba de un bosque, las casas estaban totalmente destruidas. La gente que había dibujado

sangraba, o al menos eso le parecía, pues todos aquellos garabatos que intuía que eran personas tenían manchas rojas por todo su cuerpo.

Allen suspiró y guardó el dibujo en su carpeta. Otro más para su bonita colección de arte. Siempre dibujos catastróficos con sangre y muerte. Miró al resto del grupo e intentó adoptar una actitud tranquila de nuevo.

—Por hoy ya está —dijo mirándolos con una sonrisa—. Podéis ir a dar un paseo por el comedor o por el jardín. Hace muy buen día.

Todos se levantaron, como si la idea no les gustase.

—Charles, el lápiz —Le dijo al ver que se lo metía en el bolsillo intentando llevárselo.

Él puso cara de pena.

—Es que quiero seguir dibujando —protestó como un niño.

Allen fue hacia él mientras observaba como el resto de los pacientes salían de la sala excepto Caroline, la cual permanecía en la misma postura.

—Vamos, dámelo —pronunció con paciencia—. Mañana podrás volver a usarlo.

—Pero para mañana queda mucho —volvió a quejarse.

Allen enarcó una ceja y suspiró. Al fin y al cabo estaría entretenido y no causaría problemas.

—Está bien. Puedes quedarte aquí hasta las cinco. Hasta que venga el Doctor Reggins con el siguiente grupo, pero nada, y escúchame —dijo haciendo que centrase la mirada él—, nada de sacar el lápiz de la habitación.

Charles aplaudió de nuevo y se sentó en su silla cogiendo una nueva hoja en blanco para dibujar.

Allen miró a su alrededor y fue hacia la silla de ruedas donde permanecía Caroline para salir de la sala.

—Sophia, Charles se queda aquí, está dibujando. Asegúrate de que salga a las cinco —dijo pasando a su lado dirección a una ventana al otro lado del inmenso salón—. ¡Ah! Y de que no lleva ningún lápiz en los bolsillos cuando salga.

—De acuerdo —Le respondió.

Pasó entre todos los pacientes que se encontraban allí. Algunos mirando por la ventana, otros simplemente atentos a la televisión. Algunos de ellos hablaban solos o discutían con algún paciente más.

Colocó a Caroline junto a la ventana y se aseguró que el sol no le diese directamente en su rostro. Desde esa ventana podía verse todo el jardín.

Se situó a su lado y la observó.

—Caroline, te dejo aquí, si necesitas cualquier cosa no dudes en llamar a una enfermera —comentó, aunque sabía que eso no ocurriría, que ninguna palabra saldría de su boca. Era como si sus labios estuviesen sellados o hubiese hecho un voto de silencio.

Comenzó a alejarse de ella mientras controlaba todo lo que le rodeaba, asegurándose que todo estaba en orden dentro de aquella pequeña normalidad que podía permitirse en un centro psiquiátrico. Fue hacia el ascensor sujetando la carpeta donde había introducido los dibujos que sus pacientes habían realizado y apretó el botón de la tercera planta donde se encontraba su despacho. Aprovechó esos breves segundos de calma que le permitían las puertas herméticas del ascensor para observar los dibujos que habían realizado. Claire McCain tenía una mente poco estructurada, o más bien una mente destructiva. Desde que había abierto su expediente por primera vez, hacía prácticamente un mes y medio, lo único que había hallado era dolor, sufrimiento y desesperación.

Sus dibujos siempre eran tétricos. Mares negros con peces muertos, edificios en llamas, casas

derribadas, personas gritando, magulladas y sangrando.

Había leído su expediente varias veces, intentando hallar un motivo real que justificase todos aquellos dibujos. Sus antecedentes psiquiátricos se remontaban al accidente de coche que sufrió con sus padres y hermano y en el que perecieron. Aquello le había trastornado, verles perder la vida la había sumido en un estado de shock del que no había logrado salir y, que posteriormente, había derivado en múltiples enfermedades psiquiátricas al negarse a aceptarlo, pero eso no era lo que le intrigaba. Ni un solo dibujo referente a la muerte de su familia, ningún dibujo en el que apareciesen accidentes de coche, nada. Era como si esa parte de su mente hubiese desaparecido y lo hubiese querido sustituir por otros pensamientos o ideas dolorosas pero que no le afectasen de forma directa.

Las puertas se abrieron rompiendo de nuevo el breve silencio del que había gozado en el ascensor.

Cerró la carpeta y se dirigió a su despacho observando de paso las habitaciones de los pacientes que estaban en su camino.

Tras varias habitaciones vacías llegó hasta donde se encontraba Claire McCain. Se detuvo y la observó. Su actitud parecía nerviosa a través de la pequeña ventana redonda que le permitía verle. Caminaba de forma desestructurada por la habitación, sin seguir ningún patrón ni camino fijo. Sus labios se movían de forma frenética como si estuviese hablando con alguien y sus manos paseaban por su rostro como si estuviese angustiada, apartándose de vez en cuando algún mechón de cabello rubio que caía sobre sus ojos por sus movimientos frenéticos.

Lo que menos necesitaba ahora era que de nuevo Claire se descompensase, que sufriese otra crisis que la llevase a actuar igual que la última vez cuando en un ataque psicótico se mordió las muñecas y las restregó por todas las paredes. Había logrado que permaneciese compensada aquellos últimos meses, iba por buen camino.

Se acercó a la puerta y golpeó un par de veces con su puño antes de entrar. Aunque la mayoría de sus colegas médicos entraban directamente en las habitaciones, él había adoptado aquella costumbre haciendo que el paciente se sintiese más a gusto ante la entrada en sus dominios, su habitación.

Repitió de nuevo el gesto, pues Claire parecía tan inmersa en sus pensamientos que no se había dado cuenta. Cuando vio que seguía sin prestarle atención abrió la puerta e introdujo medio cuerpo.

—Claire —Le llamó de forma suave para no asustarla. Ella seguía caminando sin rumbo, con un paso nervioso y acelerado, moviendo repetidas veces las manos por su rostro, angustiada—. Claire —volvió a repetir más fuerte.

Esta vez sí lo escuchó. Se detuvo de inmediato y lo miró con ojos llorosos. Se quedó observándolo varios segundos sin decir nada, como si aún se mantuviese absorta en sus pensamientos.

—¿Todo bien? —Le preguntó entrando un poco más.

Ella lo observó, pero al momento le dio la espalda y fue hacia la pequeña ventana de la que gozaba su habitación.

Observó que sus manos temblaban y su respiración era agitada.

—¿Por qué no te sientas y hablamos un rato? —preguntó mientras se dirigía al centro de la habitación.

Permaneció unos segundos quieto esperando una respuesta que tardó más de lo que esperaba en llegar.

—¿Para qué? —susurró en un hilo de voz.

—Pareces nerviosa. Quiero que me expliques lo qué te ocurre, lo qué piensas. —Ella se giró y lo observó de interrogante, aunque no tardo en volver a girarse hacia la ventana—. Si es porque te he enviado a tu habitación para que reflexionases sobre lo que le has dicho a tu amigo Michael…

—Él no es mi amigo. Es un loco —interrumpió sin mirarle, dándole la espalda, aunque su tono sonó indignado. Aun así sus movimientos seguían siendo temblorosos, nerviosos.

—Esa palabra no…

—Esa palabra es totalmente correcta, doctor —dijo esta vez más enfadada—. Todos están locos.

Allen suspiró.

—Estoy seguro de que a Michael no le gustaría que le definiesen así.

—Pero así es, ¿no? —preguntó directamente. Luego volvió a girarse hacia la ventana y colocó una mano sobre ella mientras contemplaba el paisaje.

Allen la observó. Era prácticamente una niña. Su constitución era delgada, su cabello rubio descendía por su espalda algo enmarañado, como si se lo hubiese estado revolviendo con las manos.

Permaneció prácticamente un minuto en silencio sin decir nada.

Allen abrió su carpeta y extrajo el dibujo que había hecho. Lo observó y caminó hasta ella con el en la mano.

—¿Qué significa este dibujo? —Se lo mostró. Ella lo observó de reojo pero no giró su rostro. Al momento, se pasó las manos por los ojos nerviosa y emitió varias respiraciones rápidas—. Claire —pronunció a modo tranquilizador—. ¿Por qué has dibujado esto?

Ella contemplaba el jardín, atenta, como si en ese momento no fuese consciente de que él se encontraba a su lado, como si se hubiese perdido de nuevo en sus pensamientos.

—El viento sopla fuerte —susurró.

Allen miró a través de la ventana hacia el punto que ella observaba.

—Hace buen día. Ni una sola nube —Le rectificó.

—Las casas caen, los niños lloran. —Allen la contempló atentamente.

—¿Dónde están esos niños? —preguntó intentando que recapacitase. Pero ella volvió a quedarse en silencio como si no lo escuchase.

—Los caballos gritan.

Esta vez Allen volvió a arquear una ceja.

—Los caballos no gritan Claire, relinchan.

Ella lo miró indignada y dio un paso hacia él elevando su rostro, pues le sacaba más de una cabeza.

—Pues relinchan —rectificó enfadada—. Pero relinchan muy fuerte.

Su mirada recorrió la habitación nerviosa, como si no le gustase hablar de ello, como si aquello le resultase incomodo de decir. Al momento elevó su mano hacia su pelo y comenzó a removérselo de forma agresiva. Allen le detuvo la mano pero ella dio unos pasos hacia atrás gritándole.

—¡Déjame! ¡Vete!

Allen la miró sin moverse, como si su actitud no le extrañase o le importase que le gritara.

—Cálmate. —Luego miró la mano de ella moverse entre el pelo con furia—. Si sigues haciendo eso te puedes hacer daño.

—¿Y qué más da? —gritó ella poniéndose más nerviosa cada vez, arrinconándose contra un extremo de la habitación. Apoyó su cabeza contra la pared, resignada—. La gente muere y a

nadie parece importarle. ¿Qué más da que yo me haga daño? —Acto seguido tomó impulso y se golpeó la frente contra la pared.

—¡Quieta! —gritó corriendo hacia ella, sujetándola del brazo y separándola de la pared. Dejó la carpeta con los dibujos sobre la cama y le apartó el cabello de la frente—. ¿Te has hecho daño? —Pero ella no respondía, aunque una lágrima comenzó a resbalar por su mejilla—. No llores, no te has hecho nada —dijo observando su frente un poco más tranquilo.

Ella apartó su rostro de su mano y volvió a retroceder.

—La gente muere y no puedo evitarlo, la gente muere y no puedo evitarlo… —comenzó a susurrar mientras volvía a arrinconarse contra la pared, abrazándose a sí misma con desesperación.

Allen la observó. Aunque sus dibujos no representasen la tragedia que había vivido con su familia era obvio que en el fondo de su mente era lo que la atormentaba. La observó temblar de nuevo, seguramente se estaba volviendo a descompensar.

—La muerte forma parte de la vida. Todas las personas deben morir en algún momento. Es inevitable.

Ella emitió varios pucheros y apoyó de nuevo su frente contra la pared blanca, aunque esta vez de forma más delicada.

—Sí lo es —susurró.

Allen suspiró mientras la veía llorar. Si no conseguía calmarla sufriría un ataque de ansiedad, lo cual podría derivar en otra crisis.

—Está bien Claire, estás bastante nerviosa —dijo dirigiéndose a la cama para coger la carpeta—. Voy a pedir a la enfermera que venga y te suministre algo para que puedas descansar tranquila. ¿de acuerdo?

De nuevo el silencio reinaba en la habitación. Ella permanecía abrazándose a sí misma, apoyada contra la pared mientras las lágrimas recorrían sus mejillas. Lo mejor sería suministrarle haloperidol para intentar compensarla de nuevo.

Iba a salir cuando unas palabras le detuvieron.

—Doctor.

Allen se giró y la observó. En aquel momento le estaba dando la espalda, apoyando su hombro en la pared y observando por la ventana.

—Dime.

—Cuidado —susurró, aunque Allen no pareció escucharlo bien.

—¿Qué?

En ese momento escuchó un grito y notó un fuerte golpe en la pierna, impulsándolo, haciendo que la carpeta con los dibujos de todos sus pacientes cayesen al suelo. Logró guardar el equilibrio apoyándose con una mano en la pared.

Michael Born iba realizando una de sus clásicas carreras en silla de ruedas con su amigo imaginario.

—Te voy a ganar, te voy a ganar —gritaba.

Se pasó la mano por la pierna dolorida mientras contemplaba con cara de fastidio como Michael llegaba al final del pasillo y protestaba contra la pared.

—Has hecho trampas, no, no —gritaba—. Eres un tramposo.

—¡Michael! —gritó Allen, a lo que él le miró confundido—. Haz el favor de ir con cuidado.

Michael asintió con su rostro, pero al momento lo ignoró, como si tuviese cosas mejores que hacer como discutir con su amigo invisible.

Se pasó la mano por la frente, aunque al momento notó que alguien se encontraba a su lado.

Claire estaba arrodillada recogiendo los dibujos. La observó detenidamente, absorta mientras metía uno a uno los dibujos que habían caído de la carpeta, con sumo cuidado, como si no quisiese que se estropeasen.

Se agachó a su lado y la contempló. Ella volvía a estar absorta en su cometido, sin reparar en que él se encontraba arrodillado a su lado.

Observó sus ojos llorosos, su piel blanquecina, sus manos aún temblorosas y entonces cayó en la cuenta de lo que le había dicho justo antes de salir de la habitación. Le había parecido entender que le había susurrado que tuviese cuidado. Volvió la vista atrás mientras seguía escuchando a Michael protestar y cuando volvió a girar su rostro, Claire le tendía amablemente la carpeta.

Allen la cogió no muy seguro, confundido con lo que le había parecido escuchar de sus labios y lo que había ocurrido en aquel momento.

La observó entrar en la habitación con toda la calma del mundo y colocarse delante de la ventana, pasándose de nuevo la mano por el cabello y enrollándolo entre sus dedos.

—Gracias por recoger los dibujos —Le dijo.

Ella no se giró. Cerró la puerta, inquieto, y volvió a observarla a través de la pequeña ventana de la puerta, de espaldas a él. Detectó que parecía tener menos temblor en su cuerpo. Quizás no necesitase compensarla después de todo. Parecía que el nerviosismo y el temblor iban desapareciendo de su cuerpo poco a poco, como si la crisis que había sufrido comenzase a remitir por si misma. Debería vigilarla en las próximas horas, y si fuese necesario, administrarle alguna dosis.

Se mordió el labio y observó una vez más a Michael antes de darle la espalda y seguir avanzando hacia su despacho.

Tras poner la fecha en la parte de atrás de cada dibujo lo guardó en la carpeta pertinente y lo depositó en el archivador.

Al menos, en media hora, podría volver a casa.

4

Los días pasaban rápido, más de lo que esperaba. Aquella semana de turno de tarde había sido agotadora. La mayoría de los días había salido tarde, lo cual representaba llegar cerca de la una de la madrugada a su piso. El cansancio mental al que se veía sometido hora tras hora mientras permanecía allí le hacía dormir hasta prácticamente las once de la mañana del día siguiente. Así que esa semana no había podido tener vida social en absoluto.

Se sentó en la silla al lado de cuatro de sus compañeros psiquiatras y miró a la doctora Helen Dawson, renombrada psiquiatra de sesenta años y responsable de aquel centro desde hacía más de cinco. Aunque su figura era pequeña su carácter era firme. Su cabello rizado y rojizo le llegaba hasta poco por debajo de las orejas. Sus ojos eran azul celeste, ocultos tras unas grandes gafas de pasta roja, a conjunto con su cabello. Su nariz, un poco más prominente de lo normal, tenía una forma un poco aguileña.

En definitiva, se conservaba bien, aunque Allen le hubiese modificado aquel horrible color de pelo con el que se había teñido. Muchos de los pacientes que tenía hubiesen entrado en una crisis psicótica si hubiesen permanecido mirándolo más de dos minutos.

Un día a la semana se reunían los psiquiatras de cada planta para informar de los cambios o problemas que habían tenido con cada paciente en el despacho de ella. El despacho era lujoso aunque no recargado.

—Solo seis descompensaciones esta semana —comentó mirando un informe que acababa de imprimir−. Parece que están bien llevados. —Aunque su tono parecía orgulloso ninguna sonrisa apareció en su rostro−. ¿Habéis cambiado la medicación de alguno de los pacientes? —Todos negaron con su rostro—. ¿Queréis comentar alguno? —Todos volvieron a negar—. Perfecto —dijo mirando el reloj que colgaba de la pared—. Doctor Smith −pronunció mirando al psiquiatra que permanecía sentado al lado de Allen—. ¿Qué tal los dos nuevos ingresos?

El doctor Roger Smith carraspeó un poco antes de hablar. Se rascó la barba canosa de cuatro días y miró a su superior.

—Uno de ellos llegó bastante descompensado. Le administramos haloperidol y parece que reaccionó correctamente al tratamiento. Creo que quizás podría recibir el alta en cuestión de un par de semanas si no vuelve a sufrir una crisis psicótica. De todas formas no tiene antecedentes de trastornos.

—Bien.

—El otro nos ha costado bastante encauzarlo, aunque ahora también va por buen camino. Comenzamos suministrando también haloperidol pero no reaccionaba correctamente así que opté por suministrarle olanzapina diez miligramos bucodispersable —remarcó—. Al menos, conseguimos que la crisis promovida por la descompensación se extinguiese y durmiese como un angelito. —Se encogió de hombros—. No paraba de hablar, así que fue fácil que lo tragase.

—Muy bien —volvió a decir mientras miraba de nuevo el reloj—. ¿Algo más que queráis comentar? —Al ver la negativa de todos se levantó de la mesa rectangular ordenando los documentos e informes. —Pues por esta semana ya está. Volvemos a vernos el próximo jueves a la misma hora.

Esta vez habían batido el record, ni diez minutos.

Tras salir del despacho cada uno caminó rumbo al suyo propio o bien a realizar las primeras

visitas.

Allen Milton prefería acudir primero a su despacho y ver si el enfermero o el anterior psiquiatra que se había ocupado del turno anterior le habían dejado algún informe.

Tomó el ascensor hasta la tercera planta en compañía del doctor Smith, el cual se mostraba cauteloso, incluso demasiado reservado para su gusto.

—¿Todo bien de momento, Allen? —preguntó al abrirse las puertas del ascensor.

Lo miró extrañado, ya sabía que no era muy dado a las palabras.

—Sí, todo bien. Gracias —comentó avanzando por el pasillo.

El doctor Smith entró en su despacho, el cual se encontraba al inicio del pasillo, sin decir nada más.

Allen continuó caminado, observando las habitaciones y asegurándose de que todo estuviese en calma. Extrajo la llave de su bolsillo y abrió la puerta de su despacho.

Fue hasta su mesa y observó que había un informe sobre ella. Suspiró sin poder evitarlo. No le prestó atención al principio. Fue hasta el perchero y cogió su bata blanca poniéndosela lentamente.

Se sentó y esta vez sí leyó el informe, aunque su ceja se curvo de forma desproporcionada nada mas comenzar.

"Claire McCain. Fuerte descompensación. Crisis psicótica. Administración de dosis baja de olanzapina cinco miligramos logrando que entre en un estado de calma. Intenta dañarse repetidas veces. Contención en la sexta planta."

—Mierda —susurró mientras se levantaba acelerado y se dirigía a la puerta.

Aunque los últimos días se había mostrado confusa y reservada no había querido suministrarle nada. Cuanta menos medicación tuviese que inyectarle mejor, pero por lo visto al final la crisis había aparecido.

Salió de su despacho cerrando la puerta con llave y fue directamente al ascensor.

Notó como su pulso se aceleraba mientras esperaba a que el ascensor abriese sus puertas. Sabía que ese era su pan de cada día, que sus pacientes nunca acabarían de curarse, pero no podía evitar sentirse culpable y preocupado cuando uno de ellos caía en otro brote. Debería haberle medicado antes, pero quizás era la juventud de su paciente lo que le frenaba a darle pastillas o suministrarle vía vena la medicación. Era demasiado joven. Tan solo dieciséis años y cumplidos hacía poco más de cuatro meses.

Pulsó el botón de la sexta planta mientras se frotaba los ojos.

Las puertas de abrieron y comenzó a caminar a través de la sexta planta, mucho más silenciosa, pues aquí solo se encontraban o los pacientes sedados o en el interior de una habitación de espuma.

Una de las enfermeras le saludó cuando pasó a su lado.

—Perdona, Claire McCain, ¿dónde la tenéis? —preguntó demasiado rápido.

La muchacha miró en la otra dirección y le indicó con un gesto de la mano.

—Está en la tercera habitación, al final del pasillo.

—Gracias —respondió dirigiéndose hacia el lugar indicado.

Se acercó a la puerta y observó a través del pequeño cristal. Allí estaba. Al menos no la tenían con una camisa de fuerza. Se encontraba arrinconada al final de la habitación. Hecha un ovillo y con el pelo cayendo sobre su rostro. Mantenía su cabeza apoyada en una de aquellas paredes blandas y rodeaba sus piernas con sus brazos.

Esta vez no llamó a la puerta pero sí abrió con cuidado.

—Claire —susurró sin saber si estaba durmiendo. Quizás la medicación aún estuviese

haciendo su efecto.

Al momento notó un ligero movimiento de su rostro. Tenía la mirada perdida, como si no pudiese enfocar. Allen cerró la puerta y caminó sobre la espuma arrodillándose cerca de ella.

—¿Cómo estás? —preguntó observándola. Ella se limitó a apoyar de nuevo su rostro contra la pared y cerrar los ojos, como si estuviese más dormida que despierta, pero algo no gustó a Allen. Podía ver entre el cabello esparcido por su rostro que tenía morada parte de su frente. Le apartó el cabello y observó que tenía un rasguño.

Debía haberse golpeado contra la pared igual que había hecho hacía un par de días en su presencia.

—¿Te has dado un golpe? —preguntó suavemente.

Ella seguía sin hablar, la única reacción que hubo fue que abrió los ojos y se quedó mirando un punto fijo en la habitación. Su mente no estaba allí. La contempló durante unos minutos hasta que tocó su brazo intentando que despertase de sus pensamientos.

—Claire, ¿te has golpeado? —repitió.

Ella pareció despertar y lo miró, aunque su mirada era perdida, como si no comprendiese nada de lo que estaba ocurriendo, como si no supiese dónde estaba, con quién hablaba o qué había ocurrido.

—La frente —dijo señalándose la suya—. ¿Cómo te lo has hecho?

Claire se llevó la mano al lugar que Allen le indicaba y la pasó tímidamente por la rascada.

—No, no te toques —dijo sujetando su mano. La soltó y la depositó suavemente sobre su pierna. Sus movimientos eran lentos y cansados—. ¿Te golpeaste de nuevo contra la pared? —Le preguntó, pero ella volvió a apartar la mirada de él—. Eh, eh —dijo haciendo que le mirase—. ¿Por qué te golpeaste? —preguntó esta vez en un tono un poco más fuerte.

Ella arrugó la frente y esta vez colocó su rostro hacia abajo con cara de sufrimiento. Se llevó las manos a los oídos y comenzó a sollozar.

—El viento —susurró—. Los gritos. No paran.

—Claire, aquí no hay ningún ruido. Escucha.

—¡No! —dijo tapándose los oídos y comenzando a balancearse—. El viento no para, todo se cae. No, no lo soporto más —gimió con angustia—. Necesito que pare, necesito que pare…

—Eh, eh, mírame —dijo haciendo que de nuevo con un pequeño movimiento de su mano le observase—. Aquí no hay ningún ruido, escucha —pronunció con tono tranquilizador.

Lo observó atentamente, incluso con suspicacia. Se mantuvo casi un minuto observándole hasta que sus ojos se abrieron de forma exagerada, como si algo le asustase.

En ese momento Allen no estaba preparado. Con un movimiento muy rápido se abalanzó sobre él haciendo que cayese. Colocó una mano a cada lado de su rostro haciendo que le mirase mientras gritaba.

Allen la apartó suavemente, sabiendo sus antecedentes podría darle un fuerte golpe o bien morderle, y no necesitaba ninguna herida de guerra.

Se iba a levantar cuando Claire se abalanzo de nuevo sobre él haciendo que cayese sobre la espuma.

—¡Claire! —Le gritó intentando contenerla—. ¡Para!

Volvió a empujarlo subiéndose sobre parte de él, se colocó muy cerca de su rostro mientras gritaba con dolor.

—¡Díselo! ¡Díselo! —gritaba de forma desesperaba mientras comenzaba a golpear el rostro del doctor, como si intentase que le prestase atención. Allen intentó sujetar sus muñecas pero eran delgadas y escurridizas. Intentó levantarse pero Claire se subió más encima de él mientras

emitía gritos y seguía repitiendo la misma palabra.

—¿Qué diga qué? —gritó finalmente mientras lograba sacársela de encima. La impulsó un poco y ella cayó suavemente sobre el suelo blanco y espumoso.

No se había fijado que en ese momento las mejillas de Claire estaban totalmente inundadas de lágrimas. Apoyó su rostro sobre el suelo acolchado y comenzó a gemir y llorar con fuerza.

—No puedo —gimió con verdadera pena—. ¡No puedo hacerlo! —Elevó su rostro y lo miró —. La gente muere. —Emitió un alarido de dolor mientras las lágrimas caían con fuerza—. La gente no para de morir y no puede hacerse nada por culpa de gente como tú. Va a morir mucha gente —acabó gritándole.

—¿Qué tengo yo que ver con esto? —preguntó levantándose, ahora más separado de ella e intentando guardar una distancia prudencial por si volvía abalanzarse sobre él. Se colocó la bata correctamente y se dio cuenta de que lo estaba mirando fijamente.

—¿De verdad quieres saberlo? —susurró aún tumbada sobre el suelo acolchado.

—Claro —dijo de mala gana, asegurándose de que llevaba la bata bien colocada.

Ella se incorporó y comenzó a gatear hacia él, pero al ver que él daba unos pasos hacia atrás manteniendo las distancias se quedó quieta y medio sonrió.

—Cuando el viento sopla, las casas caen, los niños lloran y los caballos gritan es mejor no cruzar calles —susurró en un tono bastante siniestro.

—¿Qué? —preguntó enarcando una ceja.

—¡Que no cruce! —gritó esta vez poniéndose en pie—. ¡Dile que no cruce!

En ese momento volvió a tomar impulso hacia él pero por suerte Allen estaba cerca de la puerta y pudo salir antes de que Claire volviese a alcanzarle. La medicación aún mantenía parte de su efecto y sus movimientos eran lentos y cansados, lo cual le permitían tener una ventaja bastante alta sobre ella.

Cerró la puerta tras de él y la observó a través de la ventana precipitarse hacia la puerta y golpear el cristal frente a él varias veces.

—¡Que no cruce! ¡Que no cruce! —gritaba sin cesar. Desde luego tenía unos buenos pulmones—. ¡Que no cruce!

Allen se apartó un poco de la puerta manteniendo el contacto visual con ella. Había entrado en otra crisis y si no la calmaba en breve acabaría sangrando por los nudillos de las manos, pues no dejaba de aporrear el cristal de la puerta.

Se giró aún sorprendido por la reacción de su paciente cuando observó que dos enfermeras lo miraban confundidas. Allen se encogió de hombros.

—Otra crisis.

—Ya veo —dijo la enfermera más mayor.

—Será mejor que le deis una dosis un poco más alta de olanzapina —recomendó observando de nuevo hacia la puerta, de donde provenían aquellos gritos y golpes—. Bastante más —acabó diciendo.

—Claro, doctor.

Se pasó una mano por el cabello despeinándolo un poco. Reflexionando. Se giró y se dirigió al ascensor escuchando aún los gritos y golpes de su paciente.

Aquello no le había gustado. Sabía cómo enfrentarse a una crisis, pero jamás se había tenido que involucrar en una pelea con un paciente, al menos antes de llegar a ese hospital.

Apretó el botón para entrar al ascensor y comprobó como varias enfermeras y un enfermero entraban en la habitación donde Claire se encontraba, con la medicación que iban a suministrarle. Los gritos se hicieron más fuertes una vez la puerta se abrió.

Pudo escuchar como los enfermeros comenzaban su propia batalla para poder inyectarle. Algo rápido y con lo que dormiría varias horas. Con suerte, si lograban controlarla, mañana podrían bajarla a planta, aunque realmente, era la peor crisis que había presenciado por parte de ella. Recordaba que cuando llevaba apenas unos días trabajando allí su mentor le había informado que se había mordido las muñecas. Aquello, sin duda, superaba a lo que había ocurrido ahora, pero lo peor de todo es que si no se detenía la crisis a tiempo podía ocurrir lo mismo.

Entró en el ascensor mientras apretaba el botón de la tercera planta. Se miró en el espejo y comprobó que tenía una pequeña rascada en la mejilla. Se pasó un dedo suavemente por ella y chasqueó la lengua. Debía habérselo hecho cuando le golpeaba el rostro. Cerró los ojos intentando relajarse, aunque en cuanto se abrieron las puertas el caos volvió a inundar su mente.

Gritos, personas sin rumbo, llantos. Se tenía que tener la mente muy clara y fuerte para no acabar ingresado allí.

Se dirigió hacia su despacho con la mirada fija en aquella puerta que le conduciría a unos minutos de paz, y en cuanto abrió con la llave entró.

Se apoyó unos segundos contra la pared respirando profundamente y se quedó observando el paisaje a través de la ventana del despacho. El sol resplandecía fuerte, ni una sola nube en el cielo azul. Se pasó la mano por los ojos como si estuviese agotado y caminó hacia su escritorio sentándose en su silla de cuero.

Encendió el ordenador y volvió a mirar el informe que le había dejado el enfermero sobre Claire leyéndolo otra vez.

Por lo visto, su cuerpo se estaba acostumbrando poco a poco a olanzapina. Por eso mismo no quería suministrarle dosis altas. El cuerpo humano tendía a acostumbrarse y la medicación iba perdiendo su efecto si se suministra habitualmente. Aunque en este caso, quizás debería probar con administrarle algo más fuerte cuando tuviese alguna crisis y dejarla sin ningún tipo de medicación cuando estuviese compensada.

Resopló y apoyó su frente en la mano cerrando los ojos. No podía quitarse su imagen de la cabeza. Era joven, incluso podría decir que bonita si su piel pudiese adquirir un tono más moreno, pero era triste que una circunstancia como la que había vivido la hubiesen trastornado de aquella manera. Obviamente, no había recibido ayuda por parte de los familiares que la habían acogido, haciendo que entrase en una fuerte depresión y, posteriormente, en multitud de enfermedades psiquiátricas.

En cuanto redactó el informe de lo ocurrido se dedicó a ojear informes anteriores que el doctor William Clarke había redactado. Tenía multitud de episodios y, en todos ellos refería sonidos que escuchaba y la atormentaban, gritos, truenos, sonido de agua y fuego muy potentes, sirenas… y algunos que el doctor Clarke había catalogado que la paciente refería como inexplicables. Todos los episodios parecían iniciarse con algún ruido, algo que la atormentaba día y noche quitándole horas de sueño y forzándola a caer en una crisis. Luego, con el paso de los días comenzaba a dañarse alegando que no lo soportaba más. Tras un par de semanas, como mucho, siempre lograban estabilizarla hasta la siguiente crisis, la cual no tardaba mucho en llegar.

Volvió al día actual e imprimió el informe que había redactado. Lo cogió y buscó en el enorme archivador la carpeta de ella.

Se fijó de nuevo en el último dibujo que había hecho, las casas caídas, los animales corriendo, la gente sangrando.

Desde luego la mente de esta muchacha no albergaba nada bueno.

Allen aparcó su vehículo en la pequeña plaza de la que gozaba el apartamento. Otra jornada intensa pero al menos, aquel día, no había terminado tarde. Eran las doce de la noche cuando entró por la puerta de su piso y se tiró sobre el sofá. Emitió un largo bostezo dejando que el maletín cayese sobre el parquet y cerró los ojos intentando relajar la mente. No había podido quitarse de la cabeza la imagen de Claire abalanzándose sobre él. Aunque sabía que en el fondo era una tontería, jamás había vivido una experiencia así.

Abrió un solo ojo y miró la luz verde que emitía su contestador automático. La luz provenía de una pequeña pantalla donde se veía reflejado y parpadeante un luminoso uno en verde.

Alargó el brazo hasta la mesita sin mover el resto de su cuerpo y apretó el botón rojo para escuchar el mensaje.

—Tiene un mensaje nuevo —dijo la voz robótica—. Enviado a las dieciocho y treinta y dos minutos. —Allen giró su rostro para observar el aparato, como si en realidad le estuviese hablando a él—. ¿Qué pasa Allen? ¿Ya no das señales de vida? —Reconoció la voz de Danny al momento—. Oye, ya que ni siquiera coges el teléfono, te informo. Este fin de semana, el sábado, viene la prima de Meg, Judith, ya sabes, la de Nueva York. —Luego emitió una risa un tanto picaresca—. Vamos a ir a cenar al mismo sitio de siempre, al Glory Center. Creo que estaría bien que nos acompañases. Pues que, eso, que Judith se alegraría de verte y supongo que tú también de verla a ella—. Allen emitió una risa ahogada. Estaba claro lo que pretendía. Meg siempre hablaba de su prima, la única prima soltera que tenía en Nueva York—. Vamos, que si no me confirmas que vienes Megan me crucifica, así que por el bien de tu querido amigo, ven. —Al momento sonó un pitido agudo y la voz robótica volvió a hablar—. No tiene más mensajes nuevos. —Alargó la mano hasta el contestador y volvió a pulsar el botón rojo para que se detuviese.

Recordó que Judith era buena chica, la había visto hacía unos meses, por Navidad del año pasado, y recordaba que era una chica alegre y vivaz, aunque un poco parlanchina para su gusto.

Al menos, estaría distraído el sábado y podría ver a sus amigos.

Allen miraba fijamente a Claire a través de la pequeña ventana redondeada de la puerta. Ella mantenía su mirada clavada en sus ojos, una mirada llena de tristeza, desesperación.

Una lágrima comenzó a brotar de sus ojos mientras los cerraba y se quedaba unos segundos pensativa, con gesto dolorido, como si algún recuerdo la atormentase.

Allen la observó intrigado. ¿Qué le ocurriría ahora? ¿Qué sería lo que la mantenía tan atormentada en aquel momento? ¿Más gritos? ¿El fuerte viento que ella describía?

Se fijó en que tenía el cabello revuelto, como si hubiese pasado horas revolviéndolo con su mano. Se levantó poco a poco, abriendo los ojos y clavando su mirada de nuevo en él. La luz de la ventana de su habitación que se encontraba tras su pequeña figura le cegaba. Tenía el sol justo de frente.

Claire dio un paso hacia la puerta y al momento comenzó a gritar en dirección a él, con las manos hechas puños y apretándolas fuertemente contra sus piernas.

Allen dio un brinco al principio, no esperaba aquella reacción, aunque en realidad jamás sabía lo que podía esperar de sus pacientes. Fue a abrir la puerta para intentar calmarla cuando se dio cuenta de que se encontraba cerrada, como si hubiesen echado la llave o ella la hubiese encasquillado desde dentro. Volvió a empujar de nuevo pero era imposible de abrir.

La golpeó varias veces mientras empujaba con su cuerpo, entonces, escuchó un grito aún más escalofriante.

Volvió a mirar a través de la pequeña ventana. Sus ojos estaban extremadamente abiertos, pero eso no fue lo que le llamó la atención. Observó que tenía la boca llena de sangre, un suave hilo escarlata descendía de sus labios y caía sobre su camisón blanco manchándolo. Observó horrorizado. Su muñeca izquierda sangraba de forma abundante.

—¡Claire! —gritó al ver lo que hacía. Comenzó a empujar con todas las fuerzas la puerta de su habitación—. ¡Claire basta! —Luego miró a su alrededor—. ¡Ayuda! —gritó—. ¡Necesito ayuda! ¡La puerta está atrancada!

Su mirada volaba de los pasillos del hospital totalmente vacios a aquella ventana por la que podía observar como Claire se llevaba su otra muñeca hacia la boca.

En ese momento despertó, desconcertado y desubicado. Se incorporó con un movimiento rápido en el sofá. Notó como una gota de sudor frío resbalaba por su frente. Tenía la respiración realmente agitada.

Miró a su alrededor aún sin comprender. Estaba en su piso, tumbado en el sofá. Se pasó una mano temblorosa por los ojos y enfocó la mirada en el reloj que colgaba de la pared. Marcaba las tres y cuarto de la madrugada. Cerró los ojos intentando relajarse un segundo, asimilando que todo había sido un sueño y tragó varias veces saliva angustiado.

Se apoyó mejor en el sofá mientras se pasaba la mano por todo su rostro. Estaba claro que ni durmiendo podía descansar del trabajo. Claire McCain se había introducido en su mente de una forma brutal en aquellos últimos días.

Se levantó y pisó sin querer el maletín que había dejado en el suelo. Chasqueó la lengua con fastidio mientras lo cogía y lo depositaba sobre la mesa. Caminó hacia el lavabo aún con un ligero temblor en el cuerpo. Debía intentar desconectar del psiquiátrico cuando estuviese en casa.

Cuando se vio reflejado en el espejo de su aseo suspiró. Tenía unas pequeñas gotas cristalinas de sudor en su frente y su rostro era ojeroso y cansado. Se mojó varias veces la cara intentando refrescarse y se fue directamente hacia su dormitorio. Necesitaba una buena dosis de sueño, pero en este caso, bien cómodo.

5

El doctor Roger Smith le tendió un café mientras se apoyaba en la ventana, a su lado.

—Gracias —dijo Allen mientras observaba el paisaje austero desde la cafetería del psiquiátrico—. Al próximo invito yo —Le sonrió mientras soplaba al interior del vaso de plástico. Roger le hizo un gesto negativo con su rostro como si no tuviese importancia.

Lo miró de arriba abajo. Era un poco más alto que él. Su cabello totalmente blanco clareaba en la zona más alta de su cabeza. Sus cejas muy pobladas aún conservaban algunos cabellos negros. Sus ojos prácticamente negros le daban un matiz de oscuridad a su rostro, aunque sus facciones eran más bien delicadas para ser un hombre. —¿Cuánto hace que trabajas aquí?

Roger le miró sonriente.

—Dentro de un mes hará trece años. —Luego resopló—. Cómo pasa el tiempo —dijo como si fuese consciente de ello en ese momento—. Recuerdo el primer caso que tuve. Nora Henderson. —Luego hizo un gesto curioso que no sabía bien cómo identificar, medio sonrisa medio asustado—. La pobre tenía de todo. Esquizofrenia, psicosis, doble personalidad, descompensaciones constantes. —Volvió a bufar como si aquel recuerdo le agotase.

—¿Aún sigue ingresada?

Roger chasqueó su lengua mientras volvía su mirada hacia el horizonte.

—Murió al año de estar yo aquí. —Suspiró y volvió a observarlo, aunque de nuevo su mente recorría aquellos lejanos recuerdos—. En una de sus crisis se mordió la lengua y murió asfixiada.

Esta vez fue Allen quien resopló. Jamás había perdido a un paciente. Aquello le asustaba. Ya no solo por la sensación de impotencia, si no porque con el tiempo, tanto si quería como si no, a pesar de sus enfermedades y de las pocas conversaciones lógicas que podías tener con ellos, se les cogía cariño. Se sentía un poco padre, por decirlo de alguna forma, de todos sus pacientes. Perder a alguno de ellos debía ser muy doloroso.

—Tuvo que afectarte mucho —dijo lentamente.

Roger se encogió de hombros.

—En su momento sí. —Y esta vez se giró hacia él y le miró seriamente—. Ahora he aprendido a sobrellevarlo todo. No es fácil —dijo señalándole con el dedo—. Pero tienes que aprender. La mayoría de nuestros pacientes están al borde de la muerte constantemente, bien sea por un arrebato psicótico o por una descompensación que termine en brote depresivo. —Llevó una mano hasta el hombro de Allen y lo golpeó con complicidad—. Acabarás aprendiendo a vivir con esta presión.

Aquello le dejó descolocado. Estaba claro que su rostro debía ser un poema. No había podido descansar después del sueño que había tenido. Había despertado de forma constante sin poder conciliar un sueño uniforme.

Roger le medio sonrió y tomó un tono más animado.

—¿Y tú? ¿Cómo decidiste acabar aquí?

—Quería dedicarme a ello. Antes llevaba a un grupo con desajustes alimenticios, depresión… pero lo que quería era esto.

—Y ahora estás arrepentido, ¿verdad? —bromeó.

Allen rio y dio un sorbo a su café.

—No, no lo estoy. Más agotado sí, pero arrepentido no —Le aclaró.

—Desde luego, no hay nada como ser joven. Lleváis el optimismo grabado a fuego. —Dio un sorbo a su café y tiró el vaso a la papelera—. Bueno, comienza la diversión —dijo mirando su reloj de muñeca.

Allen miró el de la pared. Las tres en punto.

Salieron de la cafetería y cada uno se dirigió a su despacho después de despedirse. Había hablado con muchos de sus compañeros psiquiatras, pero con Roger no había coincidido en ningún momento más allá que el del ascensor hasta ahora. Se había llevado una grata sorpresa con él. Siempre lo había visto con su semblante serio y preocupado. Ahora podía verlo de otra forma, mucho más comunicativo de lo que había pensado en un principio.

Entró en su despacho y fue hacia la mesa. Estaba de suerte, ningún informe de la noche anterior o de aquella mañana. Todo un logro.

Sonrió y se puso su bata blanca mientras observaba a través de la ventana el jardín del psiquiátrico, otra vez repleto de todos los pacientes que, o caminaban sin rumbo, o habían formado algún pequeño grupo y conversaban seguramente de una forma ilógica.

Aprovechó esos minutos que le quedaban antes de comenzar su habitual ronda para sentarse en su cómoda silla de piel y extraer el móvil. Seguramente Danny estaría en el trabajo.

Fue hasta la función de enviar mensajes y les escribió uno bien corto. *"Ok. Te salvo la vida. El sábado quedo para cenar. Ya diréis hora"*. Le dio a enviar y depositó su móvil en el cajón de su escritorio mientras se levantaba con la lista de sus pacientes.

Miró de un lado a otro mientras cerraba la puerta con llave.

Michael Born se situaba al final del pasillo con su silla de ruedas, como si fuese a comenzar otra competición. Miró al otro lado y observó que algunos pacientes caminaban por el pasillo, apoyando su mano en la pared blanca como si no quisiesen perder el equilibrio.

Miró de nuevo hacia Michael y pudo leer en sus labios una cuenta atrás.

—Cinco, cuatro, tres…

—¡Michael! —gritó Allen cuando observó que el paciente comenzaba a arrugar su frente y poner cada de velocidad—. ¡Eh!

—Dos, uno. ¡Pum! —Al momento comenzó a hacer fuerza con sus brazos para hacer rodar las enormes ruedas de la silla lo más rápido posible.

Allen se rascó unos segundos la frente resignado. Fue hacia él observando como permanecía concentrado en llegar hasta el otro extremo del largo pasillo, pero cuando pasó a su lado sujetó la silla por la parte trasera y lo frenó.

Michael se quedó sorprendido al ver que la silla se había quedado clavada, pero luego giró su rostro hacia él y lo miró con furia.

—¡Suelta! —gritó—. ¡Por tu culpa no voy a llevarme el fin de semana de spa! —protestó mientras volvía a hacer fuerza en las ruedas.

—Aquí no se puede correr —Le indicó mientras ponía los frenos a la silla para que se estuviese quieto. Aunque al momento el paciente intentó quitarlos—. Si quieres correr ve al jardín o espera a que no haya nadie por el pasillo. Puedes dañar a alguien —explicó colocándose delante de él.

Michael se echó a un lado para observar el fondo del pasillo, pues el doctor se había situado frente a él y le tapaba todo el campo de visión.

—¡No!, ¡no! —gritó mientras intentaba quitarle los frenos a la silla. Volvió a mirar hacia delante echándose a un lado y comenzó a protestar señalando con malos gestos hacia la pared—. ¡Me ha vuelto a ganar por tu culpa! —Unos cuantos improperios dirigidos a alguien imaginario comenzaron a salir de su boca—. Encima, encima no te rías pedazo de…

—Eh —Le cortó para que no siguiese, colocándose justo frente a él y tapándole toda visión —. Al jardín si quieres correr, aquí está prohibido, ¿de acuerdo?

Michael lo miró con furia. Aunque no dijo nada afirmó con su rostro.

—De acuerdo. Te quito los frenos y puedes bajar al jardín.

—De todas formas no hay más competiciones programadas hasta mañana —pronunció enfurecido, con voz ronca. En cuanto notó que podía comenzar a avanzar lo hizo despacio—. Y ésta era la mejor de la semana. El ganador se llevaba un fin de semana todo incluido en un spa. Por tu culpa me quedo sin el masaje.

—Seguro que sortean alguna más así —dijo elevando un poco el tono al alejarse, pero la única respuesta que obtuvo de su paciente fue la de elevar su mano y enseñarle el dedo corazón con actitud ofensiva.

Allen arqueó una ceja y volvió a rascarse la frente. Desde luego, eso era comenzar de buena forma su jornada laboral.

Se giró consternado por aquel gesto y comenzó a avanzar para iniciar su ronda con los pacientes que se encontrasen en las habitaciones, los que no estuviesen allí debería buscarlos por el comedor o en el jardín.

Después de dos horas la luz del fiero sol le cegó cuando salió al exterior. Tuvo que colocarse la mano frente a los ojos a modo de visera hasta que sus pupilas se acostumbraron.

Caminó por el pequeño jardín. Algunas zonas estaban ajardinadas con flores de colores.

El césped se distribuía en pequeñas parcelas, otras simplemente tenían tierra dura. Aunque no había muchos árboles se encontraban bien solicitados, más que los bancos que había distribuidos por el jardín, pues los pacientes se sentaban bajo las sombras de sus frondosas ramas.

La mayoría de los pacientes que buscaba estaban sentados en grupo, hablando o discutiendo sobre algún tema sin sentido, pero todos parecían callarse y guardar silencio como si hablasen de algún secreto cuando un doctor se acercaba.

Allen era rápido, les preguntaba cómo se encontraban, analizaba su conducta y movimientos y los dejaba tranquilos.

Giró un par de veces sobre su mismo eje buscando a la siguiente paciente hasta que la encontró. Claire caminaba descalza sobre el césped, sujetando sus zapatillas de tela blanca en una mano y disfrutando de aquella sensación. Caminaba con toda la calma del mundo, mantenía los ojos cerrados y su rostro se inclinaba hacia arriba, como si el roce del sol le produjese placer.

—Buenas tardes —Le dijo sin prestar mucha atención.

Ella abrió los ojos, lo miró pensativa y luego sonrió, algo que le llamó la atención, pues hasta el momento no había visto aquella actitud risueña en ella.

—Buenas tardes, doctor. —Dio media vuelta y comenzó a caminar de nuevo sobre el césped.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó situándose a su lado.

Ella se encogió de hombros.

—Bien —respondió sin mirarle, centrada esta vez en sus pies.

Allen la observaba, parecía tener una actitud desenfada, no parecía que en ese momento nada le molestase o la atormentase.

Observó que el morado se había intensificado más en su frente. En ese momento captó que Claire le miraba de reojo.

—¿Te duele?

—Un poco, pero no importa. —Acto seguido comenzó a caminar de nuevo.

—No deberías golpearte, algún día te harás daño de verdad. —Ella volvió a encogerse de hombros como si no le importase. En ese momento Allen le cogió suavemente del brazo para que

se detuviese. Claire le miró sorprendida, pero no se apartó o le gritó como había hecho las últimas veces—. ¿Recuerdas lo que ocurrió ayer?

Al momento supo que sí, pues su rostro se arrugó en una mezcla de dolor y vergüenza. Miró hacia otro lado, sin querer centrar la vista en él.

—¿Ya no te molestan los ruidos?

Ella se mordió el labio como si no le gustase hablar de aquel tema, suspiró y finalmente le miró.

—Creo que le debo una disculpa. —Aquello le pilló de improviso—. Quizás no debería haberme puesto tan agresiva pero…

—Pero, ¿qué? —Le animó a que continuase con un movimiento de su mano.

Ella volvió a dejar viajar la vista por el jardín como si reflexionase sobre lo que iba a decir.

—Tengo miedo.

Él arqueó una ceja.

—¿Miedo de qué?

Claire volvió a suspirar mientras se soltaba del brazo y comenzó a caminar. Allen no dudó en colocarse a su lado.

—No, no puedo controlarlo —dijo al final—. Cuando me ocurre no se qué hacer.

—La situación te supera, ¿verdad? —Le preguntó como si le comprendiese.

Claire se detuvo y lo miró confundida.

—Sí, más o menos —respondió no muy segura de ello.

—Quizás la forma de llevarlo mejor es que cuando notes que empiezas a tener molestias me informes de ello. Podría ayudarte.

Claire dio un paso atrás, apartándose de él, como si aquella frase no le hubiese gustado. Es más, su mirada se volvió un poco oscura.

—¿Cómo? ¿Pinchándome algún medicamento? ¿Dándome una pastilla? —preguntó indignada.

Si no fuese porque había visto de lo que era capaz de hacerse a sí misma ahora mismo consideraría que su mente estaba en perfecto estado.

—Quizás todo se solucione hablando. Si me explicases lo que sientes, lo que notas y lo hablásemos no haría falta la medicación.

Esta vez fue ella la que arqueó una ceja imitándolo a él.

—Por ese mismo motivo estoy aquí, por explicar lo que siento a un compañero suyo. —Acto seguido se giró y comenzó a caminar sola.

Allen observó su espalda, pero lejos de dejarla marchar dio unos pasos acelerados hacia ella y se colocó de nuevo a su lado, igualando su paso. Debía aprovechar que se encontraba dialogante.

Claire lo miró de reojo y resopló como si en ese momento su presencia le molestase.

—¿Por qué no pruebas conmigo? —preguntó.

Claire se detuvo y lo miró fijamente.

—¿Probar qué?

—Explícamelo a mí.

Ella lo miró con una extraña sonrisa en sus labios.

—¿Para qué?

—Para poder ayudarte —respondió. Claire volvió a mirarle inquieta, su mirada era dudosa, como si no confiase en él. Al menos no volvió a alejarse—. Tus dibujos —Le recordó—, cuando los haces ¿en …? —Ella volvió a girarse como si no le interesase en tema—. Claire.

Se detuvo en seco y se giro para mirarle.

—Creo que no lo haré. No hablaré con usted. —Luego hizo un gesto como de burla−. El problema lo tiene usted, no yo. —Dicho esto se giró y comenzó a caminar más rápido para alejarse. Estaba claro que no quería conversar más. Una lástima.

La vio alejarse y sentarse en un banco cerca de un árbol, junto a un hombre que parecía estar hablando solo. Ella tuvo que comentarle algo porque el hombre la miró y comenzó a mantener una conversación con ella.

Subió al ascensor pensando en si debería cambiar o modificar la medicación de alguno de sus pacientes, pero por lo que parecía, hoy era un día tranquilo para todos, aunque nunca se podía saber cómo iba a acabar.

Por el momento mantendría estable la medicación de cada uno de ellos.

Una vez llegó a la tercera planta entró en su despacho.

Fue hacia su mesa y se sentó. Abrió el cajón y vio que la luz de su móvil parpadeaba. Observó que tenía un mensaje. Pulsó el botón para abrirlo y sonrió al momento. *"El sábado a las 7. Gracias tío."*

Allen volvió a mirar el reloj, las siete y media de la tarde. En breve los pacientes bajarían a cenar y el podría gozar de su hora libre.

Volvió a rodear a paso lento la mesa donde sus pacientes se encontraban sentados. Había reunido a los cinco más problemáticos de la última semana y como no, tras intentar dialogar con ellos y viendo que aquello podía desembocar en una nueva pelea había dado lápices y hojas y se habían puesto a dibujar.

Allen se colocó tras de Claire para observar sin molestarla y se sorprendió al ver su dibujo. Lo había puesto al lado, mientras se mantenía concentrada en un nuevo dibujo que realizaba. En el primero podía intuir que había intentado dibujar un paisaje. Parecía ser una llama de fuego, sobre un mar. Aunque no distinguía correctamente el mar, puesto que era una línea recta pero podía asegurar que se trataba de ello porque había dibujado delfines. Ahora se encontraba inmersa en otro, totalmente atenta a cada trazo que realizaba con los lápices. Se sorprendió al verlo, al menos, la parte que podía, pues la otra parte se lo impedía el cabello largo de Claire. Parecía otro paisaje.

Había dibujado varios círculos, en concreto nueve, cada uno más grande que el anterior, y del último parecía salir unos rayos. Allen sonrió al ver lo que había dibujado. El sol. Recordó que a primera hora de la tarde, cuando había ido al jardín a hablar con ella la había encontrado con su rostro echado atrás disfrutando de el. ¿Sería el sistema solar?

—Es muy bonito, Claire —dijo desde atrás con tono alegre. Y en parte así era, se alegraba de que por una vez desde hacía años no dibujase algo tétrico.

Claire se giró como si no comprendiese y lo interrogó con la mirada.

—¿Bonito? —preguntó indignada.

Allen la estudió. ¿El sol no era bonito?

—¿Qué has dibujado? —preguntó directamente.

—Creo que está claro —dijo como si no comprendiese que le hiciese esa pregunta—. Son pelotas. Y la última explota —dijo señalando a la que tenía los rayos. Allen arrugó su frente cuando Claire distanció su cabello y comprobó que había dibujado varias personas sangrando—. Cuando explota, la gente se muere, ¿ve? —Le preguntó indignada. Luego volvió la mirada hacia delante y cogió de nuevo el lápiz—. El problema es que no tengo suficientes hojas para dibujar a

toda la gente muerta —susurró molesta.

—¿Y las otras pelotas no explotan?

Ella volvió a girarse con gesto enfadado, como si le estuviese interrumpiendo. En aquel momento Charles se levantó de su silla con sigilo y comenzó a caminar hacia ella a paso lento, movido por la curiosidad de ver el dibujo.

—Pues no, parece que no. Solo la novena, ¿o es que no lo ve? —Resopló y volvió a dibujar más personas. Cambió el lápiz negro por el rojo y comenzó a pintarlas, como si estuviesen impregnadas en sangre.

Charles se colocó al lado de Allen, observando el dibujo mientras Claire permanecía concentrada en cada trazo.

—¿Y el otro dibujo? —preguntó señalando al de los delfines.

—Los delfines también matan, son asesinos. Devoran a los que…

Pero en ese momento Charles interrumpió la conversación.

—Qué bonito —Escuchó que susurraba a su lado. Allen elevó su mirada lentamente hacia él y chasqueó la lengua—. Es… es precioso —dijo llevándose una mano al corazón y haciendo que sus ojos se nublasen movidos por una emoción que parecía sentir al observar aquellos trazos.

Allen se pasó la mano por los ojos como si estuviese agotado y colocó la otra sobre el hombro de Charles. Suspiró mientras observaba de nuevo el dibujo de Claire, sus trazos rápidos y directos y condujo a Charles hasta su silla.

—Hora de acabar los dibujos.

Algunos de ellos protestaron pero en general obedecieron lo que él les había dicho entregando uno a uno sus dibujos y levantándose.

—Charles —dijo al verlo salir por la puerta—. El lápiz —Le recordó con una sonrisa.

Charles puso cara confusa pero reaccionó sonriendo tímidamente al doctor.

—Ah, ya. —Se encaminó a la mesa y lo deposito ante la atenta mirada de Allen. Acto seguido salió de la pequeña sala dejándolo totalmente solo.

Nada más llegar a su despacho puso el aire acondicionado y se dejó caer sobre la silla de cuero. Se pasó la mano agotado por los ojos y cogió la revista que había traído con él.

Los titulares remitían únicamente a desgracias.

Una gran foto inundaba la primera hoja con un titular en negrita. *“Protesta por Bourez”*

Debían están locos. Lo había escuchado varias veces por la radio. Comenzó a leer.

Un grupo de manifestantes se reúnen para pedir la liberación de su líder John Bourez. Un asesino que había acabado con la vida de más de sesenta personas.

Allen observó la foto. Un centenar de manifestantes se encontraban frente al ministerio de justicia, con pancartas y la cara pintada solicitado la liberación.

Pasó a la siguiente página. Desde luego el mundo estaba loco. No les iría mal a la mayoría de esa gente pasar una buena temporada en aquel centro psiquiátrico.

La siguiente fotografía hablaba de un descubrimiento arqueológico.

Pasó hasta la sección de economía y encontró lo que buscaba. Sonrió al ver la fotografía de su amigo Danny en blanco y negro, muy pequeña, pero al lado de una pequeña columna. *“¿La nueva reforma de la legislación penal se ajusta a nuestros tiempos?”* Danny parecía un experto analizando las nuevas modificaciones que el parlamento había realizado respecto al endurecimiento de las penas. Sonrió y observó con interés la fotografía. Parecía un tipo serio, que jamás pudiese sonreír. Suerte que los lectores y el grupo editorial para el que trabajaba no conocía algunas de las facetas que él sí.

Pasó el resto de la media hora leyendo y empapándose de toda la actualidad que podía. Le

gustaba estar informado, pero con aquel horario poca cosa podía hacer. Lo único era comprar una revista de actualidad o el diario y escuchar la radio en los trayectos en coche.

Tras su debido descanso colocó los dibujos que habían realizado cada uno de sus pacientes en las carpetas pertinentes y se quedó pensativo mientras miraba el de Claire. Aunque ella no lo dibujase sabía que el verdadero trauma venía de la muerte de sus padres y su hermano. Aquello había debido resultarle horrible. Ver morir a su familia delante de ella. Quizás debiese analizar su expediente con más calma para encontrar una conexión entre aquellos dibujos y lo que le había ocurrido.

Guardó su expediente en su maletín y pensó que podría echarle una ojeada el fin de semana. Ya lo había hecho con el expediente de Charles, y ahora podía comprender mucho mejor lo que le ocurría. No iría de más echarle un nuevo vistazo al de Claire.

6

Allen aparcó el vehículo en la plaza de garaje que tenía asignada en el hospital y buscó de forma compulsiva la tarjeta para acceder a las primeras plantas del psiquiátrico con ascensor. Cuando la encontró, y tras asegurarse de que había cerrado su vehículo fue hasta el e insertó la tarjeta. Al menos, no se podría decir que no había seguridad en aquel centro psiquiátrico.

El ascensor solo podía descender hasta el subterráneo con aquellas tarjetas, que única y exclusivamente poseían los trabajadores. Ningún paciente conseguiría bajar a los subterráneos sin una de ellas.

Pocos minutos después llegó a su despacho. Al menos, era viernes, y este fin de semana no tenía guardia. Mañana disfrutaría de una agradable cena con sus amigos y Judith, la prima de Megan.

Abrió y fue directo hacia su escritorio mientras dejaba el maletín sobre el. Miró a través de la ventana y observó como unas pequeñas nubes negras aparecían a lo lejos, en el cielo.

Solo esperaba que mañana el tiempo acompañase. Se pasó la mano por la frente mientras notaba el calor que hacía en aquel despacho. No tuvo ni tiempo para coger el mando a distancia del aire acondicionado cuando llamaron a su puerta.

—¿Sí? —preguntó girándose.

Al momento, Sophia, la joven enfermera abrió la puerta algo tímida.

—Buenos días, doctor.

—Buenos días −respondió sonriente mientras desviaba la mirada al escritorio, donde estaba el mando del aire acondicionado. Lo cogió y elevó el brazo dirección al aparato de aire mientras pulsaba su botón rojo—. Dime.

Ella avanzó un poco hacia él.

—He acabado mi turno, ya me marcho. Era solo para decirle que Claire McCain ha pasado bastante mala noche, no ha pegado ojo. Está bastante nerviosa. —Allen desvió la mirada hacia su escritorio. No había ningún informe explicando aquello. La enfermera tuvo que captar aquel gesto—. El doctor no ha redactado ningún informe, no ha precisado medicación. Lo único que no para de repetir que quiere hablar con usted.

Allen enarcó una ceja.

—¿Ah sí? —Ella afirmó—. Ahora me pasaré. —Se giró hacia el perchero y cogió su bata blanca—. Veamos que quiere explicarme. ¿No ha ido el doctor…?

—Sí. Pero Claire ha remarcado que sólo quiere hablar con usted —Le interrumpió. Allen la miró fijamente mientras se encogía de hombros y acababa de colocarse correctamente la bata—. Bien, que pase buen fin de semana, doctor.

—Gracias. Igualmente —Le sonrió mientras abría el maletín. Observó que llevaba el expediente de Claire en el interior. Lo había cogido el día anterior para llevarlo a casa. Ni se había acordado de sacarlo. Nada más llegar se había acostado.

De todas formas no tenía que madrugar al día siguiente y tenía libre, podía aprovechar esta noche para darle una ojeada.

Dejó el expediente dentro del maletín y salió del despacho. ¿Con que le sorprendería Claire ahora? ¿Por qué no había querido hablar con otro psiquiatra que no fuese con él?

Caminó hasta la habitación de Claire y observó a través de la pequeña ventana que presidía la

puerta. Se encontraba sentada en la cama, apoyada contra la pared y hecha un ovillo. Se percató que sus manos temblaban mientras las pasaba sobre su cabello suelto. Tenía el rostro bastante pálido, como si no se encontrase bien, aun así sus mejillas tenían un tono rojizo, como si cientos de lágrimas la hubiesen surcado.

Mantenía los ojos cerrados con fuerza y parecía que sus labios se movían, aunque poco, como si hablase en susurros.

Llamó a la puerta pero al ver que ella ni se dignaba a mirar entró lentamente.

Allen pudo escuchar los susurros que emitía de forma rápida e impulsiva mientras cerraba la puerta, aunque no logró descifrar lo que decía. Su cuerpo se balanceaba ligeramente hacia delante y hacia atrás, como si algo la compungiera.

—Hola Claire, ¿qué tal estás? —preguntó, al no obtener respuesta fue hacia la cama y se sentó a su lado, observándola—. Me han dicho que querías hablar conmigo.

—¿Se lo has dicho ya? —Le susurró entre gemidos.

Él la interrogó con la mirada.

—Decir, ¿qué?

—Te dije que se lo dijeses —Le gritó con angustia. Allen se levantó de la cama al ver que estaba nerviosa. Lo que menos necesitaba es que se le tirase de nuevo encima—. Los caballos comienzan a gritar, vuelvo a escucharlos. —Luego lo observó—. Ya falta poco.

—¿Poco para qué? —preguntó mientras cogía el bolígrafo y colocaba el documento en blanco de ella en una posición que le permitiese escribir. Pero a Claire no le pareció correcto aquello. Se incorporó de golpe e intentó quitarle el bolígrafo de la mano, aunque Allen se movió retrocediendo unos pasos hacia atrás y saliendo de su alcance.

—Ya te lo dije —gimió ella—. Te lo dije, te lo dije, te lo dije… —comenzó a repetir incrédula mientras volvía a llevar sus manos hacia su cabello y comenzaba a tirar de él.

—Claire, cálmate, vamos —Le dijo depositando el bolígrafo de nuevo en su bolsillo—. Te harás daño. —Le sujetó las manos pero ella intentó deshacerse de él moviéndolas de forma rápida.

—¡Suéltame! —Le gritó mientras se revolvía—. ¡Todo será culpa tuya!

Allen la sujetó al ver que volvía a ponerse agresiva y la tumbó sobre la cama mientras ella intentaba golpearle con los pies.

—Claire, ¡basta o llamaré a la enfermera para que te ponga un sedante!

Contrariamente a lo que pensaba, pataleó un par de veces más y fue deteniéndose lentamente mientras las lágrimas volvían a cruzar sus mejillas. Miró hacia la pared mientras le soltaba las manos que había sujetado a cada lado de su cuerpo. Parecía mentira como una chica tan joven y tan delgada podía tener tanta fuerza.

Dio unos pasos hacia atrás distanciándose de la cama y colocándose de nuevo de forma correcta la bata. Ella permanecía quieta en aquel momento, tal y como la había dejado, sin moverse, aun así su respiración era acelerada, pues su pecho subía y bajaba demasiado rápido.

Giró su rostro hacia él, sin mover el resto de su cuerpo.

—Será solo culpa tuya. Luego no digas que no te lo dije —susurró.

Allen la observó durante un largo minuto sin decir nada, estaba claro que estaba sufriendo otra descompensación, debía frenarlo antes de que avanzase más y volviese a desencadenar en otra crisis.

Claire se removió en la cama y comenzó a sentarse como si estuviese agotada, emitió un largo suspiro y descendió su rostro apartando la mirada de él.

—Voy a pedir a la enfermera que te administre un calmante para que descanses, pareces

agotada. —Le susurró mientras se dirigía hacia la puerta.

—No, espera —gimió ella sentándose y echando un brazo hacia él, como si así pudiese impedir que se marchase—. Por favor, no quiero más medicamentos. —Le miró con ojos llorosos.

Allen se giró hacia ella y la observó. Suspiró levemente y dio unos pasos aproximándose.

—¿Te das cuenta de lo nerviosa que te pones? —Le preguntó con voz neutral.

Ella apartó su mirada como si se sintiese avergonzada por ello, como si fuese consciente de todo en aquel momento. Pudo percibir como cerraba los ojos y los apretaba. Se mordió el labio y volvió a observarlo.

—Lo sé pero, no quiero que sufra ningún daño —pronunció resignada.

Allen se cruzó de brazos.

—¿Quién?

—Ella.

Enarcó una ceja.

—¿Quién es ella?

En ese momento su labio comenzó a temblar de nuevo y notó como intentaba controlar sus impulsos para no echarse a llorar otra vez.

—No lo sé —gimió—. No sé su nombre. —Allen se pasó la mano por la frente agotado ya de una conversación que no le llevaba a ninguna parte.

—Está bien —comentó resignado mientras se giraba rumbo a la puerta.

—Espera, espera —gritó asustada mientras se levantaba. Allen se giró mientras cogía el pomo de la puerta—. No le dirás a la enfermera que me ponga la medicación, ¿verdad?

—Si permaneces así de tranquila, no. —Luego la miró dudoso—. ¿Lo estarás?

Ella se sentó en la cama y apartó la mirada de él.

—Sí.

—De acuerdo. —Abrió la puerta y salió al exterior aunque volvió a girarse antes de cerrarla —. Claire —pronunció con extrema paciencia, incluso afectado por la mirada llena de tristeza que tenía la joven—. Si notas que vas a ponerte nerviosa otra vez dímelo, ¿de acuerdo?

Ella no respondió, simplemente asintió mientras observaba por la ventana pensativa.

Allen cerró la puerta. ¿En realidad había imaginado que podía mantener una conversación tranquila con ella? ¿Qué iba a explicarle sus inquietudes? ¿Sus miedos? La actitud que había presentado en numerosas ocasiones, donde se encontraba tranquila y habladora le había desconcertado, pero no debía olvidar que se encontraba en un psiquiátrico, y aunque algunos de sus pacientes se encontrasen más graves que otros, todos tenían alguna enfermedad mental. No debía olvidar nunca aquello.

Observó por la ventana de la puerta como Claire caminaba hacia la ventana y se quedaba observando el paisaje, con aquellas nubes negras en el horizonte que posiblemente descargarían una tormenta haciendo que el ambiente refrescase.

Apartó la mirada de ella y se dirigió de nuevo hacia su despacho pensativo.

El resto de la tarde la pasó tranquila. Realizó las visitas rutinarias a cada uno de sus pacientes, conversando con ellos y realizando ajustes de medicación en otros.

La mayoría permanecían estables, incluso se atrevió a bajar la medicación en uno de ellos.

Entre visita y visita aprovechó un par de veces para escaparse y observar el estado de Claire, la cual había permanecido toda la tarde asomada a la ventana. Era prácticamente la hora de marcharse cuando se había pasado por última vez para observarla, había oscurecido y permanecía plácidamente dormida, en paz. Aunque no había podido ver su rostro podía intuir su

cuerpo bajo la sábana, quieto. Aquello era buena señal, al menos, se había calmado. Quizás, la clave fuese esa, decirle que le administraría medicamentos. Aunque era poco ético chantajearla, si de aquella forma conseguía que se calmase y no administrarle nada bendito fuese.

Echó la llave a su despacho y se despidió del doctor y las enfermeras que se quedaban a pasar la noche allí.

Bajó en ascensor hasta el garaje insertando su tarjeta personal para poder descender y subió a su coche con una alegría renovada. Dos días de descanso tras una semana agotadora sabían a gloria.

Arrancó el vehículo y puso la radio. Un locutor con voz animada anunciaba la final de la liga de beisbol americana para el siguiente jueves. Todo un acontecimiento que no se pensaba perder. Cambió de emisora buscando una en la que pusieran algo de música tranquila que le permitiese relajarse mientras recorría el trayecto de una hora hasta su piso.

Saludo al vigilante de la puerta mientras le abría la barrera para salir del recinto y bajó la ventanilla un segundo para despedirse con la mano.

—Buen fin de semana, John —pronunció mientras pasaba a su lado.

—Igualmente, doctor Milton —respondió el joven guardia.

Condujo mientras echaba miradas furtivas al cielo. No se veía ni una sola estrella, estaban ocultas por las inmensas nubes.

Unas pequeñas gotas ensuciaron su luna delantera, pero por suerte no comenzó a llover hasta que introdujo el vehículo en su plaza de garaje. No le había gustado nunca conducir bajo la lluvia. A diferencia de mucha gente a la que le relajaba a él le parecía una práctica algo temeraria.

Agarró su maletín y cerró el vehículo.

Ni siquiera cenó. No tenía apetito, solo quería tumbarse en el sofá y descansar. Se puso el pijama e hizo lo que más le apetecía. Agarró un vaso de coca-cola y se tumbó en el sofá mientras encendía la televisión. Aunque a estas horas la programación no era muy buena halló un canal donde recopilaban los mejores momentos de la semana. Lo dejó puesto mientras daba un sorbo y observó como llovía a través de la ventana.

En aquel momento, de noche, tumbado en aquel sofá y viendo caer la lluvia volvió a su mente aquel doloroso recuerdo. Su mente viajó veintidós años atrás, a aquella tarde fría y lluviosa.

—No estaré lejos. Solo voy a dar un paseo. —Recordó que dijo su abuela tras la insistencia de él porque no saliese de la casa. Pues conocía su pésimo estado de salud, y con aquella tormenta no lograría más que empeorarla.

Allen iba a replicar de nuevo cuando escuchó un fuerte golpe. Como si un cristal o plato se rompiese en la planta superior. Aquello le asustó.

Se giró y comenzó a correr hacia las escaleras que se encontraban en el mismo distribuidor y que le conducirían hasta la segunda planta. Se paró en seco en medio de ellas y contempló a su abuela un segundo.

—Espera, no te marches. Ahora vengo —dijo volviendo a mirar a la planta superior—. ¿Mamá? —gritó mientras ascendía las escaleras saltando los peldaños de dos en dos. Aquellas escaleras se le hicieron eternas, parecía que nunca fuese a llegar. Notó su respiración acelerada, su corazón palpitaba con fuerza. Algo había ocurrido. Podía presentirlo. Lo había escuchado. Cristales y platos se habían roto tras escuchar el grito de su madre.

Allen observó de un lado a otro del largo pasillo por el que se distribuían las diferentes habitaciones. A través de la pequeña ventana al final del pasillo podían verse los árboles

moverse propulsados con una fuerte ventisca que hacía que sus ramas amenazasen con romperse. La lluvia golpeaba con fuerza contra el cristal emitiendo un tintineo.

Observó de un lado a otro sin saber muy bien dónde encontrar a su madre.

—¿Mamá? —gritó, pues el sonido del viento acompañado de los truenos hacía que su voz menguase su potencia—. ¿Mamá? —volvió a gritar con fuerza al no recibir respuesta—. ¿Estás bien? ¿Dónde estás?

En aquel momento un gemido llegó de la última habitación del pasillo, en la parte más oscura de este y adonde más le costaba llegar la luz que entraba por la pequeña ventana. Había sonado a lamento, a lloro.

Allen tragó saliva antes de avanzar hacia el fondo del pasillo con el cuerpo tembloroso. Aquello no le daba buena impresión, un mal presentimiento apoderaba de su mente mientras avanzaba despacio hacia el final del pasillo y los relámpagos atravesaban el cielo produciendo una luz que le cegaba durante segundos.

El sonido de un potente trueno le hizo despertar de aquel pensamiento. Abrió los ojos de par en par, asustado, pues le había pillado con la guardia baja. Se incorporó en el sofá con un movimiento rápido y cogió con fuerza el vaso que se había preparado con coca-cola. Respiró intentando calmarse repetidas veces y se levantó caminando hacia la ventana para observar mejor la tormenta y los relámpagos en el horizonte, aún muy lejanos.

No le gustaba rememorar aquellos recuerdos, se sentía débil, perdido cada vez que acudían a su mente. Incertidumbre, miedo, inquietud, dudas, todo un cúmulo de sensaciones que le hacían sentirse solo y angustiado. Pero no le quedaba otra opción. Había aprendido a vivir con ello, y debería hacerlo siempre.

Se acabó de abrochar la camisa de manga corta blanca y se observó en el espejo del aseo. Le habían sentado bien las horas de sueño. Había dormido hasta el mediodía, había comido un plato precocinado de pasta y tras hacer la digestión y ver la televisión un rato se había duchado y preparado para la cena de aquella noche.

Se observó de nuevo y estuvo conforme con lo que veía. Aquellas pequeñas ojeras que aparecían poco a poco bajo sus ojos color miel durante la semana desaparecían al recobrar las horas de sueño perdidas durante la semana. Tenía mucho mejor aspecto.

Colocó un poco de gomina en sus manos y la extendió sobre su cabello negro.

Miró el reloj de su muñeca y observó que marcaban las seis y media. El restaurante a donde iban estaba aproximadamente a un cuarto de hora en coche de donde vivía, pero teniendo en cuenta la lluvia seguro que tardaría algo más.

Bajó hasta el garaje y fue a su vehículo.

Arrancó y salió al exterior del aparcamiento mientras activaba el parabrisas a velocidad media.

Puso la radio y volvió a escuchar el mismo anuncio de la liga de beisbol americana. Todo un gran acontecimiento, pensó mientras cambiaba de emisora. Le encantaba aquel deporte, era un gran aficionado y como buen hincha no quería perderse ningún partido, aunque muchas veces sus obligaciones no le permitiesen poder disfrutar de ello.

Tardó un poco más de lo previsto en llegar y encontrar aparcamiento. El restaurante se encontraba en una zona céntrica de la ciudad de Kansas, y encontrar un sitio para aparcar que no fuese pagando en la zona de parquímetro era muy complicado.

Dio vueltas durante prácticamente quince minutos hasta que logró encontrar un hueco que,

aunque bastante estrecho, le permitió aparcar su Audi A3. Estaba un poco lejos del restaurante, pero al menos se evitaría tener que pagar y despreocuparse de las horas.

Miró hacia el exterior y observó los charcos de agua que se habían formado sobre la acera. Fue a abrir la puerta pero entonces lo recordó. No había traído paraguas. Resopló un par de veces.

Finalmente se decidió. Salió del vehículo a toda prisa y corrió hacia los edificios donde poder resguardarse saltando por encima de los charcos. Cerró el vehículo con el mando a distancia y miró hacia el final de la calle. Iba a llegar realmente empapado.

7

Sus amigos ya se encontraban en el restaurante cuando entró por la puerta sacudiendo su chaqueta tejana y pasando su mano por la frente, secando las gotas de lluvia que caían sobre su rostro. El restaurante era muy amplio, informal. Construido todo de madera al más estilo country. Poseía grandes ventanas desde donde se veía la calle. Las paredes y el techo estaban forrados en madera y poseía unas grandes lámparas sofisticadas, estilo araña.

Las mesas parecían sacadas de una granja o rancho, largas y en forma de rectángulo, formadas por unas anchas maderas.

Tenía varias televisiones planas colgadas en la pared y distribuidas por todo el restaurante.

Tuvo suerte de ver como Danny elevaba su mano entre la multitud, en una mesa casi al otro extremo del restaurante.

Uno de los camareros se acercó a Allen pero él señaló hacia la mesa donde Danny seguía saludándolo.

—Me están esperando, gracias —Le comentó al camarero pasando por su lado.

Allen avanzó entre las mesas repletas de gente, con sus grandes platos servidos. Hamburguesas, costillas, alguna que otra ensalada, pero sobre todo, mucha comida ranchera y estilo mejicana.

El dueño del restaurante le saludó desde la barra donde servía unas enormes jarras de cerveza.

—Buenas noches, Allen —Le dijo con una amplia sonrisa bajo su enorme bigote—. Hacía tiempo que no te veía por aquí.

Allen se acercó un momento a saludarle.

—He estado muy ocupado, Jerry —contestó pasando su mano por encima de la barra y estrechándosela.

—Tener trabajo siempre es bueno —respondió con una amplia sonrisa mientras cogía la jarra de cerveza y la colocaba sobre una bandeja, esperando a que el camarero viniese a por ella.

—Sí, y a ti no te falta —rió observando el restaurante repleto de gente.

Jerry se encogió de hombros.

—Va a días. Hoy has pillado el día bueno. —Se apoyó contra la barra—. ¿Te llevo algo a la mesa? —preguntó señalando hacia Danny, Megan y Judith que le esperaban unas mesas más atrás.

—Ponme una de esas. —Señaló la enorme jarra de cerveza que había en la bandeja.

—Ahora te la llevo.

Dicho esto Allen se alejó hacia la mesa donde todos le esperaban. Siempre le había gustado aquel restaurante, ya no solo por la deliciosa comida que servían, sino por el ambiente discernido que se respiraba y la amistad que había llegado a tener con el jefe. Hacía años que lo frecuentaba, aunque los últimos meses no había tenido tiempo de acudir por trabajo.

Avanzó hasta la mesa donde se encontraban sus amigos y Danny fue el primero que se puso en pie para recibirlo y estrecharle la mano.

—¿Con tu sueldo no puedes comprarte un paraguas? —bromeó mientras le daba un suave golpe en el hombro.

Allen sonrió pero no dijo nada al respecto. Megan se acercó y le besó en la mejilla a modo de

saludo.

—Pensaba que no ibas a llegar.

—He aparcado lejos —explicó mientras miraba de reojo a su prima, Judith. La verdad es que era una muchacha que mejoraba con el paso del tiempo. Tenía el cabello negro más largo que la última vez que la había visto y debía haber perdido un par de kilos.

—Pues no sé porqué, hay mucho sitio por aquí.

—Sí, pero pagando. Además, así de paso estiro un poco las piernas. Hola, Judith —dijo ya centrando la mirada en ella—. Me alegro de verte. —La besó suavemente en la mejilla y le sonrió.

—Pues tal y como está el tiempo prefiero pagar un poco y no quedarme chorreando como tú —continuó Megan, luego miró a Danny—. Por cierto, ¿hasta qué hora has puesto en la zona del parquímetro?

—Una hora, ¿quieres calmarte? —comentó Danny mientras se sentaba y le ofrecía la silla de al lado a Allen.

—No quiero que me pongan una multa —contestó mientras se sentaba en frente de este.

Allen dejó la chaqueta tejana en el respaldo de la silla y se colocó al lado de Danny, frente a Judith y en diagonal a Megan.

—¿Has pedido algo de beber? —Le preguntó Danny agarrando su jarra de cerveza.

—Sí. Lo mismo que tú.

—Bueno, Allen —dijo Megan con aire resuelto—, te tienen absorbido en el loquero.

—No lo llames así, por favor —dijo un poco a regañadientes.

Megan miró a su prima y le explicó.

—Allen lleva meses trabajando en el psiquiátrico, ese tan grande que hay a las afueras de Kansas, ¿sabes cuál? —Al ver la negativa de su prima comenzó a explicarle—. Sí, uno enorme. Todo blanco, forma de L.

—No sé cuál es —insistió Judith sonriente, dejando ver sus dientes blancos y perfectamente alineados.

Megan se encogió de hombros.

—Da igual. Pues desde que trabaja allí no le vemos el pelo.

—Nos ha cambiado por unos locos —intervino Danny riendo. Luego miró hacia él sonriente —. Supongo que son más divertidos ellos que nosotros.

Allen resopló mientras una sonrisa inundaba su rostro.

—No te creas, más o menos igual —respondió desviando la mirada hacia Jerry, el cual traía otra enorme jarra de cerveza.

Llegó hasta ellos y deposito la jarra frente a Allen.

—Aquí la tienes. —Le guiñó el ojo y dio media vuelta distribuyendo por las mesas el resto de bebidas que llevaba sobre la bandeja.

—Gracias.

—No te vas a quedar con sed, no —comentó Danny mientras daba un sorbo a una jarra igual que la de Allen.

Megan apoyó su rostro en la mano.

—Entonces, ¿todo bien en el trabajo?

Allen dio un buen sorbo y depositó de nuevo la jarra sobre la mesa. Cogió una servilleta de papel y se limpió el labio en el que notaba que había quedado algo de espuma.

—Sí, todo bien. Agotado, los cambios de turno me matan.

—Es verdad, comentaste que hacías diferentes horas.

—Es lo que peor llevo, o me tengo que levantar excesivamente pronto, o llego excesivamente tarde a casa. —Luego se encogió de hombros—. Pero es lo que toca.

—Bueno, al menos disfrutas de tu trabajo —intervino por primera vez Judith desde que se habían sentado en la mesa.

—Sí. —Le sonrió amablemente—. ¿Y tú? Estabas en una empresa de… —Se quedó pensativo.

Judith sonrió e incluso le pareció ver que le esquivaba la mirada y sus pómulos adquirían un tono más rosado.

—De publicidad —dijo finalmente—. Ahora estamos trabajando en la campaña de la liga de beisbol americana.

Allen la miró y abrió los ojos excesivamente.

—¿En serio?

Danny sonrió y echó de nuevo la mano al hombro de Allen.

—Aquí tienes a un gran forofo del beisbol.

—Bueno, hemos confeccionado los anuncios de la televisión —continuó explicando Judith.

—Me encanta el anuncio cuando el jugador golpea la pelota con todas las fuerzas y se estrella contra la cámara. —Luego Danny puso voz de locutor de televisión—. Siéntela —dijo imitando la voz del locutor que salía en el anuncio y que decía la misma palabra que él había repetido. Luego hizo un gesto divertido con su rostro—. ¿Y qué pretende que sienta? ¿Un golpe en toda la cara? —rió.

—Es solo para llamar la atención —Le corrigió Judith.

—La pelota nunca saldrá de la televisión, no te hagas ilusiones —bromeó Megan mientras Danny chasqueaba la lengua como si estuviese desilusionado.

Allen cogió la jarra y dio otro sorbo.

—Pues están genial, de verdad, muy bien logrados.

Judith se encogió de hombros.

—Bueno, el mérito es de mi supervisor, yo simplemente me dedico a contratar los actores, hacerles la prueba, el contrato.

—Supongo que conocerás a muchos famosos.

—Que va, no tantos. —Se encogió de hombros y volvió a sonreír—. Entrevistas he hecho pocas. Me dedico más a bien a tema de recursos humanos.

Un camarero se acercó con una libreta y bolígrafo.

—¿Ya sabéis que vais a tomar?

Hubo un pequeño murmullo y luego se miraron entre todos sin saber qué pedir.

—¿Os parece bien si pedimos algo para compartir? —preguntó Megan, a lo que todos aceptaron—. De acuerdo −dijo mirando al camarero—. Trae una de nachos, mmm… una de fajitas…

—¿La ensalada california es la que lleva pechuga de pollo rebozada? —intervino Danny. El camarero afirmó—. Pues pon una de esas también.

—De acuerdo.

—Ah —dijo volviendo a intervenir como si lo recordase—. Y una de patatas de esas tan ricas con bacon y queso.

—De acuerdo, ¿algo más?

Hubo un segundo de miradas entre ellos.

—No, nada más —dijo Meg—. Bueno, otro par de coca-colas —dijo señalando la lata de ella y de su prima.

El camarero las cogió colocándolas sobre la bandeja y guardó su pequeña libreta y bolígrafo en el bolsillo de su delantal negro.

—Ahora las traigo.

Cogió la bandeja y se marchó hacia la barra donde entregó la nota para que se la pasasen al cocinero.

—Te repito de nuevo, te vas a poner como un ceporro —comentó Allen a Danny.

—Eh, que yo he pedido la ensalada —Se excusó. Luego señaló a Megan—. Ha sido ella la de los nachos y fajitas.

—Claro, y la de las patatas también —Se burló Megan.

—Bueno, las patatas son cosa mía, pero la compartiré con todos —dijo guiñándole el ojo a Allen.

Allen miró hacia fuera del restaurante, pues a lo lejos se había escuchado un trueno.

—Vaya tiempo hace —pronunció Judith siguiendo la misma dirección que él.

—Sí —dijo volviendo su rostro hacia ella—. ¿Y hasta cuando te quedas aquí?

—Me quedaré esta semana. La semana que viene cojo un vuelo a Austria —pronunció animada.

—¿Austria?

—Siempre he querido ir. Me marcho con dos amigas más. Hemos alquilado un coche y haremos una ruta por esa zona.

—Suena bien. A mí me parece que este año pocas vacaciones voy a tener —dijo encogiéndose de hombros—. Como mucho me cogeré una semana y tampoco planeo irme a ningún lugar.

—Podrías cogerlas en septiembre y hacemos una escapada a Las Vegas —comentó Danny—. Como hace un par de años.

Allen le miró enarcando una ceja y luego rió.

—No, déjalo. Preferiría un lugar más tranquilo.

Danny comenzó a reír ante la atenta mirada de las dos muchachas.

—¿Ocurrió algo en aquel viaje? —preguntó Judith intrigada.

—¿Qué si ocurrió algo? —preguntó Allen observando a Danny—. Lo que ocurrió es que aquí, el novio de tu prima, se emborrachó y tuve que soportarlo toda la noche.

—Estaba muy estresado —comentó como si nadie le comprendiese—. Tú deberías haber notado mis síntomas, doctor —Le dijo con una burla amistosa—. Deberías de haberme frenado.

—Ya eres mayorcito. No soy tu padre —Le contestó entre risas.

—No, está claro que no. —Colocó de nuevo la mano en su hombro y miró a Judith—. Ni caso, en realidad se lo pasó en grande —dijo en tono de confidencia mientras Allen negaba con su rostro.

Comenzaron a comer mientras seguían charlando y riendo, así que para cuando trajeron el resto de platos aún no habían acabado los primeros. Allen observó como Judith esquivaba de vez en cuando su mirada, como si se sintiese tímida. Una actitud bastante graciosa por parte de ella y que le hacía pensar. La verdad es que era una chica hermosa, y de carácter alegre y sonriente. Su rostro tenía harmonía y dulzura.

Fueron retirando los platos a medida que iban acabando con ellos.

—Después podríamos salir a tomar algo —propuso Danny, siempre dispuesto a una buena fiesta.

—O podríamos quedarnos aquí. ¿Has visto la que está cayendo? —preguntó Allen mientras señalaba hacia la calle.

—Pues sí. —Miró el reloj y sonrió—. Casi mejor nos quedamos aquí.

Algo en la televisión llamó la atención de Allen, distrayéndolo.

Una mujer con sangre en su rostro aparecía llorando, con un niño cogido en brazos, el cual se pasaba las manos por los ojos y hacía pucheros con sus labios. El niño debía tener unos tres años de edad, tenía una mano vendada. Parecían estar hablando sobre algo que había ocurrido. La imagen cambió apareciendo casas totalmente destruidas y, a lo lejos, un enorme tornado. Entre vivienda y vivienda los caballos corrían huyendo del enorme tornado mientras este arrasaba con todo lo que encontraba a su paso.

En ese momento vino a su mente un recuerdo.

Allen se encontraba en la habitación de Claire, ella contemplaba el jardín a través de la ventana de su habitación, como si en ese momento no fuese consciente de que él se encontraba a su lado, como si se hubiese perdido de nuevo en sus pensamientos.

—El viento sopla fuerte. —Había dicho en un susurro.

Allen la observaba detenidamente y luego miró a través de la ventana hacia el punto que ella observaba.

—Hace buen día. Ni una sola nube —Le rectificó.

—Las casas caen, los niños lloran. —Allen la contempló atentamente.

—¿Dónde están esos niños? –preguntó intentando que recapacitase. Pero ella volvió a quedarse en silencio como si no lo escuchase.

—Los caballos gritan.

Esta vez Allen volvió a arquear una ceja.

—Los caballos no gritan Claire, relinchan.

Ella lo miró rápidamente indignada y dio un paso hacia él elevando su rostro.

—Pues relinchan —comentó enfadada—. Pero relinchan muy fuerte —reaccionó nerviosa.

Su mirada recorrió la habitación nerviosa, como si no le gustase hablar de ello, como si aquello le resultase incomodo de decir. Al momento elevó su mano hacia su cabello y comenzó a removérselo de forma agresiva. Allen le detuvo la mano pero ella dio unos pasos hacia atrás gritándole.

—¿Vas a tomar otra cerveza? —Le preguntó Danny mientras le golpeaba de nuevo el hombro, pues se había quedado extasiado mirando la televisión.

Allen reaccionó, sin apartar la mirada de la pantalla que colgaba de la pared, algo confuso.

—Espera. —Se giró a la izquierda y miró hacia la barra donde Jerry iba llenando otra jarra—. ¡Jerry! —gritó hacia él—. ¿Puedes subir el volumen de la televisión?

Jerry lo observó un segundo y se encogió de hombros mientras cogía el mando a distancia y lo enfocaba hacia la enorme pantalla plana. Aumentó el volumen permitiéndole escuchar entre aquel alboroto lo que decía la locutora.

—Un tornado de nivel ocho ha asolado la ciudad de Misuri, llevándose todo lo que encontraba a su paso. —Al momento se levantó inquieto al observar un grupo de caballos relinchando de forma desbocada, corriendo de un lado a otro.

—¿Pero qué es eso? —susurró inquieto. Aquello era lo mismo que Claire había descrito, exactamente igual.

Una mujer apareció de nuevo en la pantalla con varios niños a los lados, los cuales lloraban sin cesar.

—Fue espantoso —gimió la mujer—. Nos pilló de improviso. Lo hemos perdido todo. La casa. —Al momento la imagen de su casa totalmente derrumbada apareció en la pantalla—. El viento se llevó también el establo y hemos perdido los caballos, la cosecha, todo —gimió la

mujer al borde del llanto.

El reportero apareció de nuevo en la pantalla.

—¿No lo habías escuchado? —Le preguntó Danny—. Ha sido uno de los más fuertes que ha habido. No se recordaba uno así en los últimos cincuenta años —comentó sentado desde su asiento mientras lo miraba sorprendido, pues su actitud era bastante extraña, permanecía de pie observando la pantalla y su rostro había tomado un tono blanquecino.

El reportero comenzó a hablar.

—Uno de los tornados más fuertes de la historia ha sido bautizado como Misuri. Aún no se sabe el número final de víctimas, pero ya se han recontado cien fallecidos y hay ochenta personas desaparecidas por el momento.

Allen se pasó la mano por la frente angustiado, recordando de nuevo otra de las veces que Claire le había dicho aquello.

—Mierda, Danny —Le susurró Megan mientras observaba su reloj y de reojo a Allen—. El parquímetro. Dame un dólar. Voy a cambiar el tiquete.

—Te vas a poner chorreando.

—¿Quieres que nos pongan una multa? Yo no —dijo cogiendo el dólar—. Gracias. —Comenzó a separarse caminando rápidamente hacia fuera del bar.

Allen se encontraba en una especie de éxtasis. No sabía qué pensar de aquello. Eran tan parecido a lo que ella había descrito días atrás. Recordó de nuevo.

Claire estaba ingresada en la sexta planta, en una habitación de contención. Él había ido a verla después de que las enfermeras le dijesen dónde se encontraba. Habían tenido que sedarla y había intentado golpearse repetidas veces contra la pared.

Claire arrugó la frente y esta vez colocó su rostro hacia abajo con cara de sufrimiento. Se llevó las manos a los oídos y comenzó a sollozar.

—El viento —susurraba—. Los gritos, no paran.

—Claire, aquí no hay ningún ruido. Escucha.

—¡No! —gritó aún tapándose los oídos y comenzando a balancearse—. El viento no para, todo se cae. No, no lo soporto más —gimió con angustia y dolor en su voz—. Necesito que pare… necesito que pare…

—Eh, eh, mírame —dijo haciendo que con un pequeño movimiento de su mano le observase —. Aquí no hay ningún ruido, escucha —susurró con tono tranquilizador.

Ella le había observado atentamente, incluso con suspicacia en aquella mirada perdida por la medicación. Se había mantenido prácticamente un minuto observándole hasta que sus ojos se habían abierto en exceso como si algo le asustase.

En ese momento Allen no había estado preparado. Con un movimiento muy rápido se había abalanzado sobre él haciendo que cayese. Colocó una mano a cada lado de su rostro haciendo que le mirase mientras gritaba.

—¡Díselo! ¡Díselo! —Había gritado de forma desesperaba mientras comenzaba a golpear el rostro de él, como si intentase que le prestase atención.

—¿Qué diga qué? —gritó finalmente mientras lograba sacársela de encima. La impulsó un poco y ella cayó sobre el suelo blanco y espumoso.

—No puedo —Había gemido con verdadera pena—, ¡no puedo hacerlo! La gente muere —gritaba mientras emitía un alarido de dolor y las lágrimas caían sin pausa—. La gente no para de morir y no puede hacerse nada por culpa de gente como tú. Va a morir mucha gente.

—¿Qué tengo yo que ver con esto? —Le había preguntado.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Claro.

Ella se había incorporado y poseía una extraña medio sonrisa hacia él.

—Cuando el viento sopla, las casas caen, los niños lloran y los caballos gritan es mejor no cruzar calles.

—¿Qué?

—¡Que no cruce! —Había gritado con todas sus fuerzas—. ¡Dile que no cruce!

En ese momento notó como su corazón se desbocaba, como una mágica electricidad recorría toda su columna vertebral. Sus manos comenzaron a temblar, su respiración se volvió agitada. Ahora todo cobraba sentido.

Se giró directamente hacia la puerta de bar, observando las ventanas que daban a la calle, donde una enorme tormenta, seguramente producto del tornado estaba medio inundando las calles. Pero ella estaba allí, dispuesta a cruzar para ir hacia el parquímetro.

—¡Megan! —gritó mientras comenzaba a correr en dirección a la puerta, con la mirada atenta y asustada de todas las personas que estaban allí.

Danny se levantó de su asiento preocupado y asustado por el grito.

—Allen, ¿qué ocurre?

Pero él no respondió. Lo único que necesitaba era llegar al final del restaurante y detenerla. Que no cruce, que no cruce —repetía en su mente las palabras de Claire.

El restaurante estaba demasiado concurrido. Chocó contra un camarero haciendo que la bandeja con las bebidas se desparramase por todo el suelo. Cayó durante un segundo pero se puso en pie de inmediato. Observó que Megan se disponía a cruzar en ese momento, mirando de un lado a otro de la calle.

—¡No!, ¡no! —gritó mientras corría internándose entre el pelotón de gente que esperaba su copa en la barra. Fue apartando incluso a empujones a todos los que se interponían en su camino.

Logró salir de ese tumulto y corrió hacia la puerta tirando de ella. Megan se encontraba en medio de la carretera, cruzándola corriendo y esquivando los charcos que se habían formado en el asfalto.

Estaba abriendo la puerta con todas sus fuerzas para salir al exterior cuando notó como su corazón se detenía en aquel preciso momento. Un gritó salió de lo más profundo de su ser mientras comenzaba a salir al exterior.

Un coche color escarlata había girado la calle a gran velocidad. Pudo ver como intentó frenar, como intentó esquivar a la persona que cruzaba la calle, pero no había podido hacer nada.

Observó el mismo momento en que ella giró su rostro hacia el vehículo observando lo que estaba a punto de ocurrirle, sabiendo que aquel vehículo la atropellaría. No pudo evitarlo.

Megan había sido embestida por el coche, el cual al frenar bruscamente había hecho que su cuerpo volase varios metros hacia atrás.

Allen notó como su cabello, su camisa, todo él se quedaba empapado en una fracción de segundo. Su cuerpo temblaba, inerte bajo la lluvia. Escuchó el alboroto que se formó detrás de él, en el restaurante del que había logrado salir hacía pocos segundos.

Se quedó petrificado por lo que había visto, pero no tardó en reaccionar. Corrió bajo la lluvia hacia el cuerpo de Megan, que permanecía tumbado sobre el asfalto.

Fue hacia ella y se arrodilló a su lado. Le tomó el pulso. Al menos su corazón latía.

El chico joven que conducía el vehículo escarlata salió de él en estado de shock, observando el cuerpo de la joven tendido sobre el asfalto.

—Lo... lo siento... yo no... no… —comenzó a articular.

—¡Llama a una ambulancia! —Le gritó Allen mientras se aseguraba de que aún respiraba.

Observó como el muchacho buscaba su móvil y lo llevaba hacia su oído, tembloroso. Segundos más tarde pudo escuchar como Danny y Judith corrían hacia él gritando de desesperación.

Eran las once de la noche cuando Allen se giró en aquel largo pasillo blanco del hospital y observó a sus amigos sentados en la sala de espera. No creía que su rostro fuese mejor que el de ellos. Judith había permanecido llorando desde que había visto el atropello, ellos tampoco habían podido controlarse mucho rato más.

Allen había pedido ir en la ambulancia para acompañar a Megan mientras enseñaba su carnet de médico, pero tras ver el rostro destrozado de Danny había decidido que sería mejor que fuese él quien le acompañase. Al fin y al cabo era su pareja.

Judith había cogido el coche de Megan y Allen el suyo propio siguiendo a la ambulancia hasta el hospital.

La habían metido a quirófano urgente. Por lo visto, una de las costillas se había clavado en el pulmón.

Allen notó su mejilla húmeda por las lágrimas que la habían cruzado. Se apoyó contra la pared blanca e inspiró intentando calmarse, colocándose las manos en los bolsillos. Lo que había ocurrido era realmente extraño. Era demasiada casualidad. Demasiada.

Los niños llorando, las casas destruidas, el viento soplaba fuerte, tal y como Claire le había explicado, pero lo que más le llamó la atención en aquel momento habían sido los caballos relinchando. Aquello había sido lo que había hecho sonar su alarma.

Había escuchado de lejos como Megan decía que iba a cambiar el tiquete del parquímetro, pero no había sido consciente de las palabras que Claire había pronunciado hasta que lo recordó. “Que no cruce”

Se removió contra la pared y se pasó la mano por la frente mientras un largo suspiro salía de lo más profundo de su ser. ¿Cómo podía haber acertado con tanta precisión? ¿Había sido todo una mera casualidad?

Comenzó a caminar por el largo pasillo, observando a sus amigos en silencio. Judith permanecía sentada al lado de Danny, aún tenía el pañuelo en la mano y lo pasaba por sus mejillas de vez en cuando. Danny permanecía sentado, apoyando su cabeza contra la pared y los ojos cerrados, como si estuviese agotado o no soportase el dolor que residía en aquel momento en su interior.

Se detuvo y miró hacia el final del pasillo esperando a que algún médico apareciese para informarles de cómo iba la operación, pero el silencio y la calma reinaban en ese pasillo.

Claire se encontraba ingresada en un psiquiátrico de menores desde los ocho años de edad, posteriormente, al cumplir los catorce la habían trasladado al suyo. Siempre habían pensado que lo que sufría eran delirios, imaginaciones creadas a través de una enfermedad psiquiátrica como la esquizofrenia, bipolaridad… pero aquello, aquello no era producto de una enfermedad, aquello había sido totalmente real. Claire no estaba enferma, o al menos, no tanto como creía.

Se giró y volvió a deshacer el camino que había andado, totalmente pensativo mientras colocaba las manos en sus bolsillos.

Aquello no había sido producto de la locura, había acertado al cien por cien. El tornado podría ser causalidad, los niños, las casas destrozadas, pero los caballos ya era más complicado y, ¿qué decir de lo que le había ocurrido a Megan? Estaba claro que estaba pasando algo que su mente científica no acababa de comprender, algo que estaba por encima de sus años de facultad y

del estudio de la mente humana.

En aquel momento un médico atravesó la puerta y se dirigió directamente a la sala de espera. Allen corrió hacia allí colocándose al lado. Judith se levantó de inmediato, pero Danny lo único que pudo hacer fue abrir los ojos, sin mover ni una parte más de su cuerpo.

—La operación ha ido bien —dijo el médico con una leve sonrisa—. La dejaremos sedada durante cuarenta y ocho horas, a ver cómo evoluciona.

—¿Puedo ir a verla? —preguntó Judith mientras otra lágrima comenzaba a surcar sus mejillas.

El cirujano la observó.

—La pasaremos a la UVI en unos minutos, pero hoy no podrán. Deberán esperar a mañana por la mañana para poder visitarla. Las visitas comienzan a las ocho de la mañana hasta las ocho y cuarto. Luego hay otro cuarto de hora a media mañana, por la tarde y noche. Pero estará sedada —comentó cruzándose de brazos—. No sabrá que estáis ahí.

—Que poco rato para las visitas —Se quejó Judith.

Allen se acercó un poco a ella.

—Cuando la pasen a planta no hay horarios de visitas —Le comentó.

—¿Y cuándo será eso? —volvió a preguntar mirando hacia el doctor.

—Tenemos que ver como evoluciona. Estas cuarenta y ocho horas son cruciales. Con suerte en un par de días la podremos despertar del coma inducido, pero hay que esperar a ver el funcionamiento del riñón. De momento está estable y responde correctamente a la medicación.

El doctor miró a Allen y le explicó directamente, pues ya había informado de que era psiquiatra.

—Hemos conseguido detener la hemorragia renal y preservar su tejido.

Allen sonrió. Aquel mismo cirujano, hacía tres horas le había informado de un traumatismo renal y una operación de urgencia. Sabía que si por el traumatismo sangraba por dentro, la misma sangre le irritaría deteriorando el tejido renal, lo cual podía ser horrible.

Por suerte, el hospital al que la habían trasladado la ambulancia estaba a escasos diez minutos de donde se encontraban, y en cuanto llegaron y después de realizarle una resonancia magnética la intervinieron rápidamente.

—Es una gran noticia.

—¿Se pondrá bien? —preguntó Judith nerviosa.

—Hay que esperar. Pero la operación ha ido muy bien. —El doctor volvió a intervenir—. Mañana arreglaremos el seguro médico. No hay problema.

Judith hizo un gesto un poco desagradable, parecía que aquella respuesta no le había gustado. Obviamente, lo que quería escuchar era que sí, que se pondría bien, pero sabía que ningún médico podía asegurarlo al cien por cien, pues cada cuerpo respondía de una forma distinta.

—Por ahí se empieza, Judith —dijo Allen pasándole el brazo por los hombros y acercándola a él para reconfortarla—. La operación ha ido bien, así que es muy buen síntoma.

Judith le miró con ojos llorosos, y esta vez asintió con su rostro un poco más convencida.

Al menos, Judith no parecía estar en estado de shock, contrariamente a Danny, el cual no había pronunciado palabra alguna ni se había movido desde que habían llegado al hospital.

—De acuerdo, gracias doctor —Le dijo Allen.

El doctor se marchó, perdiendo su rastro tras una puerta. Allen se giró soltando a Judith y observó a su amigo. Se le veía totalmente abatido, con la mirada perdida.

—Vamos, Danny. Vamos a casa, aquí no hay nada que hacer ahora mismo —dijo agarrándole delicadamente del brazo. Pero Danny se lo apartó de malos modos—. Vamos,

Danny —Le insistió con una increíble paciencia.

—Yo me quedo aquí.

—¿Aquí dónde? ¿En la sala de espera? Son las once de la noche y no se puede visitar hasta las ocho de la mañana —Le recordó agarrándole de nuevo del brazo y ayudándole a levantarse. Se colocó delante de él y observó su mirada perdida, sus ojos llorosos, su rostro pálido—. Eh, venga. —Se acercó dándole un abrazo—. Se pondrá bien, ya verás. La operación ha ido estupendamente. En una semana estará como nueva. —Notó como Danny se apretaba a él y rompía a llorar por los nervios y la impotencia que había acumulado durante esas horas. Allen no dijo nada, simplemente se quedó en aquella misma posición abrazándole, dejando que se desahogara y notando como las lágrimas iban empapando su camisa blanca. Estuvo tentando de echarse a llorar él también, pero ahora no era su momento, debía dejar que se desahogara él, él debía convertirse en el pilar que lo sujetaba y le permitía estar a flote.

—Vamos, os llevo a casa —susurró distanciándose un poco de él y agarrando la chaqueta tejana que había depositado en una silla.

—No, no —dijo Danny pasándose la mano por la mejilla e intentando no centrar la mirada en ellos—. No te preocupes. Prefiero coger el coche de Megan, no quiero dejarlo aquí. —Se colocó la chaqueta mientras suspiraba repetidas veces y caminó hacia ellos golpeando levemente el hombro de Allen—. Vamos.

Aun así, aunque parecía que a Danny le había ido bien extraer todos los nervios que llevaba dentro pudo observar cómo mientras caminaban por el largo pasillo echaba la vista atrás, como si esperarse encontrarla al final de este con su tierna sonrisa.

Bajaron hasta la planta del garaje y Allen les acompañó hasta el coche.

—¿Quieres que vaya a tu casa? —Le preguntó mientras abría la puerta.

—No —pronunció sin mirarle—. Me acostaré nada más llegar. Quiero venir bien pronto.

Allen lo observó unos segundos sentarse en el asiento del conductor y Judith en el asiento del copiloto.

—¿Seguro? ¿Podrás conducir tranquilo?

Finalmente Danny le miró, y aunque su rostro expresaba realmente lo que sentía, miedo, dolor y angustia, logró calmar sus facciones y afirmar con su rostro.

—De acuerdo. Nos vemos mañana aquí a las ocho. —Luego se acercó un poco más a la ventanilla—. Si necesitas hablar llámame, sea la hora que sea.

—Tranquilo, estaré bien. —Inspiró y luego le observó con una mirada convencida—. Ella se pondrá bien.

Allen afirmó y se apartó del vehículo mientras encendía el motor. Puso primera y se movió hasta la rampa que subía hacia la calle.

Fue hacia su coche y una vez estuvo dentro no pudo contenerse más, rompió a llorar y a gritar por la impotencia que sentía en esos momentos. Apoyó su cabeza contra el volante y permaneció varios minutos en aquella posición dejando que todos los nervios saliesen afuera.

Revivió el momento del accidente. Ver a Megan impulsada en el aire hasta caer sobre el asfalto ya inconsciente era la peor experiencia que había vivido nunca. Revivió sin poder evitarlo aquella imagen cientos de veces en aquellos minutos, haciendo que su angustia incrementase y tuviese que ahogarla en un grito de desesperación.

Aquello no debía haber ocurrido. Ella no debería haber sufrido aquel accidente.

Se incorporó en su asiento y respiró hondo mientras observaba el enorme parking prácticamente vacío.

Cuando notó que los latidos de su corazón se normalizaban y que el temblor de su cuerpo

desaparecía arrancó el vehículo. Se miró en el retrovisor observando todo su rostro empapado, los ojos rojizos y las ojeras marcadas. Se pasó la mano por la frente y las mejillas intentando recomponerlo un poco.

Salió por aquella enorme rampa empinada hacia la calle donde al momento una enorme tromba de agua cayó sobre el vehículo. Observó como un relámpago cruzaba el cielo, posteriormente el estruendo del trueno hizo que los vidrios de su coche vibrasen.

Ni siquiera puso la radio, condujo lento y pensativo el corto trayecto hasta su piso, dándole vueltas siempre a lo mismo, ¿qué escondía Claire?

8

Entró agitado a su piso. No sabía lo qué debía hacer, sabía que algo se le escapaba a todo aquello, algo que iba más allá de la mente humana, de la psiquiatría a la que había dedicado sus últimos años de vida. Eran demasiadas casualidades. Depositó con nerviosismo la chaqueta sobre sofá y fue directo hacia su habitación, donde recordaba que había dejado el maletín el día anterior.

Se movió rápido por el piso, sin siquiera encender las luces, pues con la del comedor ya le bastaba. Cogió el maletín y volvió al comedor a toda prisa sacando el expediente de Claire McCain y depositándolo en la mesa con un golpe un tanto fuerte.

Se sentó en la silla y lo abrió. Lo primero que se encontró fue el último dibujo que había realizado. Lo que en realidad había pensado que era un sol era una simple pelota, había en total nueve, y la última desprendía rayos. Recordó lo que había dicho *"Lastima que la hoja no sea más grande, no puedo dibujar la cantidad de gente que va a morir"*

Notó como su mano comenzaba a temblar. ¿De verdad podía ser aquello cierto? Su mente le decía que no, que aquello era producto de su imaginación, era lo que la lógica y sus estudios le habían llevado a creer, pero aquellas últimas horas habían mermado todo lo que había creído alguna vez, todo lo que había estudiado.

No se consideraba escéptico, pero tampoco creyente.

Revisó el dibujo una y otra vez, intentando hallar algún matiz que le resultase particular o conocido. Nueve pelotas decía Claire. Se pasó la mano por la frente angustiado y apartó el dibujo a un lado observando el anterior que había realizado. Hacía escasamente una semana y media que había comenzado a escuchar el sonido del viento, a dibujar las casas destruidas, los caballos relinchando, solo una semana y unos días para que hubiese ocurrido.

Tragó saliva y su mirada voló de nuevo hacia el último dibujo que había realizado hacía escasos días.

Intentó dejar la mente en blanco. Si realmente ella tenía un extraño poder extrasensorial, si en realidad podía prever lo que iba a ocurrir en un futuro, ¿cómo iba él a saberlo? Aquello era como una adivinanza demasiado compleja.

Comenzó a ojear el expediente pasando dibujo tras dibujo hasta que uno le llamó la atención. Desde luego Claire no era una artista, pero podía adivinarse bien lo que pretendía dibujar. Había una especie de túnel, o eso creía, con una serpiente en su interior y dentro de la serpiente, como si esta se lo hubiese tragado el número ciento noventa y uno en color rojo. La fecha era del uno de marzo de dos mil cuatro. ¿Qué podía significar? Si es que en realidad significaba algo. Se quedó extasiado mirando la hoja, como si con mirarla durante largos minutos pudiese descifrar algún código o significado oculto.

De todas formas aquello era de fecha de dos mil cuatro, lo que tuviese que haber ocurrido ya había pasado. Aquella reflexión le hizo comprender. Abrió el portátil y esperó a que éste se encendiese. Su procesador era rápido, pero en esos momentos una fracción de segundo le parecía una eternidad. Necesitaba saber. Necesitaba averiguar si realmente Claire poseía algún don o si todo era fruto de una simple casualidad.

Cuando el ordenador le indicó a través de un ligero pitido que ya estaba encendido y listo para ser utilizado se puso manos a la obra.

Pulsó el icono de internet y fue al buscador que utilizaba siempre. Miró de nuevo el dibujo y observó la larga serpiente, abarcando prácticamente todo el túnel o carretera que Claire había dibujado, y dentro aquel número pintado en un rojo chillón.

Colocó su ratón en el buscador y se quedó pensativo, ¿qué tenía que buscar?

Observó el dibujo. La serpiente era un animal, bien, comenzásemos por ahí. Tecleó las palabras "problemas animales dos mil cuatro". Cuando le dio al intro un montón de webs se abrieron ante él. La mayoría versaban sobre protocolos alimenticios de animales, otras webs sobre un programa de televisión que hablaba sobre los animales y que se había emitido durante ese año, y otras hablaban simplemente del problema sobre el abandono de animales.

Allen suspiró. Quizás todo fuese fruto de una gran causalidad aunque, recordó de nuevo que Claire le había insistido en que debía decirle que no cruzase, y luego recordó las palabras *"Luego no digas que no te lo he dicho"*. No, aquello no había sido una casualidad, ella sabía lo qué iba a ocurrir. Igual que sabía que vendría un tornado arrasando todo Misuri, que los niños llorarían y los caballos se escaparían de las cuadradas.

Se debatió en qué debía teclear y finalmente, tras observar el dibujo de nuevo puso catástrofe marzo dos mil cuatro. Un montón de páginas web se abrieron ante él. Comenzó a leer con atención, una de esas web hablaba del accidente de Chernóbil, ya que justo en ese año habían comenzado a reconstruir el reactor que operaba en aquella central, el veinteséis de abril de mil novecientos ochenta y seis. Se mordió el labio y resopló. Aquello no tenía nada que ver con aquel dibujo, al menos, eso pensaba. Retrocedió en la web y volvió a leer todos los enunciados que le salían en el buscador mediante aquel patrón de búsqueda y uno de ellos le llamó especial la atención. *"Atentado ferroviario en Atocha, Madrid"*

Clicó en aquel link y entró en la web. Aquello parecía que tenía más sentido, un túnel, una serpiente, bien podría tratarse de un metro. Comenzó a leer. El mayor atentado ocurrido en Europa hasta la fecha, con diez explosiones casi simultaneas en cuatro vagones a la hora punta de la mañana, comprendidas entre las siete treinta y seis y las siete cuarenta. Posteriormente, y tras intentar desactivar dos de las bombas, la policía la detonó de forma controlada, y desactivó una tercera que les permitiría y conduciría a la identificación de los autores. Fallecieron ciento noventa y una personas y mil ocho cientos cincuenta y ocho resultaron heridas.

Allen volvió a leer aquella frase incrédulo "Fallecieron ciento noventa y una personas y mil ocho cientos cincuenta y ocho resultaron heridas" Desvió despacio su mirada hacia el dibujo. La serpiente iba por aquel túnel, una serpiente larga y, en su interior, como si lo hubiese engullido, aparecía el número ciento noventa y uno.

Notó como su corazón comenzaba a latir más rápido, como una gota de sudor frío comenzaba a resbalar por su frente. Miró la fecha del dibujo, el uno de marzo de dos mil cuatro. Miró la web, el atentado había ocurrido en España el once de marzo de dos mil cuatro. Aquello era realmente increíble.

Cogió el dibujo, le dio la vuelta y apuntó los datos claves que necesitaba.

Remeneó entre los siguientes dibujos y cogió uno al azar. Observó que era de fecha de veintiséis de septiembre de dos mil cinco. Este dibujo era muy claro, habían casas y una especie de castillos destruidos, gente tirada por el suelo o realizando la acción de correr, pero lo que más le llamaba la atención era los rayos que había dibujado en la tierra y unos números extraños que no le encontraba sentido y que estaban a pie de página, treinta y cuatro, veintiséis, treinta y cinco, setenta y tres, treinta y cuatro, y cincuenta y dos.

Puede que aquellas casas destruidas fuesen producto de otro tornado, pues había dibujado exactamente lo mismo. Puso en el buscador las palabras tornado septiembre de dos mil cinco.

Aparecieron otros desplegables con todas las web, el más importante parecía que era el de Tuscaloosa, pero había ocurrido un día antes de que ella dibujase aquello. Luego observó, la fecha era prácticamente acabando septiembre, si había ocurrido algo, habría pasado en octubre. Modificó el mes en el buscador y le dio al intro, no apareció ninguna web interesante ni tornados fuera de lo normal en aquella época.

Observó la hoja y miró los números, quizás aquello era el número de víctimas que había habido en aquella catástrofe, tal y como había hecho con el atentado que había ocurrido en España. Sumó de cabeza todos los números que había apuntado. Doscientos cuenta y cuatro.

Fue al buscador de nuevo y esta vez puso "octubre dos mil cinco, dos cientas cincuenta y cuatro víctimas" le dio al intro para que se abriesen las webs, pero no apareció nada de nada de su interés.

Suspiró y apoyó la frente en la mano, aquello era realmente complicado, pero ahora, cada vez más, estaba dispuesto a creer que aquello era real. Aquella muchacha no tenía ningún problema psiquiátrico. Cogió el dibujo y lo colocó frente a él, observándolo. ¿Qué podía significar aquello? Desde luego no era el número de víctimas, pues había filtrado ya esa información en internet. Entonces, ¿de qué podía tratarse? Observó como las casas estaban destruidas, simplemente en una faltaba el tejado, en otra la puerta estaba en el suelo, las casas se partían por la mitad, la gente tenía la boca hacia abajo en signo de tristeza. Lo observó atentamente, sobre los números salían rayos de la tierra, como si la partiese. Quizás no fuesen rayos, sino la tierra que se quebraba. Un terremoto.

Fue directo al buscador y tecleó: terremoto octubre dos mil cinco. En el primer link rezaba terremoto de Cachemira magnitud siete coma seis. Entró en aquella web, aunque se dio cuenta de que aquel número no era ninguno de los que ella había puesto.

Comenzó a leer. El terremoto de cachemira o también conocido como terremoto del subcontinente indio, del norte de Pakistán o terremoto del sur de Asia, tuvo lugar el ocho de octubre de dos mil cinco en la región de Cachemira, entre India y Pakistán. Su magnitud fue de siete coma seis en la escala de Richter, siendo el terremoto más fuerte que haya experimentado la región en el último siglo. El terremoto afectó a India, Pakistán y Afganistán, dejando un número de fallecidos aproximados a ochenta y seis mil y más de ciento seis mil heridos. Se estima que un mínimo de tres millones de personas perdieron sus hogares.

Aquello no le daba ninguna pista sobre si se trataba de lo que ella había dibujado. Suspiró y llevó el ratón hasta la flecha para volver a la página anterior pero algo le detuvo. En un lateral de la página ponía unos datos importantes, y entre otros, una sucesión de números. Cogió el dibujo y lo colocó al lado de la pantalla observándolos, eran exactamente los mismos y se correspondían con las coordenadas donde se había originado el terremoto. *"34º 26´35 N 73º 34' 52E"*

—¡Joder! —Allen se levantó de la silla asustado, nervioso. Aquello ya era demasiado. Se pasó las manos por la cabeza removiendo su cabello. ¿Cómo podía ser todo eso cierto? Ella se encontraba ingresada desde que tenía ochos años, había recibido medicación, había estado en habitaciones de contención. Aquella idea le amartilló la cabeza. Aquella chica no estaba enferma, aunque su mente se negase a comprender todo aquello, a encontrar algo de lógica.

Fue rápido hacia el expediente y comenzó a ojearlo, tal y como había recordado, Claire estuvo ingresada en un psiquiátrico infantil desde los ocho años hasta los catorce, después la habían trasladado al de adultos, pero antes, la había cuidado su tía tras la muerte de sus padres y hermano. Ella era la que la había mandado ingresar.

Fue hasta la parte del expediente donde se encontraban los datos de los familiares y observó que su tía se llamaba Katherine McCain Rolls, debía ser la hermana de su padre. Observó el

reloj, pasaban más de las doce, concretamente las doce y cuarto, pero no le importaba, como mucho despertaría a una mujer de la cama. Él necesitaba saber, necesitaba aclarar unos asuntos, y en aquel momento lo que menos le importaba era la comodidad de la tía de su paciente.

No lo pensó más y cogió el teléfono marcando el número de aquellos familiares. Mientras escuchaba como comenzaba a dar tonos pensó en qué iba a decirle. Ni siquiera tuvo tiempo de pensar, pues antes de que el tercer tono sonase una voz áspera contestó al teléfono.

—¿Sí?

—Buenas noches. ¿Con Katherine McCain? —preguntó observando el expediente.

—Soy yo. ¿Quién llama?

—Disculpe las molestias, espero que no estuviese durmiendo. Soy doctor, uno de los psiquiatras que trata a su sobrina, Claire McCain. —La mujer no respondió durante unos segundos.

—¿Ella está bien? —Fue lo único que preguntó.

—Sí, más o menos. Hemos observado que últimamente tiene unas conductas un poco diferentes.

—¿A qué se refiere?

—Dice que escucha voces, ruidos, hace dibujos muy catastróficos, algo que había dejado de hacer desde hace un tiempo —mintió—, y queríamos preguntarle si antes de estar ingresada…

—¿Para eso me llama? —preguntó indignada. —Vera, doctor… como se llame. Son más de las doce de la noche y no creo que sean horas de llamar. Ustedes son los psiquiatras no yo. Mi sobrina, por desgracia, enloqueció a raíz de la pérdida de sus padres y su hermano. Se volvió insoportable y no tuve otra alternativa que ingresarla. Se ponía muy violenta, intentó lastimarse a ella misma y a mí.

—De acuerdo, disculpe las molestias. Siento haberla despertado —Automáticamente colgó.

No había logrado sacar mucha información, pero sí la suficiente para saber que aquello le ocurría ya desde niña, desde que murieron sus padres y hermano, o puede que incluso antes de perder a su familia ya pudiese predecir el futuro, que sus padres la ayudasen en ello, le infundiesen calma, paz y sobre todo, no le hiciesen pensar que estaba loca.

Aquello era realmente alucinante. Observó la cantidad de dibujos que había y se detuvo en el último que hacía realizado, las nueve pelotas, y de la última, salían rayos.

Notó como su corazón se aceleraba, como su respiración se entrecortaba al ver la fecha. Hacía escasos tres días que lo había dibujado. ¿Qué significaría aquello? ¿Cuánta gente más iba a morir? Recordó el momento en que le había dicho aquello.

—La gente muere y no puedo evitarlo, la gente muere y no puedo evitarlo —comenzó susurrando Claire mientras volvía a arrinconarse contra la pared, abrazándose a si misma con desesperación.

Allen la había mirado interrogante y le había intentado calmar con palabras.

—La muerte forma parte de la vida. Todas las personas deben morir en algún momento. Es inevitable.

Ella había emitido varios pucheros y había apoyado su frente contra la pared blanca, aunque esta vez de forma más delicada y no como la anterior vez que se había golpeado.

—Sí lo es —susurró.

Allen inspiró intentando calmarse con aquellas palabras. En aquel momento debía tomar una decisión, o seguía como hasta ahora e intentaba pasar por alto lo que creía que había descubierto, o por otro lado, intentaba ayudarla. La respuesta era clara, pero tampoco podía esperar, necesitaba solucionar aquel asunto ya, necesitaba dejar las cosas claras.

Cogió el expediente de Claire, metiéndolo en el maletín del ordenador, se puso su chaqueta, aún empapada de la lluvia y cogió el maletín con el portátil y el expediente.

Necesitaba hablar con ella. Necesitaba saber realmente lo qué estaba ocurriendo. Pero sobre todo, y sin poder engañarse, necesitaba saber que Megan iba a ponerse bien.

Salió de su piso echando la llave y fue directo al garaje.

Eran casi las dos y media de la madrugada cuando vio aparecer el psiquiátrico a lo lejos. Sabía que lo que iba a hacer era una locura, presentarse allí a esas horas, pero quería dejarlo todo bien claro. Su amiga estaba en el hospital. Había visto que Claire era capaz de prever el futuro, por lo visto, grandes catástrofes con infinidad de víctimas y, ahora, hacía escasos tres días había realizado otra predicción. Él no podía permanecer impasible ante aquello. Claire había dicho que se podía evitar. ¿Y si era cierto? ¿Y si él hubiese podido evitar lo que le había ocurrido a Megan?

Aquella idea le reconcomía, no podía permitirse que algo volviese a ocurrir y no hacer nada al respecto. Pero, ¿y si en realidad no podía hacerse nada como en el terremoto que había prevenido hacia años?

En el maletín había innumerables dibujos, predicciones que podía asegurar que habían sucedido. Él había logrado descifrar dos, un atentado y un terremoto, contra un terremoto no podía hacerse nada pero, contra un atentado puede que sí.

Las ideas viajaban en su mente, quizás si ella pudiese decirle lo que sentía, lo que veía, lo que realmente significaban aquellos dibujos podría darle sentido e intentar acabar con una catástrofe. Puede que no lo consiguiese, pero no podía permitirse permanecer indiferente ante ello, su mente no se lo permitía. Había permanecido impasible una vez y le había salido caro. Megan se encontraba ingresada en la UVI, y esperaba que se mejorase, pues la operación había ido bien, pero, ¿y si el post operatorio se complicaba? ¿y si no lo superaba?. Se sentía culpable por ello. Sabía que lo único que conseguía con eso era atormentarse pero, ¿y si hubiese confiado más en Claire? Podría haberlo evitado aunque, ¿quién iba a imaginar que una persona que llevaba ocho años en un psiquiátrico no tenía ninguna enfermedad mental?

Comenzó a frenar el vehículo mientras se aproximaba a la barrera donde el guardia de vigilancia le dio el alto.

—Buenas noches, Sam —pronuncio Allen bajando la ventanilla e intentando que su rostro no transmitiese todas las emociones que sentía en aquel momento.

Sam salió del pequeño habitáculo donde se encontraba y se dirigió hacia el vehículo.

—Doctor Milton, ¿qué hace aquí? —preguntó mirando las hojas donde tenía apuntado todos los médicos y enfermeros que tenían guardia aquella noche.

Allen le sonrió amable.

—Tengo una paciente que ha tenido muchas crisis la última semana, estoy preocupado. Vengo a ver cómo pasa la noche y si es necesario ajustar medicación. No querría que se descompensase y entrase en otra crisis. Es bastante agresiva —comentó dando énfasis a estas últimas palabras.

—Ah —respondió el guardia no muy seguro—. Está bien. Pero yo preferiría irme a dormir antes que dedicar una noche de sábado al trabajo —comentó mientras pulsaba el botón para abrirle la barrera de seguridad.

—Ya ve —sonrió—. Soy muy responsable.

Dicho esto avanzó al interior del garaje por la pequeña rampa y lo aparcó en el subterráneo número uno.

Se quitó el cinturón mientras respiraba agitado. Debía intentar calmarse, notaba su corazón latiendo excesivamente rápido y sus manos temblaban. No era para menos, aquellas últimas horas habían sido de locos.

Cogió el maletín y lo abrió extrayendo el expediente de ella y guardando en su bolsillo el último dibujo que había realizado.

Salió del vehículo notando como su nerviosismo iba creciendo.

Fue hasta el ascensor y marcó la tercera planta introduciendo la tarjeta en la rendija que le permitiría acceder al hospital desde el garaje.

Seguramente, se llevaría un buen susto cuando la despertase a aquella ahora, aunque, bien mirado, quizás ella ya sabía que él iba a ir esa noche.

Aquello le hizo ponerse más nervioso mientras el ascensor subía cada una de las plantas hasta llegar a la suya.

Cuando las puertas se abrieron le pareció un hospital totalmente diferente, había un absoluto silencio, solo se escuchaban los susurros de algunas enfermeras que hablaban por los pasillos controlando los pacientes.

Allen se pasó la mano por el cabello y comenzó a avanzar por el pasillo con paso calmado.

—¿Doctor Milton? —preguntó una de las enfermeras que iba haciendo su ronda habitual.

Allen sonrió despreocupado.

—Buenas noches, Sarah —saludó sin detenerse—. ¿Qué tal la guardia?

Ella se encogió de hombros mientras lo miraba extrañada, pues no esperaba encontrarlo allí.

—Ahora más tranquila —dijo colocándose a su lado—. ¿Qué hace aquí? ¿No libraba este fin de semana?

—Sí, estoy librando, ¿no lo ves? —bromeó, lo cual hizo que la enfermera sonriese. Aun así, Allen no se detuvo y siguió caminando hacia la habitación de Claire. —Vengo a ver a Claire McCain —Le comentó al ver que la enfermera se situaba a su lado y andaba a su ritmo, como si fuese a acompañarle. Debía estar realmente aburrida.

—Ah, ¿le han llamado? —preguntó situándose frente a la puerta de la habitación de Claire.

Allen miró a través del pequeño cristal de la puerta, la habitación estaba totalmente oscura, no podía observar casi nada, pero aun así, le pareció ver que no había ningún cuerpo acurrucado sobre la cama.

Allen miró inquieto a la enfermera.

—No, no me han llamado, ¿por?

—Claire ha sufrido una crisis de ansiedad muy fuerte. Hemos tenido que sedarla un par de horas. Creo que se ha vuelto a descompensar.

Allen la miró sorprendido, notando que sus manos comenzaban a sudar por los nervios.

—¿Una crisis de ansiedad?

—Sí, de las más fuerte que ha tenido en los últimos años. Ha comenzado a gritar y a intentar dañarse. No para de gritar ¡no! ¡no! —dijo imitando su voz—. Ha comenzado a golpearse contra la pared y ha costado bastante contenerla. Hemos tenido que sujetarla entre tres enfermeros para que el doctor pudiese suministrarle el calmante.

Allen tragó saliva notando que cada vez su corazón iba más rápido.

—¿Sobre qué hora ha pasado? —preguntó alterado. Aquello hizo que la enfermera lo mirase con suspicacia.

—Sobre las nueve más o menos.

Allen se llevó la mano al cabello y la pasó notando como temblaba. Aquella hora, maldita hora. Claire lo sabía, sabía que habían atropellado a Megan a las nueve de la noche. Justo a esa

hora ella había sufrido una crisis de ansiedad o una descompensación según los psiquiatras, ahora, él ya no estaba tan seguro. Lo que le provocaba aquello eran los nervios al ver que no podía hacer nada por evitarlo, al ver que se encontraba encerrada como si tuviese una enfermedad mental.

—¿Dónde se encuentra? —preguntó mientras se distanciaba de ella a un paso bastante rápido y nervioso.

—En la sexta planta, creo que en la habitación cuatro —Le dijo alzando un poco la voz, pues Allen ya se había subido al ascensor de nuevo y marcaba la sexta planta.

Las tres plantas que había de diferencia se le hicieron eternas. El corazón le palpitaba rápido, no sabía realmente si por lo que había descubierto o simplemente por el hecho de enfrentarse a ella, de verla sabiendo lo que en realidad ocurría.

Sabía que si se lo explicaba al responsable o a otro psiquiatra acabaría o bien despedido o ingresado en aquel centro. Aquello era algo que debía guardarse para él, pero con ella, con ella necesitaba hablar, necesitaba que le explicase lo que hiciese falta para poder evitar la siguiente catástrofe si fuera posible.

Por otro lado, sabía que ella escuchaba sonidos, se lo había dicho, pero, ¿tenía visiones? ¿Esas eran las visiones que dibujaba? o ¿eran simples presentimientos?

Necesitaba saberlo todo.

Las puertas del ascensor se abrieron y fue directo hacia la cuarta habitación donde una pequeña luz de emergencias iluminaba. A lo lejos pudo ver a dos enfermeras entrar en la sala que tenían en aquella planta reservada para los psiquiatras que debían pasar la noche allí, acomodadas con pequeñas camas, mesas, sillas y una nevera donde poder guardar bebidas y poca cosa más.

Allen miró a través del cristal y pudo ver que se encontraba al final de la habitación, parecía dormida, pero no le gustó verla con la camisa de fuerza, seguramente se habría intentado lesionar o morder las muñecas otra vez y para evitarlo la habían atado.

Allen encendió la luz de la habitación y entró sin llamar. Claire parecía dormida porque no abrió los ojos hasta que se arrodillo a su lado y comenzó a desabrochar las anillas que tenía en la parte de atrás.

No pronunció nada mientras él iba desabrochado cada una de ellas, aunque a la que la camisa comenzó a aflojarse se pasó la mano por los ojos, como si la luz le molestase.

Le quitó la camisa y se situó delante de ella, agarrando su rostro entre las manos y observando que no tenía las pupilas dilatadas.

—¿Estás bien?

Ella lo miró asombrada de encontrarle allí, pero al momento comenzó a arrastrarse hacia atrás alejándose de él. Su cabello rubio y largo estaba enmarañado, como si no lo hubiese cepillado en todo el día, sus facciones extremadamente pálidas, aunque en las mejillas poseía un tono rosado y por lo que podía intuir de haber estado llorando. Apreció el temblor de todo su cuerpo mientras se hacía un ovillo contra la pared sujetándose las rodillas con los brazos.

—Te lo dije —susurró.

Allen puso su espalda recta, pues aquellas palabras le enfurecieron en realidad, le hicieron sentir más responsable de lo que le había ocurrido a Megan.

—¿Cómo lo sabías? —preguntó en un tono más arisco del que en realidad quería usar.

—Tú eres el psiquiatra, dímelo tú.

Se acercó a ella con un gesto un tanto rápido y agresivo colocando el último dibujo que había hecho frente a sus narices.

—¿Qué significa? —Le gritó—. Sé que todos tus dibujos tienen un significado. ¿Qué va a ocurrir? —Ella alzó su mirada hasta sus ojos, como si no creyese lo que estaba pronunciando. Allen la cogió por un hombro y la acercó intentando intimidarla—. Dímelo Claire, dímelo o te juro que… —acabó pronunciando de los nervios.

—No lo sé —gimió—. No sé qué significan.

Allen la miró descolocado, como si aquella respuesta le hubiese pillado por sorpresa, como si esperase encontrar algo de claridad en aquel momento.

—Pero tú sabías lo que iba a ocurrirle a Megan, sabías que iba a haber un tornado que haría que se derrumbasen todas las casas, que los niños llorasen, que los caballos relinchasen.

—¡Pero no sé qué significa! No puedo saberlo —gritó igualando el mismo estado de nervios que él. Le cogió el dibujo y está vez fue ella la que se lo plantó frente a los ojos—. ¿Qué ves tú aquí? ¿Qué significa esto? —Allen apartó su mano sin cuidado ninguno—. Pues lo mismo pienso yo. —La contempló unos segundos observando que, a pesar de que tenía la mirada un poco perdida hablaba perfectamente—. ¿Sabes lo que se siente al saber va a suceder algo y no poder hacer nada por evitarlo? —acabó gimiendo.

Allen la contempló y le cogió el dibujo.

—¿Esto se puede evitar? —dijo indicándoselo.

—Sí —acabó susurrando ella.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo sabes que no es un terremoto? ¿Un huracán?

—Simplemente lo sé. Algo dentro de mí me lo dice. Igual que se podría haber evitado lo de tu amiga.

Allen se pasó la mano por su rostro en actitud agobiada, sin saber qué hacer. Suspiró y volvió a guardarse el dibujo en el bolsillo tras doblarlo diversas veces. Contempló el rostro angelical de Claire, con sus enormes ojos color verdes, su cabello largo rubio desparramado, su actitud inocente e incluso bondadosa en esos momentos.

Se sentó sobre el suelo acolchado dejando caer todo su peso, realmente abatido. Aquellas últimas horas le habían agotado física y mentalmente. Tras varios segundos de silencio sin centrar la mirada en ninguna parte volvió a contemplarla. Permanecía arrodillada a su lado, observándole.

—Ocurrió como tú habías dicho —pronunció con un hilo de voz, sincerándose finalmente—. Lo vi por la televisión, uno de los peores tornados que se recuerdan. Los niños salieron en pantalla llorando como decías, los caballos se habían escapado y luego… —Suspiró y se pasó la mano por su rostro con angustia—, Megan cruzó la calle. —La miró con intensidad—. Vi como un coche se la llevaba por delante. —Claire lo observó con lástima, incluso con compasión.

—Lo siento —susurró ella.

Él negó con su rostro.

—No es culpa tuya.

—Tuya tampoco.

Allen tragó saliva y titubeó un poco antes de formular la siguiente pregunta.

—¿Sabes si se pondrá bien?

Esta vez fue ella la que suspiró y una expresión de dolor inundó su rostro.

—No lo sé. No decido lo que veo, lo que siento o lo que escucho. Simplemente me ocurre cuando debe ocurrir —pronunció en un tono muy suave.

Él aceptó resignado y se levantó sin perder el contacto visual con ella.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—¿Acaso me hubieras creído? —preguntó colocándose de rodillas.

—Deberías haberlo intentado.

—Ya lo intenté una vez, y mira donde estoy —dijo con cierta burla mientras acababa de ponerse en pie.

Allen la miró como si se sintiese mal por la situación que había tenido que vivir durante tantos años. Iba a comenzar a hablar cuando Claire se puso en pie asustada.

—¿Qué pasa? —preguntó Allen con gesto preocupado.

—Michael, Michael —susurró.

—¿Michael?

—¡A cinco habitaciones de aquí! —gritó mientras se pasaba las manos por la cara angustiada.

Allen no esperó. Salió de la habitación a toda prisa recorriendo el trayecto del pasillo que le separaba hasta la habitación número nueve, sin saber realmente lo que ocurría ni lo que se encontraría.

Casi cayó al suelo cuando intentó frenar al llegar a la habitación. Se puso erguido y se apoyó contra la puerta mirando a través de la pequeña ventana redonda, aunque dentro no había casi luz. Con un movimiento rápido golpeó el botón para que la luz se encendiese.

—¡Joder! —gritó al ver a Michael con convulsiones, tumbado en el suelo acolchado de la habitación.

Tenía los ojos en blanco, su cuerpo convulsionaba con movimientos frenéticos haciendo que su pecho subiese y bajase a gran velocidad. La espuma brotaba de su boca y había manchado parte del suelo.

Abrió la puerta y entró en la habitación arrodillándose al lado de Michael Borne.

—¡Enfermera! —gritó mientras hacía un esfuerzo para ponerlo de lado, evitando así que se atragantase con la saliva o la lengua—. ¡Enfermera! ¡Ataque epiléptico! —gritó a pleno pulmón mientras acababa de darle la vuelta, pues con las convulsiones era complicado—. ¡Enfermera!

Justo en ese momento entraron las dos enfermeras a paso acelerado, una se situó justo frente al paciente, la otra se colocó al lado de Allen, sustituyéndole. Sacó la aguja y la clavó en el trasero de Michael, seguramente un diazepán intramuscular haciendo que sus músculos se relajarse y las convulsiones se fueran deteniendo poco a poco.

—Doctor Milton, ¿qué hace aquí? ¿No estaba el doctor Paterns esta noche? ——Le preguntó la enfermera que tenía frente a él.

Allen se apartó a un lado para que la enfermera acabara de situarse donde él se encontraba y se puso medio en pie esperando a que el ataque epiléptico que Michael estaba sufriendo remitiese.

—Sí, pero quería revisar y acabar unos informes —mintió—. Esta semana me ha sido complicada y no quiero dejar trabajo atrasado.

Una de las enfermeras le miró como si no comprendiese muy bien el hecho de que una noche de sábado se encontrase en el psiquiátrico y no en su casa, aun así afirmó con su rostro como si lo hiciese.

La otra enfermera, la que estaba frente Michael controlando que no se atragantase le miró sonriendo.

—Pues venga, vaya a acabar lo que tenga que hacer y márchese a su casa, es sábado hombre —dijo con una sonrisa amigable.

—Sí, ya mismo me voy.

Se giró y salió de la habitación pasándose la mano por su rostro. Aquello superaba lo que había pensado en un principio. Claire tenía más potencial del que había imaginado.

Miró hacia la puerta de la habitación de Claire y observó que la había dejado abierta. Un mal presentimiento surgió en su mente.

Corrió hacia la habitación y casi se golpeó contra la puerta cuando llegó hasta ella. La acabó de abrir y miró en el interior. Notó como la respiración se le entrecortaba. Claire no estaba.

9

Claire observó como el doctor Allen Milton salía por la puerta a toda prisa. Lo había sentido de nuevo. Había visto a Michael en la oscuridad, con una extraña espuma en la boca. Aquello no era buen síntoma. No había dudado en decírselo. Pues parecía que comenzaba a confiar en ella, algo que le había confundido en un principio. No era como el resto de psiquiatras que la habían visitado, ninguno había pasado más de media hora hablando con ella, ninguno le había preguntado por cómo se encontraba o qué tal le había ido el día. Él era diferente.

Lo había detectado desde un principio, y eso le había llevado a abrirse más con él y prevenirle, pero sinceramente, no esperaba que su reacción fuese esa, ni siquiera esperaba que pudiese crear un nexo de unión con lo que le había ocurrido.

Por experiencia, sabía que la mayoría se limitaban a hacer preguntas protocolarias sin entrar realmente a lo qué pensaba la persona o su estado anímico. Allen era diferente.

Sabía que lo que iba a hacer no estaba bien, que con ello no lograría nada, pero se había recorrido de punta a punta el psiquiátrico durante los dos últimos años y lo conocía de sobra como para saber por dónde salir.

Se asomó a la puerta y observó que el doctor miraba a través de la ventana de la habitación donde se encontraba Michael, acto seguido encendió la luz y abrió la puerta de forma desesperada.

Pudo escuchar como gritaba con todas sus fuerzas.

—¡Enfermera! ¡Enfermera! ¡Ataque epiléptico! —Escuchó una y otra vez. Dos enfermeras salieron de una habitación al final del pasillo, sin siquiera reparar la mirada en ella—. ¡Enfermera!

Claire se escondió un poco tras la puerta abierta hasta que las vio introducirse en la habitación. Se miró los pies descalzos, siempre que los metían en aquellas salas les quitaban los zapatos.

Volvió a asomarse y cuando vio que no había nadie más en el pasillo corrió en dirección contraria a aquella habitación, sabía que debía dar un rodeo más grande, pero al menos se evitaría tener que pasar por delante de ellos.

Ya estaba harta de aquella situación, necesitaba salir de allí, necesitaba hacer algo para que aquellas imágenes y sonidos que la perseguían cesasen. Necesitaba vivir su vida de verdad, sin que nadie la controlase ni le dijese que estaba loca.

Corrió por el pasillo deteniéndose en la esquina. Se apoyó contra la pared y se detuvo unos segundos recuperando el aliento. Se llevó la mano hasta el pecho y notó como su corazón palpitaba extremadamente fuerte, no sólo por la carrera, sino por la tensión del momento.

Se acercó al extremo de la pared con cuidado y observó asomando parte de su rostro, controlando que no había nadie por el pasillo que pudiese dar la alarma.

Caminó con paso ágil, observando de vez en cuando hacia detrás por si alguien le seguía hasta que llegó a la puerta que estaba buscando. Las escaleras de emergencias.

Se apoyó contra la puerta y escuchó en su interior. En principio esas escaleras solo podían tomarlas los médicos y enfermeras, era mejor asegurarse de que no había nadie en su interior.

Se giró hacia atrás una vez más observando que no había nadie y abrió la puerta un tanto pesada.

La cerró con cuidado y se aproximó a la barandilla para observar la planta superior e inferior asegurándose de que la zona estaba despejada. Sabía que esas escaleras solo le permitirían llegar hasta la primera planta, que luego debería intentar salir al exterior a través de la puerta del psiquiátrico y, posteriormente, pasar el guardia de seguridad, algo bastante complicado, pero si no lo intentaba no saldría jamás de allí.

Comenzó a bajar las seis plantas de diferencia, con el corazón en un puño y deteniéndose de vez en cuando para escuchar. Sabía que a la que el doctor Milton acabase de atender a Michael vería que ella no se encontraba en la habitación, pero no era él quien le preocupaba, sabía que si la cogían él intentaría que estuviese lo mejor posible allí. El problema era lo que harían los otros psiquiatras. Seguramente la medicarían o la atarían a la cama para contenerla y asegurarse de que no intentaba escapar de nuevo. Aquello no podría soportarlo.

Bajó hasta la tercera planta y se detuvo para recuperar el aliento. Apoyó una mano contra la pared e intentó respirar de forma tranquila. Cuando recobró más o menos el aliento en cuestión de segundos siguió bajando el resto de escaleras, pero algo le llamó la atención. Unas plantas más arriba había escuchado como una de las puertas de emergencias se abría y cerraba.

Tragó saliva y miró hacia arriba intentando averiguar si alguien la seguía mientras comenzaba a bajar de nuevo las escaleras con el corazón compungido y siguiendo con una mano el trazo de la barandilla para no perder el equilibrio. Los pies le iban a una velocidad increíble, descendiendo sin parar. Cuando llegó al rellano de la segunda planta tropezó y cayó al suelo dañándose la rodilla, se levantó y notó la parte dolorida, pero siguió bajando. Le saldría un buen morado, pero no le importaba si lograba salir de aquella cárcel. Lo único que le importaba era ser finalmente libre.

Bajó hasta la primera planta, donde se acababan las escaleras y se abalanzó contra la puerta presionando el pomo para abrirlo. Lo giró una vez tras otra, presionando todo lo fuerte que podía la puerta, pero estaba cerraba.

Un gemido salió de lo más profundo de su ser mientras se separaba atemorizada. Se giró y miró hacia arriba, realmente no sabía si habían accedido a la zona de escaleras, pero lo que estaba claro es que no podía quedarse allí, sino tarde o temprano darían con ella.

Se acercó hasta las escaleras y observó, apoyándose en la baranda para ver si observaba a alguien. Hasta aquel momento no había escuchado pasos ni ningún ruido excepto el que realizaba ella misma al bajar los escalones desde que había escuchado abrirse aquella puerta.

Inspiró, se armó de valor y comenzó a ascender las escaleras de dos en dos, agarrándose a la barandilla para no perder el equilibrio y caer.

Llegó hasta la segunda planta y observó hacia arriba asegurándose de que nadie la seguía, fue hasta el pomo de la puerta y tiró fuerte. Casi rompió a llorar cuando cedió a la presión y la puerta se abrió, aunque al momento la sujetó para que no se abriese demasiado y observar primero si algún enfermero o doctor se encontraba vigilando los pasillos.

Asomó parte de su rostro. Miró de un lado a otro. Reconoció que se encontraba en la planta del comedor. Las escaleras internas y las que usaban los pacientes estaban justo en el otro lado de la enorme planta. Suspiró y traspasó el marco de la puerta cerrándola con cuidado para no emitir ningún ruido.

Qué distinto era aquello durante el día. Durante el día aquella planta estaba repleta de pacientes y familiares que venían a visitarlos.

Comenzó a caminar volviendo su rostro de un lado a otro, con el corazón a cien por hora. En aquella planta no había habitaciones, aunque sí muchas estancias, varias enfermerías, salas de reuniones para los psiquiatras, algún pequeño gimnasio con colchonetas, varias habitaciones con

sillas y una enorme mesa circular donde se solían reunir una vez a la semana en grupo para hablar con el psiquiatra.

Avanzó por el estrecho pasillo hasta que fue a parar al enorme comedor, con largas mesas de una punta a la otra, con sus correspondientes sillas.

Claire se acercó a la pared y observo, aunque se escondió de nuevo y aguantó la respiración cuando vio como dos psiquiatras entraban por la puerta y se ponían a hablar.

Aguantó la respiración y no se movió ni un milímetro, permaneciendo lo más arrimada a la pared que pudo, intentando no ser vista. Estuvo a punto de echar a correr en dirección contraria cuando cada uno de los médicos tomaba diferentes pasillos, alejándose de donde ella se encontraba.

Suspiró y esta vez decidió ser más precavida, si quería llegar hasta esa puerta sin ser vista debía ir con cuidado. Sabía que tras ella había unas largas escaleras que comunicarían con la entrada del psiquiátrico, custodiada por dos administrativas que, como se suponía, estarían distraídas mirando el ordenador o hablando entre ellas, y tras pasar aquel enorme rellano la puerta a su salvación. Pero, ¿cómo saldría de allí sin que las administrativas la viesen? Se pasó la mano por su rostro angustiada. Y aunque lograse cruzar el mostrador, ¿luego qué iba a hacer? ¿Salir corriendo y cruzar la valla de seguridad esquivando al guardia?

Estuvo a punto de echarse a llorar cuando pensó en aquello. Ella misma se había visto aquel verano observando el mar y sabía que este se encontraba a kilómetros de distancia de donde estaba ahora. Debía intentarlo.

Se agachó y comenzó a cruzar el enorme comedor deteniéndose de mesa en mesa, agarrándose a sus patas y observando cuando pasaba de una a otra que ninguna nueva intrusión fuese a destruir su proyecto de huida.

Apoyó la rodilla contra el suelo y notó como el dolor la atravesaba, aun así contuvo el gemido.

Se levantó de nuevo y avanzó casi hasta la puerta cuando notó como la sujetaban por detrás y la colocaban contra la pared. La habían agarrado por la cintura de una forma agresiva elevándola en el aire. Claire golpeó aquel brazo que la sujetaba, aunque realmente no sabía quién era, hasta que la colocó contra la pared y la giró hacia él. Automáticamente, el doctor Allen Milton colocó una mano sobre su boca evitando que gritase, lo cual la descolocó un poco.

Cuando se aseguró de que aquellos ruidos no habían alertado a las administrativas que se encontraban a pocos metros de ellos la miró directamente a los ojos y le apartó la mano lentamente de la boca.

—¿Qué estás haciendo, Claire? —susurró enfurecido, sin dejar de sujetarla contra la pared, colocando una mano en su estómago y conteniéndola para que no escapase.

Ella lo miró directamente, con cierto desafío en sus ojos al principio, aunque luego fue moldeando su mirada y se convirtió en una súplica, incluso parecía que sus ojos comenzaban a nublarse.

—Sabes que no estoy loca —susurró con un gemido—. Sabes que no lo estoy —comenzó a decirle mientras una lágrima brotaba de sus ojos. Había estado tan cerca de lograrlo, tan cerca de obtener la libertad—. Por favor. —Allen la contempló, sin saber realmente qué decir, pues no esperaba aquella reacción. Esperaba que Claire comenzase a golpearle, a intentar morderle, pero aquella súplica que desprendían sus ojos le hicieron perder el habla—. Sabes que lo que veo va a ocurrir en un futuro, puedo evitarlo.

—No sabes qué significa —Le recordó.

—Puedo saberlo, puedo intentarlo, por favor. Aquí dentro no puedo hacer nada, fuera sí —

Inspiró—. Sabes que te digo la verdad, lo sabes —insistió en un tono más persuasivo.

Allen lo sabía, sabía que todo lo que ella había dicho era cierto, que quizás sí era la única que podía evitar lo que iba a ocurrir pero … ella estaba ingresada en un psiquiátrico. Aunque él comenzase a tramitar el alta de Claire pasarían semanas o meses antes de obtenerla. Debería visitar varios tribunales médicos, hacer pruebas, era demasiado largo y no disponían de tanto tiempo.

Por otro lado, él no podía explicar lo que había descubierto, lo tomarían por un loco.

—Allen —Le susurró por primera vez pronunciando su nombre—. No estoy loca —volvió a remarcar—. No debería estar aquí. Ayúdame.

Suspiró y la contempló fijamente durante varios segundos, comprendiendo en parte como se sentía. Aquel recuerdo doloroso volvió a su mente.

Caminaba de forma lenta hacia aquella habitación mientras los relámpagos iluminaban el pasillo y los truenos hacían que los cristales vibrasen. Había escuchado a su madre gritar y gemir. Sabía que algo ocurría, un mal presentimiento se había apoderado de él desde que la había escuchado mientras hablaba con su abuela.

Llegó hasta la habitación de donde provenían los gemidos y llevó su mano hasta la puerta entornada. Observó como aquella mano temblaba mientras la empujaba para que se abriese del todo.

Entonces lo vio. Su madre lloraba junto a la cama, sentada sobre ella. Los platos y vasos de la merienda que había llevado a aquella habitación estaban rotos en el suelo. Su madre lloraba sobre su abuela, el cuerpo de su abuela permanecía con los ojos cerrados, su rostro estaba pálido, su cuerpo no respiraba.

Su madre gemía sin cesar mientras se abrazaba a ella. Allen se quedó petrificado bajo el marco de la puerta durante segundos, sin comprender lo que estaba ocurriendo.

Escuchó los pasos de su padre correr por el pasillo, pero ni siquiera notó cuando lo apartó para entrar en la habitación.

Allen notó su respiración agitada al igual que su corazón, sin poder mover prácticamente su cuerpo por la impresión.

Observó como su padre miraba si su abuela tenía pulso pero al momento negó hacia su madre mientras colocaba una mano en su cabello y le acariciaba. En ese momento desvió la mirada hacia su hijo, el cual permanecía en estado de shock al lado de la puerta.

—Allen, cariño —dijo como si no se hubiera dado cuenta que permanecía allí.

Su madre se giró en aquel momento y le observó con una mirada tierna cargada de lágrimas.

En ese momento reaccionó. Notó como sus músculos se relajaban y una lágrima comenzaba a brotar de sus ojos. Comenzó a negar con su rostro mientras sus labios temblaban.

—No, no —susurró con la voz entrecortada.

Su madre se levantó y fue a cogerle de la mano pero él se distanció.

—Cariño, no pasa nada. —Su madre se secó una lágrima—. La abuela estaba muy enferma, ya lo sabías. Es como si se hubiese quedado dormida.

Él intentó respirar más calmado pero le faltaba el aire, como si sus pulmones no lograsen expandirse lo suficiente para almacenar la cantidad de oxígeno que necesitaba. Su cuerpo temblaba cada vez más.

—No, no, ¡no lo entiendes! —gritó—. La abuela estaba abajo. ¡Iba a salir a dar un paseo!

Acto seguido se dio media vuelta y fue directo hacia las escaleras. No lo comprendía. Acababa de ver a su abuela abajo, había hablado con ella.

Bajó los escalones de dos en dos aún a riesgo de caer y se quedó estático mientras observaba todo el comedor y el recibidor donde la había visto aquella última vez.

—¡Abuela! —gritó mientras intentaba recuperar el aliento, pero ella no estaba allí.

—Allen —volvió a decirle Claire al ver que se había quedado abstraído, haciéndole despertar de sus pensamientos.

Allen la observó. Él también había creído estar loco en aquel momento. Sus padres le habían negado el hecho diciéndole que aquello había sido una mala pasada de su mente, que debía haberlo imaginado. Él sabía lo que había visto, lo que había sentido al verla despedirse de él. No había podido olvidar aquella experiencia jamás. Hacía ya más de veintidós años de ello y, aún, se seguía cuestionando si lo que le habían dicho sus padres podía ser cierto, si todo aquello no había sido más que su imaginación. Ahora sabía que no. Claire le había hecho comprender que aquella experiencia había sido real, y que debía experimentar aquello para posteriormente, veintidós años después, poder comprenderla a ella.

Debía ayudarla, debía intentar averiguar lo que iba a ocurrir. Ella le había dicho que podía evitarse. ¿Por qué no iba a creerle? Sabía que todo lo que decía era cierto, lo había experimentado él mismo. ¿Por qué no iba a confiar en ella?

Veintidós años antes a él le hubiese gustado que lo hubieran hecho y que no hubieran intentado confundirle. Todo hubiese sido mucho más fácil.

Allen la observó decidido, con cierto temor en los ojos por lo que estaba dispuesto a hacer, pero merecía la pena, cualquier cosa merecía la pena para poder mitigar el dolor que sentía por lo que le había ocurrido a Megan.

La cogió de la mano y comenzó a caminar a paso acelerado hacia el otro extremo del salón, observando y vigilando que ningún médico o enfermera que se encontrase de guardia pudiese verlos. La sacaría de allí e intentaría evitar aquello que iba a suceder o jamás podría perdonárselo en la vida.

Claire no interpretó aquel gesto como un signo de ayuda. Comenzó a intentar soltarse de su mano para escapar y a golpearlo. Allen se detuvo para agarrar su mano y hacer que dejase de golpearle. La miró con gesto enfurecido y asustado.

—Calla o lograrás que nos descubran —pronunció a modo de orden. Miró de un lado a otro antes de volver a observarla—. Voy a sacarte de aquí.

Ella le devolvió una mirada confundida, como si no comprendiese lo que había escuchado o no creyese que fuese capaz de hacer aquello, pero no tuvo más tiempo para pensar, pues Allen volvió a tirar de ella haciéndole correr a través del salón, dirigiéndose a uno de los ascensores.

Corrieron a través del pasillo pero Allen frenó de golpe haciendo que Claire chocase contra su espalda. Al momento se giró y le hizo el signo de silencio situando su dedo frente a sus labios.

Al girar la esquina una de las enfermeras se encontraba pasando la ronda habitual. Cuando observó que giraba por el siguiente pasillo volvió a tomarla de la mano y corrió hacia el ascensor apretando el botón.

—Vamos, vamos —dijo soltando su mano y buscando la tarjeta del ascensor que le permitiría llegar hasta el garaje—. ¡Joder! —gritó al meter las manos en el bolsillo de los pantalones y no encontrarla. Echó rápidamente la mano al bolsillo delantero de su camisa y la encontró extrayéndola.

Claire se removía a su lado mirando de un lado a otro nerviosa. Por Dios, si los cogían podían darse por perdidos.

Allen se removió inquieto mientras esperaba con impaciencia a que el ascensor llegase. Se giró en sentido contrario y se quedó estático al observar al doctor Roger Smith aparecer tras la

esquina, observando el móvil que llevaba en la mano.

—Mierda —pronunció situándose frente a Claire, intentado taparla con su cuerpo, pues su estatura era mucho más pequeña.

—Allen —gimió ella colocándose tras de él.

—En cuanto se abra el ascensor, sube —susurró mirando fijamente al doctor Smith.

En aquel momento elevó su mirada y coincidió justo con la de él, el cual se quedó paralizado en el pasillo, dudoso al encontrarlo allí a aquellas horas de la noche.

—Doctor Milton, ¿qué está haciendo aquí? —preguntó con una sonrisa afable al principio, aunque luego, al observar una figura pequeña escondida tras de él su mirada se volvió confusa—. ¿Ocurre algo? —preguntó comenzando a caminar hacia ellos.

Pudo notar como Claire se arrimaba más a su espalda, como si así pudiese desaparecer.

—¿Quién está ahí contigo?

En aquel momento las puertas del ascensor se abrieron. Allen hizo un movimiento rápido empujando a Claire al interior sin contemplación ninguna y accediendo él mismo al ascensor. Pudo ver la cara sorprendida del doctor Smith, el cual pareció comprender la situación cuando Allen metió la tarjeta identificativa en la ranura y apretó el botón de la primera planta del parking.

El doctor Smith incrementó el paso hacia el ascensor con el rostro realmente confundido e intentando impedir que pudieran bajar al subterráneo.

—Allen, ¡espera! —gritó mientras corría hacia el ascensor.

—Vamos, vamos —gritó Allen hacia las puertas del ascensor mientras se cerraban lentamente y el doctor Smith llegaba hasta ellos.

Las puertas consiguieron cerrarse a unos centímetros de que el doctor Rogers Smith pudiese introducir su brazo entre las puertas impidiendo que estas se cerrasen.

Automáticamente, comenzó a apretar de forma compulsiva la planta menos uno impidiendo así que pudiese abrir las puertas presionando el botón desde fuera.

—Venga, venga —repetía una y otra vez mientras escuchaba como Claire gemía y se removía nerviosa en el ascensor.

El ascensor comenzó a descender lentamente hacia el subterráneo. Allen se movió de un lado a otro nervioso.

—¡Joder! ¡Joder! —gritó mientras apretaba los puños y se removía por el ascensor.

Sabía lo que pasaría a continuación. El doctor Smith iría a comunicarlo a las administrativas y estas no dudarían un segundo en decirlo al guardia de vigilancia que había en la puerta junto a la valla.

Se pasó la mano por el cabello angustiado mientras observaba con miradas furtivas a una Claire temblorosa, con una mueca como si se fuese a echar a llorar en aquel momento.

Necesitaban salir de aquel psiquiátrico ya. Iban a contra reloj si querían escapar. Ahora ya no había vuelta atrás.

Le habían pillado intentado salir del hospital junto a una paciente. Lo despedirían y le abrirían un expediente disciplinario solicitando su inhabilitación. Estuvo a punto de estrellar su puño contra la puerta del ascensor cuando ésta se abrió.

No perdió un segundo. Agarró de la mano a Claire y corrió con ella hasta su vehículo, el cual estaba aparcado a pocos metros de él. Abrió el coche mientras corría hacia él con el mando a distancia en la mano. El vehículo emitió unos destellos en los intermitentes indicando que se encontraba abierto justo en el momento en que llegaron. Abrió la puerta del conductor para subirse y la cerró con un portazo.

—Claire, atrás, escóndete detrás de mi asiento. En el hueco —Le gritó a modo de orden.

Claire hizo lo que le ordenaba mientras él introducía con la mano temblorosa la llave en el contacto. La muchacha pudo cerrar su puerta justo cuando arrancaba y se iba poniendo el cinturón a medida que conducía acelerado hacia la pequeña rampa que lo llevaría hasta la valla de seguridad.

Por Dios, que no lo hayan notificado aún, rezaba en su interior.

Notó como una gota de sudor producida por los nervios comenzaba a caer por su frente. Se la secó mientras intentaba relajarse.

Sam permanecía dentro de su garita, sentado en su interior mientras ojeaba una revista. Moderó su velocidad al acercarse y bajó la ventanilla mientras intentaba sonreír de forma tranquila como si nada ocurriese.

Sam lo miró y fue hasta la puerta acercándose a la ventanilla del coche. Se apoyó contra él y bostezó.

—¿Ya se marcha, doctor Milton? —preguntó sonriente, como si no hubiese recibido noticia ninguna aún.

—Sí, creo que ya es hora. Necesito descansar —respondió intentando parecer tranquilo.

En aquel momento el teléfono de la garita sonó. Sam se giró para observarlo y resopló.

—¿Qué querrán ahora? —Escuchó que protestaba mientras iba al interior.

Allen no se contuvo más y le gritó con cierta urgencia.

—Sam, ábreme —dijo señalando a la barrera mientras el muchacho descolgaba el teléfono. Se giró hacia él y le señaló un de acuerdo con el pulgar mientras apretaba el botón para abrirse la barrera.

La barrera comenzó a elevarse. Pero todo era demasiado lento. Todo ocurría a una velocidad demasiado despacio. Los instantes se les hacían eternos.

Aceleró justo cuando escuchó que Sam contestaba al teléfono.

—¿Sí?

No esperó a escuchar lo que decía, aceleró a la que la barrera subió lo suficiente como para que su coche pasase.

Una nube de polvo apareció en el camino mientras daba a su vehículo toda la velocidad posible. Aun así pudo ver como el vigilante salía de su garita y observaba su vehículo haciendo gestos hacia ellos. Obviamente él no iba a volver. Se acababa de meter en un buen lío. Aquello iba a costarle la carrera.

Giró la curva a gran velocidad y no paró de acelerar hasta que perdió el hospital de vista a través del retrovisor. Sabía lo que ocurriría a continuación. Se lo comunicarían a la policía.

Se pasó la mano por el rostro con actitud agobiada. ¿Pero qué había hecho? ¿Se había vuelto loco? Estuvo a punto de gritar, de detener el vehículo y dar marcha atrás para volver al psiquiátrico e intentar dar una explicación razonable a lo que había hecho, pero el sonido de Claire saliendo del hueco y sentándose en el asiento trasero le hizo desviar su mirada y concentrar su atención en ella a través del retrovisor.

Claire se giró hacia atrás y observó con ojos llorosos como el psiquiátrico desaparecía de su vista tras girar varias curvas repetidas veces.

Miró hacia donde se encontraba Allen y observó su mirada a través del retrovisor.

—No te preocupes, todo saldrá bien —susurró.

No supo que contestar. Sólo esperaba que no se equivocase.

10

Rachel Morrison entró en el ascensor con paso acelerado. Jamás le habían gustado aquellos sitios. Era mucho peor que un simple hospital. Muchos más frío, más tétrico en cierto modo.

No le había hecho ninguna gracia que la despertasen a las tres de la madrugada para comunicarle que debía dirigirse de inmediato al Centro psiquiátrico de Kansas. Pero no podía negarse. Era su trabajo. Era por lo que había luchado aquellos últimos años. Después de ingresar en el cuerpo policial con tan solo diecinueve años, a los treinta y uno podía presumir de ser una de las inspectoras más jóvenes del Estado. Siempre había soñado con ello, lo había decidido desde pequeña. Su abuelo y su padre habían sido inspectores de policía. Ella no iba a ser menos.

Miró a los dos compañeros que se encontraban a su lado y les sonrió. Aún no se había acostumbrado al mandato, no había dejado de pensar si serviría para aquel trabajo durante los últimos seis meses, justo cuando se le había asignado aquella plaza.

Apartó un rizo que caía sobre su frente y con un leve movimiento de dedos lo enganchó en el moño que se había realizado antes de salir de casa. Su aspecto no era muy bueno, unas enormes ojeras se dibujaban bajo sus ojos marrón verdoso. Reprimió un bostezo y miró el reloj. Las cuatro de la madrugada. En aquellos momentos era cuando se preguntaba para qué habría decidido ser inspectora.

Las puertas del ascensor se abrieron. Un policía les esperaba en la cuarta planta y le saludó estrechándole la mano.

—Inspectora Morrison —comentó. Acto seguido avanzó por el pasillo indicándoles con una mano que les siguieran—. La paciente se fugó sobre las dos de la madrugada.

Rachel fue observando aquellas salas mientras metía las manos en los bolsillos de su tejano. Notó como sus dos compañeros la seguían de cerca.

Giraron la esquina y fueron hasta el final del pasillo, a una sala que mantenía su puerta abierta y donde podía escucharse una conversación un tanto subida de tono, aunque ambos callaron cuando el policía entró en la habitación.

Helen Dawson, la responsable del hospital se levantó de su butacón y fue hacía ella tendiendo la mano. De estatura mediana pero con una mirada firme para aquellas horas.

—Buenas noches —comentó mientras le estrechaba también la mano—. Soy Helen Dawson, la directora del psiquiátrico. —Luego señaló hacia el hombre que se levantaba de su asiento para realizar el mismo gesto que ella había hecho antes—. Él es el doctor psiquiatra Smith. Está de guardia esta noche.

—Una noche movida —comento Ben Doyle, uno de los subinspectores que acompañaban a Rachel mientras le estrechaba la mano a modo de saludo. El otro subinspector, David Gray, realizó el mismo gesto sin pronunciar palabra.

Aunque llevaba pocos meses con ellos y estaba muy a gusto en su compañía debía de remarcar la simpatía y el saber ganarse a las personas de Ben Doyle. A primera vista Ben chocaba, tenía un aspecto rudo, negro de piel y una mirada agresiva, aunque cuando lo conocías era una persona encantadora. Muy distinto era David Gray, a pesar de ser bastante más joven y de tener un rostro simpático era mucho más reservado. No era muy comunicativo, lo cual hacía que las personas a las que debía atender siempre confiasen más en ella o en Ben, aunque no podía negar que era buen trabajador.

—Bien —comentó Rachel mientras se sentaba en una silla—, ¿qué ha ocurrido?

La directora del centro rodeó la mesa para acomodarse.

—Lamentamos tener que avisarles a estas horas —comenzó.

—No se preocupe por eso.

—Es nuestro trabajo —intervino Ben mientras extraía un bloc de notas y un bolígrafo.

Helen tomó aire y puso sus codos sobre la mesa, juntando las manos anudadas junto a su nariz.

—Una de nuestras pacientes ha escapado —dijo como si aquel hecho le avergonzase.

—¿Cómo se llama? —preguntó la inspectora apoyándose en el respaldo, tomando una postura relajada.

—Claire McCain. Es la más joven de nuestros pacientes. Tiene dieciséis años.

—¿Es peligrosa?

Helen reflexionó durante unos segundos, analizando la respuesta.

—¿Conoce la enfermedad de la esquizofrenia? —La inspectora aceptó—. ¿Bipolaridad? ¿Paranoia? ¿Psicosis? —La inspectora fue abriendo más los ojos a medida que iba pronunciando cada una de aquellas enfermedades.

—No las conozco al cien por cien, pero tengo unas pequeñas nociones.

—Pues Claire McCain las tiene todas —dijo apartando sus manos de la nariz y colocándolas sobre la mesa

—Entonces es peligrosa, ¿verdad? —intervino Ben de nuevo, acomodándose sobre una mesa, pues no habían más sillas en aquella sala.

—Cuando se descompensa sí. Vera —dijo tomando aire de nuevo—, tenemos a todos nuestros pacientes controlados pero cuando se descompensan, cuando sufren una crisis —remarcó—, les administramos el fármaco correspondiente y vuelven a estar tranquilos. Ahora bien, Claire McCain sufre grandes descompensaciones. Mientras está bien es una chica normal, cuando se descompensa…. —Dejó la frase sin acabar—. Estas últimas semanas ha tenido varios brotes. Intenta lesionarse a sí misma, y si alguien se encuentra cerca también puede ser lesionado.

Rachel se giró un segundo para observar como el subinspector Ben Doyle tomaba notas.

—¿Cuántas plantas tiene este hospital? —preguntó colocando sus brazos sobre los apoyabrazos.

—Siete.

—Y ella, ¿dónde se encontraba?

—Claire tiene su habitación en la tercera planta, pero esta noche había sido en ingresada en la sexta.

—¿Por? —preguntó rápidamente.

Esta vez fue el doctor Smith quien habló, echando un poco hacia delante su cuerpo.

—Esta noche, sobre las nueve, sufrió una fuerte descompensación. Intentó golpearse repetidas veces contra la pared y... Claire ha tenido crisis muy fuertes, incluso se mordió las muñecas una vez. En vista de esto, para que no se dañe, cuando sufre una descompensación la llevamos a una de las habitaciones blandas y la sedamos, allí no puede hacerse ningún daño.

—¿Así que ella se encontraba en la sexta planta entonces? —El doctor Smith aceptó—. ¿Las puertas pueden abrirse fácilmente?

Pudo observar como ambos doctores se miraban durante unos segundos, hasta que la responsable se mordió el labio y bajó el tono, como si fuese a explicarles una confidencia, agachando incluso parte de su rostro.

—Inspectora, nos gustaría llevar todo esto con la máxima discreción. —Rachel la interrogó con la mirada pero acabó asintiendo con su rostro—. El doctor Smith vio que uno de nuestros doctores la ayudaba a escapar.

—¿Un doctor del centro? —preguntó—. ¿Estaba en ese momento ese doctor trabajando aquí?

—No —comentó rápidamente el doctor Smith—. No estaba de guardia, tenía el fin de semana libre. Por eso me sorprendí al verlo aquí. Estaba en el comedor hablando con un compañero de planta, cuando fui hacia el ascensor para subir a la tercera él estaba allí con ella.

—¿Y qué hacían? ¿Cómo era su actitud? —preguntó echando su cuerpo hacia delante.

—Se puso bastante nervioso cuando me vio. La paciente se escondía detrás de él. Cuando llegó el ascensor ambos se subieron. Intenté detenerlos pero las puertas se cerraron justo antes de que llegase.

—¿Cuál es el nombre de ese doctor?

Él miró a la responsable y esta suspiró.

—El doctor Allen Milton.

Rachel se giró de nuevo para observar que Ben apuntaba todo en el pequeño bloc de notas.

—¿Hace mucho que trabaja aquí?

—Hace tres meses.

Rachel inspiró y miró hacia Ben que estaba situado a su lado. Luego torció su gesto hacia la directora del hospital.

—¿Qué tal era la relación entre ese doctor y la paciente?

Ambos doctores parecieron dudar unos segundos.

—Bueno —dijo Helen—, la verdad es que muy buena. Es una de las pacientes que está en su cupo. Estábamos muy contentos con el doctor, sabe manejar muy bien a sus pacientes. —Luego movió su rostro descontenta—. No entiendo cómo ha podido hacer esto.

—¿Sabe la razón por la que puede haberla ayudado a escapar?

—No.

—¿Puede que existiese algún romance entre ambos?

—No, por Dios, es solo una niña de dieciséis años —exclamó Helen.

Rachel volvió a apoyar su espalda totalmente recta contra el asiento.

—Ya, pero la ha ayudado a escapar —reflexionó mientras giraba su rostro hacia David, el cual se encontraba unos pasos por detrás de ella. Permaneció unos segundos callada y luego la observó fijamente—. Tienen una barrera para controlar quién entra y sale del hospital.

—Sí. Sam es el guardia de este fin de semana.

El doctor Smith volvió a colocar su cuerpo hacia delante y levantó el dedo índice como si quisiera intervenir.

—Cuando los vi subirse al ascensor —dijo finalmente—, vi que el doctor Milton usaba su tarjeta para ir al parking. El ascensor solo se mueve de la planta uno a la siete, no puede bajar al subterráneo, sólo se puede acceder hasta el parking si tienes estas tarjetas identificativas —explicó mostrando la suya.

—Es una medida para prevenir que puedan salir fuera —intervino la directora.

Roger Smith continuó hablando.

—Cuando lo vi fui corriendo hasta las administrativas de la entrada y se lo expliqué. Ellas llamaron al guardia de seguridad para que controlase la barrera y no la levantara si lo veía salir, pero para cuando cogió el teléfono el doctor Milton ya salía con su coche del hospital.

—Con la paciente dentro del vehículo —acabó Ben Doyle la frase.

—Exacto —confirmó la directora.

Ben se levantó de la mesa donde se encontraba apoyado y se acercó hacia la inspectora situándose al lado.

—¿Cómo ha sido su actitud esta última semana? —preguntó mirando el bloc de notas.

Helen Dawson se encogió de hombros.

—Normal. Es muy trabajador. —Tomó aire de nuevo—. Esta semana tenía el turno de tarde. Hacía su ronda con sus pacientes y las reuniones.

—¿Y con Claire McCain? —intervino la inspectora de nuevo.

La directora se encogió de hombros otra vez.

—Normal. —Luego se apoyó más contra la mesa—. Lo cierto es que esta semana Claire sufrió una fuerte descompensación. Solo quería hablar con el doctor Milton. No aceptaba hablar con otro especialista. Ha sabido ganarse muy bien la confianza de todos sus pacientes. Por eso estábamos encantados con él.

—¿Tienes grabaciones? ¿Un historial donde redacten lo que ocurre durante la última semana?

—Grabaciones no. Tenemos el historial clínico de cada paciente. Normalmente se redacta cada día o cada vez que hay un cambio significativo.

—¿Podría conseguirnos una copia? —preguntó Ben esta vez.

Helen miró hacia el psiquiatra, Roger Smith, algo dudosa.

—Los expedientes clínicos están amparados por la ley de protección de datos, deberíamos conseguir una autorización de algún familiar o…

—Directora —Le interrumpió Rachel colocando su mano sobre la mesa para indicarle que guardase silencio—. Se trata de una investigación policial. No ocurrirá nada. Pero si lo desea y se encuentra más tranquila podemos solicitar una orden al juez de guardia.

Helen se quedó pensativa unos segundos.

—Lo preferiría así —acabó diciendo en un susurro.

—Está bien. —Rachel se giró y miró a David Gray—. Por favor, llama al juez de guardia y solicita una orden para poder ver el historial clínico de Claire McCain. —Se giró hacia la directora y la observó fijamente—. ¿El doctor Milton vive cerca de aquí?

La inspectora reaccionó rápido y se levantó de la silla caminando hacia un enorme archivador. Abrió uno de sus cajones y comenzó a pasar carpetas hasta que halló la que buscaba. La extrajo y la observó un segundo.

Fue hasta la mesa y se la pasó.

—Es la ficha del doctor Milton. Aquí encontrarán lo que necesiten sobre él.

Rachel la cogió y la ojeó unos segundos. Dentro de esta se encontraba un curriculum, un contrato y todos los datos personales que necesitaba.

—Gracias. —Se giró de nuevo hacia David y le pasó la carpeta—. Pídele también una orden de registro para el domicilio, llamadas, movimiento de saldo en cuentas bancarias, todo. Lo quiero todo. —Se giró mientras cogía su móvil y comenzaba a salir de la sala para hablar con calma—. Ah, David —exclamó volviendo a girarse hacia él—, también quiero una orden de búsqueda y captura.

David aceptó y salió de la sala para llamar al juzgado de guardia.

Rachel se giró de nuevo hacia la directora mientras suspiraba. Se encontraba sentada en su gran butaca de piel, pero aunque su espalda se estaba recta y su mirada era fuerte algo en su compostura le hacía parecer débil, como si la culpabilidad de lo que había ocurrido la estuviese oprimiendo.

—No se preocupe. Los encontraremos —intentó calmarla. Observó como Helen asentía con su rostro apretando los labios—. Necesitaría hablar con el guardia de seguridad.

—Sam —Le recordó el nombre el doctor Roger Smith, a lo que la inspectora afirmó.

Helen Dawson se puso en pie.

—Claro. —Miró hacia el psiquiatra y le indicó con la mano—. Roger, por favor, acompáñalos para que puedan hablar con Sam. —Luego torció su rostro hacia la inspectora—. Si necesitan cualquier información cuenten con nosotros. Es muy importante que recuperemos a Claire lo antes posible, sana y salva.

Rachel asintió.

—Descuide. La tendremos informada.

Dejó pasar al doctor Roger Smith primero y comenzó a seguirle junto a Ben fuera de la sala. David se encontraba al final del pasillo, justo coincidió la mirada con ella cuando colgó el teléfono y aumentó el paso en su dirección.

—Nos mandará la orden —Le informó con cierto triunfo en la voz. Luego miró hacia el doctor Smith—. Necesito un número de fax donde puedan mandarme los documentos.

Roger se giró y miró hacia la sala de la directora.

—La directora tiene fax en su despacho. Podrá facilitárselo.

—De acuerdo —dijo dirigiéndose hacia el despacho.

Rachel se giró hacia él haciendo que un rizo castaño cayese de nuevo sobre su frente.

—David, vamos a hablar con Sam, el vigilante de puerta. Cuando te pasen la orden encárgate de tener una copia del expediente de Claire. ¿Sobre el domicilio, llamadas, cuentas bancarias, vehículos de doctor Milton qué han dicho?

—En cuanto reciban los oficios me lo pasarán todo al número de fax que le facilite.

—Perfecto —pronunció colocándose de nuevo el rizo en el moño—. Cuando lo tengas avísanos. Iremos a hacer una visita al domicilio del doctor Milton.

David aceptó mientras entraba en la sala. Al menos, parecía que obtendrían los documentos de forma rápida. Podrían hacer un registro del domicilio y ver si se encontraban allí, o al menos encontrar alguna pista de adónde podía haberla llevado.

Era extraño, pensó mientras seguía al doctor Roger Smith por el pasillo dirección al ascensor. No encontraba ningún otro motivo que no fuera el de un romance para que un psiquiatra se escapase con una paciente, y más la ayudase a escapar del centro psiquiátrico donde trabajaba. Parecía que ese doctor tenía buena reputación. O eso, o era un pederasta o asesino en serie.

Suspiró y se introdujo en el ascensor junto a su compañero Ben y el doctor Roger Smith.

—¿Qué opinas? —Le preguntó Rachel a su compañero.

Ben observó un segundo la espalda del doctor Roger, el cual permanecía un poco por delante de ellos.

—Opino que el psiquiatra está peor que la paciente —respondió con tono serio, aunque una leve sonrisa inundó su rostro, como si se hubiese hecho gracia a sí mismo por esa ocurrencia. Rachel puso los ojos en blanco—. Se supone que un psiquiatra esta cuerdo, ¿no? —Rachel le miró y afirmó no muy segura—. ¿Para qué iba a fugarse con ella?

Rachel se removió inquieta hasta que las puertas se abrieron. En cuanto comenzaron a avanzar a través del largo pasillo que conducía hasta el comedor el doctor Smith comenzó a explicarles.

—Estas son las salas donde hacemos terapia grupal. —Siguieron avanzando y llegaron a un enorme salón—. El comedor.

Ben se acercó un poco a ella, con aquella sonrisa pícara.

—¿Tú has contratado un tour por el psiquiátrico?

Rachel lo miró fijamente mientras una leve sonrisa inundaba su rostro. Cogió más fuerte el maletín y suspiró mientras observaba la espalda firme del psiquiatra que les guiaba hacia el exterior.

—Te seré sincera, casi podría descartar la idea de un romance, aunque cosas más raras se han visto —pronunció apresurada—. No sé, un psiquiatra, una niña de dieciséis años, no me encaja mucho.

Ben Doyle seguía al lado de ella, con el paso apresurado, pues el doctor Roger Smith caminaba especialmente rápido.

—Sí, es algo extraño. Pero ya me dirás para qué le ayuda a escapar. —Se giró para observarla—. Se ha fugado con ella.

—Ya. —Suspiró y atravesó la puerta que conducía hacia unas escaleras anchas que acababan en un enorme recibidor donde dos administrativas se encontraban sentadas al mostrador. El recibidor era enorme, con grandes ventanas que durante el día dejarían entrar una gran cantidad de luz, haciendo de aquel lugar un sitio menos tenebroso—. Buenas noches —saludó a las administrativas al pasar por su lado. Las administrativas respondieron a su saludo pero no pronunciaron nada más.

La lluvia de aquella noche había refrescado el ambiente. Aún permanecía bastante nublado, pues no se veía ni una estrella, pero al menos ya no llovía, lo cual era un alivio.

Salió al exterior notando como la temperatura había descendido y se le ponía el vello de punta. Se frotó un segundo el brazo intentando entrar en calor pero dejó de hacerlo, pues Ben le observaba con la ceja arqueada.

—¿Quieres la chaqueta? —Le ofreció la suya.

—No, gracias. Estoy bien —respondió.

Caminaron por el asfalto hasta la cabina del guardia, el cual permanecía nervioso en su interior, pues en cuanto vio que se acercaban se puso en pie y salió de la garita.

Rachel observó a su alrededor, unos metros más atrás, había una pequeña rampa que conducía hasta lo que imaginaba que sería el subterráneo donde los trabajadores y familiares que fuesen a visitar a algún enfermo podían aparcar. El trayecto de la salida de la cuesta hasta la valla donde se encontraba la caseta del guardia no era mayor a veinte metros. Era poca distancia, lo cual tenía lógica, ya que el doctor Roger Smith había explicado que tras avisar a las administrativas y éstas al guardia, para cuando este recibió la orden de no abrir la valla, el doctor Milton ya salía con la paciente fuera del psiquiátrico.

El guardia salió de la caseta y se dirigió hacia ellos con su típico uniforme, colocándose la gorra recta sobre su cabeza.

—Buenas noches —Le dijo el doctor Smith deteniéndose a su lado—. Ella es la inspectora Morrison. —Acto seguido le estrechó la mano. Luego miró a su ayudante percatándose de que no sabía su nombre.

Él se presentó alargando la mano hacia el guardia.

—Ben Doyle —dijo con una cordial sonrisa—. Subinspector.

Rachel se acercó un poco más al guardia para observar el interior de la garita. La tenía bien ordenada. Era una estancia pequeña, toda rodeada de ventanas y un pequeño panel con botones que suponía que serviría para conectar las luces y subir la barrera. En la parte de atrás había una pequeña mesa donde reposaban varias revista de coches y cine.

—¿Tienen cámaras de video vigilancia? —preguntó.

—No, señora.

—Ya —respondió insatisfecha volviendo a mirar al interior. Se adentró en la caseta y observó que al lado del panel de control había un teléfono estilo antiguo—. Le llamaron por este teléfono, ¿no?

—Sí.

—¿Sobre qué hora?

—Dos y media aproximadamente. —El guardia tragó saliva y la siguió al interior de la garita tembloroso—. Inspectora, yo no sabía que él llevaba una paciente, si no, no le hubiese dejado marchar.

Rachel se giró y lo observó de arriba a abajo, luego le sonrió intentando calmarlo.

—Puede estar tranquilo. Nadie le está haciendo cómplice de lo que ha ocurrido. —El vigilante respiró más tranquilo aunque su mano tembló cuando volvió a colocarse la gorra.

—Me sorprendí un poco de verlo aquí a estas horas. Creo que este fin de semana libraba —dijo mirando al doctor Smith para corroborar su versión a lo que este afirmó. Fue directamente hacia la mesa y cogió unos documentos que tenía grapados—. Hago una lista de todo el que entra y sale —dijo pasándole la lista a la inspectora—. El doctor Milton no estaba en la lista pero llegó sobre las…

—¿No le preguntó qué hacía aquí? —Le preguntó cogiendo la lista.

—Sí, me dijo que estaba preocupado por una paciente, por eso había venido.

Rachel se giró un segundo para observar a Ben, el cual esperaba en la puerta.

—¿Le dijo de que paciente se trataba? —siguió preguntando.

—No.

La inspectora miró el registro de entradas y salidas. El nombre del doctor Milton aparecía a las dos de la madrugada como entrada, posteriormente la salida se producía a las dos y media.

—¿Qué actitud tenía cuando salió? ¿Habló con él?

—Sí, le dije que tuviese buen fin de semana, la verdad es que parecía tranquilo, nunca hubiese sospechado que hiciese algo así.

—Ya. Supongo que cuando llamaron comunicándole lo que ocurría intentó detenerlos.

El guardia tragó saliva y se pasó la mano por la nuca en actitud nerviosa.

—No pude. Abrí la valla y luego cogí el teléfono. —Luego se quedó pensativo—. De hecho, cuando iba a coger el teléfono, él me pidió con urgencia que abriese la barrera. Yo la abrí sin problemas, es buen doctor. Para cuando cogí el teléfono y me informaron de lo que ocurría él ya había salido del hospital, derrapando.

Rachel mantuvo la mirada fija en él mientras lo explicaba. El muchacho estaba realmente nervioso aunque no hubiese sido culpa suya. Suspiró y salió de la pequeña caseta mientras una corriente de aire fresco hacía que otro rizo se soltase de su moño.

Miró al doctor Smith que permanecía al lado de Ben.

—¿El doctor Milton tenía algún lugar de trabajo?

—Su despacho —comentó.

—Vamos —dijo instándole a que les guiase.

El guardia volvió a meterse en la garita sin decir nada más. El pobre se encontraba bastante nervioso, era lógico, el muchacho se veía joven, seguramente sería uno de sus primeros trabajos o llevaría poco tiempo, lo cual haría que pensase que peligraba su puesto de trabajo.

Volvieron a entrar al psiquiátrico y subieron las escaleras pasando por delante de las administrativas hasta el enorme salón que usaban a modo de comedor.

Ben permanecía a su lado, caminando a un ritmo acelerado, pues el doctor Smith los llevaba a un paso apresurado internándose en los pasillos. Se detuvieron al lado del ascensor y el doctor

pulsó el botón.

—Aquí fue donde los vi. —Tanto la inspectora como su ayudante lo miraron fijamente—. Yo venía del comedor y el doctor Milton se encontraba ahí —dijo señalando hacia Ben—. La paciente se encontraba detrás de él, escondida. Cuando le pregunté qué estaba ocurriendo no me respondió. Las puertas del ascensor se abrieron y ambos entraron. Vi como el doctor Milton usaba su tarjeta, por eso supuse que iban hacia el subterráneo. A parte, su actitud… se puso realmente nervioso cuando lo vi.

—Ya —comentó ella girándose hacia el ascensor, pues las puertas ya se habían abierto.

Entraron y subieron hasta la tercera planta. Roger Smith los guió a través del pasillo hasta una de las últimas puertas. Giró el pomo pero se encontraba cerrado.

—Vaya —escuchó que pronunciaba—. Está cerrado. —El doctor se giró hacia ella con cara de fastidio—. Espere, le pediré a la directora la llave de repuesto. —Dicho esto se encaminó hacia el otro extremo del pasillo, deshaciendo el camino que habían hecho y girando la esquina.

Rachel miró a Ben, el cual recorría todo con su mirada, incluso el techo, en un total silencio.

—¿Qué? ¿Te gusta? —bromeó.

Ben se giró con rostro de disgusto.

—Me pone los pelos de punta.

Ella arqueó una ceja hacia su compañero y se cruzó de brazos. Lo cierto es que el lugar era realmente frío, aunque imaginaba que sería uno de los mejores psiquiátricos de Estados Unidos. No quería ni pensar en cómo serían aquellos que no gozasen de aquel prestigio.

Una de las enfermeras salió de una de las habitaciones arrastrando una bandeja con ruedas y se dirigió al otro extremo del pasillo perdiéndose tras la esquina. Trabajar en un lugar así no era de su agrado. Sabía que su profesión no era de las más sociables, y únicamente despertaba curiosidad por lo morboso. En cierto modo podía equiparse a aquello.

Ambos se giraron cuando escucharon unos pasos rápidos. David Gray venía con un montón de documentos en su mano.

—Ya los tengo —dijo acercándose, mostrando todos aquellos documentos desde la lejanía.

—Muy bien. —Llegó hasta la inspectora y se los pasó. Rachel los estudió atenta—. Orden de entrada en domicilio, un oficio enviado para realizar la investigación de cuentas bancarias y otro para certificar la posesión de tarjetas de crédito.

—He solicitado también a la policía un oficio para saber la matrícula de los vehículos que tenga, lo tendrán en un par de horas, y...

—¿Y? —preguntó curiosa.

—El juez de guardia me ha preguntado si necesitas una orden para escuchas telefónicas.

Ella dudó pero finalmente asintió.

—No iría mal. —Ojeó la orden de entrada en el domicilio y se la pasó a David—. Supongo que tendrá teléfono fijo en su vivienda habitual. Quiero un registro de las llamadas entrantes y salientes de las últimas cuarenta y ocho horas realizadas desde este domicilio a través del fijo. También me iría bien saber si tiene móvil con contrato.

—Claro —respondió David alejándose de nuevo para hablar con calma y solicitar los nuevos documentos.

Ben la miró y sonrió.

—Este no se escapa, eh.

—Por supuesto que no.

A lo lejos apareció el doctor Roger Smith con su paso acelerado en compañía de la directora. A Ben no pareció gustarle que la directora les acompañase cuando querían investigar el despacho

del doctor Milton.

—No te preocupes, Ben —susurró ella, cruzada de brazos.

El doctor Roger Smith introdujo de forma firme la llave en la cerradura y abrió la puerta. Entró él primero encendiendo la luz del despacho.

No es que fuese muy grande, pero era bastante acogedor. Tenía una gran ventana desde donde se veía que comenzaba a llover de nuevo. Las estanterías estaban plagadas de libros y alguna figura. No era un despacho recargado, lo cual era de agradecer para localizar alguna pista.

Rachel se dirigió directa al archivador pegado a la pared.

—Inspectora. —Llamó su atención Helen Dawson aproximándose a ella preocupada—. Hay más expedientes clínicos de pacientes en este archivador.

—Lo sé, pero a mí solo me interesa uno —dijo volviendo la mirada de nuevo al archivador y observando que los tenía ordenados por orden alfabético—. David —dijo al observarlo entrar por la puerta del despacho—. ¿Por qué no le das a la directora la orden para obtener el expediente clínico de Claire McCain? —propuso con una sonrisa triunfal.

David pasó a su lado entregándole el documento sin prestarle mucha atención, acercándose a Rachel y colocándose al lado. Se arrimó de espaldas a la directora y al doctor que parecían nerviosos ante la intrusión de ellos en el despacho de uno de sus trabajadores y le susurró.

—En un par de horas nos pasarán el listado con las llamadas telefónicas desde fijo y móvil.

—Perfecto —respondió mientras movía las carpetas una a una buscando la que pusiese el nombre de Claire McCain—. Si tiene teléfono móvil quiero el número.

—En cuanto lo tenga te lo digo —comentó David mirando de reojo a la directora, la cual no paraba de presionarles con la mirada.

Rachel chasqueó la lengua en actitud de disgusto y volvió a ojear desde el principio todos los expedientes. Allí no había rastro de Claire McCain. Cuando llegó a la última carpeta resopló desesperada y se giró en una actitud un tanto agresiva hacia la directora.

—¿Por qué no está el expediente clínico de Claire McCain?

La directora la miró desconcertada y fue directa al archivador buscándolo ella misma. Rachel se apartó un poco observando el resto de estanterías por si lo había colocado en otro lugar.

Fue hacia la mesa y se sentó en aquel enorme sofá de cuero abriendo los cajones. Estaban casi vacios. En uno había una caja de grapas y unos cuantos bolígrafos sueltos. En el segundo cajón solo había hojas en blanco.

—No lo entiendo. No está —dijo la directora sorprendida hacia el doctor Roger Smith.

Este miró directamente a la inspectora.

—A veces nos llevamos trabajo a casa. Expedientes clínicos para estudiarlos. Supongo que al ser su fin de semana libre se llevó alguno, puede que el de esta muchacha.

Rachel se levantó de la silla.

—Qué casualidad, ¿no? Se lleva el expediente clínico de ella para estudiarlo y posteriormente se la lleva a ella —acabó bromeando. Miró hacia la pantalla del ordenador—. ¿Qué me dice del ordenador? ¿Incluyen datos aquí?

El doctor se acercó a la mesa.

—Tenemos todos los expedientes introducidos. Debe haber una copia informatizada.

Rachel se apartó de la mesa y le indicó con un gesto a que se sentase en la silla.

—Quiero una copia del expediente clínico —dijo cruzada de brazos, observando como el doctor se sentaba en la silla y apretaba el botón de encendido de la torre. El sonido del ventilador del ordenador inundó la habitación haciendo que aquellos instantes de silencio finalizasen.

La directora se acercó a la mesa inquieta.

—Inspectora, esto no son documentos en papel, son informáticos…

Rachel la miró con gesto de disgusto.

—Directora, podemos perder el tiempo solicitando más órdenes al juez para investigar en aparatos electrónicos y redes o bien, puede permanecer callada y dejarnos hacer nuestro trabajo. —La directora abrió desmesuradamente los ojos al escuchar aquello—. Supongo que usted es la primera interesada en que encontremos a su paciente lo antes posible, ¿me equivoco?

—No, claro que no, pero no quiero que se vulnere la confidencialidad de mis otros pacientes.

—Aquí nadie va a vulnerar nada. A ver si me entiende —dijo dando unos pasos hacia ella con la espalda bien recta—, el resto de sus pacientes no me importan en absoluto —acabó sonriendo—. La única que me interesa es Claire McCain, así que puede estar bien tranquila al respecto. A parte, no pienso perder el tiempo esperando a que el juez nos dé una orden para investigar programas informáticos dado que el expediente en papel no está. Creo que lo mejor para todos es recabar las pruebas lo antes posible e ir a buscar a Claire, ¿no cree?

La directora se vio obligada a asentir ante aquellas palabras. En realidad lo más importante era que encontrasen a su paciente y solucionar este problema lo antes posible. No quería que aquella noticia trascendiese.

Rachel cerró el expediente y miró su reloj de muñeca. Las cinco y media de la madrugada. Se tapó la boca para bostezar y observó a David Gray como conducía acelerado por las calles de la ciudad.

Claire McCain había sido ingresada en el hospital psiquiátrico de menores tras sufrir un accidente en coche con sus padres, donde había fallecidó toda su familia. Tras poco más de seis meses al cuidado de su tía había sido ingresada en el centro de menores hasta los catorce años, cuando había cumplido la edad, había sido dada de alta e ingresada en el psiquiátrico de mayores donde llevaba varios años. Tenía varios intentos de suicidios a su espalda, conducta agresiva y depresiva. No había podido sacar ningún dato de interés, puesto que todo el expediente era clínico. Lo único que le había llamado la atención, y ya lo sabía por la conversación que había mantenido con la directora y el doctor Roger Smith, es que el doctor Allen Milton llevaba trabajando en ese centro unos tres meses.

Cuando había visto la fotografía de Claire le había inspirado ternura. De complexión muy delgada y rostro pálido. Ojos extremadamente grandes de color verde y un cabello rubio, largo y ondulado que le llegaba hasta el pecho. ¿Realmente la habría raptado? ¿O simplemente la había ayudado a escapar? ¿La habría coaccionado para que fuese con él? Aquellas ideas le hacían poner el vello de punta. Era solo una niña.

Resopló y miró hacia atrás, donde Ben parecía estar echándose una cabezada en el asiento.

Las calles estaban prácticamente vacías a esas horas de la madrugada. El sol comenzaba a clarear en el horizonte, aún y así podía intuirse que iba a ser un día muy oscuro, pues las nubes negras y grisáceas encapotaban todo el cielo.

La mayoría de las farolas permanecían encendidas en la ciudad.

David señaló hacia un grupo policial y puso el intermitente para aparcar el vehículo.

Tal y como había solicitado, el refuerzo de cinco policías se encontraba en la calle, a un par de manzanas del piso del doctor Allen Milton. Lo más lógico es que no se encontrase en casa, pero tampoco sería la primera vez que aquello ocurría. De todas formas, quizás pudiese conseguir alguna prueba que le sirviera para comprender la razón de aquel rapto o de dónde podían encontrarse.

Bajó del vehículo colocándose la pistola en el cinturón y abrió la puerta trasera despertando a Ben, el cual hizo un movimiento rápido, asustado, y se pasó la mano por los ojos.

Rachel sonrió.

—Vamos —dijo con un ligero movimiento de rostro.

El grupo de refuerzo iba vestido de paisano, tal y como había solicitado, no quería levantar sospechas si ambos estaban en casa.

Se dirigió a ellos y saludó con un ligero movimiento de cabeza.

—El piso está cinco portales más allá. —Señaló en una dirección—. El presunto secuestrador se llama Allen Milton, es psiquiatra. La secuestrada es Claire McCain, paciente suya —dijo bajando el tono de voz—. Es menor, dieciséis años. —Luego observó que todos llevaban las armas en su cinturón—. La operación se hará con el mayor sigilo posible, no quiero que las armas se usen. Si se encuentra en la vivienda se procederá a su detención de forma pacífica. Si el sujeto se opone se usara la fuerza, pero bajo ningún concepto las armas, a no ser que la vida de alguno de nosotros peligre o la de la menor. —Dio unos pasos hacia el centro del pequeño corrillo que habían formado—. ¿Y el cerrajero?

—Dentro del vehículo —Le indicó uno de los policías alejándose de ella y golpeando a la puerta del copiloto de uno de los vehículos. El hombre, un tanto mayor y de complexión extremadamente delgada parecía cansado. Salió del vehículo con una caja de herramientas y sin decir nada más se dirigió al portal correspondiente.

Todos le siguieron. El cerrajero abrió la puerta sin mucho esfuerzo y todos entraron en el portal. Tomaron las escaleras que aparecían a la derecha y subieron las dos plantas de diferencia. Al menos, eran extremadamente silenciosos. Con suerte nadie del bloque se enteraría de lo que estaba ocurriendo. Nada más llegar, Rachel tomó posición al lado de la puerta y extrajo la pistola de su cinturón mientras escuchaba colocando su oído al lado de la puerta. Parecía que dentro había un total silencio. Lo único que esperaba era no encontrar una escena dantesca allí dentro.

Señaló con un movimiento de cabeza al cerrajero para que se acercase y este comenzó a trabajar en silencio.

Rachel miró a Ben, el cual se encontraba al lado suyo con la pistola en la mano, encañonada hacia abajo. David estaba en la misma posición al final del pasillo, tras aquel refuerzo policial que había solicitado para entrar en la vivienda.

Cuando la puerta cedió tras un pequeño chasquido Rachel movió la puerta y entró apresurada, alumbrada por la linterna de los compañeros que iban detrás.

—¡Policía! —pronunció en un tono alto mientras avanzaba por el pasillo. Aunque la claridad que se filtraba no era suficiente, las linternas le alumbraban el pasillo y el inicio del comedor. Cuando llegó al centro de este se quedó estática y miró al resto de policías—. Registradlo todo −ordenó.

Ben se acercó a una pared y dio a un interruptor. Una luz brillante producida por los ojos de buey del techo lo iluminó todo.

Rachel escuchó como el refuerzo iba inspeccionando las habitaciones e iba cantando que se encontraban libres a medida que lo revisaban todo.

Ben se acercó y guardó su arma en su cinturón.

—Parece que no está.

—Era lo más lógico —dijo dándole la espalda y observando aquel enorme piso. Estaba bien decorado, tenía mucha luz y muebles de último diseño.

—Pues sí que ganan bien los psiquiatras —comentó Ben pasando la mano por la enorme pantalla plana de cincuenta pulgadas, última generación.

Rachel le miró un segundo y sonrió mientras se movía por el comedor observando los cuadros y libros que tenía en la estantería.

—Inspectora. Está todo limpio —informó uno de los policías.

Rachel se giró hacia él y finalmente guardó también su arma.

—De acuerdo. Procedan a un registro exhaustivo.

Acabó de colocar correctamente la pistola en su cinturón cuando David entró en el salón.

—La habitación del final debe ser la suya. El armario está lleno de ropa. No hay ninguna percha suelta o estante vacío.

—Quizás no lo tenía planeado —comentó Ben mirando a Rachel.

—Mira la nevera —ordenó a Ben, el cual se dio medio vuelta y fue hacia donde creía que se encontraba la cocina.

Rachel observó el comedor. Aunque todo estaba ordenado, una de las sillas de la mesa permanecía separada y el mantel estaba arrugado.

Siguió observando y le llamó la atención el contestador que se encontraba encima de la pequeña mesa. Fue hacia allí y le dio al botón del play. Al momento la voz robótica inundó el salón haciendo que David se colocase al lado de Rachel.

—No tiene mensajes nuevos. —Un segundo de silencio—. Tiene un mensaje guardado. Para escucharlo marque uno. —Rachel apretó el botón sin dudar—. ¿Qué pasa Allen? ¿Ya no das señales de vida? Oye, ya que ni siquiera coges el teléfono, te informo. Este fin de semana, el sábado, viene la prima de Meg, Judith, ya sabes, la de Nueva York. Vamos a ir a cenar al mismo sitio de siempre, al Glory Center. Creo que estaría bien que nos acompañases. Pues que, eso, que Judith se alegraría de verte y supongo que tú también de verla a ella. Vamos, que si no me confirmas que vienes Megan me crucifica, así que por el bien de tu querido amigo, ven. —Sonó un pitido agudo y la voz robótica volvió a hablar—. Enviado a las dieciocho y treinta y dos minutos. No tiene más mensajes guardados.

Rachel se giró hacia sus compañeros y se cruzó de brazos sonriente.

—Creo que deberíamos hacer una visita a ese restaurante. —Miró a David y le señaló el aparato—. Consigue el número de teléfono desde el que han llamado. Parece que es amigo suyo. Puede que sepa algo. Ben —pronunció haciendo que su compañero se girase, pues se había quedado estático en el marco de la puerta del comedor escuchando desde allí—. ¿Qué tal la nevera?

—Tiene comida fresca —dijo acercándose a ella con brazos cruzados y actitud pensativa—. Parece que no lo tenía planeado —concluyó.

Rachel lo observó un segundo y luego se giró para ver como David se había arrodillado al lado del contestador automático y lo manipulaba.

Rachel colocó una mano en el pecho de Ben en actitud de confianza y dio una palmadita.

—A ver si podemos conseguir una fotografía de nuestro querido psiquiatra. —Dicho esto se fue a reunir con el resto del equipo que investigaban el piso en busca de alguna pista.

11

Allen abrió la puerta del coche y se sentó en su interior. Sabía que en esos momentos era lo más prudente. Había ido a un cajero automático y sacado todo el dinero en efectivo que le había sido posible, no quería tener que ir sacando continuamente. Sabía que el psiquiátrico lo pondría en conocimiento de la policía y si iba sacando dinero poco a poco podrían seguirle la pista.

Comenzaba a amanecer, pero aquel día era diferente. Ya nada volvería a ser lo mismo después de aquella noche.

Suspiró y se miró un segundo en el retrovisor. ¿Realmente sabía lo qué estaba haciendo?

No se había parado a pensar en las consecuencias, solo tenía la imagen de Megan atropellada en su mente, aquella situación era la que le había llevado a esto.

Se giró y observó a Claire medio tumbada en el asiento de atrás, dormida. Resopló y miró al asiento de al lado donde tenía su maletín. Lo abrió y volvió a sacar su expediente ojeándolo. Cogió el último dibujo que había realizado, un poco arrugado de haberlo llevado en el bolsillo. Las nueve pelotas y la última con rayos. ¿Qué podía significar aquello? ¿Realmente podría descifrarlo? ¿Podría detener aquello que fuese a ocurrir?

Lo observó unos segundos, pues la poca claridad del día aún no le dejaba ver lo suficiente. Se quedó pensativo. Podía ocurrir en cualquier parte del mundo. ¿Cómo iba a saber hacia dónde dirigirse?

Cogió de nuevo el expediente y comenzó a observar, el mismo día también había dibujado delfines, una llama sobre el mar. ¿Qué era todo aquello?

Desesperado se giró hacia atrás y palmeó suavemente el hombro de Claire para despertarla. No podía perder tiempo. Si por él fuera también se pondría a dormir pero no podía permitirse ese lujo en esos momentos, necesitaba ponerse en movimiento o lo encontrarían tarde o temprano. Necesitaba saber hacia dónde dirigirse.

—Claire —pronunció en un tono alto ya que ella no parecía reaccionar—. Claire, ¡despierta!

Un ronroneo llegó desde la parte trasera del coche.

—Vamos, ¡despierta ya! —Palmeó por última vez y se colocó de forma correcta en el asiento —. Si nos quedamos quietos nos encontrarán. ¿Hacia dónde voy?

—No lo sé —Escuchó la voz adormilada.

—Eh, eh —dijo girándose de nuevo, molesto con su actitud—. Me estoy jugando el cuello por ti, así que despierta de una vez y dime hacia dónde vamos.

—Es que no lo sé —volvió a gemir, aún medio tumbada.

Aquella actitud enloqueció a Allen el cual abrió la puerta, se bajó del coche y abrió la puerta trasera.

—Échate a un lado —Le dijo de malos modos, pues llevaba acumulando los nervios aquellas últimas horas sin poder liberarlos. Claire se movió de mala gana mientras se apartaba el cabello de su rostro. Cerró la puerta con un portazo y echó mano al expediente que tenía en el asiento delantero. Lo colocó en sus rodillas y comenzó a ojearlo mientras observaba de reojo como ella bostezaba. Cogió los últimos dibujos y los colocó sobre las rodillas de Claire—. Haz lo que tengas que hacer, concéntrate, cierra los ojos, entra en trance, me da igual, pero haz algo.

Ella alzó una ceja y lo miró de mal humor.

—Ya te dije que esto no funciona así.

—¿Ah no? Pues vas a hacer que funcione. ¿No te das cuenta del lío en el que me he metido? —Ella resopló—. Necesito saber hacia dónde dirigirme —dijo señalando el dibujo de las pelotas —. Necesito saber qué va a ocurrir y dónde.

Ella contempló el dibujo unos segundos.

—Es que no lo sé —volvió a gemir—. No decido cuando veo o tengo un presentimiento, simplemente me ocurre —contestó mosqueada.

Se quedaron mirando durante unos segundos fijamente, hasta que Allen apartó la mirada y la dirigió de nuevo al expediente. Estaba claro que retándole con la mirada no iba a conseguir nada.

—De acuerdo —comenzó a observar los dibujos—. Por un lado tenemos las pelotas que tú dices, por otro lado tenemos este dibujo. —Agarró la hoja y se la mostró—. Los delfines y la llama de fuego. —La miró interrogante—. ¿Crees que pueden tener relación con un mismo hecho?

Ella se encogió de hombros.

—Puede. Las imágenes se me cruzan.

Él soltó el dibujo disgustado con su respuesta.

—¿Qué significa que se te cruzan? —preguntó tirante.

Ella se removió incómoda en el asiento.

—Pues que se me cruzan, así de fácil. Una vez veo las pelotas, otra vez veo delfines y antorchas.

—Ya —contestó insatisfecho con la respuesta—. Así que puede que estén relacionados ¿no?

—Puede. —Claire suspiró y se acercó un poco más a él, contemplando el dibujo que había hecho.

Allen desvió la mirada hacia el exterior. Era la mañana de un domingo. La gente dormía en sus casas, y él se encontraba en aquel coche, en medio de la ciudad, con seiscientos dólares en el bolsillo y una paciente a la que había ayudado a escapar de un psiquiátrico.

Permaneció prácticamente un minuto más en silencio hasta que sus nervios dijeron basta.

—¿Algo más? —preguntó ansioso.

—No. —Elevó la mirada hacia él con gesto de disgusto.

Allen resopló mientras se removía en el asiento.

—De acuerdo, vamos a ver —dijo girándose hacia ella, colocándose de lado en el asiento—, cuando tienes las visiones, ¿van acompañadas de sensaciones?

—La mayoría de las veces sí.

—¿Y qué sentías al ver esto? —preguntó mostrándole el dibujo con las pelotas.

Ella se quedó pensativa observándolo.

—Sentía miedo, angustia… que… que va a morir muchísima gente.

—Ya pero, ¿dónde?

—Aquí cerca —susurró.

Aquello intrigó a Allen.

—¿Cómo sabes qué es aquí cerca?

—Porque el sonido me llega bien —dijo como si aquello lo explicase todo, aunque al ver la ceja enarcada de Allen decidió que sería mejor explicarse más—. Cuando las cosas van a suceder lejos los sonidos son más difusos, se nota que están lejos, pero esto… —Señaló el dibujo—, lo escucho perfectamente.

—¿Qué escuchas?

—Las personas gritar, un gran estruendo y luego un silencio. Al cabo de poco comienzan los gritos otra vez, aunque esta vez de dolor.

Allen cogió el dibujo de los delfines y la antorcha.

—¿Escuchas delfines? —Ella negó—. ¿Cómo sabes que hay delfines?

—Porque los veo. Están nadando por el mar y dan saltos —respondió encogiéndose de hombros.

—¿Y la antorcha? ¿Está dentro del mar?

Ella negó.

—Encima del mar. Suspendida en el aire. Como en el dibujo —dijo señalándole. Luego lo miró con una ligera sonrisa—. Si estuviese dentro del mar no estaría encendida, ¿no crees?

Él la miró con un poco de recelo pero se limitó a afirmar con su rostro.

—¿Por qué me dijiste que estos delfines matan?

—Es la sensación que me da. Son delfines malos —respondió apoyándose contra el respaldo.

—Ya. —Contempló el dibujo—. Así que tenemos el mar y los delfines. ¿Puede que sea cerca de la costa?

—Supongo, sino no vería el mar ¿no?

—Oye, basta de hablar con ironía —Le reprendió en un tono más fuerte—. Estoy intentando ayudarte—. Su tono sonaba impaciente. Claire suspiró y se cruzó de brazos.

Permaneció callada varios segundos hasta que subió las piernas encima del asiento y modeló su voz a un tono más sociable y desenfadado.

—Supongo que sí, debe ser cerca del mar. —Se arrimó de nuevo a él y observó el dibujo intentando colaborar—. La antorcha siempre ha estado encendida, y la llama se mantiene estática, no se mueve, como si no soplase nada de aire.

Allen se llevó la mano a la frente y cerró los ojos. Sabía que aquello era una pista importante. Sabía que lo que fuese a ocurrir sería cerca del mar, pero ¿en qué costa? Estados Unidos tenía costas por ambas partes. Resopló y abrió los ojos mientras se los frotaba. Aquella llama debía significar algo más.

—¿Tienes la sensación de que se vaya a tratar de un incendio? —preguntó señalándole la llama.

—No, no es eso. Hay una explosión, pero es, no se… esta pelota explota.

Allen lo observó.

—¿Puede que no sean pelotas? Sino bombas o algo así.

—No, puedo asegurar casi al cien por cien que son pelotas.

—Las pelotas no explotan —dijo rápidamente.

—Tampoco una llama se mantiene quieta totalmente, siempre se mueve algo —contestó ella con tono apresurado—. Ya te digo que no sé qué significa, si lo supiera no estaría aquí diciéndote que...

Allen le detuvo con la mano. Una fugaz idea cruzó su mente.

El mar, los delfines… la llama estática. Tragó saliva y contempló a Claire con los ojos extremadamente abiertos. ¿Lo que estaba pensando podía ser posible? La verdad es que todas las piezas encajaban, aquello podía tener sentido.

—¿Si te enseñase una antorcha podrías reconocer si era esa llama?

Claire se encogió de hombros.

—Puede.

Allen cogió su móvil y observó que estaba al sesenta por cierto se batería. No le llegaría para todo el día, pero al menos sí para un par de horas. Fue hacia la pantalla táctil y abrió internet. En aquella calle no había mucha cobertura lo cual puso a prueba de nuevo sus nervios.

Cuando consiguió que el buscador de internet se abriese tecleó y fue a la parte de imágenes.

Seleccionó una y la colocó frente a la nariz de Claire, la cual tuvo que alejarse un poco para poder enfocar.

—¿Es esta?

Claire abrió los ojos sorprendida y cogió el móvil con sus dos manos, observando la fotografía que Allen había buscado.

—Sí, sí —respondió nerviosa—. ¡Era igual!

Allen sonrió mientras le quitaba el móvil y observaba la fotografía. Aquello tenía sentido. ¿Podía ser que hubiese descifrado parte de aquello?

—¿Dónde está? −preguntó Claire intrigada.

—Está en New York. Es la Estatua de la Libertad —dijo con una sonrisa—. Está en una isla, en Manhattan, rodeada de mar.

Ella lo observaba con ojos muy abiertos.

—¿Crees que puede ser ahí?

—Tiene sentido. El mar, la llama que no se mueve, no sé otro lugar que pueda tener estos mismos elementos.

Ella se sentó recta en el asiento, con una leve sonrisa en su rostro.

—¿Queda muy lejos de aquí? —preguntó entusiasmada, contagiándole un poco a Allen.

Allen apagó la pantalla de su móvil y lo guardó en su bolsillo.

—Bastante. A unos dos mil kilómetros. Tardaremos un par de días en llegar.

Salió del vehículo con una cierta sonrisa en su rostro. Al menos ya sabía hacia dónde debía dirigirse. Abrió la puerta delantera y volvió a encender el vehículo. Tenía medio depósito de gasolina, quizás en unas cuantas horas tuviese que llenarlo. Volvió a recordar que solo disponía de seiscientos dólares. Se pasó la mano por la frente y miró de nuevo al cajero. Hoy no le permitía extraer más dinero, debería sacar mañana, lo cual le perjudicaba dado que podrían seguirle la pista.

Se giró un segundo hacia atrás contemplando a Claire. Estaba claro que la chica no podía ir vestida con ese camisón blanco, debería comprarle algo. Miró el reloj y vio que eran las seis y media de la mañana.

Conduciría un par de horas hasta que los comercios abriesen o encontrasen un área de descanso con un centro comercial.

Danny miró con recelo a la inspectora. Se había sorprendido cuando se había presentado y había comenzado a hacerle preguntas sobre Allen. No sabía lo que había ocurrido, pero aquello no tenía buena pinta.

Estrechó su mano a modo de despedida.

—Espero que su novia se mejore pronto —dijo en actitud seria—. Y por favor —continuó—, cualquier noticia que tenga llámeme al número de móvil que le he dejado.

Danny miró la tarjeta que le había entregado pero no dijo nada más. Observó como la inspectora salía de la sala de espera donde llevaba desde las siete de la mañana, acompañada de los dos subinspectores.

Judith se acercó a Danny, el cual se había quedado totalmente estático, de pie en medio de aquella sala de espera del hospital esperando a que llegasen las ocho para ver a Megan.

—¿Qué ocurre? —preguntó Judith preocupada, colocando su mano en su hombro para llamar su atención.

Danny pareció despertar de un sueño y la miró con ojos llorosos.

—No lo sé —susurró contrariado.

—¿Era una inspectora? —Danny afirmó—. ¿Por qué buscan a Allen? ¿Crees que ha podido ocurrir algo?

—No tengo ni idea —susurró observando como la inspectora y sus dos ayudantes giraban la esquina. Automáticamente, cogió su móvil y lo observó, marcaban las ocho de la mañana. No tenía ni una llamada, ni un mensaje de texto o voz de Allen. Era extraño. No había venido a ver a Megan, sin embargo, se encontraba con una inspectora que comenzaba a hacerle preguntas sin sentido sobre él. Aquello le daba mala espina.

Contempló a Judith, tenía los ojos hinchados de haber pasado toda la noche llorando, las ojeras se le marcaban como si estuviesen pintadas de camuflaje bajo sus ojos, su rostro estaba pálido e incluso demacrado.

Suspiró y colocó una mano en su hombro.

—No te preocupes —susurró intentando calmarla—. Seguro que no es nada.

Rachel Morrison entró en el ascensor del hospital junto a sus dos compañeros marcando la planta baja del subterráneo. Se habían acercado al restaurante, al Glory Center, a primera hora de la mañana.

Por lo visto, el doctor Allen Milton frecuentaba bastante ese restaurante, pues le conocían por el nombre. No hizo falta que le mostrase la fotografía que había conseguido del joven en su piso.

Habían cenado la noche anterior en aquel restaurante, tal y como le había explicado aquel mensaje de contestador, pero lo que no esperaba es lo que a continuación le habían comentado Jerry, el propietario del restaurante. A una amiga suya la habían atropellado y la habían trasladado al hospital más cercano.

No habían dudado un segundo en desplazarse hasta allí con la confianza de poder encontrarlos, pero el panorama era muy diferente. No estaba, pero sus dos amigos sí. Le había preguntado a Danny de forma sutil qué era lo que le había explicado las últimas horas. El pobre muchacho no tenía ni idea, bastante bien había aguantado el tipo mientras le hacían preguntas. Sabía que no era el mejor momento para hacer su trabajo, acaban de atropellar a su novia y en esos momentos luchaba entre la vida y la muerte, pero ese era su trabajo, y su obligación era encontrarlo a él y a la paciente.

Nada más salir del ascensor el teléfono de David inundó todo el parking con su música animada, lo que hizo que Rachel y Ben le mirasen con una sonrisa.

—Una música algo movida para estas horas —comentó Ben mientras se subía a la parte trasera del vehículo y David contestaba al teléfono.

—¿Sí? —Guardo unos segundos de silencio mientras se sentaba en el asiento del conductor y Rachel a su lado—. Sí, claro, por supuesto —dijo poniéndose el cinturón. Luego miró a la inspectora—. Tenemos la matrícula del vehículo de Allen Milton.

Rachel se puso el cinturón.

—Que la notifiquen a todos los coches patrulla que estén en la calle y que faciliten su descripción.

David aceptó.

—Comunicadlo a la policía —dijo volviendo su mirada hacia el cristal, observando el enorme parking del hospital bastante repleto de los vehículos de los familiares que vendrían a visitar a sus seres queridos ingresados—. Sí, una orden de búsqueda y captura. Te lo agradecería mucho. —Guardó silencio de nuevo—. Sí, comunicádnoslo si lo encontráis.

Rachel miró a Ben, el cual se colocaba el cinturón de seguridad mientras observaba atentamente el cogote de David.

—¿Ah sí? —preguntó inquieto, lo cual hizo que Rachel lo mirase intrigada y Ben se acercase a su asiento—. Sí, sí, claro. —Miró hacia el lado y tapó el altavoz del telefonillo—. Allen Milton ha sacado seiscientos dólares esta mañana, a las seis y media de la madrugada aproximadamente.

—Pregúntale dónde y si hay grabación —dijo Rachel en seguida.

Automáticamente, David cogió su bloc de notas y bolígrafo.

—¿En qué cajero? Ajá. —Comenzó a escribir la dirección—. ¿Hay grabaciones? —Permaneció callado y luego miró a Rachel afirmando con su rostro—. De acuerdo, vamos —dijo pasándole la libreta de notas para que observase la dirección. Dicho esto colgó. Cerró la tapa del móvil y lo dejó en el salpicadero.

—La dirección del cajero está aquí cerca —comentó Rachel pasándosela a Ben.

—A unos veinte minutos de aquí —corroboró.

David encendió el vehículo.

—Sacó seiscientos dólares sobre las seis y media de la mañana.

—Son las ocho y cuarto. Tampoco pueden andar muy lejos.

Aunque el cielo seguía nublado algunos claros comenzaban a abrirse entre las nubes.

Rachel cogió su móvil y observó la bandeja de entrada. Habían enviado desde la comisaría una fotografía del doctor Milton y de su paciente. Se había quedado bastante defraudada cuando lo había visto. Esperaba que tuviera un aspecto más serio, con barba y gafas. Pero había encontrado la fotografía de un joven muchacho que distaba mucho de lo que había imaginado que sería la figura del psiquiatra.

David hizo un gesto brusco con el vehículo al incorporarse a la carreta.

Rachel notó un nuevo un pinchazo en su hombro. Se llevó la mano hasta este masajeándolo mientras intentaba contener el gemido de dolor.

David la miró preocupado.

—¿Estás bien? —preguntó inquieto al ver que el rostro de su jefa tomaba un tono blanquecino.

—Sí, sí —reaccionó Rachel cerrando los ojos y respirando de forma profunda. Abrió los ojos e intentó recomponer su compostura—. Estoy bien, pero por favor, intenta conducir de una forma menos brusca.

—Sí, claro. Perdona.

Ben se acercó a la parte delantera y observó a Rachel. Prefirió no decir nada al respecto y desvió su atención hacia David.

—Si giras por la siguiente calle llegaremos antes. Por ahí se ataja. —Le indicó hacia una calle que aparecía a la derecha.

Tardaron menos de lo que habían previsto. En cuestión de quince minutos David aparcaba justo frente al banco, subido un poco en la acera. Él fue el primero que bajó. Ben aprovechó para echarse hacia delante y mirar a Rachel.

—¿Te encuentras bien? —preguntó preocupado.

Ella lo miró y le sonrió.

—Sí, es solo un pinchazo muscular —comentó intentando tranquilizarlo—. Supongo que el estrés. —Se encogió de hombros y salió al exterior.

El ambiente era más caluroso. Los claros que se habían formado entre las nubes dejaban entrar un sol brillante en una atmósfera totalmente limpia por la lluvia de la noche y día anterior.

Ben pudo observar como Rachel aún se pasaba la mano por su hombro, como si aún le molestase un poco.

Dentro del banco el ambiente era más fresco. La sucursal era amplia. Se notaba que era

domingo, pues no había prácticamente nadie, solo un hombre que vestía con traje y, en cuanto los vio entrar por la puerta, se dirigió hacia ellos con la mano ya extendida.

—Buenos días, soy Carl Wagner, director de la sucursal.

Rachel se adelantó realizando el mismo gesto. Estrechó la mano del director y notó como este tenía una mano firme y fuerte.

—Rachel Morrison, inspectora —Se presentó—. Ellos son el subinspector Ben Doyle y el subinspector David Gray. Sentimos tener que molestarle a estas horas un domingo.

—No se preocupe —Le respondió con una sonrisa amable—. Espero poder ser de ayuda.

Ben se adelantó un paso hacia él.

—Necesitamos ver las grabaciones de esta mañana. Se nos ha comunicado que una de las personas que estamos buscando ha sacado esta mañana la cantidad de seiscientos dólares —dijo observando la libreta—. ¿Sería posible ver las grabaciones?

El director ya estaba afirmando antes de que Ben acabase la pregunta.

—Claro. Habrá hecho la operación desde el cajero de afuera. —Luego les invitó a que le siguieran con un ligero movimiento de mano—. Tendrán que disculparme pero no sé bien cómo funcionan las cámaras de grabación. Cuando me han avisado de que venían hacia aquí no me ha dado tiempo a llamar a la empresa de seguridad.

—No se preocupe. Nosotros sí lo sabemos —contestó David situándose al lado de Rachel.

El director abrió una puerta situada al final de la sucursal y les guió a través de un estrecho pasillo hasta una de las puertas a su derecha.

—Si tuviesen algún problema podría avisar a seguridad. Él chico controla el tema de las grabaciones.

—No creo que tengamos ningún problema —comentó Ben.

Entraron en una pequeña sala donde había grandes estanterías, todas ellas con archivadores y nombres de empresas o clientes con grandes cuentas bancarias. En un lateral había una mesa con un par de monitores y los equipos de mando de grabación.

Rachel cogió una silla y se sentó frente a los monitores.

El director se colocó al lado de ella.

—Este —explicó señalando a uno de los monitores en el que se veía la sucursal por dentro—, graba el interior de la sucursal, por si hay algún atraco o contratiempo. —Luego señaló el otro—. Este es el de fuera, está situado en el centro del cajero automático. Una cámara muy pequeña.

—Es el que nos interesa —dijo Rachel.

David palmeó el hombro del director.

—¿Puedo? —comentó señalando el equipo de mando.

—Claro.

David comenzó a pulsar botones y a girar unas ruedecillas haciendo que la imagen se detuviese y luego todo comenzase a ir marcha atrás. Debajo de la pantalla aparecía un reloj digital que comenzó a hacer su propia cuenta atrás a medida que las imágenes iban retrocediendo.

Rachel observó como las personas que pasaban por delante del cajero lo hacían caminando al revés, como a medida que David iba girando esa ruedecilla el día se iba oscureciendo.

—Quieto —pronunció Ben al ver que aparecía una persona en el cajero.

David dejó la imagen estática un segundo y luego le dio al play. El hombre era un poco mayor. Sacaba dinero tranquilamente, con movimientos lentos como si aún estuviese dormido.

El reloj digital se había parado a las siete y treinta y dos y el segundero avanzaba.

—Este no es. Fue sobre las seis y media —Le recordó Rachel.

David volvió a parar la grabación y comenzó a echarla hacia atrás de nuevo. El minutero iba bajando, al principio de forma lenta luego incrementando su velocidad.

Lo poco que sabía le llevaba a pensar que no había preparado aquella huida. Tenía toda la ropa en su piso, o al menos eso parecía, tenía la comida fresca en la nevera y había sacado una gran cantidad de dinero. Si algo tenía claro es que no había planeado todo aquello, pues podría haberse hecho una maleta o bien sacar dinero antes de la huida.

Rachel brincó sobre la silla cuando vio aparecer a una persona en la grabación justo a las seis y veinte de la mañana.

—Para, para.

David paralizó la imagen y le dio al play.

Ahí estaba, no había duda. El doctor Milton cogía una gran cantidad de billetes y los guardaba en su bolsillo.

—Tira hacia atrás de forma lenta —ordenó a David sin apartar la mirada de la pantalla.

David volvió a paralizar la imagen y comenzó a hacer rodar el botón. El doctor Milton comenzó a realizar gestos de forma apresurada, marcha atrás, hasta que vio que caminaba hacia atrás para cruzar la calle. Espero unos segundos y pidió a David que reiniciara la imagen. David lo paralizó y al momento observó como un Audi A3 oscuro se detenía en la acera de enfrente. Justo el vehículo que le habían notificado desde tráfico. Segundos después el doctor Milton salía y cruzaba la calle a un paso apresurado buscando en su bolsillo su cartera. Se situó frente al cajero y extrajo la tarjeta introduciéndola.

Se notaba su juventud. Sus rasgos parecían nerviosos, al igual que sus gestos, pues no paraba de mirar hacia atrás, hacia el vehículo que había estacionado en la acera de enfrente.

Pulsó varios números y esperó unos segundos mientras su mirada volaba nerviosa de un lado a otro. Rachel lo miró. Ya lo había visto en la fotografía, pero aunque la grabación era en blanco y negro podía detectarse que tenía unos ojos claros. Se había pasado la mano por el cuero cabelludo angustiado y finalmente había cogido los billetes que el cajero le había dispensado. Observó unos segundos la pantalla y finalmente se dio media vuelta para cruzar la calle y volver hacia el vehículo.

—¿Es a quién buscáis? —preguntó el director.

Rachel le observó unos segundos pero no pronunció nada ni realizó ningún gesto.

Ben se acercó más a la pantalla y colocó una mano sobre el hombro de Rachel.

—Mira —dijo señalando la pantalla.

El doctor Milton salía del vehículo de nuevo pero esta vez se dirigía a la parte de atrás esperando unos segundos para volver a entrar.

Observó como una segunda persona se encontraba en la parte de atrás del vehículo y se sentaba.

—¿Puedes paralizar la imagen? —preguntó desviando un momento la mirada a su compañero.

David pulsó otro botón y la imagen se detuvo. Todos miraron la pantalla, intentando enfocar con más precisión.

—¿La imagen puede ampliarse?

—Puedo intentar hacer un zoom, pero saldrá pixelado. Esta cámara no tiene mucha resolución —explicó comenzando a pulsar botones.

Ben se agachó al lado de Rachel y le susurró.

—Seguro que es ella.

—Apuesto a que sí —comentó Rachel observando como la imagen se ampliaba.

El director de la sucursal miraba atento la pantalla y a los hombres que le acompañaban. A la que la imagen comenzó a ampliarse y la figura de la parte trasera del vehículo comenzó a transformarse en una especie de mujer de cabello largo pudieron notar como el director de la oficina parecía tomar aire.

—¿De qué se le acusa a este hombre? —preguntó alarmado.

Rachel y Ben desviaron su mirada hacia él, el cual permanecía mirando la pantalla sin pestañear. Al no obtener respuesta desvió la mirada hacia ellos.

—Como comprenderá se trata de una investigación. No podemos decir nada. —Le sonrió Rachel—. Y espero que no comente nada de esto con nadie.

El director tragó saliva nervioso y afirmó con su rostro.

—Ya está —comentó David señalando hacia la pantalla.

Aunque la imagen no podía apreciarse correctamente, pues tal y como había dicho la cámara no tenía mucha resolución, sí podía adivinarse perfectamente de quién se trataba, pues un cabello largo y claro tapaban parte del rostro de la muchacha.

—No hay duda —comentó Ben mientras se levantaba y se ponía totalmente erguido—. Al menos sigue viva.

Rachel lo observó unos segundos, disgustada por aquellas últimas palabras suyas y miró al director.

—Necesitaría llevarme esta grabación.

El director parecía nervioso, pero aceptó aunque no muy convencido.

—Igualmente necesitaría que…

—No se preocupe —Le interrumpió David—. Se lo dejaré listo para que vuelva a grabar a partir de ahora.

David abrió el equipo y extrajo el CD observándolo. Dichos equipos estaban programados para grabar durante cuarenta y ocho horas, si no se cambiaba el CD el mismo equipo grababa sobre el mismo perdiendo todo lo que había ocurrido en las últimas horas.

Cogió el CD y se lo pasó a Rachel cuidadosamente, la cual se lo pasó a Ben para que lo guardase. David buscó entre las estanterías hasta que halló una caja de CD nueva e introdujo uno en el equipo.

—Ya está. Solucionado —dijo mirando al director de la sucursal, el cual no sabía muy bien cómo reaccionar.

Rachel se levantó de inmediato y medio sonrió al director.

—Muchas gracias por su colaboración, señor Wagner. Le estamos muy agradecidos —pronunció dirigiéndose a la puerta.

El director fue tras ellos sin pronunciar palabra, angustiado por lo que había visto y escuchado en aquella sala.

Cuando llegaron al final de la oficina se giró de nuevo hacia él y le tendió la mano.

—Muchas gracias. Que tenga buen día.

Dicho esto salió de la oficina bancaria seguida de sus dos compañeros de trabajo.

12

Las horas pasaban lentas mientras conducía por la carretera dirección Kansas City. Sabía que no vería aparecer la ciudad hasta dentro de una hora, pero no le importaba, siempre y cuando lograsen salir del Estado sin problemas. Aún le faltaban un par de horas para abandonarlo y entrar en Illinois.

Miró por el retrovisor y observó que Claire miraba por la ventana sin pestañear. El paisaje era hermoso. Por suerte no había tráfico y aunque se cruzaban bastante a menudo con un vehículo o camión habían tenido suerte. Nada de accidentes, nada de retenciones, lo cual era una ventaja.

La carretera era larga y recta, perdiéndose en el infinito, rodeada de praderas repletas de trigales que se movían formando ondas parecidas a las del mar.

El cielo comenzaba a despejarse, haciendo que los rayos de luz cayesen sobre las praderas y que luciesen y brillasen como el oro.

Volvió a observarla y pudo ver como su rostro era embargado por la melancolía. En aquel momento cayó en la cuenta. Claire permanecía ingresada desde los ocho años, la mitad de su vida había transcurrido entre paredes blancas y un jardín vallado.

—¿Te gusta? —preguntó mirando la carretera, desviando de vez en cuando la mirada hacia el retrovisor.

—Es muy bonito —dijo sin apartar la mirada de la ventana, captando cada detalle de aquel hermoso paisaje—. Parece un mar de oro.

Allen sonrió con aquella comparativa, pues hacía prácticamente unos segundos había pensado lo mismo.

Pulsó el botón de la radio y fue cambiando de emisora buscando una en la que diesen noticias. En ese momento hablaban del tiempo diciendo que a partir de mañana mejoraría, después comenzaron a hablar sobre el tornado que había arrasado parte de Kansas el día anterior.

Pudo ver cómo Claire escuchaba atenta, pues su mirada se volvió unos segundos hacia la radio, aunque posteriormente volvió a abstraerse en aquel paisaje.

—Claire —dijo mientras hacía rodar la ruedecilla del volumen para bajarlo. Ella volvió su mirada hacia él—. Las visiones que tienes, ¿desde cuándo te ocurren?

Pudo observar como se encogía de hombros.

—Desde siempre —Le susurró.

Él tragó saliva y siguió contemplando la carretera.

—¿Tu madre lo sabía? —preguntó en un tono suave. Pues sabía que había perdido a toda su familia en aquel horrible accidente al que ella sobrevivió.

Ella cerró los ojos unos segundos y después los abrió mirándolo a través del retrovisor.

—Sí —susurró—. Ella siempre me decía que estuviese tranquila. —Aguantó la respiración y desvió la mirada a través de la ventana otra vez—. Cuando mis padres murieron me fui a vivir con mi tía. Ella… no me aceptaba, decía que era imposible que me ocurriese eso. —Notó como su voz temblaba—. Me dijo que estaba loca y… y que mi madre había contribuido a ello. —Se pasó una mano por la frente angustiada.

—¿Y tú la creíste?

Claire volvió a mirarle a través del retrovisor, con una mirada cargada de fuerza esta vez.

—Tenía solo ocho años. Me llevó a un psiquiatra y poco después estaba internada.

Allen suspiró y cogió el volante más fuerte.

—¿Por qué se lo contaste? No deberías haberle dicho nada.

—Necesitaba explicarlo y ella era mi tía. Se suponía que me apoyaría y me ayudaría como había hecho mi madre.

—Ya —respondió no muy convencido.

Claire se removió en el asiento y dio más cuerda al cinturón de seguridad acercándose al asiento del conductor desde atrás. Lo contempló unos segundos y luego miró la carretera.

—Tú eres diferente —susurró. Allen la miró de reojo—. ¿Por qué me creíste?

Él volvió a observarla y finalmente suspiró mientras volvía la mirada a la carretera. Apretó el volante un poco más fuerte y permaneció callado unos segundos, mientras recordaba lo que había ocurrido el día anterior. Recordar lo que le había ocurrido a Megan era demasiado duro aún. Miró un segundo el reloj y vio que marcaban las diez y cuarto. Danny y Judith ya habrían salido del hospital. Se preguntó durante unos segundos como se encontraría ella. ¿Habría pasado buena noche o no la habría superado? Aquella idea le creó un gran dolor en el pecho. Necesitaba saber cómo se encontraba, si había mejorado o empeorado.

Suspiró y miró de nuevo a Claire, la cual parecía estar esperando una respuesta. Megan había sido la razón, ella había sido la que le había hecho darse cuenta de que su paciente, Claire McCain, no sufría ninguna enfermedad, pero también había otro factor importante, muy importante. Él había vivido una experiencia, aunque no idéntica, muy parecida con su abuela. Aquello había sido el detonante, aquello era lo que le había hecho reaccionar y darse cuenta de que si no creía a Claire y aceptaba lo que a ella le ocurría no podría aceptarse a sí mismo nunca, no podría estar en paz.

Allen volvió a mirarla de reojo y tragó saliva.

—Ocurrió todo lo que habías dicho. El tornado, el atropello de mi amiga —susurró obviando la otra información.

Ella permaneció unos segundos callada.

—Lo siento. Siento que ocurriera.

Él negó con su rostro.

—No es culpa tuya. El problema es nuestro. —Luego la contempló—. Si no vemos no creemos, es así de triste. —Ella siguió contemplándolo unos segundos hasta que volvió la mirada hacia la carretera de nuevo—. Siento por todo lo que has tenido que pasar.

—No ha sido culpa tuya. —Luego le medio sonrió—. Tú me has creído. Por esa razón tú debías acabar siendo mi psiquiatra —rio. Automáticamente se echó de nuevo hacia atrás y se apoyó en su respaldo.

Allen la contempló unos segundos más por el retrovisor y volvió la mirada a la carretera. Al fondo podía verse un letrero que señalaba un desvío hacia la derecha, indicando que a pocos kilómetros se encontraba un área de servicio.

—¿Tienes hambre?

—Un poco —respondió llevándose la mano al estómago.

—De acuerdo —dijo poniendo el intermitente hacia la derecha, aunque ningún vehículo les seguía de cerca. Tomó el desvío y se adentró en una carretera estrecha mal asfaltada—. Te quedarás en el coche. Iré a ver si puedo comprarte algo de ropa. Si vas con ese camisón llamarás demasiado la atención.

—Se darán cuenta de que me he fugado de un psiquiátrico —bromeó la muchacha aunque no pareció hacerle mucha gracia a Allen, el cual chasqueó la lengua.

—Después iré a por algo de comida y podrás ir al aseo.

—De acuerdo.

El área de servicio estaba repleta, sobretodo de camiones. Se detuvo entre dos y observó el depósito del vehículo. Aún le quedaba un cuarto de gasolina, lo mejor sería que echase antes de irse. Así no deberían detenerse tan a menudo.

Apagó el motor y se giró hacia atrás.

—Estate quieta aquí, ¿de acuerdo? No salgas del vehículo.

Ella asintió y a la vez se giró hacia atrás para observar la carretera que quedaba un poco desplazada de donde se encontraban, pues a cada lado había un camión obstaculizándole la visión.

Allen salió del vehículo y comprobó que llevaba la cartera en el bolsillo.

No tardaría en nublarse de nuevo, pues unas intensas nubes blancas similares al algodón se acercaban al sol.

El ambiente era más fresco en el interior del centro comercial. Subió las escaleras y lo primero que encontró fue un enorme comedor con barra libre, con varias personas haciendo cola con las bandejas repletas de alimentos y bebidas. Miró a un lateral y observó que un cartel señalaba hacia la zona de tiendas.

Fue directamente hacia allí. Después pasaría por el comedor a comprar un par de sándwiches.

La tienda era pequeña pero parecía que tenía lo que necesitaba.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó la dependienta desde detrás del mostrador.

—Necesito ropa de mujer —comentó mientras iba hacia unas perchas y comenzaba a desplazarlas observando.

—¿Quiere algo en concreto? —preguntó la dependienta colocándose a su lado.

—Unos pantalones y alguna camiseta —respondió sin prestarle atención—. Y algo de calzado. ¿Tienen zapatos?

Poco después salía con unos pantalones, una camiseta, una par de chanclas, un par de gorras y gafas de sol para los dos.

Tras comprar también para comer y beber bajó las escaleras y observó que antes se salir había una pequeña cabina telefónica clavada a la pared. Se llevó la mano al bolsillo y palpó las monedas.

Sería una llamada rápida, sólo para asegurarse de que Megan estaba bien. No podía seguir adelante sin saber cómo se encontraba.

Colocó el teléfono bajo su oído e introdujo unas cuantas monedas, luego fue pulsando uno a uno los números del móvil de Danny.

Suspiró y dio la espalda a la gente que entraba y salía del área de servicios. Notó su respiración agitada, sus manos que se cubrían por un sudor nervioso.

Cuando escuchó que daba el primer tono se giró para fijarse en que nadie se acercaba.

Cuando la voz de Danny sonó al otro lado de la línea Allen lo tuvo claro, tenía una voz preocupada, incluso llorosa. Danny no había pegado ojo en toda la noche, igual que él.

—¿Quién es? —preguntó con un tono débil.

—Danny, soy yo. Allen.

—Allen. —Escuchó que susurraba alarmado, algo que le hizo ponerse en guardia—. Espera —volvió a susurrarle. Le pareció escuchar que Danny se movía y que salía de alguna sala donde se escuchaban varias voces y se dirigió a un lugar donde se encontraba solo, pues el silencio era patente—. ¿Qué está ocurriendo?

Allen se mordió el labio.

—¿A qué te refieres? —preguntó nervioso.

Danny tardó unos segundos en responder, y cuando lo hizo habló en un tono muy bajo, como si no quisiesen que le escuchase nadie.

—Esta mañana ha venido una inspectora preguntando por ti. —Allen notó como sus pulmones se vaciaban de aire. Su corazón comenzó a latir más fuerte. Había pensado bien, era lo más lógico, el psiquiátrico llamaría a la policía enseguida y lo pondría en su conocimiento.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó rápidamente, mirando de reojo a los lados para asegurarse de que no había nadie cerca.

—No me ha dicho nada. Simplemente me ha preguntado cosas sobre ti, sobre tu trabajo, si sabía dónde estabas en estos momentos, si habías planeado algún viaje. Yo que sé Allen, ¿qué demonios está pasando? —Allen se pasó la mano por la frente angustiado—. ¿Ha ocurrido algo?

—Ha ocurrido una cosa. Pero ya te la explicaré a su debido momento —Le susurró.

—Por Dios Allen, te está buscando la policía, dime qué ha ocurrido, quizás pueda ayudarte.

Allen se removió incómodo mientras intentaba recuperar su respiración normal.

—Prefiero no meterte en esto, pero Danny, no he hecho nada malo, ¿de acuerdo? Confía en mí.

—Joder, Allen —dijo esta vez en un tono más fuerte, luego se quedó callado unos segundos como recapacitando—. ¿Dónde estás?

Allen se quedó callado. Aquello era complicado. Confiaba en Danny, era su mejor amigo, pero no se fiaba de que ya le hubiesen pinchado el teléfono, incluso que en aquel momento estuviesen rastreando la llamada.

Inspiró y decidió obviar aquella última pregunta de Danny.

—¿Cómo está Megan? ¿Ha pasado buena noche? —preguntó en un tono más tranquilo.

Danny tardó unos segundos en responder pero finalmente lo hizo.

—La tienen sedada, pero ha pasado buena noche.

—Me alegro —dijo más relajado. Luego volvió a mirar de reojo a cada lado—. Danny, escucha, no tienes por qué preocuparte. Solucionaré esto rápido.

—De acuerdo. —Luego inspiró aire un tanto fuerte y volvió a bajar su tono al susurro—. Allen —pronunció muy bajo—. Si necesitas cualquier cosa, pídemela. No sé lo que ha podido ocurrir, ni me interesa, pero eres mi amigo y te conozco, sé que sea lo que sea tú no has tenido culpa.

Allen estuvo a punto de chasquear la lengua. Realmente su amigo no tenía ni idea de lo que había ocurrido, en parte era mejor así. Él debía estar pendiente de Megan, volcar toda su atención en ella.

—Gracias. No le digas a nadie que te he llamado, por favor.

—Descuida.

Allen notó como sus gestos se contraían por los nervios.

—Dale un beso a Megan de mi parte —susurró mientras colgaba el teléfono sin esperar a escuchar respuesta. Tuvo que permanecer varios segundos de cara a la pared intentando controlar sus emociones, intentando no echarse al suelo a gritar, a llorar por la desesperación y la impotencia en la que se veía sumido en aquel momento.

Él debía estar acompañando a su amigo en el hospital, consolándole, dándole ánimos. Se pasó la mano por los ojos intentando masajearlos, e intentó calmarse o al final explotaría. La policía había ido aquella misma madrugada a hablar con sus amigos.

Necesitaba moverse rápido. Seguramente controlarían sus cuentas bancarias, pasarían su descripción, la matrícula de su coche, todo. Si lo estaban buscando la cosa se podía poner muy

fea.

Estuvo cerca de un minuto intentando controlar su respiración y los latidos de su corazón antes de salir.

Fue hasta el vehículo y observó que Claire seguía en la misma posición que cuando se había marchado, aunque lo que le llamó la atención fue que una leve sonrisa apareció en su rostro al verle llegar.

Abrió la puerta trasera donde ella se encontraba y le pasó la bolsa con la ropa.

—Te he comprado algo —dijo dándoselo—. Cámbiate de ropa, va. —Cerró la puerta y le dio la espalda tapando parte del cristal. Aunque nadie podía verla, pues el camión tapaba toda visión del vehículo, prefirió hacerlo así.

Escucho como Claire abría la bolsa y observaba lo que le había comprado.

—Es bonito —Escuchó que decía.

—¿Ya te lo has puesto? ¿Te va bien?

—Aún no, estoy en ello —dijo mientras escuchaba su voz un poco más forzada, seguramente se estaría desvistiendo.

Allen aprovechó para mirar el cielo. En ese momento no lucía tanto el sol, el día se había oscurecido.

Miró a un par de personas que pasaban por delante del camión con una bolsa en la mano, con los alimentos que habrían adquirido y de los que darían buena cuenta seguramente en pocos minutos.

Ni se percataron de que ellos se encontraban allí.

—Ya estoy —Escuchó que decía Claire desde dentro del vehículo.

Allen se giró y la observó a través del cristal.

—Los pantalones bien. La camiseta me va un poco grande. —Allen le abrió la puerta del vehículo y Claire salió, nada más salir estiró las piernas y luego subió los brazos hasta arriba. Lo miró y le sonrió—. Las chanclas también me van un poco grandes.

Allen bajó su mirada hasta sus pies. Le sobraban dos dedos. Chasqueó la lengua. Al menos iría vestida de una forma más decente y sin llamar la atención.

Cogió la otra bolsa y le pasó una gorra y unas gafas.

—Recógete el cabello y ocúltalo bajo la gorra.

Claire comenzó a enrollarse el cabello largo y rubio y a hacerse un moño. Allen le ayudó a encajar la gorra ocultando así su cabello, aunque unos mechones rubios se escaparon. Cogió las gafas y se las puso.

—Ya está. Camuflada —dijo con aire de victoria.

Claire se giró hacia la ventana y se observó en el reflejo de cristal.

—¿No crees que llamaré más la atención así que con el camisón del psiquiátrico? —volvió a bromear al verse.

Allen sonrió mientras depositaba las bolsas en el asiento del copiloto y cogía uno de los bocadillos y una coca cola pasándoselo. Realmente la camiseta verde y las zapatillas le iban un tanto grandes.

—Espero que no. —Le tendió uno de los bocadillos y las latas las dejó encima del vehículo.

Claire abrió la bolsa individual y lo observó unos segundos.

—Te gusta el jamón y el queso ¿verdad?

—Sí. —Sacó el sándwich y le dio un buen bocado—. Está bueno. —Sonrió mientras Allen hacía lo mismo. Tragó y dio otro bocado—. ¿No te has comprado nada tú?

Él afirmó mientras le enseñaba la misma bolsa de donde había sacado la gorra. Se la mostró y

se la colocó también.

—¿Y unas gafas, no?

Tragó y abrió la lata para darle un buen sorbo.

—Tengo en la guantera —dijo señalándola.

—Ah. —Claire hizo lo mismo que él para abrir la lata y dio un buen sorbo para tragar el bocadillo un tanto seco. Se apoyó en el vehículo y lo observó mientras seguía ingiriendo—. ¿Has pensado qué hacer cuando lleguemos a New York? —Le preguntó en un susurro.

Allen la observó pero luego se apoyó en el vehículo junto a ella con rostro pensativo.

—Realmente no lo sé, Claire. No sé ni lo que estoy haciendo ahora. —Se giró para observarla—. Esperaba que tú me lo dijeses.

—¿Y si no veo nada más?

Él la estudió. Luego se acercó un poco más.

—¿Has intentado alguna vez concentrarte?

Claire lo miró con ojos interrogatorios.

—No.

—Quizás deberías probar. —Se apoyó de nuevo en el vehículo—. Si tienes esa facultad, si te concentras quizás logres ver algo.

Ella resopló y volvió a dar otro bocado.

—Ya, pero ¿y si no?

—No —Le cortó él—. No digas más que no vas a poder. Te estás mandando órdenes al cerebro tú misma. Tienes que pensar que sí podrás.

Ella alzó una ceja y luego se apoyó de lado en el vehículo.

—Psiquiatría pura —dijo reflexiva—. ¿Y para eso hace falta tantos años de estudiar y una carrera?

Allen la miró con ojos entrecerrados, sorprendido con los toques de humor que estaba descubriendo en Claire. Acabó sonriendo y cogió de nuevo la lata de bebida.

—Ya ves, tanto estudiar para que luego llegues tú y lo desbarates todo —Le respondió con una medio sonrisa.

Acabaron el sándwich y la bebida en silencio y dejaron las sobras dentro de una de las bolsas que habían usado.

—Necesito ir al lavabo —comentó con timidez Claire mientras se subía en la parte trasera del vehículo.

Allen rodeó el coche y se sentó en la parte del conductor.

—Voy a ir a echar gasolina —dijo encendiéndolo—. Puedes ir al aseo mientras cargo el depósito. Eso sí, entras, vas, y directa al coche.

—De acuerdo.

Allen puso marcha atrás y salió de entre los camiones. En aquel momento solo había un par de vehículos repostando.

Avanzó hasta situar el vehículo al lado del surtidor. Lo apagó y echó mano a la guantera cogiendo sus gafas de sol.

—Vamos, puedes ir al lavabo —dijo saliendo del vehículo y abriéndole la puerta—. Pero rápido.

Ella asintió sin decir nada y acompañó a Allen hasta la puerta de la gasolinera. Miró hacia donde indicaban los carteles de los aseos y tomó esa dirección mientras él iba al mostrador.

—Para llenar el depósito del… —Miró hacia el vehículo y el surtidor—, del número cuatro.

—¿Lleno?

—Sí.

—Ya está abierto.

—Gracias.

Pasó entre los estantes repletos de pastas, patatas, bebidas y salió al exterior.

Fue hacia su vehículo y abrió el depósito agarrando la manguera. A este paso se iba a gastar todo el dinero que había sacado aquella mañana. Suspiró y mientras repostaba torció su rostro controlando la gasolinera esperando a que Claire saliese.

Cuando la pestaña de la manguera saltó fue directo a la gasolinera, pero algo le llamó la atención. Notó como su corazón se aceleraba. Un coche de policía entraba a la gasolinera y aparcaba el vehículo justo detrás del suyo.

Tragó saliva mientras notaba como su boca se quedaba seca por segundos. Inspiró mientras entraba en el interior y se colocaba detrás de la persona a la que atendían intentando parecer tranquilo. Se acercó a un estante y cogió una botella grande de agua mientras miraba a través de la ventana. Los dos policías salían del vehículo policial y observaban el resto de coches aparcados.

Allen inspiró intentando calmarse. Debía parecer tranquilo. Sería demasiada casualidad que tuviesen el número de su matrícula ya. Se giro justo para ver cómo Claire salía del aseo frotándose las manos aún húmedas. En un segundo coincidió la mirada con ella y le señaló al vehículo de policía con un ligero movimiento de su rostro. Cualquier precaución era poca.

Claire se detuvo, estática. No podían haberlos encontrado, ¿verdad?

Se giró colocándose las gafas de sol de nuevo y miró los estantes repletos de galletas saladas.

—Señor, señor, su turno —dijo el dependiente captando su atención.

Allen se giró asustado pero al momento sonrió.

—Sí, perdón —dijo mientras escuchaba como la puerta automática de la gasolinera se abría para que los dos policías entrasen en su interior y la radio que colgaba de los cinturones hablaba.

El dependiente cogió la botella de agua y la pasó por el código de barras mientras miraba a los dos policías quitarse la gorra y pasarse la mano por la frente.

—Buenos días, agentes. —Ambos respondieron como si ya lo conocieran—. Hace calor, eh.

—Sí —dijo el policía colocándose al lado de Allen—. Y dicen que mañana será peor. —Comenzó a usar su gorra a modo de abanico.

Allen lo observó un segundo sin saber bien cómo reaccionar. Lo miró y sonrió mientras buscaba su cartera con manos temblorosas en el interior de su bolsillo.

—Serán treinta y dos dólares, caballero —dijo el dependiente a Allen.

Cogió su cartera y la abrió extrayendo los billetes necesarios. Intentó que su mano no temblase mientras le pasaba los billetes.

—Esta es la peor época del año para coger un constipado —continuó diciendo el policía.

—Dímelo a mí, mi mujer lleva una semana en cama —contestó el otro policía situándose cerca de ellos.

Allen observó de reojo como Claire había salido de la gasolinera y entraba en el vehículo con toda la normalidad posible. Bien hecho, pensó mientras volvía la mirada de nuevo al dependiente.

Le dio el cambio y lo introdujo en la cartera.

—¿Qué quiere, agente? —preguntó el dependiente.

—Lleno, este coche necesita bebida urgentemente —bromeó—. En el número cuatro.

—Cuando el señor aparte su vehículo se lo abro —dijo señalando a Allen, el cual ya le había dado la espalda y se dirigía hacia la puerta.

—Enseguida lo aparto —comentó de forma apresurada pero con voz tranquila.

—Espere, caballero —dijo el policía rápidamente, haciendo que se quedase quieto. Su miraba voló directamente hacia el vehículo donde Claire esperaba sentada en la parte trasera, mirando de vez en cuando hacia donde él se encontraba.

Notó que el policía se acercaba a paso lento, con la vista clavada en el vehículo. ¿Sería posible que hubiesen pasado su matrícula y modelo a la policía y lo estuviesen buscando? No sería tan descabellado, de hecho, sería lo más lógico.

Allen se giró con actitud seria, preparado para salir corriendo si era necesario, lo que menos necesitaba era acabar encarcelado y pasar la noche en el calabozo de alguna comisaria.

—Dígame —dijo modulando su voz, esperando que no temblase más de la cuenta y que los latidos desenfrenados de su corazón no pudiesen ser escuchados.

El agente se acercó con actitud seria aunque posteriormente una sonrisa inundó su rostro. Tendió la mano hacia él con la bolsa de plástico y la botella de agua.

—La olvida. —Allen miró pensativo la bolsa y luego sonrió, como si no hubiese esperado aquello. Realmente lo que esperaba era que lo tirasen al suelo y lo esposasen mientras le leían los derechos—. Es bueno beber líquidos si tiene que conducir varias horas. Le mantendrá hidratado.

Allen asintió mientras una sonrisa nerviosa inundaba su rostro.

—Gracias —dijo cogiéndola de la mano del policía—. Que tengan buen día —continuó mientras salía de la gasolinera seguido del otro policía para poner su vehículo en el surtidor cuando él lo apartarse.

Fue hasta el vehículo cuando escuchó que la radio que llevaba el policía en su cinturón comenzaba a hablar dando nuevas órdenes. Solo atinó a escuchar que daban una orden de búsqueda.

Abrió la puerta del conductor sin esperar a escuchar lo que la radio de aquel policía acababa de transmitir y se introdujo en el vehículo encendiéndolo rápidamente.

—¿Tienes el cinturón puesto? —preguntó.

—Sí.

13

Allen conducía en silencio. Había pasado más de media hora desde que habían salido a todo gas de la gasolinera. Claire no había pronunciado palabra alguna, como si respetase su silencio. Pero Allen no paraba de maldecir en su mente, los nervios no le dejaban pensar de una forma eficaz.

¿Cómo había podido llegar a esto? Danny lo había dicho muy claro, una inspectora había ido a preguntarle. Es decir, que en pocas horas habían descubierto su círculo de amigos. ¿Cómo lo habían sabido? Al menos, Danny parecía confiar en él. Eso le calmó.

Se pasó la mano por la frente y apoyó la cabeza sobre ella. Aquello no iba a salir bien. ¿Y si lo encontraban? ¿Le acusarían de algún cargo? Resopló repetidas veces ante la atenta mirada de Claire, la cual lo observaba a través del reflejo del retrovisor.

¿Y si no lo cogían? ¿Debería huir toda su vida? No se veía capaz de ello. Todo aquello le superaba.

Estuvo a punto de detener el vehículo y salir a la carretera a pegar un buen grito, pero se contuvo, no tenía otro remedio. Ahora todo estaba hecho y por más que siguiese dándole vueltas las cosas no cambiarían. La impulsividad y las emociones de aquel momento le habían jugado una mala pasada. Solo tenía una cosa clara, debía dejar de moverse por impulsos, quizás debería concederse un par de minutos para meditar las cosas antes de hacerlas.

Volvió a observar a Claire por el retrovisor. Juntó su mirada con la de él un segundo hasta que ella volvió a desviarla por la ventana para observar el paisaje.

Iba cerrando y abriendo los ojos, como si el sueño comenzase a apoderarse de nuevo de ella. Él mismo notaba que sus fuerzas comenzaban a flaquear, los párpados se le cerraban de vez en cuando, pero no podía detenerse. Si se quedaba quieto darían con él. Necesitaba salir de Kansas lo antes posible, así podría respirar un poco más tranquilo.

—No me encuentro muy bien —susurró Claire desde atrás.

Allen volvió a observarla a través del retrovisor. Estaba bastante pálida.

—¿Qué te pasa? —preguntó desviando la mirada de la carretera al retrovisor.

—Tengo ganas de devolver —susurró.

Allen la miró varios segundos. Siguió conduciendo mientras observaba como se llevaba la mano a la frente y posteriormente al estómago.

—¿Quieres un poco de agua? —preguntó pasándole la botella que había comprado en la gasolinera.

—No —volvió a susurrar. Luego elevó la mirada al retrovisor y apretó los ojos. —Creo que voy a vomitar —sollozó.

Allen la observó, no es que creyese que iba a devolver, sino que estaba seguro.

—Espera, espera —exclamó acelerado al ver que se llevaba la mano a la boca. Frenó derrapando en el arcén y puso el freno de mano.

Automáticamente, bajó del coche mientras Claire hacía lo mismo con una mano en la boca y otra en el estómago. Rodeó el vehículo hasta que fue a la parte más retirada de la carretera y se arrodilló.

Allen llegó hasta ella justo en el momento que los espasmos se apoderaban de su cuerpo.

Suspiró y se acercó arrodillándose a su lado mientras echaba lo último que había ingerido.

Aunque su rostro seguía pálido al menos las mejillas comenzaban a tener algo de color. Era impresionante como el cuerpo humano se recuperaba una vez expulsaba lo que le molestaba.

Allen se levantó y fue a la puerta del copiloto. Abrió la guantera y extrajo un paquete de pañuelos de papel y la botella de agua.

Fue hasta ella y se arrodilló al lado.

—Toma —dijo pasándole los pañuelos—. Enjuágate. —Colocó la botella de agua a su lado mientras observaba como acababa de sentarse sobre el asfalto y se apoyaba contra una barra que limitaba la carretera del arcén—. ¿Mejor?

—Sí, algo mejor —respondió mientras cogía un pañuelo y la botella.

—Tendrías que haberme dicho que te mareabas en el coche.

Claire alzó una ceja hacia él.

—¿Qué iba a saber yo? Hacía años que no me subía a uno —reconoció francamente—. A parte, creo que ha sido más bien la comida, no el coche.

—Puede ser —dijo abriéndole la botella para que se enjuagase. Dio un par de sorbos sin llegar a tocar la botella con los labios, la expulsó y se limpió con el pañuelo—. La próxima vez mastica más.

—Tenía mucha hambre —respondió avergonzada.

Allen permaneció arrodillado a su lado mientras notaba la fina brisa. Contempló de un lado a otro la carretera y observó que solo dos coches venían en dirección contraria a ellos. Claire se puso la gorra bien, pues al agacharse para devolver unos cabellos rubios se habían escapado.

—Las cosas están peor de lo que esperaba —admitió Allen en tono apesadumbrado. Claire lo miró sin comprender a lo que se refería—. La policía nos está buscando. —Se pasó la mano por la nuca masajeándola—. Seguramente hayan repartido fotografías nuestras, hayan investigado mis cuentas bancarias, tengan el modelo y matrícula del vehículo…

—Pues vamos a cambiarlo —dijo como si esa fuese la solución.

—Supongo que podríamos alquilar uno para ir más tranquilos, pero suelen tomar todos los datos y mirar en la base de datos policial antes de dejarte el vehículo, así que eso no nos sirve. Además, me quedaría sin dinero, y está claro que no voy a poder sacar de la cuenta bancaria o nos encontrarán.

Claire lo miró un segundo, pensativa, aunque luego comenzó a mirar a ambos lados de forma lenta, como si estuviera pensando. Cerró los ojos e inspiró profundamente, luego los abrió como si algo le llamase la atención.

—¿Queda mucho para llegar a la ciudad?

Allen chasqueó la lengua.

—No. Diez o quince minutos, pero la rodearemos.

—No la rodees —susurró internada en sus pensamientos.

Él la miró sorprendido.

—¿Qué no la rodee? ¿Por qué? —preguntó intrigado. Luego la observó, permanecía totalmente embobada en un punto del asfalto, contemplándolo, pero su mente no estaba ahí, era como si hubiese volado y solo quedase el cuerpo de ella. —Claire —Le dijo en un tonó más fuerte para que reaccionara. Le cogió del brazo y la zarandeó un poco—. ¿Por qué? ¿Hay algún control policial? ¿Si rodeamos la ciudad nos encontraran? —Ella seguía sin responder a lo que el zarandeo comenzó a incrementarse—. ¡Claire! —acabó gritando. Ella lo miró directamente a los ojos—. Por Dios, dime algo —suplicó.

Claire tragó saliva y le miró con algo de temor, como si aún no acabase de comprender algo.

—Creo, creo que… él está ahí.

Allen la soltó y la miró sin comprender.

—¿Él? ¿Quién es él?

—No lo sé… pero, no… no me gusta. No me da buena sensación. —Se quedó pensativa de nuevo—. Lleva un polo azul y… hay caballos y agua.

—¿Qué? ¿Está en un campo?

—No, no —respondió rápidamente—. Está tomando algo. Hay un reloj. Marca las seis y diez de la tarde. Hay mucha gente, se escucha música.

Allen se encontraba aún arrodillado al lado de ella. Se pasó la mano por los ojos, angustiado.

—¿Y dices que está en la ciudad?

—Sí, tomando algo pero… no lo entiendo, hay caballos, un chorro de agua a presión.

Allen la miró fijamente. Intentando recrear una imagen en su mente de lo que ella veía. Agua, caballos, un reloj que marcaban las seis y diez, decía que tomaba algo. La miró sorprendido.

—¿Has estado alguna vez en la ciudad de Kansas? —preguntó.

Ella volvió su mirada hacia él.

—No.

Se levantó y le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

—Sube al coche o te dará una insolación —dijo abriéndole la puerta.

Ella lo miró confundida.

—Pero hay que ir. Él… él está ahí —gimió.

—Sube, vamos —dijo con paciencia.

Claire obedeció y subió a la parte de atrás. Allen lo rodeó y se puso al volante. No sabía cómo lo hacía, ni siquiera como aquellas imágenes aparecían en su mente, pero acababa de describir un lugar conocido para él.

Puso la primera y se incorporó a la carretera después de asegurarse de que no venía nadie.

—En la ciudad de Kansas hay un lugar parecido al que has descrito. Se trata de una plaza, hay una fuente muy grande de agua, con chorros como los que dices.

—¿Y los caballos?

—Hay figuras de caballos en la fuente —respondió incrédulo—. Hay varios bares por la zona.

Claire se acercó al asiento de él mientras observaba que la aguja de la velocidad subía.

—¿Vamos a ir?

Allen chasqueó la lengua.

—No lo sé. Es arriesgado —dijo mirándola un segundo—. Nos podrían encontrar. A parte, no sabemos de quién se trata. Podría no tener nada que ver con lo otro.

—¡Pero hay que ir! —volvió a gritar—. De verdad, hay que ir. Si he visto a ese hombre es por algo. Puede que podamos descubrir algo más.

—¿Y si nos encuentran? —preguntó nervioso—. ¿Qué pasa si la policía localiza el coche? A mí me llevarán detenido y a ti te volverán a meter en el psiquiátrico.

Ella permaneció en silencio unos segundos.

—Ya —dijo con algo de indiferencia—. ¿Y qué hubiera pasado si no me ayudas a escapar del psiquiátrico?

Allen la miró esta vez de mal humor.

—Pasaría que estaría felizmente en mi casa viendo la televisión y mañana iría a mi puesto de trabajo.

Claire resopló.

—Oye, ¿no estabas deseando que tuviese una visión? —gritó alterada—. ¿Y ahora que la

tengo vas a hacer como si nada? Seguramente si estuviese en el psiquiátrico no lo habría ni visto. Si lo he visto es por algo. Es porque tenemos que ir. ¿Lo entiendes?

Allen la miró y esta vez emitió un pequeño rugido. Apretó el volante con más fuerza y miró con fiereza la carretera. Claire tenía razón en eso. Por lo poco que había comprobado no había tenido ni una visión sin un significado ¿Por qué aquella iba a ser menos? Había acertado incluso aquella noche cuando le había dado un ataque epiléptico a Charles. Se estaban acercando a la ciudad y justo entonces ella tenía la visión de la plaza de J.C. Nichols Fountain con alguien de polo azul en un bar. Aquello podía ser una señal.

Miró el reloj y vio que marcaban casi las doce de la mañana.

—¿Qué hora has dicho que marcaba el reloj?

—Las seis y diez de la tarde —susurró aún pegada a él.

Allen inspiró y tragó saliva. Tenía la boca seca. Necesitaba un trago.

Desplazó su mano hasta el asiento del copiloto y cogió la botella. Pegó un buen sorbo y volvió a cerrarla con una sola mano, colocándola de nuevo en el asiento donde antes se encontraba.

—Está bien —dijo no muy convencido—. Buscaremos ese lugar e iremos. Pero si para las seis y cuarto no ha aparecido nos marchamos.

—De acuerdo —respondió entusiasmada.

Allen le miró aún no muy seguro, aunque la muchacha tenía una gran sonrisa en su rostro.

—Claire, en serio, luego no me digas de esperar hasta y media.

—No, no, tranquilo. A las seis y diez estará allí —reaccionó segura mientras se sentaba en su asiento y se colocaba el cinturón.

—Eso espero —Le respondió—. ¿Te encuentras mejor?— preguntó esta vez modulando la voz.

—Sí, me encuentro perfectamente —Le sonrió.

En aquel momento se dio cuenta. Claire no había entrado en ninguna crisis, no había necesitado ninguna medicación para calmarse. Ella estaba tranquila, confiaba en él.

—¿Qué haremos hasta las seis? —preguntó entusiasmada.

—Cerca de la plaza hay un parking subterráneo. Dejaré el coche allí. No quiero dejarlo en la calle, podrían verlo.

—¿Y en el parking no lo verán?

—Hay menos posibilidades.

—Parece que te conoces la ciudad bastante —confirmó ella.

Allen puso cara de indiferencia y la miró por el retrovisor.

—He venido bastantes veces. Christina tenía parte de su familia aquí.

—¿Quién es Christina? —preguntó intrigada.

Allen aguantó unos segundos la respiración.

—Era mi novia.

—¿Ya no lo es?

—No. Lo dejamos hace un tiempo.

—Ah, ¿por qué? —preguntó.

Allen enarcó una ceja hacia el retrovisor.

—¿De verdad tengo que explicártelo?

—¿Tienes algo mejor qué hacer? —preguntó con ironía.

Aguantó unos segundos la respiración y luego titubeó un poco antes de comenzar a hablar.

—La relación no iba muy bien. Ella tenía un carácter muy diferente al mío. No acabábamos

de encajar.

—¿Y la dejaste tú?

Él comenzó negando con la cabeza aunque luego su gesto se hizo más ligero y acabó afirmando.

—Lo dejamos los dos.

—Ah, ¿y ahora no tienes novia?

En ese momento comenzó a reír ante lo parlanchina que estaba en ese momento.

—Oye, ¿qué es esto? ¿Un interrogatorio?

Claire se encogió de hombros.

—Es por saber.

Allen aún sonreía cuando volvió a mirar a la carretera.

—No, no tengo. Vivo en un bonito piso yo solo.

—Bueno, ya la encontrarás —dijo con indiferencia.

Allen seguía riendo, pero en ese momento su rostro se tornó serio y nervioso.

—Esto… —La miró intrigado—. ¿Has tenido alguna visión sobre eso?

—No. Solo digo que ya la encontrarás —respondió con inocencia.

Circular por la ciudad de Kansas era más complicado, aunque suponía que no estaría tan abarrotada como los días laborales, se notaba que se encontraban en el centro de la ciudad.

Allen se detuvo en el semáforo y miró a ambos lados, vigilando siempre que ningún coche policial se acercase. No le gustaba aquello, no quería meterse en la ciudad, pero realmente, si había ayudado a escapar a Claire del psiquiátrico era para esto mismo, para intentar evitar lo que fuese a ocurrir. Estaba claro que aquella visión les estaba indicando algo, aún no sabían qué, pero sabía que debían ir allí. Quizás debiese hablar con ese hombre. Quizá pudiesen averiguar algo relacionado con el hecho que intentaban evitar. Resopló y miró de nuevo el semáforo en rojo.

Ni siquiera sabía que es lo qué debía hacer. Claire había dicho que ese hombre no le daba buena impresión. Miró por el retrovisor y la vio mirar la ciudad, con sus altos edificios. Se le veía fascinada.

De todas formas, aunque descubriese algo, ¿qué iba a hacer? ¿Iba a llamar a la policía y decir, buenos días, soy el doctor Milton, sí, el psiquiatra que ha ayudado a escapar a la paciente Claire McCain?, la razón ha sido que ella tiene visiones que siempre se cumplen y tuvo una. Huimos para intentar evitar lo que fuese qué iba a ocurrir.

Suspiró y cuando el semáforo se puso en verde arrancó. Aquello no lo había pensado. ¿Y si descubrían finalmente lo que iba a ocurrir? ¿Qué iban a hacer? Estaba claro que a un psiquiatra y una vidente a la que se le había tomado por loca durante ocho años no le harían mucho caso. Aquello se complicaba por momentos.

Giró por la siguiente calle a la derecha y se detuvo para que unas personas cruzasen.

El sol lucía brillante a estas horas y la temperatura se iba incrementando. De nuevo, la gente vestía de manga corta, tirantes, pantalones cortos o faldas coloridas que inundaban todas las calles.

Miró el reloj digital de su vehículo y vio que marcaba la una. Aún faltaban muchas horas para las seis.

Siguió aquella calle y finalmente apareció aquella enorme plaza con la fuente en medio.

—Claire, mira —dijo señalándole hacia delante.

Ella se incorporó y alargó de nuevo su cinturón para colocarse a su lado. La fuente era

enorme y hermosa, muy hermosa. Los chorros de agua salían disparados hacia el cielo y caían en unos pequeños lagos redondeados. Varias figuras de caballos se encontraban repartidas por la fuente, la mayoría, caballos de batalla montados por un capitán o soldado del ejército. Dudaba que algún turista pasase por aquella zona y no se quedase contemplando aquella enorme fuente durante unos minutos. Desprendía fortaleza.

—Es esa —susurró Claire contemplándola fijamente—. Qué grande.

—Sí, bastante.

Se incorporó a la siguiente calle y perdieron de vista la fuente dejándola detrás.

—El parking subterráneo estaba por esta calle —susurró mientras observaba de un lado a otro. Toda la calle estaba repleta de tiendas de ropa, bolsos, complementos, zapatos, era una buena zona para comprar, aunque a un precio bastante elevado.

Descendió un poco la velocidad y miró al frente, aunque al momento estuvo a punto de esconderse.

—Mierda —susurró—. Claire, siéntate bien —pronunció observando el coche de policía detenido unos metros por delante.

Claire se tiró hacia atrás enseguida.

Uno de los policías se encontraba fuera del vehículo vigilando la calle y hablando de vez en cuando con su compañero, el cual permanecía en el asiento del copiloto hablando por la radio.

Tragó saliva cuando pasó por su lado y los miró de reojo. En ese momento el semáforo se puso en rojo.

—Mierda, mierda —susurró colocando punto muerto. Miró el semáforo y comenzó a dar golpecitos impacientes en el volante deseando que el semáforo se pusiese en verde.

Contempló la calle y vio que en la siguiente manzana se encontraba el parking subterráneo que conocía.

—Vamos, vamos —susurró impaciente mirando de nuevo al semáforo, aún dando golpes en el volante y sin dejar de echar miradas furtivas hacia los policías que se encontraban por delante. Al menos parecía que estaban entretenidos pasando la matrícula de una furgoneta mal estacionada.

Claire observaba también de reojo el coche policial.

—Para de hacer eso, me pones nerviosa —Le pidió a Allen.

Allen dejó de palmear el volante justo cuando el semáforo se ponía en verde.

—No nos han visto —dijo Claire mientras giraba su rostro hacia atrás observando a los policías.

—Menos mal. —Giró el volante a su derecha para entrar al parking.

Subió a la acera y comenzó a bajar la cuesta hasta donde una barra le prohibía el paso. Abrió la ventanilla y apretó el botón verde para que la máquina le suministrase el tiquete correspondiente. Lo dejó en el asiento del copiloto y se introdujo finalmente dentro.

El parking no era muy grande, solamente dos plantas, pero había varios huecos vacíos señalados por una luz verde en el techo.

Lo aparcó en el más lejos posible y apagó el vehículo.

Automáticamente, apoyó su rostro en el volante y respiró de forma tranquila, intentando controlar los nervios. Permaneció así varios segundos mientras escuchaba a Claire quitarse el cinturón de seguridad y sentarse al borde del asiento para colocar su rostro en el respaldo de Allen.

Allen la observó y luego se apoyó en el asiento.

—¿Qué vamos a hacer?

—No nos queda otra que esperar —dijo contemplando por la ventana, sin siquiera mirarla. Finalmente se giró y la observó—. ¿Te encuentras mejor? ¿Quieres comer algo?

—La verdad es que tengo algo de hambre —susurró avergonzada.

—¿Cómo no ibas a tener? Lo has echado todo. —Suspiró y cogió su cartera—. De acuerdo, espera aquí. No salgas del vehículo.

Claire puso cara de disgusto.

—¿Por qué? Yo quiero salir.

Allen la miró fastidiado, aunque de nuevo controló su voz.

—Ya has visto que está la policía aquí al lado. Llamaremos más la atención. Seguramente me buscarán a mi acompañado de una niña de dieciséis años.

—Puedo seguirte —dijo entusiasmada—. Vamos, quiero ver la ciudad. Hace años que no salgo del psiquiátrico —Se quejó.

Allen suspiró.

—Lo siento. Cuando lleguen las seis sí que saldrás, pero por ahora prefiero mantenerte oculta —. Salió del vehículo y cerró la puerta mientras observaba a Claire cruzada de brazos, con gesto enfadado—. No tardaré, te lo prometo. —Comenzó a girarse pero la voz de Claire le detuvo de nuevo.

—¿Y si te cogen? —gritó, a lo que Allen se giró con los ojos muy abiertos y observó que no hubiese nadie cerca—. ¿Qué pasará conmigo? ¿Me dejarás aquí?

—¿Quieres callarte? —preguntó molesto—. No te preocupes, si ocurriese eso ya te mandaría a una patrulla para que te sacasen —respondió girándose otra vez, justo cuando veía que Claire se ponía de morros y se apoyaba contra el respaldo de mal humor.

Suspiró y le dio la espalda mientras iba hacia las escaleras para salir al exterior.

Se puso la gorra correctamente, las gafas de sol e impulsó la puerta para salir al exterior, donde la temperatura era realmente elevada. Se movió para dejar paso a una mujer que iba con un carrito de bebé y desvió la mirada directamente hacia el vehículo de policía aparcado varios metros más abajo, en la otra acera.

Metió las manos en los bolsillos e incrementó el paso.

Los árboles colocados en la acera daban un toque de frescura en aquel día tan caluroso.

Observó varios comercios y uno captó su atención. Hacían comida rápida. Pidió dos platos de carne en salsa con patatas y pagó la cuenta.

Comenzó a deshacer el camino que había hecho debiendo aflojar el paso cuando alguna persona delante de él lo disminuía.

Aquella zona era agradable. Lo que más le hubiese gustado en aquel momento era sentarse en alguno de los bancos que había bajo los árboles y disfrutar del día mientras tomaba un café con hielo. Pero ahora mismo aquello era imposible.

Siguió caminando pero se detuvo en seco al girar la esquina y toparse con la policía a pocos metros de él. Uno de ellos miraba de un lado a otro mientras otro retransmitía algo por radio. Allen fue con disimulo hasta uno de los bancos y depositó la bolsa mientras colocaba un pie encima del banco y hacía que se abrochaba el zapato.

Jamás se había cruzado con tanta policía como aquella mañana, o más bien, no había sido consciente de ella. Estaba claro que bastaba que no quisieras cruzarte con ellos para que no parasen de aparecer en tu camino.

El parking quedaba cerca, aunque debía pasar justo por delante de la policía para llegar a la entrada.

Suspiró y bajó el pie del asiento subiendo el otro. Quizás no lo estuviesen buscando a él,

quizás simplemente estuviesen esperando a que llegase la grúa para llevarse la furgoneta que aún se encontraba mal estacionada. Sería demasiada casualidad, aunque bien que habían cruzado la calle y cambiado de acera.

No sabía cuánto más podría aguantar aquel estrés. Comenzó a anudarse de nuevo el zapato mientras iba desviando la mirada del coche policial a sus zapatos y de sus zapatos a los dos policías que se encontraban a pocos metros de él.

Estuvo a punto de echar a correr cuando uno de ellos fue en su dirección. Agachó la cabeza concentrándose en el nudo de su zapato mientras este pasaba por detrás suyo sin prestarle atención y se introducía en una de las tiendas.

Suspiró y cerró los ojos intentando calmarse. Se puso erguido y cogió la bolsa de la comida.

El otro policía seguía hablando por el walkie en medio de la acera observando de un lado a otro.

—Tom —Le gritó el policía saliendo al exterior de la tienda y haciendo que su compañero se girase, justo cuando Allen se encontraba al lado suyo—. Está aquí.

Se miraron unos segundos a los ojos y Allen hizo un movimiento rápido para apartarse de su camino.

—Disculpe —pronunció echándose a un lado.

El policía ni le prestó atención, sino que fue de forma directa hacia la tienda.

—Dile que saque la furgoneta de ahí. Esta interrumpiendo la circulación. —Y una vez que se encontraba en la puerta de la tienda adoptó un tonó un poco más elevado—. Señor, mueva su furgoneta ahora mismo. ¿No ha visto que llevamos un rato ahí parados? ¿No se da cuenta que está interrumpiendo el tráfico?

No esperó a ver lo que respondía aquel hombre. Bajó las escaleras hasta la planta menos uno dirección a su vehículo.

Cuando lo vio estuvo a punto de echarse a llorar. Tenía los nervios a flor de piel. Debía intentar calmarse o acabaría sufriendo un ataque de ansiedad o. peor aún, un infarto.

Era extraño como cambiaba la percepción de las cosas, jamás hubiese imaginado que su coche fuese el lugar más seguro y tranquilo donde podía encontrarse.

Abrió el vehículo desde la distancia con el mando y nada más producir los intermitentes de luz Claire apareció en la parte trasera, aunque estaba claro que esta vez no le esperaba con una sonrisa, muy al contrario, aún tenía en su rostro una mueca de enfado.

Abrió la puerta y entró soltando con cuidado la comida en el asiento del copiloto.

—La cosa está bastante movida ahí fuera. Hay policía.

Aquel comentario hizo cambiar el rostro de Claire.

—¿Nos están buscando a nosotros?

—No creo —dijo abriendo la bolsa de plástico y extrayendo una bandeja—. Pero todo puede ser. —Se la pasó y le dio una bolsita transparente que contenía un tenedor y un cuchillo de plástico—. Casi me da un patatús cuando los he visto en frente de la puerta del parking. —Ella cogió la bandeja y lo olió—. Tenemos que ir con cuidado.

Claire afirmó.

—¿Pero qué hacían ahí?

—Control rutinario de tráfico. —Cogió su bandeja y comenzó a abrirla con cuidado de no manchar y no volcar su contenido—. Ten cuidado, eh —dijo observándole abrir la bandeja—. A ver si me vas a poner el coche perdido.

—Que sí, tranquilo —respondió con paciencia.

Allen suspiró y se concentró en su plato.

—Está claro que nos buscan, eso sí, pero no sé si habrán pasado nuestra descripción o la matrícula del vehículo.

—Bueno, yo voy disfrazada. Si buscan a alguien con camisón blanco no la van a encontrar.

Allen enarcó una ceja hacia ella.

—Te reconocerían por tu rostro, no por la ropa. Aunque con la gorra y las gafas vas bien disimulada. —Claire afirmó mientras se llevaba un trozo de carne a la boca—. Come despacio no te vaya a sentar mal. —Ella asintió mientras se llevaba un par de patatas a la boca. Allen se quedó mirándola unos segundos hasta que chasqueó la lengua y se concentró en su propio plato —. ¿Has tenido alguna visión más?

Ella tragó y negó con su rostro.

—Te lo hubiera dicho —pronunció mientras volvía a introducirse unas cuantas patatas.

Allen hizo lo mismo y tragó.

—Has dicho que el hombre de tu visión estaba tomado algo. ¿Podrías reconocer el bar o lugar donde estaba?

—Había una barra y unos taburetes altos de madera. Él estaba ahí sentado, charlando y tomando algo en un vaso muy grande.

—Claire, todos los bares tienen barra y taburetes.

En ese momento ella sonrió.

—Sí, pero no creo que todos tengan un reloj con la forma de un águila, ¿o sí?

—¿Tenía forma de águila? —preguntó dejando de masticar.

—Sí.

—Bueno, está claro que eso es una buena pista.

Allen dio un sorbo de la botella y después se la ofreció a Claire.

Comieron el resto de la comida en silencio y cuando la acabaron guardaron las bandejas en la bolsa. Cuando saliesen al exterior ya lo tiraría a una basura.

Claire se volvió a acercar al asiento delantero.

—¿Qué hacemos ahora? —Allen cerró el vehículo por dentro pulsando un botón y echó su asiento hacia atrás—. ¿Qué haces?

—Voy a echarme una siesta. Deberías hacer lo mismo. Aún nos queda mucho rato.

Ella volvió a poner una mueca de enfado.

—Preferiría salir y estirar las piernas.

—Necesito dormir un poco. Urgentemente —enfatizó esa palabra.

Aunque escuchó el bufido de ella notó como se sentaba en su asiento y se quedaba callada, seguramente de brazos cruzados y de morros.

14

Allen notó como tocaban su hombro. Al principio de forma delicada, con el paso de los segundos más enérgico. Gimió y elevó su mano como si quisiera espantar una mosca, pero una voz le hizo abrir los ojos.

—Allen, venga, Allen —insistía Claire.

Le costó unos segundos ubicarse, miró de un lado a otro hasta que descubrió la mirada interrogante de la joven muchacha.

—Despierta ya, hombre —Le animó con voz jovial.

Allen resopló y se desperezó sin poder evitarlo.

—¿Qué pasa? —susurró mientras se cruzaba de brazos, volvía a apoyar su rostro en el apoyacabezas y cerraba los ojos.

—Eh —dijo ella zarandeándolo al ver que adoptaba la postura para dormir—. Despierta. ¡Son las cinco y media!

Allen suspiró y se pasó la mano por los ojos masajeándolos. ¿De verdad eran las cinco y media? Le habían pasado aquellas tres horas y media como un suspiro.

Bostezó un par de veces y se sentó correctamente en el asiento.

—Vamos ya, ¿o qué? —preguntó impaciente.

—¿Quieres calmarte? —Le susurró aún adormilado−. Aún faltan tres cuartos de hora.

—Sí, pero tenemos que buscar y encontrar el bar, ¿recuerdas?

Allen suspiró. Tenía razón, aunque únicamente eran cuatro o cinco bares, les llevaría algo de tiempo.

—De acuerdo, de acuerdo —respondió con paciencia. Bajó la visera y se observó en el pequeño espejo. Tenía una pinta espantosa, las ojeras muy marcadas y los ojos entreabiertos. Se pasó las manos por el rostro y bostezó de nuevo—. Esto es lo que vamos a hacer —pronunció señalándole con el dedo, como si no hubiese lugar a la réplica—. Irás paralela a mí pero a distancia, ¿de acuerdo? Es decir, deja que pase gente entre medio de nosotros dos. Cuando nos paremos frente a un bar tú esperarás afuera. Si veo que puede ser saldré un segundo y volveré a entrar. Tú entras detrás de mí y te sientas a mi lado. Ni se te ocurra quitarte la gorra, ¿vale? —Ella iba afirmando a todo lo que decía de forma entusiasmada—. Y sobre todo, muy, muy, muy importante, si nos encontramos con algún policía nos distanciamos más aún, ¿entendido?

—Sí —respondió emocionada.

—Si nos encontramos con ese hombre nos limitaremos a observar, nada de hablar con él.

Ella volvió a asentir con su rostro.

Allen suspiró y volvió a pasarse la mano por los ojos de forma incrédula, como si no creyese lo que iba a hacer. Se colocó la gorra y cogió las gafas de sol. Cogió su maletín, pues no pensaba dejarlo en el coche y salió del vehículo.

—Pues venga, vamos allá.

En cuanto salieron al exterior el sol les abrasó. Era increíble como cambiaba la temperatura en veinticuatro horas. Se detuvo un segundo para observar todo a su alrededor y asegurarse de que no había policía y comenzó a caminar dirección a la zona de bares ubicada cerca de la fuente.

Miró de reojo a Claire que caminaba a poco menos de dos metros de él, observándolo a su

alrededor, ascendiendo la mirada hacia arriba, hacia los altos edificios y luego descendiéndola hasta los hermosos escaparates donde las maniquís vestían la última ropa a la moda.

Era incluso gracioso ver la devoción que procesaba en su mirada. Podría compararla a cuando un niño veía por primera vez a uno de sus ídolos de los dibujos animados. Tenía una pequeña sonrisa en su rostro, y observaba todo lo que se ponía en su campo de visión.

Pocos metros después comenzó a aparecer la fuente, enorme, majestuosa. Miró su reloj y vio que marcaban las seis menos veinte. Iban más o menos bien de tiempo. Sabía a que zona debía dirigirse. Nada de restaurantes. Solo bares que tuviesen una barra con taburetes de madera y, lo más importante, que tuviesen un reloj de pared que llamase la atención, en forma de águila.

¿Y si ese hombre no aparecía? Confiaba en que Claire tuviese razón. De momento todo lo que había predicho se había cumplido. ¿Por qué iba a ser menos esta vez?

Siguió caminando pasando frente a una heladería que había dispuesto varias mesas a modo de terraza en la acera, y que estaba totalmente llena. Estaba claro que no se trataba de ese lugar, debía buscar un local donde pudiese tomarse alguna copa, no donde se sirviesen helados. Eso era lo que había dicho Claire.

Siguieron avanzando y se detuvo justo frente a un local. Era el tradicional bar de copas, con su respectiva barra y sus taburetes, aunque estos no eran de madera, si no de metal con un esponjoso cojín donde sentarse.

El siguiente local era una cafetería-tetería, un local demasiado pequeño pero con una terraza muy amplia y llena de gente. Aquel no podía ser, así que pasó de largo descartándolo y fue a por el siguiente.

Cruzaron una calle cuando el semáforo se puso en verde para los peatones y fue hasta el siguiente local. Era una especie de cervecería, ese podía ser. Tras inspeccionarlo, no había ningún reloj con forma de águila en su interior.

Se paró ante el siguiente bar y este si le llamó un poco más atención. Era una especie de bar country. Desde fuera podía observarse como unos altos taburetes de madera se colocaban ante una barra llena de gente- ¿Podía ser aquel bar?

Allen miró la hora y observó que marcaban las seis de tarde. Mas le valía que fuese, iban un poco justos de tiempo. Se giró un segundo para observar a Claire y la encontró justo al lado suyo, observando aquel bar con los ojos muy abiertos.

Allen la contempló.

—¿Claire? —Le susurró confuso al ver aquella expresión de asombro en su rostro.

—Es aquí —contestó sin apartar la vista del local.

—¿Estás segura?

—Sí.

Allen contempló el local. Tenía varios escalones hasta llegar a la puerta, luego en su interior parecía un poco oscuro.

—De acuerdo. Vamos.

La puerta estaba abierta, pero en cuanto entraron el olor a cargado casi les echó hacia atrás. Demasiada aglomeración de gente. Todos los taburetes de la barra estaban ocupados. A mano izquierda había filas de mesas de madera con sus taburetes al más estilo country. Fotos y paisajes de Texas, el cañón del colorado y praderas enormes llenaban todas las paredes.

Caminaron sobre aquellas tablas de madera vieja que formaban el suelo, y que crujían bajo sus pies, por suerte, la alta música hacía que cualquier otro sonido desapareciese.

Observó de un lado a otro, el bar tenía forma de L, así que cuando acababa el enorme pasillo venía un enorme salón donde infinidad de mesas se distribuían por el.

Allen miró a ambos lados y durante unos segundos se quedó prácticamente pálido. Allí estaba, en la pared donde se encontraba la barra, un enorme reloj de madera oscura con forma de águila. El círculo que formaba el reloj era la barriga de éste, por detrás, salían unas enormes alas, y en la parte alta, marcando las doce una enorme cabeza y un pico.

Allen contempló y le señaló el reloj con un ligero movimiento de cabeza, ella tras verlo le miró asustada, como si se sorprendiese de haber acertado.

El reloj marcaba las seis y tres minutos. Sin esperar más la cogió del brazo y fue hasta una de las mesas de aquel salón, bastante cerca de la barra y desde donde le permitiría ver casi todo el local. Recordaba que ella le había dicho que ese hombre se sentaría en la barra.

La mesa no estaba muy limpia, aún contenía botellas de los últimos bebedores que se habían sentado allí. Había mesas limpias, pero esa era la que le interesaba, la que le permitía tener un ángulo capaz de poder observar la puerta de entrada y la barra.

Depositó el maletín en el que llevaba el expediente de Claire contra la mesa y observó como contemplaba el local, nerviosa. Allen se quitó las gafas y se acercó un poco a ella por encima de la mesa.

—Tranquila.

Ella lo contempló y se quitó las gafas también.

—Ya —respondió compungida.

—Piensa que él no sabe qué hacemos aquí.

—Ya lo sé. —Desvió la mirada hacia el lado y comenzó a mover la pierna inquieta mientras se giraba hacia la puerta.

Allen arqueó una ceja hacia ella.

—¿Ocurre algo?

Ella lo miró y tragó saliva.

—Tengo un mal presentimiento.

—¿De qué? —preguntó nervioso, a lo que ella comenzó a negar.

—No sé —gimió de nuevo—. Hay algo que... ¿qué hora es? —preguntó angustiada.

—Las seis y… —Acto seguido se quedó callado. Observó atento. Un hombre con tejanos claros y un polo azul entraba por la puerta mientras se quitaba las gafas de sol de una forma un tanto inquietante. Tenía la complexión robusta. Debía rondar sobre los cuarenta años. Tenía una gran mata de pelo rizado entre oscura y canosa y una barba que no se había afeitado como mínimo durante cinco días. —Claire —Le susurró mientras observaba al hombre sentarse sobre un taburete en la barra, justo frente a ellos, a poco menos de tres metros. Hizo un gesto hacia la barra y ella lo miró.

Lo observó durante unos segundos.

—Es él —Le dijo.

Acto seguido una camarera se colocó delante de ellos quitándole toda visión. Lucía unos tejanos rotos, una camisa a cuadros y un gorro vaquero.

—¿Qué les traigo? —comentó poniendo una mano en su cintura.

—Dos Coca-colas, gracias.

La mujer tomó nota y se fue hasta la barra donde el reloj marcaba que faltaba un minuto para las seis y diez. Claire había vuelto a acertar, pero ¿quién era ese hombre? ¿Por qué ella había tenido una visión sobre él? ¿Tenía algo que ver con lo que fuese qué iba a ocurrir?

Le llamó la atención que el hombre miraba su reloj de muñeca impaciente y al momento se giró hacia la camarera y le pidió algo. La camarera le sonrió y aceptó.

—¿Ves algo sobre él? —Le preguntó en un susurro. Ella negó—. ¿Qué tal si te concentras un

poco? —dijo con un toque de ironía.

—Ya te he dicho que esto no funciona así —Le recordó de nuevo algo molesta, como si los nervios pudiesen más que ella.

—Inténtalo, por Dios —dijo armándose de paciencia.

—Hay mucho ruido, no puedo concentrarme.

Allen resopló y volvió a observar a aquel hombre, al cual le colocaban justo delante una enorme jarra de cerveza. Allen observó el reloj, justo las seis y diez, tal y como ella había dicho. Aquello era realmente impresionante.

La camarera se colocó de nuevo ante ellos sin previo aviso y colocó las Coca-colas en la mesa mientras retiraba las botellas de cerveza de la consumición anterior.

—Serán cinco dólares —Le comentó a Allen.

Allen extrajo la cartera y le dio un billete. La camarera lo guardó en su bolsillo y se marchó de allí con una sonrisa en sus labios mientras el grupo de jóvenes que tenían sentados al lado pedían otra ronda de consumiciones. Desde luego, aquello era un local donde la gente iba a alcoholizarse. No era un buen lugar para llevar a Claire, pensó mientras observaba su gesto desubicado.

Observó como el hombre del polo azul bebía de la jarra dejando que la espuma ocultase durante unos segundos su labio superior y luego pasó su lengua por ella. Acto seguido se puso en pie, algo que llamó la atención a Allen. Estrechó la mano de otro hombre y este se sentó en el taburete de su lado. Parecía que se conocían, pues ambos sonreían y se golpearon la espalda en actitud de confianza. El hombre recién llegado iba un poco más arreglado. Llevaba una camisa blanca y unos pantalones negros, parecía un ejecutivo. Su cabello rubio estaba repeinado hacia atrás, su complexión era bastante delgada. Depositó un maletín que llevaba en el suelo, colocándolo entre ambos taburetes, y se apoyó contra la barra pidiendo otra copa a la camarera, la cual se la sirvió casi al momento.

Acto seguido comenzaron a hablar. ¿Qué estaría pasando ahí? ¿De qué estarían conversando?

Allen observó la lata de Coca-cola y la abrió vertiendo todo su contenido en el vaso, acto seguido se dio cuenta de que Claire ni siquiera abría la lata, se limitaba solo a mirar de forma sospechosa a esas dos personas.

—Claire, abre la lata —Le susurró haciendo que captase su atención.

Ella obedeció en silencio y vertió parte del contenido en el vaso mientras Allen los seguía observando.

—No te muevas —Le dijo sin observarla.

Quizás no serviría de mucho, pero debía intentarlo. Se levantó ante la atenta mirada de ella y se dirigió a la barra sacando la cartera. Se apoyó al lado del hombre de camisa blanca y disimuló como si esperase a ser atendido por la camarera. Aunque la música no le permitía escuchar, pudo oír algo de conversación.

—Verás la sorpresa el jueves. Va a ser impresionante —decía el de polo azul.

—Sí, pero creo que no es suficiente. De acuerdo, música, comida, petarlos… Será una gran fiesta, pero creo que no es suficiente. Hay que organizarlo a lo grande.

—Ni siquiera se lo espera. Verás cuando lo vea.

—Alucinará —comentó finalmente el de camisa blanca.

La camarera se acercó hasta él.

—¿Qué desea?

—Una bolsa de patatas —dijo señalando las que estaban más lejos de la barra, aunque no fuese mucho conseguiría unos segundo más.

La camarera fue hasta allí con un ritmo bastante peculiar, como si bailase al son de la música country que sonaba.

—¿Los has llamado a todos? —preguntó el de la camisa blanca.

—Todos están enterados y ansiosos.

—¿Sabes si Lucy nos ayudará también? Necesitaríamos que preparase algo para picar.

—Ya me ha dicho que ella se encarga de eso, como siempre.

Allen resopló y se pasó la mano por la frente. Parecía que estaban preparando una fiesta sorpresa para alguien ¿Una despedida? ¿Una jubilación? Chasqueó la lengua y cogió la bolsa de patatas que le brindaba la camarera mientras le daba el dólar pertinente.

Allen se giró pero lo que vio no le gustó.

Claire estaba acompañada. Una mujer de tejanos y camisa blanca hablaba con ella.

Allen fue directo hacia allí y se colocó a su lado.

—¿Desea algo? —Le preguntó mientras le pasaba la bolsa de patatas a Claire como si se la hubiese pedido ella.

La mujer se giró y lo miró con una extraña sonrisa en sus labios. Tenía los ojos marrón verdosos enmarcados por unas largas pestañas, un rostro un tanto dulce aunque un poco pálido, y un cuello esbelto y largo, visible bajo el pequeño moño en el que había enredado su cabello castaño ondulado.

—Sí, disculpe, le preguntaba a la muchacha si la silla estaba ocupada.

Allen se sentó sonriente.

—Sí, lo siento.

—Ya. —Acto seguido hizo un gesto que levantó las sospechas de Allen dejándolo perplejo. Fue hacia la mesa de al lado donde el grupo de jóvenes consumían y solicitó una silla cogiéndola de inmediato, fue hacia la mesa de Allen y Claire y la soltó a su lado—. ¿Me puedo sentar? —preguntó sentándose inmediatamente.

Allen arqueó una ceja hacia ella sin saber cómo reaccionar, dudoso y en parte asustado por las confianzas que se estaba tomando aquella desconocida.

—Lo siento, estamos esperando a unos amigos —dijo con la mirada fija en ella, intentando disimular. Aquello no le daba buena espina.

—Sí, sí, claro. —Comenzó a reír como si no le creyese. Se llevó la mano al bolsillo y colocó una placa de inspectora sobre la mesa mostrándosela—. Doctor Milton, soy la inspectora Rachel Morrison, creo que tenemos que hablar.

Rachel Morrison volvió a llevarse la mano al pecho dolorido mientras llevaba a su oído su móvil. David conducía como un verdadero poseso, algo que no mitigaba el dolor que sentía desde hacía varios días.

Suspiró y contestó.

—Rachel Morrison —dijo al apretar el botón de aceptar llamada.

—Los tenemos. El vehículo sigue en el parking subterráneo cerca de la plaza de J.C. Nichols Fountain

—De acuerdo.

—Ellos han salido. Dos policías de paisano les han seguido hasta un bar. Acaban de entrar. ¿Tienes papel y bolígrafo?

—Sí. Dime la dirección.

Le cantaron la dirección dio un simple gracias y cortó la llamada.

Rachel le pasó la dirección a Ben, el cual la observó.

Por suerte, dos policías en una gasolinera habían visto el coche del doctor Milton repostar. Poco después, un pequeño operativo de cinco coches había sido avisado en Kansas City para que vigilasen las entradas y salidas de la ciudad.

Durante varias horas sin recibir ninguna noticia más había pensado que se les había escapado, pero por suerte, hacía escasamente una hora habían recibido otra llamada de que el vehículo se encontraba aparcado en dicho parking. Toda una suerte.

Tras dar la orden expresa de no intervenir hasta que ella no llegase se dirigían hacia el lugar a toda prisa. Quería estar allí. Ese era su primer caso serio, no quería que nadie más se llevase los meritos por ella, se lo merecía, y merecía ser ella las que se los llevase en su vehículo.

—Gira aquí a la derecha —dijo Ben hacia David—. La calle está dos manzanas de aquí. Me conozco la zona de bares como la palma de mi mano. —Sonrió.

Rachel le miró de reojo pero abrió el bolso para coger un bote de pastillas. Lo abrió y se llevó directamente dos a la boca. Las tragó sin mucho esfuerzo y luego cerró los ojos intentando relajarse.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Ben en un tono suave.

—Sí, es un simple dolor de cabeza. Supongo que de no dormir.

Ben no contestó, pero pareció encontrar lógica en aquella respuesta ya que afirmó con su rostro. Luego señaló hacia la calle.

—David, da la vuelta a la plaza y podrás aparcar justo delante del bar.

Rachel observó la calle repleta de gente. No quería armar un escándalo. Lo mejor sería que hicieran su trabajo sin llamar la atención. Se incorporó y miró a sus dos compañeros.

—Haremos lo siguiente. David esperarás fuera del local, si ves que intentan escapar los coges. —Luego miró a Ben—. Tú entrarás conmigo, pero permanecerás alejado. No quiero montar un espectáculo.

—De acuerdo —dijeron los dos a la vez.

David acabó de dar la vuelta con el coche y lo aparcó en una zona prohibida. De todas formas nadie les iba a multar.

—De acuerdo, vamos allá —comentó Rachel depositando el bolso en el suelo del coche y saliendo al exterior.

Nada más salir de el reconoció a los dos policías de paisano que permanecían vigilantes en la puerta. Se acercó a ellos y les enseñó la placa, a lo que ambos le saludaron con un apretón de mano y luego desviaron la mirada hacia los dos hombres que la acompañaban.

—¿Siguen dentro? —preguntó mientras guardaba la placa en su bolsillo.

—Sí, han entrado hace unos diez minutos. El coche sigue en el parking, le hemos puesto un cepo. No tienen escapatoria.

—Bien hecho —dijo avanzando—. Por favor, esperen aquí, prefiero hacer esto sin llamar la atención—. Los dos policías de paisano estuvieron de acuerdo—. David, espera aquí. Ben —dijo mirándolo—, vamos.

Se colocó al lado de él y comenzó a subir las escaleras a paso acelerado. Aquel bar estaba repleto de gente a las seis y poco de la tarde, no quería ni imaginar como estaría a altas horas de la noche.

Caminaron despacio, fijándose en todos ellos mientras avanzaban.

—Espera aquí —dijo girando sobre sí misma para controlar que no fuese ninguno de los que estaba sentado en la barra. Aunque no había visto a ninguno de los dos nunca, sabía sus rostros casi de memoria. Durante las horas que había tardado en llegar a Kansas city había observado la

fotografía del expediente de Claire y la fotografía del doctor.

Avanzó observando a cada una de las personas sentadas en las mesas. La mayoría se trataban de grupos de jóvenes intentando emborracharse y gente que conversaba mientras tomaba algo.

Llegó hasta el final del ancho pasillo y observó el enorme salón en el que se distribuían numerosas mesas de madera. Recorrió con la mirada una a una hasta que la encontró. Una chica bastante joven, dándole la espalda, miraba de perfil hacia la barra. Llevaba una gorra. La observó durante varios segundos hasta que se percató de que era ella. La tranquilidad la embargó. La había encontrado, estaba viva y, ahora, a salvo.

Su rostro se inundó por una leve sonrisa y fue hacia ella colocándose justo delante, haciendo que perdiese toda la visión de lo que ella miraba.

Claire elevó su rostro hacia ella confundida, pero sus ojos se agradaron por la sorpresa. Debía admitir que la chica mejoraba mucho de la fotografía del psiquiátrico a tenerla en persona. En la imagen transmitía un sentimiento de tristeza, angustia, sin embargo ahora tenía las mejillas rosadas, sus ojos transmitían vida.

Claire la observó fijamente y comenzó a ponerse nerviosa. Aquello desubicó un poco a la inspectora. Era como si la hubiese reconocido, o al menos, es lo que le hizo pensar.

Señaló a la silla que estaba libre y le sonrió.

—¿Puedo sentarme? ¿Está ocupada? —preguntó.

Claire se quedó mirándola sin saber qué decir, como si su susto hubiese sido tan grande que no pudiese emitir sonido alguno.

—¿Desea algo? —Le preguntó un joven colocándose al lado. Acto seguido le pasó una bolsa de patatas a la muchacha.

Rachel aguantó durante unos segundos la respiración cuando lo reconoció. Era él, aquellos ojos solo podían corresponder al doctor Milton. Le sonrió y adoptó una postura desenfada.

—Sí, disculpe, le preguntaba a la muchacha si la silla está ocupada.

Allen se sentó sonriente en la silla que ella señalaba.

—Sí, lo siento.

—Ya. —Acto seguido miró de un lado a otro y fue hacia una mesa donde un grupo de jóvenes reían sin parar, seguramente fruto del alcohol que habían tomado, a juzgar por la cantidad de botellas de cerveza que había en su mesa.

—¿Está ocupada? —Señalo la silla vacía, pero antes de que cualquier joven pudiese negarse ella ya la estaba cogiendo y acercándola a la mesa—. ¿Me puedo sentar?

Observó que Allen arqueaba una ceja sin saber cómo reaccionar. Dudoso, pudo ver incluso algo de miedo en su actitud, ya que la contemplaba como si hubiese visto a un fantasma.

—Lo siento, estamos esperando a unos amigos —dijo con la mirada fija en ella, intentando parecer tranquilo.

—Sí, sí, claro —rió Rachel. Se llevó la mano al bolsillo y colocó la placa de inspectora sobre la mesa mostrándosela—. Doctor Milton, soy la inspectora Rachel Morrison, creo que tenemos que hablar.

Allen contempló la placa durante unos segundos y luego la observó fijamente a ella. Claire se llevó una mano a la nuca angustiada.

Apoyó su espalda contra el respaldo intentando parecer tranquilo.

—No sé de quién me está hablando. Se confunde —dijo con una sonrisa nerviosa dando un sorbo a la coca cola.

Rachel le sonrió confiada.

—No crea que soy idiota, doctor Milton. Esos trucos ya me los sé de sobra.

Allen depositó su coca cola con cuidado sobre la mesa y la observó unos segundos, retándole, después desvió la mirada hacia Claire, la cual parecía que iba a romper a llorar en cualquier momento.

Suspiró y miró a la inspectora de nuevo.

—De acuerdo —susurró apartando la mirada de ella—. ¿Qué quiere?

Rachel volvió a reír y se apoyó más sobre la mesa.

—Quiero que salgan de este bar y se metan en el coche policial que hay fuera. Ambos —dijo mirando a los dos—. Sin armar escándalo, sonrientes, como si fuésemos amigos de toda la vida.

Allen la miró fastidiado y después desvió la mirada de ella contemplando a Claire de nuevo. Estuvo durante unos segundos pensativo hasta que volvió a mirarla.

—Si me dejase explicarle durante un minuto lo que ha ocurrido —suplicó.

—Por supuesto, pero será en comisaría —Le interrumpió ella—. Y dispondremos de más de un minuto.

—No, escuche. Es importante —dijo en un tono más enérgico.

—No, escúcheme a mí —respondió Rachel con un tono más totalitario que el suyo—. Creo que no entiende la gravedad de los hechos de los que se le acusa. —Luego miró a Claire—. El secuestro de una menor conlleva penas de prisión.

Allen la miró confundido y se acercó a ella.

—Yo no he secuestrado a nadie.

—Es verdad. Él no me ha secuestrado —intervino Claire por primera vez mientras una lágrima resbalaba por su mejilla.

Rachel la miró con fastidio pero volvió de nuevo su mirada hacia él.

—Claire McCain se encuentra bajo la tutela del psiquiátrico de Kansas. En ningún momento se le ha concedido el alta ni un permiso para salir de este.

—Escuche, escuche… —suplicó Allen acercándose más—, sólo necesito un minuto —Le imploró—. Por favor. Déjeme explicárselo. Le aseguro que no he hecho nada de lo que se me pueda acusar, pero necesito explicárselo.

Rachel lo contempló unos segundos y se cruzo de brazos no muy convencida. De todas formas si intentaban escapar no podrían. Tenía a cuatro policías con ella, uno dentro del bar y tres afuera, así que no irían ninguno de los dos muy lejos.

—De acuerdo —dijo con un tono un tanto impertinente. Luego le señaló con la mano—. Tiene un minuto.

Allen tragó saliva y suspiró. Miró a Claire, la cual lo contemplaba sin saber qué hacer. Podía observar cómo todo su cuerpo temblaba, estaba realmente asustada. Allen volvió a mirar a la inspectora que esperaba de brazos cruzados a que comenzase a hablar. Pero, ¿qué iba a decirle?

—Su tiempo se agota, doctor Milton —Le dijo con impaciencia, mirando el reloj.

—Está bien, está bien —reaccionó apresurado colocando una mano delante de ella en señal de stop. Tomó aliento y tragó saliva—. Va a pensar que estoy loco… —gimió riendo—, pero aquí viene la verdad. —Luego señaló a Claire—. Ella tiene información sobre… un desastre que va ocurrir.

—Qué interesante —respondió con mofa.

—Es cierto. Claire posee una habilidad… puede…. puede —Luego agachó la cabeza y resopló—. Puede predecir el futuro —susurró al final.

—¿Qué? —preguntó Rachel como si no le hubiese escuchado.

Allen alzó su rostro y la miró compungido.

—Que puede predecir el futuro —dijo en un tono más alto.

—Sí, sí, eso ya lo he entendido —dijo impresionada—. ¿De verdad cree que eso le va a funcionar? —acabó riendo incrédula.

—Le estoy diciendo la verdad —respondió apresurado—. Desde hace unas semanas tiene visiones sobre algo que va a ocurrir, por eso vinimos hasta aquí. Claire vio que…

Pero Rachel ya se estaba levantando, apartando la silla con cierto mal humor.

—Doctor Milton, puede hacerlo por las buenas o por las malas. Este local no tiene salida trasera y como ya le he dicho no quiero armar un escándalo, así que usted mismo. Tienen un minuto para salir si no, la próxima vez que entre a buscarlo, lo haré acompañada de cuatro policías más y le aseguro, no será agradable para nadie. —Se giró y comenzó a avanzar unos pasos.

Allen resopló y se pasó la mano por la cabeza con desesperación.

—No, por favor, escuche —dijo sujetándole la mano, deteniéndola, aún sentado en su mesa. La inspectora se giró sorprendida por aquel gesto—. Le estoy diciendo la verdad, por favor.

Rachel se soltó de su mano y lo miró con enfado.

—Tienen un minuto —volvió a repetir.

Allen miró con desesperación a Claire, la cual observaba la espalda de la inspectora que se alejaba lentamente, con lágrimas en sus ojos y temblando de miedo, pero al momento se puso en pie.

—Disculpe —dijo Claire con un tono de voz elevado. Rachel, a poco más de tres metros, se giró hacia ellos con un gesto de cansancio en su rostro. La observó y se cruzó de brazos con impaciencia—. La quimioterapia funcionará —dijo en un tono más bajo.

Allen observó a Claire sin comprender lo que decía, pero luego miró hacia la inspectora, la cual la observaba como si no comprendiese lo que decía. Su gesto se volvió apesumbrado y durante unos segundos aguantó la respiración.

—¿Qué? —preguntó incrédula, dando unos pasos hacia ella.

Claire permaneció de pie, manteniendo el contacto visual con ella y luego su rostro se tornó algo más tranquilo.

—La quimioterapia funcionará —Le susurró una vez que la tenía en frente.

Allen no sabía que es lo que ocurría, solo observaba a Claire y a la inspectora mirarse fijamente, aunque el gesto de la inspectora era de desesperación. Notó como esta intentaba controlar sus emociones, como su respiración se había acelerado. Su mirada recorría los ojos tranquilos de Claire, pero parecía que aquella revelación había causado mella en ella, ya que tuvo que coger la silla y sentarse nuevo.

Rachel inspiró mientras bajaba su rostro hacia abajo durante unos segundos y después observó a Claire fascinada.

Allen aprovechó aquel momento de desconcierto que parecía haberse apoderado de la mente de la inspectora para seguir hablando.

—Claire tuvo una visión —Le susurró acercándose a ella—. Teníamos que venir a este bar a las seis y diez donde el hombre de polo azul estaría —dijo señalándole con un ligero movimiento de cabeza—. No sé quién es ni qué hace aquí, pero Claire piensa que puede tener algo que ver con una catástrofe que va a ocurrir.

Rachel lo observó confundida y se giró despacio hacia atrás buscando a aquel hombre. Era de complexión robusta y vestía unos tejanos claros con un polo azul mientras mantenía una conversación con otro hombre, con el que coincidió la mirada en ese momento.

—Sabe que es inspectora —susurró Claire captando la mirada de los dos—. El de la camisa blanca le ha visto poner la placa sobre la mesa y se lo ha dicho. Se va a marchar ahora mismo.

Tal y como Claire acababa de decir, el hombre se levantó del taburete mientras soltaba un billete sobre la barra. Rachel miró de reojo hacia detrás y cuando vio que se alejaba a paso tranquilo buscó en su bolsillo el móvil y marcó un número.

—David —dijo en un susurro—. Sí, todo bien. Escucha, va a salir un hombre de polo azul y tejanos claros por la puerta ahora mismo. Necesito que de forma disimulada le hagas una fotografía. —Guardó un segundo de silencio y suspiró—. Sí, pero haz lo que te digo. —Dicho esto colgó el teléfono y lo volvió a guardar en su bolsillo con cierto temblor en la mano.

Suspiró y miró de nuevo a los dos que esperaban expectantes. Rachel permaneció casi un minuto en silencio, pensativa, hasta que se acercó a ellos con una mirada confusa.

—Esto es lo que vamos a hacer —pronunció con contundencia—. Van a esperar diez minutos a que salga del bar para salir de aquí. —Sonrió—. Hay varios policías fuera. ¿Conoce la carretera que va a Illinois? —preguntó hacia él.

—Más o menos —respondió con esperanza en la voz.

—En el kilómetro mil setenta hay un pequeño hostal. Conozco al dueño. Vayan allí y pasen la noche. No les harán preguntas, reservaré la habitación a mi nombre, Rachel Morrison. —Luego tomó un tono más serio—. Mañana nos veremos en su cafetería a las doce del medio día. —Suspiró y miró con firmeza a Allen—. Eso sí, como no estéis mañana os aseguro que moveré cielo, tierra y mar para encontraros, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondió Allen contemplándola fijamente. Observó como ella se levantaba y luego tragó saliva—. ¿Qué va a hacer usted con la policía?

Rachel acabó de ponerse en pie y resopló.

—No se preocupe por eso. Preocúpese por estar donde le he dicho mañana. Por cierto —comentó como si lo recordase en ese momento—. Su coche tiene un cepo. Coja el autobús.

Allen asintió, pero antes de que ella se girase volvió a interrumpirla.

—Gracias —susurró.

Rachel se giró un segundo y observó a los dos. Allen le miraba sin creerlo, Claire tenía una extraña sonrisa de tranquilidad en su rostro. No pudo menos que aceptar y seguir caminando hacia el pasillo que conducía a la salida.

Ben Doyle se puso de inmediato a su lado para acompañarla al exterior.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mientras avanzaban a la puerta.

Rachel no respondió hasta que salió al exterior y el sol le cegó unos segundos. Se colocó la mano a modo de visera y se giró hacia su amigo.

—No son ellos. Nos hemos confundido —comenzó a bajar las escaleras.

—¿Qué?

Rachel se detuvo en seco y lo observó mientras el resto de policías se dirigían hacia ella.

—Ya me has oído Ben, no son ellos. Nos hemos equivocado. Marchémonos de aquí. —Miró de reojo a Ben—. Mierda, joder… —comenzó a decir como si estuviese cabreada por el hecho de no encontrarles.

15

Rachel subió al vehículo mientras el resto de policías se alejaban de aquel bar. Se llevó la mano al pecho y un suspiro salió de lo más hondo de su ser. Durante unos segundos notó como sus ojos se humedecían, como su labio comenzaba a temblar, pero tuvo que contenerse, no quería ponerse así delante de Ben y David, y más teniendo en cuenta que aún no había dicho nada, ni siquiera a su familia.

Se palpó con disimulo la parte superior del pecho y cerró los ojos rememorando la visita al médico de hacía cinco días.

Jamás hubiera pensado que pudiese pasarle a ella. Cuando se había notado aquel bulto en el pecho había sido rápida, había ido a su médico y le había mandado una ecografía urgente. No habían tardado más de tres días en hacérsela. Había ido muy tranquila, los miedos habían comenzado a surgir cuando en aquella misma ecografía la doctora había solicitado una punción para enviarla a patología. Poco después le habían derivado a oncología.

Se había considerado una mujer fuerte, capaz de sobrellevar todo lo que se le echara encima, pero aquello había derribado aquel muro que había construido desde la muerte de su padre.

Un tumor en el pecho. Aquello era lo que le había dicho el oncólogo.

—¿Pueden quitármelo?

El oncólogo le había lanzado una sonrisa tranquilizadora, aunque en aquellos momentos nada podía calmarla, nada podía mitigar la ansiedad y el miedo que sentía.

—Por suerte, lo hemos detectado muy pronto. Haremos unas sesiones de quimioterapia y quizás alguna de radioterapia para insistir más en el foco. Si conseguimos reducirlo quizás no haga falta operar.

—¿A qué se refiere con operar? ¿Tendrán que quitarme el pecho? ¿Una parte?

En oncólogo había puesto una mano sobre la suya instándola a que se calmase.

—Rachel —Había susurrado delicadamente—, eso no lo sabremos hasta que inicies el tratamiento y veamos como el tumor evoluciona. Pero lo hemos cogido muy pronto. No tengas miedo. Comenzaremos el tratamiento en diez días.

Aquel recuerdo tan presente le amartilló las sienes

Rachel apoyó su mano en la cabeza intentando controlar las lágrimas mientras el coche conducido por David giraba la esquina y perdían de vista el bar. Intentó controlar mediante respiraciones tranquilas las lágrimas que empujaban en sus ojos.

Y ahora, cinco días después de aquello, sin que se lo hubiese dicho a nadie, sin siquiera haber reunido el valor suficiente para decírselo a su madre, a sus amigos, a sus compañeros de trabajo, llegaba Claire McCain y pronunciaba aquella frase “La quimioterapia funcionará” Le había parecido entender otra cosa al principio, aunque sabía lo que había escuchado, pero le costaba demasiado creerla. Creer que tal y como el doctor Milton había dicho esa muchacha pudiese predecir el futuro, pero aquello, aquello la había dejado sin aliento, y ¿por qué no decir lo contrario? Le había dado una esperanza. Aquella era la razón por la que había actuado de aquella forma. Cuando te encontrabas en una situación así te agarrabas a cualquier tipo de esperanza, y aquella muchacha, aquella niña que había escapado de un psiquiátrico se la había dado. Le había dado un poco de paz y calma en aquellos momentos. Era todo lo que necesitaba escuchar. Que todo iba a salir bien.

Se aclaró la garganta y miró de reojo a David que conducía en silencio.

—¿Has hecho la fotografía al hombre que te he dicho?

—Sí —dijo mirándola de reojo—. Aunque un poco movida.

—Déjame verla.

David le pasó el móvil. Ben alargó su cinturón de seguridad y se colocó al lado de ella.

—¿Qué fotografía? —preguntó al no saber de qué iba el tema.

Rachel le miró de reojo.

—Cuando me he acercado a los dos sujetos he enseñado la placa, había un hombre allí que ha parecido asustarse y se ha ido de inmediato. Me ha parecido una actitud sospechosa —mintió.

Buscó en la galería del móvil y halló la fotografía. La había tomado más o menos bien. Desde luego, estos móviles de última generación hacían buenas fotografías tanto si querías como si no.

—Quiero saber si está en la base de datos policial. —Miró a Ben con una sonrisa renovada —. ¿Quién está en el departamento de investigación ahora?

—Creo que Frank y Sarah.

—Está bien —dijo pasándose por mensaje la fotografía a su móvil.

David miró de reojo a Rachel.

—¿Pero qué ha hecho ese hombre? Sólo estaba tomando algo, ¿no? —sonrió hacia la inspectora como si no comprendiese nada.

—Sí, sí, es sólo para quedarme más tranquila.

Cuando recibió el mensaje depositó el móvil de David donde estaba y lo abrió. La imagen le había llegado.

Buscó en su agenda el número de teléfono de la comisaría y se llevó el móvil al oído. Esperó a que diese los tonos correspondientes y un agente apareció al otro lado de la línea.

—Buenas tardes, soy la inspectora Rachel Morrison, ¿podría pasarme con investigación? —Esperó un segundo—. Sí, gracias. —Miró de reojo las calles atestadas de gente—. Sí, buenas tardes, ¿eres Sarah? Hola Sarah, soy la inspectora Morrison, te voy a pasar una fotografía al email, necesito que la cotejes con la base de datos—. Guardó silencio varios segundos—. Sí, por favor, cuando tengas algún resultado llámame al móvil. Muchas gracias.

Colgó y fue a la galería de imágenes donde se encontraba la fotografía que se había pasado desde el móvil de David. La agregó a un email y la envió a la dirección de la policía del departamento de investigación.

Una vez se envió lo volvió a guardar en su bolso.

—Rachel.

—Dime, Ben —respondió con naturalidad.

—¿Qué ha pasado dentro del bar realmente?

Rachel se giró para observarle y devolverle la misma mirada interrogante.

—Ya te lo he dicho, no eran ellos. Les he enseñado la placa y se han asustado un poco. Les he calmado y les he pedido disculpas. Era un hombre con su sobrina —acabó diciendo—. Créeme, si hubiesen sido ellos los hubiera detenido.

Allen esperó media hora antes de salir del bar acompañado de Claire. No se atrevía a salir antes. Habían tenido mucha suerte de que Claire hubiese tenido una visión en aquel momento. Parecía que la inspectora les había dado una oportunidad.

Se asomó con cierto sigilo a la puerta del bar y cuando se aseguró de que no había policía se

internaron entre la gente. La inspectora les había dado otra oportunidad, pero les había dejado sin transporte. No se quejaba, estaba agradecido por ello y, además, por suerte, había cogido su maletín. Debía salir lo antes posible de la ciudad.

Aún notaba que le temblaban las piernas por lo cerca que había estado de que se lo llevasen detenido.

Anduvieron a paso acelerado girando una calle tras otra.

Sabía dónde se encontraba la estación central, aunque era tal su estado de nervios que no podía concentrarse lo suficiente para hacer un plano mental de la ciudad y llegar lo antes posible.

Por suerte, no tardaron más de media hora en encontrarla. Compraron los dos billetes dirección a Illinois, asegurándose antes de que pasara por dicha carretera y que había una estación cercana al motel que la inspectora les había dicho.

Claire había permanecido callada desde que la inspectora se había marchado, en realidad ninguno de los dos había intercambiado palabra alguna, era como si ambos se hubiesen quedado en estado de shock tras lo ocurrido.

Nada más subir al autobús, Claire se puso al lado de la ventana y Allen a su lado. No pudo evitar echar una ojeada por todo el autobús. Notaba su respiración agitada, el corazón latía demasiado rápido. Comprobó cada una de las personas que subía. La mayoría llevaban algo de equipaje de mano, las grandes maletas las habían metido en la parte baja del autobús. Él, lo único que llevaba era su maletín.

Un hombre mayor pasó por su lado sonriente y se sentó en el asiento de al lado. Miró a la muchacha y sonrió.

—Nos espera un buen viaje, eh —pronunció divertido.

Ninguno de los dos respondió, simplemente se limitaron a sonreírle intentando parecer tranquilos y volvieron la vista hacia la ventana. No pudo evitar recorrer la calle de un lado a otro, asegurándose de que ningún policía detendría el autobús.

Haría lo que la inspectora le había ordenado. De todas formas era un boto de confianza que les hubiese dejado marchar, pero había algo que le había llamado la atención.

En cuanto el autobús inició la marcha respiró más tranquilo, aunque lo cierto es que no lo estaría del todo hasta que no saliese de aquella ciudad. Giró la calle y fue a la principal siguiendo el letrero para tomar la dirección de Illinois.

—Claire —Le dijo observando por la ventana, controlando que ningún coche de policía les siguiese—. Le has dicho algo de la quimioterapia a la inspectora.

—Sí.

—¿Está enferma?

Claire se encogió de hombros.

—No lo sé —Le susurró—. Simplemente he escuchado que alguien le decía con voz alegre: “Perfecto, la quimioterapia ha funcionado” pero no sé si era para ella o para algún familiar.

—Ya. —Suspiró y sin poder evitarlo volvió a mirar a cada una de las personas que se sentaban en los asientos posteriores a ellos—. Sea como sea ha funcionado. Hemos tenido suerte —dijo en un tono más alegre, respirando ya un poco más tranquilo.

—Sí, pero ¿y mañana? ¿Por qué crees que ha quedado con nosotros?

—No lo sé, pero será mejor que obedezcamos. Ya la has oído, removerá cielo, tierra y mar si no estamos allí. Prefiero no buscarme más problemas. De todas formas, no creo que nos quiera detener si nos ha dejado marchar ahora. Supongo que has tocado su punto débil con lo que has dicho de la quimioterapia. —Le fue comentando mientras situaba el maletín en la parte alta de la cabina, donde había unos huecos para colocar el equipaje de mano.

Claire se mordió el labio y asintió.

Allen resopló y chocó sus manos como si aplaudiese, con cierta alegría.

—Buffff, aún no puedo creérmelo.

El trayecto eran cinco horas hasta el kilómetro mil setenta. Ni siquiera pararon en un área de servicio en todo el trayecto. Claire tampoco se quejaba. Sobre las nueve de la noche se había medio tumbado contra él. Allen se había quedado inmóvil, incluso la había contemplado durante unos segundos. Estaba agotada. Cuando pensaba en todo lo que debía haber pasado durante su corta vida una sensación de impotencia, dulzura y rabia se apoderaba de él. Era buena chica. No se merecía lo que le había ocurrido.

Poco a poco el día fue cediendo a la noche y las estrellas comenzaron a aparecer en el horizonte. Los paisajes fueron perdiendo su color hasta desaparecer bajo el manto de la oscuridad.

Pasó las horas pensando en todo lo que Claire le había dicho desde que se conocían, infinidad de cosas que habían carecido de importancia para él en su momento, pero que ahora la cobraban. No las recordaba todas, pero al menos, por suerte para él, llevaba consigo el expediente de ella donde detallaba cada conversación, cada palabra que había escuchado salir de sus labios, sus dibujos. Tenía una buena fuente de información en aquella carpeta.

A las once y diez de la noche pasaron por el kilómetro mil setenta, pocos kilómetros después estaba la pensión Illinois con su cartel luminoso anunciándose.

El autobús tomó un desvío y recorrió los metros que lo separaban de la carretera principal por un camino de tierra sin asfaltar. La pensión tenía un aspecto antiguo, no era muy grande, más bien era una casa antigua que habían reformado medianamente bien. Sus paredes eran de un color vainilla. Constaba de tres plantas. Tenía una gran multitud de habitaciones ya que había muchas ventanas.

El autobús se detuvo bastante retirado de la puerta. La mayoría de las pocas personas que les acompañaban se encontraban dormidas, así que solo un par se levantaron para bajar del autobús y estirar las piernas o bien acudir al servicio.

—Haremos una parada de quince minutos —Escuchó que decía el conductor antes de bajar del autobús.

Giró su rostro y escuchó la respiración tranquila de Claire. Le daba hasta pena tener que despertarla, pero obviamente, dormiría mucho mejor en una cama.

Tendió su brazo hacia atrás y palmeo suavemente el hombro de ella.

—Claire, despierta. Hemos llegado.

Claire emitió un ronroneo y luego se pasó la mano por los ojos como si fuera una niña pequeña. Sin decir nada se incorporó, aún adormecida, y miró hacia fuera a través de la ventana, observando el cartel luminoso.

—No te olvides la gorra y las gafas de sol —Le dijo al ver que las había depositado al otro lado del asiento.

Allen cogió su maletín y se levantó sujetándola del brazo para que se diese un poco de prisa, pues sus movimientos eran extremadamente lentos.

La pensión tenía un pequeño porche donde había varias mesas distribuidas, acompañadas de sus respectivas sillas. En su centro, un cartel indicaba que los desayunos se servían de siete a diez de la mañana.

Se cruzó con la pareja que había bajado del autobús y se dirigía de nuevo hacia el.

Subió unos escalones y entró en un portal muy luminoso. Aquella pensión ganaba por dentro, olía a productos de limpieza, lo cual le gustó.

El suelo era de parquet y, al igual que el exterior, sus paredes eran de un color vainilla que daba un aspecto hogareño.

Al final del pasillo había un distribuidor donde había una barra y, tras esta, una enorme estantería de donde colgaban infinidad de llaves de las habitaciones.

Un hombre estaba jugando a algún juego en el ordenador ya que miraba la pantalla con furia y apretaba los comandos del teclado de forma agresiva. En cuanto los vio disimuló su postura y ocultó el juego.

—Buenas noches —Les recibió con una plácida sonrisa.

—Buenas noches. —Allen llegó al mostrador y se apoyó—. Tenemos una habitación reservada a nombre de Rachel Morrison —dijo inseguro.

—Ah, sí. —pronunció alegre—. Ha llamado hace unas horas para confirmar la reserva. ¿Qué tal está Rachel? —preguntó como si diese por supuesto que eran conocidos o amigos.

—Bien, está muy bien —contestó lentamente.

El hombre se sentó al teclado y esta vez comenzó a introducir datos en el ordenador.

—¿Habéis venido en coche? El parking es gratuito.

—No. En autobús —explicó observando a Claire que cada vez se echaba más sobre el mostrador.

—A ver, a ver, ¿donde he dejado su número? —continuaba diciendo el hombre mientras rebuscaba entre los papeles. Cuando Claire se recostó sobre el mostrador usando sus manos a modo de almohada la cogió del brazo delicadamente y la condujo hasta una silla cercana—. Aquí —exclamó el hombre—. Voy a llamarla —Le explicó a Allen mientras volvía al mostrador girando su rostro para observarla—. Me ha dicho que en cuanto llegasen se lo comunicase.

Allen le devolvió la sonrisa un poco confundido y volvió a girarse hacia Claire que hacía unos enormes esfuerzos para no cerrar los ojos.

—Hola Rachel, ¿qué tal? —Miró hacia Allen y le pasó la llave de una habitación—. Sí, tus amigos ya han llegado. —Allen observó el número de habitación que colgaba de un papel. La ciento siete—. De acuerdo, yo se lo digo. Hasta mañana. —Colgó el teléfono y durante unos segundos observó a Claire medio dormida en la silla—. Me ha pedido que le recuerde que han quedado a las doce, que ni se le ocurra marcharse sin ella —pronunció divertido como si se tratase de una broma de Rachel.

—Ya —comentó Allen sin saber qué decir, más bien nervioso por el comentario.

—La habitación está en la primera planta a la derecha, ¿no llevan equipaje?

Allen suspiró y se encogió de hombros.

—Sólo esto —dijo enseñándole el maletín.

El hombre volvió a adoptar su típica sonrisa.

—De acuerdo —comentó levantándose de la silla—. El desayuno se sirve de siete a diez de la mañana, pero… —dijo mirando a la muchacha dormida en la silla—, si se levantan más tarde no habrá ningún problema. Parecen cansados.

—El viaje agota a cualquiera.

—Sí, ¿muchas horas? ¿Desde dónde vienen? —preguntó saliendo del mostrador.

—De Kansas —comentó dirigiéndose a Claire.

—Entonces no me extraña. Son muchas horas. —Fue hacia la puerta de salida para controlar que el autobús se marchaba y no había más gente deambulando por la zona.

—Disculpe, ¿tienen ordenadores que pueda usar?

El hombre señaló dos ordenadores al final de la pequeña salita donde se había sentado Claire.

—Son gratuitos. Aunque si lleva ordenador portátil le podemos facilitar la clave de acceso

wifi.

—No llevo.

—Puede usar esos sin problemas. Que pasen buena noche. —Salió finalmente al exterior y se perdió tras la puerta.

Allen volvió a zarandear de forma delicada a Claire hasta que se quejó y abrió los ojos.

—Vamos, dormilona. —La cogió del brazo y la ayudó a ponerse en pie.

Prefirió no soltarla mientras ascendían las escaleras, parecía que fuese a quedarse dormida en cualquier momento. Giraron a la derecha y caminaron hasta que se detuvieron frente a la puerta de la habitación ciento siete.

Abrió y buscó el interruptor para encender la luz.

La habitación era pequeña. Constaba de un pequeño armario situado junto a la pared, un pequeño escritorio donde había varias hojas en blanco y una televisión pequeña y bastante antigua, así como dos camas separadas por una mesita de noche con una pequeña lámpara.

Claire vio la cama y fue directa hacia ella arrojándose, sin esperar a que Allen le acompañase.

Chasqueó la lengua y luego miró hacia la ventana. Fue hacia ella tras cerrar la puerta y observó apartando la cortina. El hombre del mostrador observaba de un lado a otro y después volvía a introducirse en el motel.

Se giró hacia Claire y vio que estaba en la misma posición que cuando había caído. Su respiración volvía a ser tranquila.

Suspiró y fue hasta ella quitándole los zapatos con cuidado. Claire se movió y se colocó dándole la espalda, haciéndose un ovillo. Así parecía totalmente indefensa.

Sabía que estaba profundamente dormida pero igualmente prefirió decírselo.

—Voy a bajar un segundo a los ordenadores —Le explicó mientras cogía el maletín y unas cuantas hojas en blanco que había sobre la mesa—. No tardaré mucho.

Tal y como había imaginado no respondió, seguramente ni se enteraría cuando saliese y volviese a entrar por la puerta.

Quería mirar el expediente y contrastar más datos. Si cada dibujo significaba una catástrofe debía saberlo. Estaba claro que la inspectora querría pruebas mañana y, desde luego, él intentaría dárselas.

Apagó la luz y salió de la habitación echando la llave desde fuera, asegurándose así de que nadie pudiese entrar en ella.

16

Allen abrió los ojos. La luz de la mañana entraba por la ventana. Le costó unos segundos situarse hasta que lo recordó. Una sucesión de imágenes volvieron a su mente. Huía del psiquiátrico, sacaba dinero en un cajero, se detenían a echar gasolina en un área de servicio topándose con la policía, posteriormente iban a un bar para investigar a un hombre vestido con un polo azul, la inspectora Rachel Morrison les daba caza pero les dejaba huir. Finalmente llegaban a aquella pensión dejando a Claire dormida sobre la cama y estando prácticamente hasta las tres de la madrugada descubriendo qué significaba cada uno de sus dibujos.

Se giró en la cama y observó que la de ella estaba vacía. Se incorporó de inmediato saltando y miró cada rincón de la pequeña habitación.

—¿Claire? —gritó.

Escuchó el sonido del agua de la ducha. Suspiró y caminó hacia allí llamando repetidas veces a la puerta.

—¿Claire?

—Me estoy duchando —gritó la joven desde dentro.

—De acuerdo. —Suspiró mientras se pasaba la mano por la cara y se desperezaba.

Había dormido muy cómodo. Necesitaba aquella cura de sueño después de pasar tantas horas sin descansar.

Miró la habitación y se detuvo en la ventana. Entraba claridad, demasiada claridad para ser temprano. Fue hacia ella y apartó la cortina. Al momento la luz del sol le cegó y le hizo correr la cortina de nuevo. ¿Qué hora era?

Se miró el reloj y observó que marcaban las once y cuarto de la mañana.

—Joder —susurró.

Volvió hacia la puerta del aseo y llamó.

—Claire, son las once y cuarto. Date prisa —Le gritó.

—Aún falta mucho rato —Escuchó que protestaba desde dentro.

—Me gustaría ducharme a mí también —comentó con algo de ironía.

—Haberte levantado primero —Se mofó. Allen arqueo una ceja—. No tardo nada.

Suspiró y fue hacia el escritorio donde había dejado su maletín. Dentro contenía el expediente de Claire y en unas hojas todo lo que había descubierto la noche anterior. Aquello era asombroso. Había predicho gran parte de las peores catástrofes naturales ocurridas en los últimos ocho años. No había dejado de sorprenderse una y otra vez cada vez que hallaba un nuevo suceso que encajaba con los dibujos de ella.

Pensó en cómo se encontraría Megan. Aún era muy pronto para que la hubiesen despertado del coma inducido pero sus constantes puede que hubiesen mejorado. Necesitaba llamar a Danny en cuanto pudiese.

Giró su rostro hacia la puerta cuando escuchó que el grifo de la ducha se cerraba y cinco minutos después Claire salía luciendo su camiseta verde un par de tallas más grandes y el pelo mojado.

—Buenos días —dijo hacia la cama, pues Allen se había tumbado en ella—. ¿Para eso tanta prisa? —Le señaló.

Allen se levantó, miró el reloj y vio que marcaban las once y media.

—Me doy una ducha rápida y bajamos —dijo pasando a su lado, entrando al lavabo.

Lo primero que hizo fue mirarse al espejo. Se pasó la mano por la cara, notando la barba de hacía dos días.

La ducha fue demasiado rápida para su gusto y a la que salió se vistió de nuevo y decidió que lo primero que haría en cuanto pudiese sería comprar una cuchilla de afeitar y ropa nueva.

Cuando salió del aseo encontró a Claire tumbada sobre la cama con la misma postura que él había adoptado antes.

—Se está cómodo, eh —Le sonrió mientras se ponía el reloj de nuevo en su muñeca.

—Sí.

—Pues venga, levanta que queda solo un cuarto de hora.

Claire puso cara de fastidio pero se levantó y se pasó las manos por el cabello intentando arreglarlo un poco.

—La gorra y las gafas —Le recordó hacia la mesita de noche donde las había depositado.

Cogió el maletín y abrió la puerta de la habitación. Una mujer de la limpieza salía de la habitación de enfrente con una carro lleno de sabanas y productos de la limpieza.

Esta vez había una mujer tras el mostrador.

—Buenos días.

—Buenos días. —Se aproximó Allen hasta el mostrador—. Sé que es tarde pero, ¿podríamos tomar un café y desayunar algo? Ayer estuvimos de viaje todo el día y hemos aprovechado para dormir.

—Claro, no hay problema. Vaya a la cafetería y les atenderán —respondió señalando a una puerta a su izquierda.

—Gracias.

El restaurante era bastante grande y bien decorado. Montones de mesas cuadradas con su respectivo mantel rosado y blanco se distribuían por todo el salón. Todas ellas con sus platos, cuberterías y copas, preparadas ya para que cualquier persona pudiese sentarse a tomar su desayuno o comer.

El salón constaba de mucha luz, fruto de los grandes ventanales que había.

Allen fue a una de las últimas mesas del salón, alejado de las pocas personas que aún se encontraban allí.

Se sentó y en menos de un minuto un camarero les tomaba nota.

—¿Qué quieres Claire? —Le preguntó.

—¿Un zumo? —preguntó encogiéndose de brazos.

—¿De qué lo desea? —preguntó el camarero.

—De naranja.

—Yo un café con leche. ¿Hacen sándwiches? —intervino Allen.

—Sí, señor.

—Pues tráiganos uno cada uno. Con queso, jamón y algo de lechuga.

—Le traigo el especial de la casa.

—De acuerdo, pues dos especiales de la casa.

Una vez el camarero se alejó de la mesa y cruzó la puerta que le llevaría hasta la cocina, Allen se apoyó más en la mesa acercándose a Claire para así poder descender el tono de su voz.

—¿Has tenido alguna visión más?

—No, ya te dije que te lo diría cuando la tuviese.

—Por si acaso se te ha olvidado —dijo mirando al lado, a la pareja que estaba un par de mesas a su izquierda.

—¿Crees que la inspectora nos ayudará?

—Supongo. —Se encogió de hombros—. Si no, no nos hubiese hecho venir hasta aquí —respondió mirando a través de la ventana—. Aunque yo tampoco me haría muchas ilusiones. Lo único que me interesa ahora mismo es no salir de aquí con unas esposas en las muñecas.

Claire suspiró y puso cara de disgusto mientras miraba también por la ventana.

—No quiero volver al psiquiátrico —gimió.

Allen giró su rostro para observarla.

—No vas a volver —Le susurró intentando inspirarle calma.

—Ya, pero si nos cogen. A ti te llevarán arrestado y a mí me volverán a ingresar.

Allen la contempló durante unos segundos.

—No dejaré que eso pase. Tranquila —pronunció con convicción. Ella se mordió el labio, insegura, pero Allen posó su mano sobre la mesa y estrechó la suya con ternura—. Claire, de verdad. No dejaré que eso ocurra. No lo permitiré.

Finalmente la muchacha pareció asentir y apartó la mano de él con timidez, escondiéndola bajo la mesa.

Allen se colocó recto mientras la observaba. Estaba bastante nerviosa, también era normal. ¿Pero quién no iba a estarlo en su situación? Tenía miedo de volver a vivir entre aquellas cuatro paredes, a ver pasar su vida en aquel lugar lleno de locura y desesperación. No la abandonaría, ahora que la conocía su consciencia no le permitiría que ella volviese a pasar un segundo más allí dentro. En realidad, temía más por lo que le fuese a ocurrir a ella que a él mismo. No podría vivir tranquilo sabiendo que ella estaba ingresada.

Iba a hablar cuando escuchó que la puerta del comedor se abría, automáticamente Claire puso su espalda recta. Allen se giró. Allí estaba. La inspectora Rachel Morrison observaba todo el salón con las gafas de sol en su mano y una bolsa en la otra. Era una mujer bastante alta, con facciones delicadas. Vista así no encajaba nada con la figura de inspectora.

Fijó la mirada en ellos y con gesto serio caminó hasta la mesa.

Allen se levantó para recibirla. No sabía cómo reaccionar, lo único que notaba es que su respiración se había acelerado y su frecuencia cardiaca aumentaba por segundos.

Rachel cogió una silla y se sentó directamente en la mesa, igual que ayer, entre los dos. Allen hizo lo mismo mientras daba una mirada furtiva a Claire, la cual no se había movido en absoluto.

La inspectora parecía gozar de todo el tiempo del mundo. Cogió el bolso colocándolo sobre la mesa, lo abrió, sacó un estuche donde guardar sus gafas de sol y volvió a meterlo en el bolso cerrándolo, ante la atenta mirada de ellos dos que no pronunciaban palabra alguna.

Depositó el bolso colgándolo de la silla al lado de la bolsa que llevaba y colocó sus manos sobre la mesa.

—Bien —pronunció con un tono autoritario—, ¿alguien de los dos puede explicarme lo que está ocurriendo?

Ambos se miraron con cautela, sin saber qué responder a una pregunta tan directa. Aquella mujer sabía ir directa al grano.

Se apoyó más contra la mesa y extendió sus manos hacia ellos dos.

—¿Alguien me lo va a explicar? —preguntó con impaciencia.

Allen carraspeó y se pasó una mano por la frente, nervioso.

—Claire tiene visiones sobre hechos que van a ocurrir en un futuro.

—No es lo que pone en su informe clínico, doctor —Se apresuró a decir.

—Ya —contestó molesto—. Ese es el problema. Yo también pensaba que su diagnóstico clínico era correcto hasta que me di cuenta de que no. —Suspiró y se acercó más a la mesa.

Luego miró a Claire un segundo—. No sé cómo lo hace, ni como lo adivina, pero Claire ha dibujado y predicho gran parte de las catástrofes que han ocurrido en los últimos ocho años. El problema es que no lo dice claramente, hay que saber interpretar sus dibujos.

—¿Dibujos? —preguntó con incredulidad.

—Sí, ella lo dibuja. Siempre son dibujos que comienzan como mucho quince días antes de que vaya a producirse una catástrofe.

—Ya —contestó rápidamente, como si no creyese nada de lo que decía. Allen intentó pasar por alto aquella ironía que desprendía su voz—. ¿Y usted como llegó a esa conclusión?

En ese momento sonrió.

—Me costó bastante asimilarlo —reconoció—. Dijéramos que lo he comprobado por mí mismo. —Luego se acercó un poco más a ella—. Predijo el tornado del otro día y atropellaron a una amiga mía tal y como ella me había dicho. Me insistió durante varios días en que ella no cruzase una calle en un momento determinado, pero yo no lo supe ver. —Luego volvió a apoyar su espalda en el respaldo como si estuviese derrotado—. Megan está en cuidados intensivos —acabó diciendo—. Sufrió un atropello tal y como ella me había avisado.

Rachel le observaba fijamente, sin ninguna expresión en su rostro. Finalmente fue ella la que se acercó a él.

—¿Y por eso le ha ayudado a escapar?

Allen se incorporó rápidamente.

—Va a ocurrir otra catástrofe y puede evitarse.

Esta vez fue Rachel quien rio.

—Ya, y vosotros intentáis que no ocurra, ¿verdad?

—Exacto —dijo cogiendo el maletín. Lo abrió y sacó el informe de ella ante la atenta mirada de la inspectora. Comenzó a revisar las hojas hasta que sacó dos dibujos de ella. La antorcha con los delfines y las pelotas que explotaban—. Comenzó a dibujar esto hace una semana.

—Ajá —volvió a responder con indiferencia.

—Si se fija —dijo señalando la antorcha—. Es igual a la antorcha de la estatua de la libertad, que justamente se encuentra en una isla rodeada de mar. —Señaló los delfines. Rachel lo miraba con indiferencia—. Lo que sea que vaya a ocurrir va a ser en Nueva York

—¿Se da cuenta de lo que está diciendo?

—Claire ni siquiera sabía que existía esta estatua ni dónde está ubicada —Le explicó intentando argumentarlo.

—De acuerdo, ¿y este dibujo? —Señaló al de las pelotas.

Allen chasqueó la lengua.

—Es lo que intento descifrar —Le aclaró.

—Morirá mucha gente —intervino por primera vez Claire con voz temblorosa, lo cual atrajo la mirada de ellos dos.

Rachel la contempló y luego suspiró mientras se pasaba la mano por la frente. Se quedó unos segundos pensativa y finalmente miró hacia Allen.

—Usted sabe que esto es un delito, ¿verdad? —Allen resopló desesperado—. Podría ir a la cárcel.

—¿Y qué quiere qué haga? —respondió irónico—. ¿Qué permanezca impasible? Ya permanecí una vez y una amiga mía casi muere. Es algo que voy a tener que llevar en mis pensamientos toda mi vida. No quiero que vuelva a ocurrir. No quiero quedarme con la sensación de que quizás si lo hubiese intentado podría haber evitado más muertes.

Rachel lo contempló durante unos segundos con cierta preocupación en la mirada. Se apoyó

contra el respaldo de la silla y puso las palmas de la mano sobre la mesa.

—De acuerdo, ¿cómo llegasteis al bar de ayer? —preguntó.

Aquella pregusta lo trastocó un poco, pues pensaba que seguirían hablando de los dibujos. Igualmente prefirió contestar a lo que le preguntaba.

—Claire tuvo una visión de un hombre vestido con un polo azul tomando una copa. El bar tenía taburetes de madera y un reloj muy significativo, con un águila y marcaba las seis y diez. Esto fue justo antes de llegar a Kansas City.

—¿Y sólo por eso llegasteis a esa conclusión? ¿A ese bar en concreto?

—Espere —Le interrumpió—. Hay más. Vio unos chorros de agua y caballos de batalla. Conozco más o menos la ciudad y la plaza de J.C. Nichols Fountain. Simplemente nos dedicamos a buscar un bar por aquella zona que tuviese aquellas características. —Luego le sonrió con ironía—. Imagínese mi sorpresa cuando encuentro el bar y justo a la hora que ella dice aparece aquel hombre de polo azul.

Rachel lo miró con determinación.

—¿Lo conocía? —preguntó realmente seria.

—No, no lo había visto en mi vida.

Esta vez volvió a echarse de nuevo sobre la mesa acercándose a él.

—Se trata de Nicholas Bourez —dijo cruzándose de brazos.

Allen miró confundido a Claire.

—¿De quién? —preguntó confuso, volviendo la mirada hacia la inspectora otra vez.

Ella tomó aliento y tragó saliva.

—No ve las noticias, ¿o qué? —Ante la negativa de Allen le explicó—. Es el hermano de John Bourez. Activista. Acusado de asesinar a unas setenta personas. —Allen la miró fijamente y se cruzó de brazos impresionado, sin saber qué decir ante aquello que la inspectora le explicaba.

—Ese nombre me suena algo más. Creo que leí algo sobre eso en el New York Times.

—John Bourez fue encarcelado hace cinco años, acusado de asesinato. El tribunal no lo condenó a muerte dado que lo consideró un preso político. Estos asesinatos se produjeron mediante atentados en comercios y uno que hubo hace seis años justo frente al Tribunal Supremo.

—No entiendo porque se le da un trato de preso político —dijo confuso.

—Estos asesinatos se hicieron contra la política de Estados Unidos por la intervención en la guerra de Irak. —Luego hizo un gesto de indiferencia—. Sea como sea, es un asesino, ningún asesinato es más legal o menos, pero el tribunal le dio esa condición —dijo mostrando su desagrado ante esa sentencia.

—Entiendo —respondió cruzándose de brazos.

—El hombre de polo azul al que mandé hacer la fotografía es su hermano. Nicholas Bourez. Lo he investigado, no tiene muchos antecedentes. Un par de robos y hurtos y uno por falsificación de moneda.

—No es poco.

—Sí, si lo comparas con su hermano. —Tomó aliento y se apoyó contra el respaldo de nuevo —. No sé si lo ha escuchado, pero el abogado de John Bourez ha conseguido su traslado a una prisión más cerca de Nueva York, donde está su familia. A raíz de esto hay multitud de manifestaciones en contra de ese traslado. Unos lo apoyan, otros no.

—Sí, eso lo leí. —Rachel miró de reojo a Claire y luego observó a Allen—. Por eso teníamos que ir allí —susurró Allen como si pensase en alto. Luego miró a Claire—. Me dijiste que ese hombre no te gustaba. —Luego miró a la inspectora—. Ve, todo empieza a cuadrar.

Rachel negó con su rostro.

—Yo no veo que cuadre nada. De hecho, pienso que pudo ser una mera casualidad.

—¿Casualidad? —preguntó Allen alterado—. Por Dios, ese es el hermano de un asesino al cual van a cambiar de prisión. Claire no para de tener visiones sobre una catástrofe que puede evitarse y justo una de las visiones nos conduce hasta ese tal Nicholas. ¿De verdad cree que es una casualidad?

Rachel se removió incómoda en su asiento.

—A ver —dijo adoptando un tono de voz más prudente—, si es cierto todo lo que me explica…

—Usted nos cree —Le interrumpió Allen—. Ayer podría habernos detenido pero no lo hizo —dijo mirándola fijamente—. Y ahora viene y nos cuenta todo esto.

Rachel apartó la mirada un segundo de él y miró a Claire, la cual permanecía callada todo el rato. La contempló con cierta ternura y luego suspiró.

—Claire, te he traído algo de ropa —dijo cogiendo la bolsa—. Esa camiseta te va algo grande. Y también tienes ropa interior. —Se la pasó a Claire que la miraba con una medio sonrisa—. ¿Podrías probártela mientras hablo unos minutos con el doctor?

Claire se levantó ilusionada mientras miraba a Allen.

—Claro. —Miró dentro de la bolsa y comenzó a sacar la ropa mientras se alejaba.

Rachel emitió un suspiro cuando la vio alejarse y se giró hacia Allen, el cual le miraba intrigado por lo que acababa de hacer. Se pasó una mano por la frente y apoyó su rostro en la mano.

Permaneció callada varios segundos hasta que volvió a mirarlo, él seguía con la misma ceja enarcada y desconcertado.

—Claire le dijo que la quimioterapia funcionaría —Le susurró—. ¿Está enferma? —preguntó con cierta suavidad.

Rachel aguantó la respiración y se apoyó también en la silla colocando la espalda recta. Luego sonrió algo tímida.

—Me lo confirmaron hace cinco días —susurró—. Cáncer de pecho. No se lo había dicho a nadie, ni siquiera a mi familia aún.

Allen la miró con cierta ternura, comprendiendo la forma en la que habían influido aquellas palabras en ella.

—Sé que no es mucho, pero todo lo que ha dicho Claire hasta el momento se ha cumplido. —Ella le sonrió y luego notó como sus ojos se humedecían un poco, aunque intentó controlarlo—. Dijo que la quimioterapia le funcionaría.

—Sí, eso dijo —contestó en un susurro. Agachó la cabeza y respiró hasta que logró controlar sus emociones. Elevó su rostro de nuevo y lo miró con firmeza en sus ojos—. Si todo esto es cierto, si va a ocurrir algo quiero acompañaros. —Aquello pilló totalmente desconcertado a Allen —. Nunca he creído en estas cosas —acabó admitiendo—. Pero si todo esto está ocurriendo en realidad no quiero quedarme fuera. —Se apoyó de nuevo contra la mesa y lo miró con unas fuerzas renovadas—. Ella sabía lo de mi enfermedad. Algo que no entiendo cómo ha podido saber pero... pongamos que sí tiene visiones, que puede prever el futuro, que va a haber una catástrofe o lo que sea, ¿cuál es el siguiente paso?

Allen la miraba estático, como si no creyese lo que le estaba diciendo. ¿De verdad iba a contar con el apoyo de una inspectora de policía?

—Pretendemos llegar a Nueva York —acabó susurrado impresionado tras unos segundos—. Ella tiene visiones a medida que se acerca la fecha del suceso o que nos acercamos a algún lugar.

—Luego movió la cabeza como si no comprendiese muy bien—. ¿Pero quiere decir que la policía nos va a ayudar? ¿A ella y a mí? —preguntó aún impresionado.

—Yo no he dicho eso. He dicho que yo os voy a ayudar, no la policía.

Allen oscureció la mirada.

—La policía no sabe nada, ¿verdad?

—Nada de nada.

—¿Y usted? ¿No debería estar trabajando entonces?

—Ayer le expliqué a mi jefe que me han detectado cáncer. Que necesitaba unos días para recuperarme. Me he cogido días personales.

—Entiendo —respondió desconfiado.

Rachel se cruzó de brazos, con la mirada fija.

—De todas formas no se lo estoy pidiendo —pronunció con algo de dureza—. Es más fácil aún, o les acompaño o les detengo. ¿Qué prefiere?

—Creo que ambos ya lo sabemos —contestó también con la mirada fija.

—De todas formas, toda la policía tiene sus fotografías y su vehículo inmovilizado. ¿Cree que no lo seguirán buscando? Yo los encontré en un periquete. Los volverán a encontrar tarde o temprano. Yo le ofrezco un vehículo nuevo, el mío, y la compañía de una inspectora, lo cual les da prácticamente inmunidad policial.

Aquello ya comenzaba a gustarle más.

—De acuerdo, y cuando todo esto acabe, ¿qué ocurrirá?

—Tengo buenos amigos en los tribunales. —Sonrió abiertamente—. Eso sí, juéguemela y le aseguro que le llevo a la primera comisaría que encuentre.

Allen tragó saliva.

—Usted no se anda con rodeos, ¿verdad?

—Es mejor ir directa al grano —dijo rápidamente.

Allen suspiró y aceptó con su rostro.

—De acuerdo —acabó diciendo. Se incorporó de nuevo y se cruzó de brazos otra vez—. ¿Y qué propone que hagamos? Usted es la inspectora, sabe manejarse mejor en estos asuntos que yo.

Aquello pareció gustarle a Rachel ya que sonrió. Parecía que el doctor Milton le estaba dando el poder de la situación.

—Lo primero es comprobar con quién se relaciona Nicholas Bourez. Su círculo de amistades. Y después comprobar que tipo de delitos tienen estos.

Allen afirmó conforme con lo que decía.

—Ayer estaba en compañía de otro hombre —admitió—. Vestía camisa blanca y…

—¿Vio su rostro? —Le interrumpió. Allen afirmó—. De acuerdo, pues quizá pueda identificarlo en fotografías.

Allen observó que la puerta del comedor se abría y se giró para observar a Claire que entraba con unos tejanos claros largos, una camiseta negra y unas zapatillas de su número.

—Ayer escuché una conversación entre ellos dos —comentó antes de que Claire llegase—. Parecía que estaban montando una fiesta, quizás por lo que comenta de que a su hermano lo van a llevar a otra prisión.

—¿Una fiesta? —Lo miró intrigada—. ¿Y la van a montar con él en la cárcel? —preguntó con ironía.

—En un principio pensé que se trataba de una jubilación o un cumpleaños. Parecía que estaban repartiendo funciones. Hablaban de la comida, un tal pica pica, petardos…

Allen no acabó la frase. Pues ambos se quedaron mirando fijamente.

—Ya. Petardos ¿no? —comentó la inspectora señalándole.

—Ahora comprendo —dijo mirando el dibujo de las pelotas que explotaban—. Pero Claire dijo que no eran bombas. —Luego observó a Claire que se acercaba a la mesa y los observaba tímida—. Claire, ¿estás segura que no podían ser bombas? ¿explosivos?

Ella se sentó en la silla mientras observaba el dibujo y negaba a la vez con su rostro.

—Que no, que no, son pelotas.

Rachel miró de reojo a Claire y luego de forma interrogante a Allen.

—Algo se nos escapa —pronunció Allen contemplando el dibujo.

—Quizás en la base de datos policial podamos encontrar algo —dijo Rachel.

—¿Puede acceder desde un ordenador?

Rachel negó.

—Es una intranet. Debe ser desde una comisaría.

—¿Y cómo voy a entrar yo en una comisaría? Me reconocerán al momento.

Rachel volvió a sonreír esta vez con orgullo.

—Olvida que está en compañía de una inspectora.

—Ya —comentó inseguro. Luego miró a Claire—. La inspectora Morrison nos va a acompañar. —Pero aquello no pareció pillar por sorpresa a Claire la cual asintió con su rostro sin problemas, bastante sonriente, algo que intrigó bastante a Allen. ¿Sería posible que ella ya lo supiera?

17

Allen pagó la noche de hotel y el desayuno y salió al exterior donde el sol lucía con intensidad. Claire y Rachel se habían sentado en un banco esperando a que él acabase sus gestiones, hablando amistosamente.

Nada más verle salir ambas se pusieron en pie. Rachel sacó de su bolso las llaves de su vehículo y se dirigió a un enorme todoterreno color negro. Un Dodge-ram 1500.

—¿Y mi coche? ¿Lo están tratando bien? —preguntó con algo de ironía.

—Mejor de lo que usted cree. —Allen suspiró mientras Rachel le miraba fijamente.

Abrió el vehículo mientras lo rodeaba hasta que se quedó frente a Allen y le tendió las llaves.

—Usted conduce. —Le dijo dándoselas.

—¿Yo?

—Sí —dijo entregándoselas finalmente—. ¿O es que no sabe conducir todoterrenos? —Le retó.

Allen chasqueó la lengua y cogió las llaves. Se separó de ella y fue hacia la puerta del conductor.

El todoterreno era muy amplio y olía extremadamente bien. Sus asientos eran de piel color crema.

—Caray —dijo cerrando la puerta.

Rachel se sentó en el asiento del copiloto y Claire en la parte de atrás.

—¿Se ve capaz o no? —preguntó mientras veía como encendía el vehículo y echaba el asiento hacia atrás separándolo un poco más del volante.

Allen la miró con una sonrisa un tanto provocativa y pisó el acelerador haciendo que el motor rugiese.

—Suena muy bien.

—Eh, no te pases —Le dijo echándose hacia delante, pulsando unos botones para encender el ordenador de a bordo. Allen observó como activaba el GPS dirección Nueva York y al momento marcó la ruta a seguir. Se fijó en el tiempo de recorrido de aquella ruta, quince horas y media para llegar.

Suspiró y se puso el cinturón.

—Pararemos en la comisaría central de Indianápolis. Está a tres horas y media de aquí. Allí podremos mirar algunos datos.

Allen avanzó mientras observaba por el retrovisor a Claire. Parecía estar feliz en aquel momento. Tendría que hablar con ella a solas.

—¿Qué haremos nosotros?

—Vendrás conmigo. —Allen hizo una mueca de desagrado cuando pronunció eso—. Conozco al inspector de allí, es amigo mío. No se preocupe tanto, no le van a tomar las huellas.

—¿Y Claire? —preguntó mirando por el retrovisor hacia ella.

Claire volvió a ponerse junto a él y respondió sonriente.

—Podría dar un paseo. O tomar un helado.

—No, ni hablar, no te quedarás sola —comentó Allen mirándola de reojo.

—Ya es mayorcita —intervino la inspectora—. No pasa nada si se queda en un bar tomando algo y nos espera allí.

Allen resopló. La inspectora tenía razón, pero por otro lado, no quería dejarla sola. Sentía una gran protección hacia ella.

—Está bien —dijo de mal humor—. Pero un bar cerca de la comisaría.

—Sí, sí —reaccionó Claire con una gran sonrisa.

Allen se detuvo en el stop y observó que no viniese ningún coche para incorporarse a la carretera principal. Aceleró y notó que el motor de aquel todoterreno tenía mucha más potencia que su vehículo. Era una gozada conducirlo.

—Indiana está a tres horas aproximadamente de aquí —Le explicó Rachel.

—Ya —dijo aún pensativo en lo que había dicho—. ¿Y cómo se supone que entraré yo a la comisaría?

—Se me ocurrirá algo. ¿Tiene móvil?

—Sí —contestó otra vez sorprendido por la cantidad de preguntas sin orden que Rachel realizaba—, pero sin batería.

—¿Lo tiene aquí?

Allen se levantó un poco del asiento mientras miraba a la carretera, lo sacó de su bolsillo y se lo pasó mientras volvía a colocar las dos manos en el volante.

—Es el mismo móvil que el mío —respondió conectándolo al cargador que había puesto en el mechero—. Ya está.

Allen le observó de reojo y permaneció callado varios minutos.

—¿Usted fue a ver a mi amigo Danny?

Rachel se acomodó en el asiento y contempló la carretera.

—Sí.

—¿Cómo lo supo?

Finalmente le miró y sonrió.

—Lo escuché en el contestador automático de su piso. Sí, también he estado en su domicilio —explicó muy sonriente, aunque la mirada de Allen era de pocos amigos—. Un piso muy bonito. Y por favor, vamos a dejar de tratarnos de usted, será mucho más fácil.

—¿Ha estado en mi domicilio? —preguntó bastante indignado.

—¿Y qué pensaba que íbamos a hacer? —Medio gritó ella igualando a su tono de voz—. Ayudó a escapar a una menor de edad de un psiquiátrico —Le volvió a explicar—. No sabíamos con qué intenciones.

Allen meneó la cabeza indignado.

—Esto es increíble —susurró ante la atenta mirada de la inspectora, luego la miró un segundo—. ¿Y que más ha hecho?

—Observé como sacaba dinero del cajero ayer por la mañana. Sí, y ya que no parece que quiera dejar los formalismos le diré señor Milton que los cajeros tienen cámaras. También fui al restaurante donde cenó el sábado, allí fue donde me enteré de lo que le había ocurrido a su amiga. —Luego se quedó pensativa—. ¿Esa es la amiga que Claire dijo que iban a atropellar?

Allen la miró con disgusto.

—Sí, la misma. —Suspiró y volvió la mirada hacia la carretera—. ¿Me tienen intervenidos los teléfonos?

—No.

—Entonces puedo llamar a Danny para preguntar cómo se encuentra, ¿verdad?

Ella afirmó.

—No habrá ningún problema en que haga eso.

Allen no daba crédito a lo que estaba escuchando. ¿De verdad habían hecho todo eso? Desde

luego que sí, en realidad era lo más lógico. Tal y como había comentado la inspectora había ayudado a escapar a una menor de edad de un psiquiátrico y, ciertamente no sabían que intenciones tenía. Podría haber sido un perturbado y haber hecho cualquier atrocidad con Claire. En parte sabía que ella tenía toda la razón del mundo y no le faltaban razones para actuar así.

—¿Y usted cómo llegó al bar country de ayer?

Rachel lo miró de reojo.

—Unos agentes de tráfico reconocieron su vehículo en una gasolinera, nos dijeron la dirección que había tomado. Posteriormente, lo vieron también por la ciudad y aparcar el vehículo en el subterráneo. Luego les siguieron unos policías de paisano.

Allen volvió a sonreír incrédulo.

—Y yo que pensaba que estaba pasando desapercibido —bromeó en un tono un poco más calmado—. ¿Por qué no nos detuvieron antes entonces?

—Tenían órdenes expresas de que no lo hicieran.

Allen arqueó una ceja.

—¿Por qué?

—Porque quería ser yo la que le pusiese las esposas —contestó de nuevo con una sonrisa, aunque Allen puso cara de disgusto.

—Y luego me ayuda a escapar, me da refugio una noche en un motel y me deja que conduzca su todoterreno.

Rachel arqueó una ceja hacia él.

—¿Qué yo he hecho qué?

Él lo miró sorprendido.

—Sí, ya lo sabe —dijo intrigado.

—Ah —pronunció mientras comenzaba a reír—. No se ilusione tanto —Le comentó mirando de nuevo por la ventana—. En realidad lo que pretendía es que no se marcharan, teniéndolos ya localizados si querían huir no llegarían muy lejos.

Allen suspiró y puso cara de disgusto.

—Ya, entiendo —comentó de mal humor.

Observó el cartel y tomó el desvío para Indianápolis tal y como le había dicho la inspectora. Parecía que aquella mujer lo tenía todo estudiado, en parte le asustaba y en parte le daba confianza. Al menos, por mucho que ella se esforzase por parecer un bloque de hielo había visto como sonreía a Claire, como la trataba a ella. Sabía que era buena persona y que les ayudaría. Por otro lado, parecía que Claire estaba encantada con ella, pues no dejaba de sonreírle cada vez que le hablaba.

—Debería parar en algún sitio a comprarme algo de ropa —comentó Allen.

—Podemos parar en Indianápolis antes de ir a la comisaría.

—Me parece bien.

Inspiró y se concentró ya en la carretera. De vez en cuando miraba por el retrovisor para ver que Claire observaba atentamente los paisajes o bien daba alguna cabezada.

Rachel hacia prácticamente lo mismo, se distraía mirando por la ventana las altas montañas que precedían a Indiana con sus frondosos bosques, o si no miraba su móvil durante bastante rato, leyendo los emails que le habían enviado.

Los minutos se convirtieron en horas a la vez que las montañas se convertían en llanuras. Allen observó que Claire parecía haberse quedado dormida, no era de extrañar, él si pudiese también se echaría a dormir en ese momento.

Rachel permanecía mirando por la ventana. Se agachó y cogió su bolso sacando una pequeña

botella de agua y una caja de pastillas.

Tomó una y la ingirió con un poco de agua. Allen miró la caja un segundo mientras la metía en el bolso.

—¿Eso es fentanilo? —susurró para no despertar a Claire. Había reconocido la caja al momento y no le gustaba en absoluto. Se trataba de un medicamento analgésico y de sedación. Justo lo que necesitaba una persona para mitigar el dolor del cáncer.

Rachel acabó de cerrar el bolso mientras lo depositaba junto a sus pies de nuevo.

—Sí —Fue lo único que pronunció.

Allen puso cara de disgusto pero luego volvió a mirar de reojo a Rachel, la cual contemplaba fijamente por la ventana.

—¿Le duele mucho?

A Rachel no pareció gustarle aquella pregunta pero igualmente contestó encogiéndose de hombros.

—Un poco cuando se me pasa el efecto. Y por favor… ¿podemos tutearnos ya? Me hace sentir incómoda —reaccionó como si le desquiciase la educación de él.

Allen apretó los labios y finalmente suspiró aceptando sus últimas palabras.

—¿Cuándo inicias la quimioterapia?

Ella tardó un poco en responder.

—A mitad de la semana que viene. Seguramente me darán alguna tanda de radioterapia también.

—Ya —dijo mirando de nuevo a la carretera. Se mojó los labios con la lengua y permaneció prácticamente un minuto en silencio—. Ahora los efectos de la quimioterapia ya no se notan tanto. No provoca vómitos, solo en raras ocasiones, y no se cae el pelo. Sólo sientes un poco de debilidad. —Rachel volvió a mirarlo fijamente hasta que luego suspiró pero siguió observándolo —. Te pueden bajar las defensas bastante, así que deberías alimentarte bastante bien e intentar ganar un poco de peso.

Rachel aún seguía mirándolo, aunque esta vez suavizó la mirada y la bajó.

—No tengo mucho apetito —susurró al final—. Igualmente estoy preparada para todo. Es difícil, no te lo niego, pero no voy a rendirme.

Allen le sonrió esta vez.

—Eso está bien.

Rachel se giró para contemplar un segundo a Claire. Mantenía sus ojos cerrados, con su rostro apoyado contra el reposacabezas.

Luego volvió a mirar hacia la carretera con gesto confundido, aunque con una extraña sonrisa en sus labios.

—Desde que me comunicaron que tenía cáncer no he podido dormir tranquila. Esta noche ha sido la primera que duermo un poco mejor en cinco días —admitió—. Claire me ha calmado bastante. —Luego sonrió—. Es extraño como unas simples palabras pueden cambiar tanto el estado de ánimo de una persona —admitió.

—Sí. La esperanza es importante —admitió. Luego la miró y sonrió también—. Aunque también te digo, ya como médico, que si te lo han detectado temprano no te preocupes. La quimioterapia funciona muy bien en este tipo de cáncer. No habrá problema —acabó admitiendo intentando darle también confianza. Sabía lo importante que era el estado de ánimo en una persona con aquella enfermedad. Ella asintió con una leve sonrisa y, luego, se apoyó contra el respaldo más tranquila y relajada—. A veces hablar también ayuda —acabó susurrándole, lo que hizo que Rachel riera mientras lo miraba.

—¿Vas a hacer psiquiatría conmigo? —preguntó en tono divertido.

Allen chasqueo la lengua.

—No, solo pretendía escuchar —Le respondió suavemente.

Rachel afirmó mientras lo observaba con agradecimiento.

—Ahora estoy mejor, pero si lo necesito te lo diré. Gracias por eso.

—No hay de qué.

Salió del vestidor con una camisa de manga corta negra y depositó en el mostrador tres más y otros nuevos pantalones. Cogió su cartera mientras la cajera iba pasando los nuevos productos por el escáner.

Se giró y vio que Rachel le miraba unos segundos, le sonrió y se giró para seguir buscando algo de la talla de Claire.

Pagó la cuenta y se dirigió hacia ellas.

—¿Has encontrado algo? —preguntó hacia una Claire rebosante de felicidad. Parecía que ir de compras le gustaba.

—Varias cosas —dijo cogiendo bastantes perchas con vestidos, camisas y pantalones.

Allen puso cara de disgusto pero luego rio.

—No te pases o no nos llegará el dinero —Le comentó mientras se alejaba contenta hacia el probador. Luego miró de reojo a Rachel la cual contemplaba con una sonrisa como Claire iba hacia el probador—. Todas las chicas son iguales —Le susurró Allen—. ¿No te compras nada?

—Llevo una maleta con ropa en el maletero del coche —respondió orgullosa.

—Vaya, qué previsora —comentó mientras inspeccionaba la tienda—. ¿La comisaría está muy lejos?

—No, está aquí cerca, a un par de manzanas —pronunció dirigiéndose a unas perchas y dándole la espalda.

Allen le siguió colocándose a su lado.

—¿Qué vamos a hacer?

—Vendrás conmigo a ver si puedes reconocer al hombre con el que estaba Nicholas Bourez en el bar.

—Ya, eso ya lo sé —Le susurró acercándose más—. Digo que… ¿cómo voy a entrar yo en la comisaría?

—No te preocupes por eso —dijo cogiendo un vestido y observándolo, luego puso cara de disgusto y volvió a dejarlo en la percha—. Te haré pasar por George.

—¿George? —preguntó enarcando una ceja.

—Sí, George.

—¿Quién es George?

El probador se abrió y Claire salió con un par de camisetas más y unos pantalones. Rachel se dirigió hacia ella.

—Qué rápido te lo has probado —comentó con una sonrisa.

—Sólo me he probado esto −admitió pasándoselo.

—¿Lo otro no?

—No me gusta —respondió con algo de timidez.

Allen se acercó colocándose a un lado y observando que había cogido una camiseta amarilla, otra blanca y unos pantalones cortos color caqui. Cogió la cartera y le dijo a la cajera que le cobrase.

—No, espera, esto te lo compro yo —comentó Rachel sacando un par de billetes de la cartera.

Allen la miró disgustado.

—No te preocupes, ya lo pago yo.

—No. —Fue lo único que respondió mientras le daba unos cuantos billetes a la cajera y esta metía las prendas en una bolsa.

—Gracias —dijo Claire sonriente.

Salieron de la tienda y volvieron a notar el sol sobre sus cabezas. Hacía buen día, igual de caluroso que el anterior.

—¿Y bien? —preguntó Allen colocándose a su lado de nuevo.

—¿Y bien qué?

—¿Quién es George? —insistió.

Rachel suspiró y miró al frente mientras esquivaba a unas cuantas personas y volvía a colocarse a su lado.

—Bruce es el inspector de la comisaría de Indianápolis. Es muy amigo mío, aunque hace bastante que no lo veo. Estudiamos los dos juntos en la academia de policía. —Allen la miraba intrigado—. Cuando estudiaba tenía un novio que se llamaba George.

—¿Y ya no lo tienes?

—No, lo dejé hace unos dos años.

—¿Y ese tal Bruce no lo sabe?

—Hace más de dos años que no lo veo, así que no.

Allen aceptó pensativo.

—Así que me vas a hacer pasar por tu ex.

Rachel sonrió algo tímida.

—Bueno, en realidad te voy a hacer pasar por mi pareja, como si no hubiésemos roto. —Luego adoptó una postura algo más seria ante la sonrisa de Allen—. Si no te parece bien tienes diez minutos para imaginar otra excusa.

Allen puso sus manos delante como si no tuviese nada que objetar.

—¿Y no hará preguntas?

—¿Qué preguntas va a hacer, Allen? —preguntó ella algo mosqueada.

Él se encogió de hombros.

Rachel extrajo las llaves del todoterreno que había aparcado en la zona del parquímetro y lo abrió mientras Claire dejaba la bolsa en el maletero.

Rachel fue hasta el asiento del copiloto y cogió el móvil de Allen. Fue hasta él mientras cerraba el vehículo y le pasó el móvil.

—Métele la clave —dijo dándoselo. Allen le observó con la ceja en alto pero hizo lo que le mandaba metiendo la clave en el móvil para desbloquearlo. Tal y como lo hizo Rachel se lo quitó de las manos y tecleo su número haciendo que su propio móvil sonase—. Toma, Claire. Tienes mi número grabado por el nombre —dijo mostrándoselo—. Nos esperarás en este bar, si ocurre algo, cualquier cosa llamas a mi número. —Se lo entregó finalmente—. No cojas el teléfono a nadie, solo si en la pantalla te sale el nombre de Rachel, ¿de acuerdo? Será que te estoy llamando yo.

—De acuerdo.

Allen resoplaba por detrás. Rachel abrió su bolso de nuevo y le pasó un par de billetes mientras le señalaba una mesa en la terraza del bar.

—Es la mejor heladería de la zona. Tómate algo mientras venimos. No tardaremos.

Claire aceptó gustosa y miró a Allen.

—Os espero aquí —pronunció hacia él.

Allen la contempló y finalmente afirmo mientras le sonreía tiernamente. Se acercó y miró su móvil.

—Mi clave es uno dos tres cuatro. Cualquier cosa llámanos —pronunció mientras comenzaba a avanzar junto a Rachel.

Allen se giró un par de veces mientras se alejaban observando que ella se sentaba en una silla y cogía la carta con una sonrisa.

—Qué original eres poniendo claves del móvil —bromeó ella—. Eres muy protector con Claire…

Allen se giró de golpe y la observó mientras se encogía de hombros.

—Lo ha pasado muy mal. —Y le dio un tono más rápido a sus palabras—. Es la primera vez que sale del... —Se calló un segundo−, de donde ya sabes.

—Ya —pronunció al fin.

—Claire es especial —susurró mientras le devolvía la mirada.

—Ya lo sé.

Se detuvieron en una calle, al borde del paso de peatones esperando a que el semáforo se pusiese en verde para cruzar.

Allen se puso las gafas de sol y la observó.

—Así que George, ¿eh?

Rachel le miró de reojo y resopló.

—Sí.

—¿Y qué pasó? Si se puede saber, claro.

Rachel suspiró mientras observaba con impaciencia el semáforo en rojo para peatones y se giró para mirarlo con fastidio.

—No funcionó. Él estaba absorbido por el trabajo y yo también.

—Ajá. —Aquel sonido produjo que ella volviese a mirarle de reojo.

Cuando el semáforo se puso en verde aceleró el paso adelantándose, como si intentase huir de aquellas preguntas.

—¿Cuánto tiempo duró?

—Casi diez años —respondió sin mirarle.

—Eso es mucho tiempo.

—Sí. Mucho.

Allen sonrió mientras observaba al final de la calle la comisaría de Indianápolis. Un edificio de varias plantas de piedra grisácea, con la bandera de Estados Unidos enorme ondeando con la calurosa brisa de verano.

—¿Y tú? —preguntó Rachel mirándole de reojo.

—Yo. ¿qué?

Rachel puso cara de disgusto.

—¿Tienes pareja? ¿Hijos?

—¿No cuenta con esa información inspectora? —preguntó retándole.

Ella afiló más aún su mirada.

—Sé que no estás casado —pronunció con mal tono—. Pero eso no implica que no puedas tener pareja o hijos. Tampoco me he puesto a investigar eso.

Allen se encogió de hombros.

—Deberías investigar más —sonrió él.

—¿Sí? ¿Tú crees? —Le preguntó deteniéndose frente a la puerta de la comisaría—. Disfrutas provocando, ¿eh?

Allen sonrió más abiertamente mientras se metía las manos en los bolsillos.

—Tengo una pareja ficticia que me va a durar lo que entre y salga de la comisaría —comentó divertido. Rachel puso los ojos en blanco y resopló. Se miraron durante un segundo hasta que Rachel apartó la mirada algo disgustada. —Me pasó algo parecido a ti —reconoció al final—. Mucho tiempo de relación y un día desaparece sin dar muchas explicaciones. —Se encogió de hombros—. Ya lo he superado.

—Ya veo —contestó mirando al interior de la comisaría—. Bueno, pues vamos allá —pronunció subiendo los escalones hacia la puerta principal—. Intenta estar calladito. Hazme ese favor.

—Claro —pronunció con sorna.

Rachel abrió la puerta de la comisaría y entró primero. La estancia era espaciosa. Las paredes eran de un color blanco roto. El clima en su interior era fresco a comparación con el calor que hacía en el exterior.

Los focos fluorescentes, algunos de ellos encendidos, daban una claridad a toda la enorme sala.

En un lateral había líneas de sillas con gente sentada esperando a poner alguna denuncia. Frente a ellos, un enorme mostrador con un cristal, dificultaba la comunicación con el hombre uniformado al otro lado.

Rachel echó mano a su bolso y sacó la placa mientras se dirigía directa al mostrador.

Se apoyó en el y sonrió hacia el policía.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes —contestó.

Automáticamente enseñó su placa de inspectora.

—Soy la inspectora Morrison. ¿Se encuentra el inspector Bruce Starling en la comisaría?

El hombre observó la placa unos segundos y luego miró hacia atrás como si lo buscase.

—La verdad es que andamos bastante liados. ¿Desea hablar con él?

—Sí, por favor, ¿podría decirle que me encuentro aquí? —Luego el hombre se quedó mirándola fijamente—. Inspectora Rachel Morrison —Le recordó.

—De acuerdo. Un segundo —dijo alejándose del mostrador y entrando en un pequeño despacho que había tras él.

Rachel se giró para mirar a Allen que contemplaba la comisaría de un lado a otro. La miró y medio sonrió.

—Nunca había entrado en una comisaría.

—¿Nunca?

Allen volvió a mirarla con tono interrogante.

—Tendrías que investigar más, de verdad —volvió a susurrarle ante el asombro de Rachel.

—Disculpe —interrumpió el policía—. Pueden pasar —dijo señalando una puerta que había en el lateral, al lado del mostrador.

—Gracias —respondió sonriente agarrando su bolso e introduciendo la placa en su interior —. Ven —susurró a Allen el cual se colocó al lado—. Él viene conmigo —comentó en un tono más alto.

Tras abrir la puerta otro policía esperaba detrás. Sin decir nada más les acompañó a lo largo de un estrecho pero largo pasillo hasta una de las oficinas que había a mano derecha.

—Pueden esperarle aquí, ahora vendrá —pronunció el policía mientras cerraba la puerta y los

dejaba de nuevo a solas.

El despacho contaba con unas cuantas sillas, un escritorio amplio con un ordenador de torre y unos cuantos archivadores. En una pared colgaba una copia barata de la declaración de independencia enmarcada.

—Bonito despacho, os lo montáis bien los inspectores —Le susurró Allen sentándose en la silla.

Rachel se giró y avanzó hasta la otra silla.

—Sí, aunque los psiquiatras tampoco os alejáis mucho. Ah, se me olvidó… —dijo como si lo acabase de recordar−, estuve también en tu despacho del hospital. Lo tienes muy bien acondicionado, con todas esas plantas y libros. —Sonrió retándole de nuevo. Allen volvió a mirarle de forma interrogante—. Sí, y todo legal, con orden del juez —acabó muy sonriente.

Allen se pasó una mano por la frente angustiado.

—¿Qué sitio de los míos no has visitado? —preguntó con sarcasmo.

—Forma parte de la investigación —bromeo sentándose en la silla con una gran sonrisa.

—¿Algo más que deba saber? —preguntó desesperado.

—De momento, no.

—¿De momento? —preguntó el extendiendo los brazos hacia ella.

En ese momento la puerta se abrió y un hombre de complexión fuerte y alto apareció con una gran sonrisa en su rostro. Su cabello negro contrastaba con sus ojos azul claro.

—¡Rachel! —exclamó con alegría mientras entraba en la oficina extendiendo los brazos hacia ella. Rachel se levantó y se fundió en un abrazo con él durante unos segundos—. ¡Cuánto tiempo! Caray, estas guapísima.

—Gracias, tú tampoco te conservas nada mal, eh —pronunció divertida.

—¿A qué se debe esta sorpresa?

Rachel se encogió de hombros sonriente.

—Me he cogido unos días de descanso y nos hemos ido de viaje. —Señaló a Allen—. Recordé que estabas trabajando aquí y pensé en venir a saludarte, hace mucho que no nos vemos. —Bruce miró a Allen con una sonrisa en su rostro—. ¿Recuerdas a George?

Bruce se adelantó a Allen y le tendió la mano.

—Recuerdo que no parabas de hablarme de él. —Luego contempló a Allen con una sonrisa —. Ya es como si nos conociésemos. Encantado —pronunció estrechándole la mano.

—Igualmente —contestó Allen intentando parecer tranquilo.

Bruce se cruzó de brazos y miró a Rachel.

—Aún estoy esperando a que me llegue la tarjeta de boda, eh —bromeó mirando a Allen y a Rachel.

Ella sonrió disgustada.

—Ya, al final decidimos esperar un poco. —Se encogió de hombros y fue hacia Allen cogiéndole del brazo.

—Tal y como están las cosas no estamos para gastar mucho, eh —bromeó Bruce. Luego chasqueó la lengua y volvió a sonreír—. Caray, no te esperaba —volvió a pronunciar sorprendido—. Me has pillado en un día bastante movido, si me hubieses dicho que ibas a venir te hubiese guardado un rato.

—Entonces no hubiese sido una sorpresa —respondió aún sujeta al brazo de Allen, aunque luego se separo—. ¿Tienes mucho trabajo?

Bruce resopló.

—Estamos haciendo interrogatorios, han cogido a una banda de traficantes —explicó—. Aún

nos quedan unos siete para interrogar y la mayoría de los abogados no han llegado. El intérprete está que se sube por las paredes.

Rachel sonrió.

—Imagino, ¿y no te puedes escapar aunque sea para hacer un café? —preguntó inocente.

Bruce se miró el reloj y chasqueó la lengua.

—Si esperas diez o quince minutos puedo ir a tomar un café rápido entre los interrogatorio.

—Perfecto —pronunció con gran sonrisa—. Pero deberá ser rápido. Hemos quedado a las cuatro con unos amigos aquí cerca —mintió.

—No hay problema. ¿Os quedareis mucho tiempo por aquí?

Rachel puso cara de disgusto.

—Esta noche nos marchamos. Por eso he aprovechado para venir.

—A las malas podríamos quedar para esta noche, podríais venir a cenar a casa, así conoces a mi niña antes de marcharos.

Rachel sonrió.

—Claro, tienes el mismo número de teléfono, ¿no?

—Sí.

—Bueno, pues intenta hacer rápido este interrogatorio y tomamos café, así planeamos lo de esta noche —pronunció emocionada.

—Por supuesto —comentó girándose hacia la puerta.

—Bruce, espera. —Le detuvo Rachel antes de que cruzase la puerta—. Ya que estoy aquí, ¿puedo usar tu ordenador un momento? Quiero mirar cómo va la investigación de uno de mis casos, que hace días que no lo miro y no quiero molestar a mis chicos.

—Por supuesto. Todo tuyo —pronunció señalando el ordenador—. Intentaré no tardar mucho —dijo cerrando la puerta.

Nada más cerrarse Rachel fue directa a la silla y se sentó frente al ordenador encendiéndolo.

Allen se llevó la mano al corazón y resopló nervioso.

—Me va a dar un infarto —susurró con voz trémula.

—Ven aquí —ordenó ella sin mirarle.

Allen hizo lo que le pedía colocándose detrás, observando la pantalla del ordenador.

—¿De verdad vamos a ir a tomar un café con el inspector?

Ella se giró un momento para observarle mientras se encendía el ordenador.

—No. Los interrogatorios suelen ser largos, a parte, los abogados son un coñazo, no paran de hacer preguntas, no tardará menos de media hora, para entonces nosotros hemos quedado con unos amigos a las cuatro, nos excusaremos y nos marcharemos tan tranquilos —pronunció volviéndose hacia el ordenador de nuevo.

—No se te escapa una, eh.

Ella sonrió mientras cogía el ratón.

—Por eso mismo soy inspectora —pronunció con una gran sonrisa.

Miró la pantalla y entró dentro de un icono policial, desplegándose una gran pantalla donde podían introducirse datos.

—Vamos a ver —susurró mientras llevaba sus manos hacia el teclado—. Nicholas Bourez —pronunció a la vez que tecleaba el nombre del sujeto. Pulsó el intro y tras unos segundos se abrió la ficha de este.

Allen se inclinó un poco más, acercándose al ordenador y miró la fotografía del sujeto. No había duda, era el hombre del bar que vestía un polo azul.

—Es él —susurró sorprendido.

—Ya te lo dije —respondió tecleando de nuevo—. Vamos a ver a quién tiene asociado.

Tecleó de nuevo y otro desplegable se abrió ante ellos, todo con nombres de personas.

—¿Qué es esto? —preguntó Allen observando toda la lista.

—Todas las personas que han estado detenidas y que guardan alguna relación con él. Se hacen estas listas desde investigación. Así conocemos la gente con la que se codea —explicó mirando la larga lista—. Pero este tío se codea con medio país —susurró—. Vamos a ver, ¿recuerdas a ese hombre? ¿El que decías que llevaba la camisa blanca?

—Más o menos.

—¿Qué edad tendría aproximadamente?

Allen se quedó unos segundos pensativo

—Mmm… sobre unos cuarenta y ocho o por ahí.

Rachel se giró un segundo para observarle.

—¿Eres bueno poniendo edades?

—No mucho.

—De acuerdo. —Abrió el desplegable y pulsó unos números introduciendo los datos—. Hombre entre cuarenta y cinco y cincuenta cinco.

—Por ahí rondaba seguro.

—¿Rubio? ¿Moreno? ¿Calvo?

—Rubio.

—¿Alguna marca identificativa? —preguntó mientras tecleaba—. ¿Pircing? ¿Tatuaje? ¿Alguna señal de nacimiento? ¿Quemadura?

—Creo que no.

—Eso no ayuda ¿Color de ojos?

—Yo que sé. Tampoco tuve mucho tiempo de fijarme. Llegaste tú —Le recordó.

—¿Altura?

—Lo vi sentado —pronunció de mal humor.

—De acuerdo —suspiró Rachel, le dio al intro y esta vez se abrió el desplegable solo con siete nombres—. Bueno, podría ser peor. —Le miró un segundo—. Fíjate en las fotos a ver si puedes reconocerlo.

Abrió el primero y un hombre extremadamente delgado apareció en la foto.

—Este no es.

Rachel pulsó el siguiente nombre. Un hombre de complexión mediana y ojos extremadamente azules aparecía en la pantalla. Parecía ruso.

—Tampoco.

Rachel comenzó a mover la pierna con impaciencia mientras iba enseñándole las fotos de los asociados y Allen iba negando.

—¿No puede ser que sea un amigo de su hermano? ¿De John Bourez? —preguntó Allen al acabar de mirar toda la lista.

—Probaremos a ver, aunque siendo hermanos pocos asociados habrán que no tenga el otro.

Buscó el expediente de John Bourez e hizo lo mismo buscando los asociados que tenía e introduciendo los patrones de búsqueda. Solo se diferenciaba en dos con su hermano.

Rachel fue hacia el primero descargando el expediente y observando la fotografía. El hombre tenía un tono de piel extremadamente morena.

—No es —susurró Allen.

Rachel cerró la ventana y fue hacia el otro nombre.

—Mira este —pronunció mientras la fotografía se descargaba.

Allen lo observó y negó mientras la miraba.

—Tampoco.

Rachel resopló y se pasó una mano por la frente, pensativa y angustiada. Si ninguno de ellos se correspondía con el hombre al que Allen decía haber visto no podrían seguir con la investigación. Se encontraban en un punto muerto.

Allen se quedó pensativo.

—Espera, espera, nombraron a una tal Lucy.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Sí. Dijeron que si sabían si Lucy les iba a ayudar el jueves, que tendría que preparar algo para picar para la fiesta… algo así.

—El jueves es cuando trasladan a John Bourez de prisión —susurró pensativa.

Rachel fue de nuevo hacia el botón de asociados y puso el nombre de Lucy, pulso el botón de intro y al momento una pestaña se abrió.

—Lucia Ortegas —susurró mientras miraba de reojo a Allen. Apretó encima del nombre y abrió su expediente. La fotografía de una chica mulata, de cabello castaño liso y largo y ojos prácticamente negros apareció en la pantalla. Tenía unos labios carnosos y unos pómulos prominentes, lo que hacía pensar que no estaba muy delgada. Comenzó a leer—. No ha estado procesada, pero ha sido testigo en varias investigaciones —Siguió leyendo—. Prostitución.

—¿Una prostituta?

—Eso parece. Puede que sea a la que se refieren, de todas formas no sale otra Lucy o Lucia como asociado a estos nombres. —Desvió su mirada un segundo al lado y cogió un papel de la impresora y un bolígrafo—. Vive en Nueva York. —Apuntó la dirección y se guardó el papel doblándolo varias veces en el bolsillo de atrás de su pantalón.

Hizo rodar su silla y miró fijamente a Allen.

—Dijiste que escuchaste lo de los petardos —Le recordó. Allen afirmó.

Volvió a girarse hacia el ordenador y cerró todos los desplegables que había abierto abriendo uno nuevo. Suspiró y miró la pantalla, automáticamente comenzó a teclear.

—¿Tráfico de armas? —preguntó Allen.

—Quizás haya alguna investigación abierta.

Al momento, un desplegable con cinco nombres se abrió.

Rachel comenzó a abrir los expedientes de las cinco personas mientras Allen observaba las fotos e iba negando.

—¿Ninguno? —preguntó mosqueada.

—No es ninguno, si no te lo diría —comentó de los nervios.

Miró atentamente la pantalla y se quedó pensativa unos segundos.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó inquieto.

Ella comenzó a cerrar pestañas.

—No puedo hacer nada más. Tenemos la dirección de esa tal Lucia Ortegas —pronuncio insatisfecha—. Respecto al hombre de la camisa blanca, si no sale es porque no ha estado procesado ni tiene antecedentes. O porque no lo sabemos buscar. —Luego miró el ordenador y lo apagó—. Estamos a ciegas respecto a él.

—Pero habrá algo qué podamos hacer.

—La fotografía de ese hombre no sale en los asociados a Nicholas o John Bourez, y tampoco es ninguno de los que haya estado procesado por tráfico de armas, al menos estos últimos años.

Allen se apartó de ella y resopló mientras se movía incómodo al otro lado de la mesa.

—Los escuché hablando, planeaban algo.

—Sí, y no te lo discuto —dijo levantándose—. Pero ese hombre no tiene antecedentes ni ha intervenido en ninguna investigación relacionada con ellos, por lo tanto no tenemos ninguno de sus datos.

Allen chasqueó la lengua mientras se movía por la sala inquieto. Al momento una música melódica comenzó a inundar el despacho. Ambos se llevaron la mano al bolsillo en busca de su móvil pero la única que lo pudo sacar fue Rachel, pues Allen se lo había dejado a Claire.

Rachel observó la pantalla y puso cara de desagrado mientras lo apagaba.

—¿Quién es? —preguntó Allen.

—Uno de mis ayudantes, Ben —dijo guardándolo de nuevo en su bolsillo.

Permaneció en silencio varios segundos, intentando discurrir o pensar en algo hasta que Allen la miró fijamente.

—¿Qué hacemos? —volvió a susurrar.

Rachel intentó relajarse.

—Lo primero salir de aquí. Después ya pensaremos en algo —pronunció mientras se dirigía a la puerta. Miró su reloj y vio que marcaban las cuatro menos diez. Abrió y detuvo al primer agente que pasaba por el pasillo—. Disculpe. —El agente se detuvo—. ¿Puede decirle al inspector Starling que la inspectora Morrison ha tenido que marcharse? —El agente la miró de arriba abajo—. Dígale que si tengo tiempo esta tarde le llamo, si no que me alegro mucho de haberle visto otra vez aunque fuese un momento —pronunció alejándose, luego elevó un poco su voz—. George, vamos —Le instó con la mano para que se colocase a su lado. Al momento, notó como su móvil comenzaba a vibrar otra vez. Lo cogió y vio que era Ben el que le llamaba de nuevo.

Inspiró y volvió a colgarle. Ya hablaría con él cuando saliese de aquella comisaría.

18

Claire estaba acabando su batido cuando los vio aparecer. Siguió sorbiendo de la pajita hasta que Allen se situó a su lado.

—¿Has pagado? —Le preguntó sin mirarla. Claire negó con su rostro mientras sacaba los billetes del bolsillo y los depositaba en la mesa.

—¿Cómo ha ido? —preguntó ella mientras se levantaba.

—No muy bien. No encontramos al hombre de la camisa blanca, ¿recuerdas? El que acompañaba al del polo azul. —Claire afirmó—. No sabemos quién es. Tú —susurró cogiéndola del brazo—, ¿no podrías intentar…? —Claire le interrumpió con un movimiento de cabeza—. No sé para qué pregunto si ya se la respuesta.

Miró a Rachel que cogía de nuevo el móvil al comenzar la música.

Ben. ¿Qué querría ahora? Suspiró y miró a Allen y Claire indicándoles con un movimiento de cabeza que comenzasen a caminar hacia el todoterreno aparcado en la siguiente manzana.

Seguramente su jefe les habría informado de su enfermedad. Se pasó la mano por los ojos angustiada, quizás debería habérselo dicho en persona. Ben y David eran sus compañeros de trabajo, sus amigos. Pero era tan difícil dar aquella noticia.

Se giró un segundo para observar como Allen le daba el dinero a un camarero y luego caminaban unos pasos por detrás de ella. Finalmente descolgó el teléfono llevándolo al oído.

—Hola Ben, ¿qué tal? —preguntó intentando tener voz animada, lo que menos necesitaba era que sus compañeros se compareciesen de ella. Pero lejos de todo se quedó estática cuando escuchó el tono de voz que empleaba Ben, un tono bastante urgente.

—Rachel, ¿dónde estás?

Ella se quedó quieta, Ben no solía usar aquel tono de voz tan autoritario con ella.

—¿No te lo ha comunicado el comisario? Alex debería habértelo dicho —comentó como si nada—. Me he cogido unos días libres, pensaba que…

—No te estoy preguntando eso. —Le cortó con un tono un tanto áspero—. Te estoy preguntando dónde estás.

Rachel miró a Allen, el cual se había girado para observarla y hablaba con Claire en tono sonriente. Aunque tubo que detectar que algo no iba bien porque su gesto cambio a un tono más serio.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó con cierto temblor en la voz mientras Allen se aproximaba a ella.

Escuchó como Ben suspiraba y luego le pareció que se sentaba en una silla. Permaneció un rato callado, algo que le pareció una eternidad a Rachel.

—¿Ben? —volvió a preguntarle.

Otro largo suspiro inundó la línea.

—Rachel, no sé de qué va todo esto, ni siquiera quiero saberlo, pero estás metida en un lío —Le dijo en un tono más bajo, casi rozando el susurro.

Rachel tragó saliva y miró asustada a Allen, el cual se acercó y le instó con la mano a que le explicase pero Rachel negó con su rostro.

—Dime —Fue lo único que pudo decir.

Escuchó algunos movimientos del teléfono, como si Ben lo cambiase de oído.

—Sabes que han pasado la descripción física del doctor Milton y la paciente ,¿no?

—Sí. —Rachel miró a Allen angustiada.

—Unos policías pasaron por un hotel de Indiana y le preguntaron al responsable.

—Ah —dijo sin saber qué decir.

—Mi sorpresa llega cuando le pregunto si iba acompañado de una joven llamada Claire y me dice que sí, y a parte de la inspectora de policía Morrison, a la cual conoce hace tiempo. —Rachel tragó saliva y comenzó a caminar apresurada hacia el vehículo, seguida de Allen que había cogido del brazo a Claire—. ¿Qué está ocurriendo, Rachel?

Ella se giró y le dio las llaves a Allen. Rachel abrió la puerta del copiloto y se sentó directamente.

—Deberás confiar en mí. —Solo pudo decirle eso.

Ben guardó silencio al otro lado de la línea durante unos segundos.

—¿Estás acompañada del doctor Milton y de Claire McCain?

Rachel cerró los ojos apretándolos y luego suspiró mientras contemplaba a Allen y se giraba para observar como Claire se ponía el cinturón bastante nerviosa.

—Sí —susurró. Luego hizo un gesto a Allen para que se pusiese en marcha—. Ben, no es lo que parece —siguió hablando—. Hay algo más.

—Pues ya puedes comenzar a explicarme —Le dijo en un susurro—, porque el comisario, Alex Flint, superior tuyo y mío —recalcó—, está que echa chispas. Ha solicitado un oficio para la policía de Indiana y prácticamente todos los estados.

—¿Un oficio de qué?

Ben aguantó la respiración.

—De búsqueda y captura —pronunció finalmente.

Rachel se pasó la mano por los ojos y golpeó el cristal de la ventana.

—Mierda —acabó gritando—. Joder. —Se pasó la mano por el cabello estresada y luego la pasó por sus ojos—. No lo mandes Ben, necesito tiempo.

—¿Tiempo para qué? Tengo al comisario pegado al culo, como me pille que estoy hablando contigo me expulsará, ¿entiendes?

—Ya, ya lo sé, pero de verdad que necesito ese tiempo.

—Por Dios, Rachel, estás colaborando con dos fugitivos. ¿Te has vuelto loca?

Rachel miró de reojo a Allen, el cual contemplaba de vez en cuando, con rostro preocupado.

—Creo que sí —acabó susurrando. Luego tomó un tono más fuerte—. Ando detrás de algo muy gordo, Ben.

—¿El qué? Necesito algo para ganar tiempo, Rachel.

Rachel suspiró y miró fijamente por la ventana.

—No puedo decírtelo, sólo te digo que necesito algo de tiempo. Consígueme aunque sea veinticuatro horas y te lo explicaré todo, pero por favor, no mandes ese oficio aún.

Pudo escuchar como Ben se removía nervioso en su asiento.

—No me han ordenado que lo envíe yo. Ahí no puedo hacer nada. Sólo te llamaba para ponerte en sobre aviso. No sé qué te traes entre manos, pero tendrás que darme explicaciones. —Luego moldeó su voz a un tono más suave—. Igualmente, intentaré darte esas veinticuatro horas, pero no sé si podré conseguirlas.

—Inténtalo, es muy importante. —Luego miró hacia Allen dudosa y chasqueó la lengua. De todas formas de perdidos al río, pensó—. Y Ben, necesito otro favor. —Ben no dijo nada, aguantó la respiración—. ¿Recuerdas el bar de Kansas City?

—Sí.

—¿Recuerdas que le mandé tirar una fotografía a David de un hombre de polo azul?

—Sí —volvió a responder.

—Lo consulté con investigación. Se trata de Nicholas Bourez, el hermano de John Bourez.

Ben pareció desubicado pero pareció interesarle el tema.

—Sigue —Le animó.

—El doctor Milton y la paciente Claire McCain tienen pruebas de que están tramando algo. Han escuchado conversaciones acerca de eso. Por eso estoy aquí con ellos, cuentan con información.

—¿Qué tipo de conversaciones y de información?

—Ben, no tengo tiempo para explicártelas todas, pero necesito que busques si ese tal Bourez tiene algún amigo traficante de armas, o alguien que sepa fabricar explosivos, alguien que sepa manipularlos.

Ben permanecía callado, algo que gustó a Rachel, ya que había logrado captar la atención de Ben.

—Vas a tener que explicarme muchas, pero que muchas cosas.

—¿Lo harás? —insistió Rachel.

—Veré que puedo hacer.

—Gracias.

—Eso sí Rachel, yo no te he avisado ni me he puesto en contacto contigo en ningún momento.

—Por supuesto, pero intenta detener el oficio, por favor.

—De acuerdo.

Dicho esto colgó el teléfono. Rachel se llevó la mano a la frente y agachó su rostro intentando controlar los nervios. Notó como su mano temblaba y el corazón se le había disparado.

—Rachel —susurró Allen al verla adoptar esa postura—. Rachel, ¿qué ocurre?

Ella se puso erguida e intentó respirar de forma tranquila. ¿Iban a mandar un oficio a toda la policía de los Estados Unidos? ¿Iban a comunicar que una inspectora de policía estaba ayudando a dos fugitivos? Aquello se le estaba yendo de las manos. Y lo peor de todo es que no había marcha atrás.

—Rachel —volvió a insistir Allen con un tono más contundente.

Ella pareció despertar de sus pensamientos y le miró.

—El dueño del motel de esta noche te ha identificado en una fotografía de la policía.

—¿Qué? ¿Pero no era un conocido tuyo? —preguntó en tono alto.

—Sí, pero supongo que la policía está comunicándolo. Es en lo que consiste buscar a alguien. Tu coche estaba en Kansas city, saben que sin vehículo solo puedes moverte en trasporte público. Estarán investigando las posibles paradas de autobuses, estación de trenes… por si alguien te ha visto a ti o a ella.

—¿Y tu amigo le dijo que había estado ahí?

—Mi amigo no tenía ni idea de nada, seguramente se asustó. —Intentó excusarlo—. Mierda, mierda —susurró cerrando su puño fuerte—. Saben que te estoy ayudando —acabó diciendo tras unos segundos—. Quieren mandar un oficio a todo el estado, seguramente con mis datos, mi matrícula, todo.

—¿Un oficio? —preguntó sin saber lo qué significaba.

—Una orden de búsqueda y captura concedida por un juez para que encuentren a esa persona. Se comunica a todos los policías, se pasan los datos para que si se ve el vehículo o la

persona se proceda a la detención.

Allen respiró de forma fuerte sin saber bien qué decir.

—Lo siento —susurró.

Ella negó mientras se mordía el labio.

—No es culpa tuya. —Intentó calmar su tono de voz—. Ben, mi compañero de trabajo va a intentar darnos algo de tiempo, tenemos como mucho veinticuatro horas.

—¿Y después?

Rachel se pasó la mano por la frente angustiada.

—No lo sé —acabó diciendo como si estuviese perdida—. Tendremos que buscar otro vehículo, ir con cuidado, evitar carreteras principales, no sacar dinero ni realizar ninguna compra mediante transferencia bancaria. —De repente se quedó callada—. Oh, no —gimió mientras volvía a cerrar los ojos y se pasaba las manos por su rostro angustiada.

—¿Qué? —preguntó impaciente.

—Bruce —dijo—. Le llegará la orden de búsqueda y captura —susurró—. Podrá decir que estuvimos aquí. Podrán seguirnos la pista.

—Pero él es tu amigo, no te delatará —pronunció rápidamente.

—¿Y por qué no? Una cosa no quita la otra. Es su trabajo. Mierda, mierda —comenzó a repetir. Apoyó la cabeza contra su mano y se quedó callada, pero algo llamó su atención.

Claire se había adelantado y había colocado una mano en su hombro. Rachel se giró para observarla. Claire la miraba preocupada.

—Todo saldrá bien —Le susurró con una suave sonrisa.

Rachel la observó unos segundos y posteriormente cerró los ojos adoptando la misma postura que antes.

—Claire, siéntate bien, vamos —Le dijo Allen. Luego se quedó mirando fijamente la carretera. Aquello iba empeorando cada vez más. Se había dicho a sí mismo que con una inspectora a su lado podrían lograr cualquier cosa, pero lejos de aquel pensamiento la situación era mucho peor—. Habrá algo qué podamos hacer —dijo pensativo.

Si en realidad iban a poner una orden de búsqueda y captura hacia ella, contaban únicamente con veinticuatro horas como máximo para poder estar más o menos tranquilos aunque, de todas formas, si iban a informar de ese vehículo y de esa matrícula, debían abandonarlo ya. Debían dejarlo lo antes posible para comenzar con otro vehículo pero, ¿cómo iba a hacer eso?

No disponía de mucho dinero y además necesitaría su pasaporte o documento identificativo para poder alquilar uno nuevo.

—Hay que deshacerse de este vehículo —pronunció Allen en un susurro.

Rachel resopló. No le gustó la idea, pero sabía que tenía razón. Necesitaban un coche nuevo. ¿Cómo conseguirlo?

Tomó el desvío dirección Colombus tal y como indicaba el GPS, a dos horas y cincuenta minutos de allí. Pero Rachel le detuvo.

—Detente allí.

—¿Qué pare?

—Sí, para ¿o es que no me has oído? —pronunció de mal humor. Allen estacionó el vehículo en una zona de parquímetro que había al lado y observó que Rachel se quitaba el cinturón de seguridad—. ¿Cuánto dinero llevas?

Allen cogió su cartera y la abrió contando los billetes.

—Cuatrocientos dólares.

Rachel hizo un gesto desagradable.

—Yo llevo quinientos.

—A mí me han sobrado cinco del helado —comentó Claire acercándose a ella y dándole el billete.

—Gracias, cielo. —Lo cogió y miró a Allen—. Contamos con novecientos cinco dólares. Quizás podamos dejar el vehículo aquí y comprar algún billete de tren o de autobús.

Allen negó con su rostro mientras observaba las calles. Aquella no era una de las mejores zonas de la ciudad de Indianápolis, se encontraba prácticamente a las afueras.

—Seguramente nos pedirán que nos identifiquemos —dijo sin mirarla, contemplando un grupo de vagabundos que buscaban algo de comida en el conteiner—. Creo que tengo la solución —dijo con la mirada fija en uno de aquellos hombres y tendiendo la mano hacia ella—. Dame el dinero.

Allen miró de nuevo al otro lado de la calle. Habían estacionado el vehículo en una zona residencial donde no había parquímetro, de aquella forma se aseguraban que los vigilantes no pasasen por ahí.

Ni siquiera le había explicado a Rachel su plan cuando se bajó del vehículo y fue directo hacia esos vagabundos.

Había hablado con un hombre durante diez minutos y, posteriormente, tras que el vagabundo le enseñase unos documentos le tendió la mano y la estrechó con él como si llegasen a un acuerdo.

—¿Pero qué está haciendo? —preguntó la inspectora hacia Claire mientras veía como se acercaba con él al coche.

Había ido hacia el maletero, le había dado una camisa de las nuevas que había comprado y el vagabundo no había dudado en quitarse la suya ante la atenta mirada de Rachel y Claire, las cuales no comprendían nada. Pero más asombradas se habían quedado cuando le había abierto la puerta y el vagabundo se había sentado al lado de Claire, la cual se había desplazado hasta el otro lado del asiento. Allen había dado la vuelta al vehículo y se había subido al asiento del piloto ante la atenta mirada de Rachel.

—¿Qué estás haciendo? —Le susurró mirando de él a Claire, y de Claire al vagabundo.

—Nos va a conseguir un vehículo.

—¿Robado? —gritó la inspectora.

—No.

No había comprendido nada hasta que había detenido el vehículo en aquella zona residencial, le había dado trescientos dólares al vagabundo y este había ido hacia un local de alquiler de vehículos.

—¿Ese es tu maravilloso plan? —preguntó la inspectora cruzándose de brazos delante de él —. ¿Que un vagabundo alquile a su nombre un coche para nosotros?

—¿Se te ocurre algo mejor?

Rachel resopló y le dio la espalda observando el local de alquiler de vehículos, donde el vagabundo había entrado hacía quince minutos.

—Espero que no tenga antecedentes penales, sino olvídate del vehículo.

—Se lo he preguntado —respondió Allen colocándose a su lado—. Está limpio como una patena.

Rachel lo miró y luego le dio la espalda mientras se colocaba bajo el edificio, refugiándose del intenso sol.

—¿Cómo he podido llegar a esto? ¿Cómo he podido llegar a esto? —pronunciaba una vez tras otra en susurros. Se apoyó contra el edificio y se quedó mirando fijamente hacia el local.

Allen colocó sus manos en los bolsillos y se acercó a ella situándose al lado.

—Tranquila —Le susurró intentando calmarle—. Al menos, no nos encontrarán con ese vehículo.

—No, por supuesto no, ¿pero qué pasa si encontramos un control? —preguntó con sarcasmo —. ¿Si te piden los papeles del coche?

Allen resopló.

—De acuerdo, el plan tiene sus lagunas, pero al menos no nos encontrarán tan rápido.

Rachel suspiró y miró a Claire que los observaba cruzada de brazos y apoyada contra la pared. La muchacha se mantenía al margen de la conversación, con la mirada algo triste. Seguramente se sentiría culpable por todo lo que estaba ocurriendo.

Rachel intentó sonreírle lo que pudo y luego miró a Allen de reojo. Desde luego, aquello iba de mal en peor. Ya no solo estaba ayudando en la huida de dos fugitivos, si no que ahora ella misma se había transformado en una y además, debía abandonar su vehículo y viajar en uno que no sería suyo.

—Es otro delito —susurró mirando de nuevo a Allen.

—¿Y este es mejor o peor que el secuestro de una menor? —preguntó mofándose como si ya nada le importase. Rachel estaba a punto de contestar cuando Allen la interrumpió—. Ahí viene —dijo cogiendo su maletín con el expediente de Claire.

Rachel se giró observando el vehículo que conducía el vagabundo, vestido con la camisa nueva de Allen, muy sonriente. Giró la esquina y lo detuvo sacando las llaves. Se acercaron al coche y Rachel fue la primera que abrió la puerta trasera para dejar todo.

Allen se acercó al vagabundo pero este colocó la mano en la que llevaba las llaves tras la espalda.

—Primero el dinero, amigo —Le comentó mientras situaba la otra mano frente a él.

Allen lo observó y aceptó mientras cogía la cartera. Extrajo un fajo de billetes y lo contó.

—Doscientos dólares, tal y como habíamos dicho —dijo tendiéndoselos.

—Más. —Fue lo único que dijo el vagabundo.

En ese momento, Rachel puso su espalda recta y lo observó desde el otro lado del vehículo.

Allen lo miró fijamente y suspiró.

—De acuerdo, dos cientos cincuenta. Pero ni uno más.

—Trescientos —pronunció el vagabundo echando un paso hacia atrás, alejándose de él.

Ambos escucharon el portazo de la puerta del vehículo. Rachel caminaba hacia ellos furiosa. Cogió los doscientos dólares de la mano de Allen y se los puso frente al vagabundo mientras con la otra sacaba la placa de inspectora.

—Creo que no estás en posición de elegir. O lo coges o te vas detenido ahora mismo —pronunció en un tono enfurecido.

El vagabundo miró la placa asustado. Con un movimiento bastante rápido cogió los doscientos dólares de la mano de la inspectora y arrojó las llaves al suelo mientras salía corriendo.

Se agachó para cogerlas y se giró para mirar a Allen.

—A partir de ahora los negocios déjamelos a mí —pronunció dándole las llaves.

Ben miraba a los administrativos y policías que se encontraban en la segunda planta de la

comisaría. Todo era un verdadero caos. Los administrativos corrían de un lado a otro, hacían cola para hacer las fotocopias de los expedientes. No se había dado cuenta del barullo que había en aquella planta hasta que no se había detenido a observarlo aquel día. Siempre se encontraba concentrado y se abstraía de todo lo que le rodeaba, pero aquel día, después de la conversación que había mantenido con la inspectora Morrison, no podía dejar de observar de un lado a otro.

Notó como las manos le temblaban y se las pasó por la frente sintiendo algunas gotas de sudor resbalar por ella. ¿Qué iba a hacer? Rachel Morrison era una gran amiga suya, su superior directa. La inspectora. Sabía que si le había dicho aquello tendría sus motivos pero, por otro lado, desobedecer las órdenes que provenían de un superior mayor podía tener como consecuencia un expediente disciplinario con la debida suspensión de empleo y sueldo, o incluso la expulsión del cuerpo de policía.

Resopló y movió su rostro de un lado a otro intentando hallar una solución. Le había pedido veinticuatro horas, ¿cómo conseguirlas?

El comisario había enviado un oficio al juez para poner a la inspectora en búsqueda y captura. ¿Cómo iba a detener aquello? A la que llegase la orden por escrito del juez no tardarían más de media hora en comunicarlo a todo el FBI de los estados colindantes.

Durante unos segundos coincidió la mirada con su compañero de trabajo, David, el cual no había dejado de observarle durante la última hora de forma sospechosa. Se conocían bien, David sabía que él estaba nervioso aunque no la razón.

—¡Ben! —Le gritó el comisario abriendo la puerta del despacho situado a su derecha.

Ben miró hacia allí de inmediato y se puso en pie con temblor en las piernas.

—¿Sí?

Alex Flint se acercó.

—¿Ha llegado ya el oficio? —preguntó acercándose.

—No señor, en cuanto llegue le aviso.

Alex lo miró de los nervios.

—Avísame —ordenó señalándole con el dedo mientras se dirigía a su despacho.

Ben se sentó mientras volvía a pasarse la mano temblorosa por el rostro y resoplaba repetidas veces. Elevó la mirada y allí estaba David de nuevo, observándole.

Necesitaba hacer algo, pero su mente no funcionaba con la agilidad de cada día, los nervios le tenían bloqueado, necesitaba una solución ya, rápida.

Miró a David coincidiendo la mirada con él un segundo y se puso en pie indicándole con el rostro que le siguiera.

David lo miró sin comprender pero hizo caso a su gesto poniéndose en pie.

Caminó por la comisaría dirección a los aseos, un lugar al menos donde no podría escucharle nadie y no estarían rodeados de administrativos y compañeros policías.

Ben abrió la puerta del aseo mientras comprobaba que David se encaminaba hacia allí, con su paso tranquilo y manos en los bolsillos, pero pudo detectar el nerviosismo e incertidumbre en su mirada. Se conocían bien, estaba seguro que presentía que le ocurría algo.

Dejó pasar a un compañero que salía del aseo y entró en su interior esperando a que David llegase. Nada más cruzar el umbral de la puerta Ben cerró echando el pestillo.

Se giró y contempló que David se cruzaba de brazos mientras lo observaba.

—¿Ocurre algo? —preguntó preocupado.

Ben suspiró mientras se acercaba a él, alejándose de la puerta, sin saber cómo empezar a explicarle.

—Necesito tiempo —Le susurró.

—¿Tiempo para qué? —preguntó intrigado.

Ben se movió intranquilo por el aseo, tampoco podía perder mucho tiempo allí, sabía que tarde o temprano alguien querría entrar al aseo.

Se acercó y adoptó un tono de susurro.

—He hablado con Rachel —confesó.

David arqueó una ceja.

—¿Qué has hecho qué? —preguntó nervioso.

—Por Dios, David —continuó en un tono más enfurecido y elevado—. Es nuestra superior, la inspectora, nuestra amiga. —Luego se controló y volvió a descender el tono—. Le he dicho que se va a enviar un oficio para ponerla en búsqueda y captura.

Esta vez fue David el que resopló y se pasó la mano por la frente, girándose hacia la zona de los espejos. Se apoyó en el mueble y miró a través del reflejo a Ben.

—Nuestro superior es ahora el comisario —dijo enfurecido, aunque luego adoptó una voz más calmada y preocupada, como si se debatiese en aquella idea—- ¿Qué te ha dicho? —preguntó en un susurro.

—Está colaborando con el doctor Milton —respondió en el mismo tono. David se giró hacia él reflejando su descontento.

—¿Está ayudando realmente a unos fugitivos? —pronunció exasperado, en un tono más alto.

—Shhh —Le reprendió con la mano para que bajase el tono de voz—. Las cosas no son lo que parecen —volvió a susurrarle.

—¿Ah no? —volvió a pronunciar en tono rápido—. ¿Y qué es entonces? Al doctor Milton se le busca por el secuestro de una menor de edad.

—Calla, calla —volvió a reprenderle. Se acercó un poco más y se cruzó de brazos—. El doctor Milton y la paciente parecen disponer de una información bastante valiosa.

David se removió nervioso y alzó una ceja hacia él.

—¿Qué información?

—No lo sé, Rachel no me lo ha explicado del todo, pero, ¿recuerdas el hombre de polo azul al que tiraste la foto en el bar?

—Sí, claro —respondió inquieto.

—¿Te has parado a pensar o preguntar de quién se trata? —Le preguntó mirándolo fijamente.

David aguantó su mirada de forma intrigada. Al menos, había captado su atención.

—¿Quién es?

Ben suspiro.

—Se trata de Nicholas Bourez, hermano de John Bourez.

—¿El preso? ¿El de las manifestaciones? —comentó en un tono más alto.

—El mismo —Le corroboró. Pudo observar como David se quedaba pensativo—. Rachel cree que puede estar detrás de algo gordo.

—¿Algo como qué?

—Me ha pedido que mire los asociados de John y Nicholas Bourez. Necesita saber si conocen a alguien que manipule explosivos.

David comenzó a mover su rostro negando, situó una mano frente a él para que se callase.

—Espera, espera, para el carro, colega —dijo sonriente—. ¿Me estás diciendo que Rachel cree que se está planeando un atentado o algo así?

—Puede ser —susurró—. No sería la primera ni la última vez que ocurre.

—Ya, de acuerdo, pero, ¿en qué se basa? ¿En que ese tal Nicholas estaba tomando algo en un bar?

—No ha querido decírmelo, pero sus razones tendrá. ¿No te parece demasiada casualidad? —Le preguntó inquieto—. Este jueves es el traslado de John Bourez a la prisión federal de Nueva York.

—Ya, pero, ¿qué quieres hacer? Por lo que me dices Rachel no te ha explicado nada, simplemente, ¿qué te ha pedido? ¿Qué busques información sobre esa persona? ¿sobre sus asociados? —preguntó extendiendo las manos hacia él—. El oficio se ha enviado al juez de guardia ya.

Ben suspiró y se pasó de nuevo la mano por su rostro.

—Necesito paralizarlo antes de que lo envíe al FBI —dijo al final.

David alzó una ceja hacia él.

—¿De verdad vas a ayudarla? ¿Quieres sabotear un oficio de un juez por una mera sospecha sin ningún fundamento?

Ben se giró hacia él furioso.

—¿Cuándo te ha decepcionado Rachel? —preguntó señalándole con el dedo—. ¿Cuándo se ha equivocado? ¿Crees realmente que iba a arriesgar su puesto de trabajo y su reputación por una mera casualidad? Hay algo más David, estoy seguro. Me ha dicho que anda detrás de algo gordo —repitió con énfasis. David suspiró y volvió a moverse incómodo por el servicio—. Me ha pedido veinticuatro horas, sólo eso, después mandaremos el oficio, pero necesito detenerlo, necesito darle ese margen de tiempo. ¿Y si está en lo cierto? ¿Y si está detrás de algo gordo? No irá de veinticuatro horas ya.

—Eso no lo sabemos —pronunció inseguro.

—Es lo que Rachel me ha dicho, vamos, conoces a Rachel. La conoces —dijo con tono más inquisitivo—. Son sólo veinticuatro horas, después el oficio se enviará y aquí no habrá pasado nada.

—¿Pero qué pretendes hacer? —preguntó alterado.

Ben se acercó a él y lo miró con una mezcla de súplica y desafío en sus ojos.

—Necesito tu ayuda. —David comenzó a negar con su rostro mientras se giraba y andaba hacia la otra parte del aseo—. Vamos David, solo no puedo con esto. No tengo ni idea de cómo hacerlo —protestó—. Serán solo veinticuatro horas, solo veinticuatro.

—¿Qué pretendes? ¿Encerrar al comisario en una sala durante veinticuatro horas? ¿Al juez? ¿Sabotear la red?

Ben le miró fijamente. ¿Sabotear la red? No había pensado en ello. Aquello podía ser la solución, si conseguían sabotear la intranet del FBI el oficio que enviase el juez no lograría llegar.

—Eso es —susurró observándole.

—¿Qué? —preguntó paralizado.

—La red. Necesito detener la red. ¿Cómo se llama el hacker al que detuvimos hace un año y medio?

David comenzó a reír.

—No puedes estar pensando en eso. Es un delito federal —dijo incrédulo.

—Joder David, ese tío es una máquina, ni siquiera se enterarán de quién ha sido. —Avanzó hacia él y lo miró fijamente, mientras colocaba las manos en sus hombros—. ¿Cómo se llamaba?

David se removió inquieto mientras se cruzaba de brazos. Suspiró y finalmente lo miró.

—Sullivan —susurró al final con bastante pesar en su voz.

—Eso, Sullivan. ¿Tenemos teléfono de contacto?

—Mira en su ficha —dijo sin ningún ánimo en la voz. Observó como Ben caminaba

rápidamente hacia la puerta y lo detuvo antes de que abriese el despacho—. Ben —dijo cruzado de hombros—. Espera. —Fue hacia él y se situó a su lado—. Yo no he colaborado en esto. ¿De acuerdo?

—Puedes estar tranquilo, jamás pensaría en meterte en algo así —pronunció suavemente.

David inspiró e intentó relajarse.

—Está bien, espera aquí. Te paso por móvil el número de Sullivan. Lo miro en la ficha.

Ben se quedó observándolo unos segundos y finalmente aceptó.

—Gracias.

—No me agradezcas nada —pronunció abriendo el pestillo del aseo—. Yo no te he ayudado.

Salió del aseo y se dirigió a su mesa. Ben permaneció en el aseo a la espera. Era lo mejor, dado que el comisario no dejaba de seguir sus pasos y darle la matraca con el oficio. Si conseguía detener la red el oficio no podría llegar, no podrían pasar el comunicado al resto de comisarías. Podría conseguir algo de tiempo. Sólo esperaba que Rachel estuviese en lo cierto. La conocía y sabía que razones no le faltaban si estaba actuando de aquella forma, pero por otro lado, no tenía conocimiento que lo que ocurría, sólo podía confiar en ella. Y confiaba.

Su móvil vibró en el bolsillo, lo extrajo y observó que tenía un mensaje de David. Lo abrió y vio que solo contenía un número de teléfono.

No esperó un segundo. Volvió a cerrar el servicio con el pestillo para no ser molestado y rezó para que nadie intentase entrar mientras llamaba a Sullivan.

Marcó el teléfono y se lo llevó al oído. Comenzó a impacientarse cuando no lo cogieron al tercer tono. Notó como sus manos comenzaban a sudar y su corazón palpitaba con fuerza. Aquella era la única posibilidad que tenía para poder ayudar a Rachel, para poder concederle aquel plazo de tiempo que le había pedido.

—Dígame —contestó.

Ben suspiró durante unos segundos.

—¿Sullivan? —preguntó Ben mientras se pasaba la mano por el pelo nervioso.

—Sí. ¿Qué quieren? No he cometido nada de lo que se me acuse —respondió rápidamente.

Ben se quedó petrificado en medio del aseo. Ese tal Sullivan sabía desde donde le llamaban. Había olvidado que estaba hablando con uno de los hackers que había pirateado las webs más protegidas del mundo.

—¿Cómo narices sabe qué…? —Aunque luego se cortó y suspiró—. No le llamo por nada de eso —pronunció en un tono paciente—. Necesito su ayuda.

Escuchó la risa de Sullivan a través de la línea.

—Vaya, vaya ¿en serio? ¿El cuerpo de policía me pide ayuda?

—El cuerpo de policía no, sólo yo.

Hubo un silencio durante un segundo.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Ben, ayudante del Inspector.

—Ah, Ben, Ben. ¿Y qué puedo hacer por usted? —preguntó con tono más hinchado.

—No sé si será posible, pero, ¿habría alguna posibilidad de paralizar la intranet del FBI?

Sullivan comenzó a reír.

—¿Necesita que destruya información? ¿Algo en concreto?

—No, no, solo que paralice el sistema —explicó rápidamente.

—Ya. ¿A cambio de qué? —preguntó tras unos segundos—. No trabajo gratis.

Ben se quedó estático de nuevo. No había pensado en aquello. Paseó durante unos segundos por el aseo inquieto, sin saber qué responder. De todas formas, ya estaba infringiendo la ley.

—Podría borrarle antecedentes —Le susurró.

—Eso puedo hacerlo yo mismo, señor Ben. —Podía notar su sonrisa a través de la línea.

—Está bien. ¿Qué quiere?

Sullivan permaneció callado unos segundos.

—Quiero una vivienda en Honolulu —respondió al final—. Y un todoterreno de última generación.

—¿Qué? —preguntó sin comprender.

—No, es broma —volvió a reír—. No estaría mal que me borrasen todos los antecedentes. Pero de forma definitiva. ¡Ah! Y…

—¿Y qué? —preguntó impaciente.

—Quiero que me envíen a casa una tarta, hoy es el cumpleaños de mi hijo pequeño. Una bien grande, de chocolate.

Ben se pasó la mano por los ojos en actitud cansada.

—De acuerdo, la tarta puede contar con ella. Los antecedentes, haga bien su trabajo y se los borraré yo mismo. —Notó como su voz temblaba—. ¿Cuánto cree que puede tardar?

—¿Cuándo lo necesita? —preguntó con ansias en la voz.

—Para ya. Necesitaría algo que detuviese los ordenadores durante al menos un plazo de veinticuatro horas. ¿Puede hacerse?

Sullivan volvió a reír.

—Tengo exactamente lo que necesita, es un troyano que anula el sistema operativo de los…

—Escuche, escuche, no quiero saberlo —Le cortó.

—De acuerdo —respondió lentamente—. ¿En qué radio? —Se le notaba la voz animada, parecía que disfrutaba con ello.

—¿Podría ser en la intranet del FBI de Kansas?

—Puede ser todo lo que pida —comentó con alegría.

—De acuerdo, pues la de aquí.

—Y… por curiosidad, ¿qué es lo que intenta evitar?

—No creo que eso sea de su incumbencia —respondió un poco cansado de la conversación.

—Y tanto que lo es. Lo necesito para hacer un buen trabajo.

Ben suspiró y volvió a caminar nervioso por el aseo.

—Tiene que llegar una orden del juez. Un oficio de búsqueda y captura. No quiero que llegue.

—Dígame, ¿eso lo lleva el juez de guardia? —preguntó intrigado.

—Sí.

—Perfecto.

Ben comenzaba a impacientarse.

—¿Cuándo lo tendrá?

—¿Tiene papel y bolígrafo? Anote la dirección donde quiero que envíe la tarta.

Ben resopló desesperado. Sacó un papel arrugado de su bolsillo del pantalón y el bolígrafo que llevaba en su camisa amarilla.

—Dígame.

Ben anotó la dirección que Sullivan le indicaba.

—Perfecto —comentó el hacker sonriente—. Lo tiene en un cuarto de hora.

—Vale.

—Gracias por contratar los servicios de Sullivan —bromeó canturreando.

Ben colgó sin esperar a que continuase. Debía haberse vuelto loco para hacer aquello. ¿De

verdad iba a sabotear la intranet del FBI?

Notó como su mano temblaba mientras guardaba el móvil en el bolsillo. Fue hacia el lavamanos y se apoyó en el mármol observándose en el espejo. Una gota de sudor descendía por su frente hasta su espesa ceja.

Suspiró y miró el reloj de su muñeca. Las seis y media de la tarde. En poco tiempo la red del FBI sería colapsada por el hacker al que había contratado. Si lo cogían podía ir incluso a la cárcel. Sólo esperaba que sirviese para algo, que aquello que estaba investigando Rachel mereciese la pena aquel riesgo.

Cuando recobró un poco la compostura abrió la puerta y miró directamente a David que permanecía frente a su mesa. Este le observó un segundo y esquivó la mirada de él, se le notaba bastante nervioso también.

Fue hacia su mesa y se sentó mientras observaba como Alex Flint, comisario, hablaba a gritos con un policía que estaba en su despacho. Tragó saliva y esta vez sacó la cartera sin perder el contacto visual con Alex que permanecía en aquel despacho acristalado.

Sacó la tarjeta de crédito y una de las tarjetas de la pastelería de la ciudad de Kansas. Debía estar totalmente loco.

Apartó la mirada de su jefe y descolgó el teléfono marcando el número de la pastelería. David permanecía frente a él tecleando en el ordenador, aunque de vez en cuando lo observaba fugazmente.

—Sí, hola, buenas tardes —comentó Ben hacia el teléfono—. Querría que llevaseis un pastel de chocolate a una dirección. ¿Podría ser? —Ben permaneció callado unos segundos—. Sí, de chocolate, es para un niño. —David le observaba inquieto—. No, no quiero poner el nombre de él. Que ponga… mmm… feliz cumpleaños. —Tras unos segundos dictó la dirección donde tenían que enviar la tarta de chocolate y dio su número de cuenta para que le cargasen los gastos —. Sí, sobre las ocho de la tarde estará bien. Gracias.

Colgó el teléfono y miró de nuevo hacia el despacho donde el comisario seguía hablando acaloradamente con el policía.

Dios mío, ¿se había estropeado el aire acondicionado o se estaba ahogando? Se desabrochó el primer botón de la camisa y se pasó la mano por la frente. Debía calmarse o llamaría demasiado la atención.

En aquel momento detectó que David se levantaba de la mesa con unos expedientes y se acercaba. Los dejó y se colocó a su lado como si fuese a mantener una agradable conversación con él.

—¿Cómo ha ido? —Le preguntó como si nada.

—Bien. Vendrá a hacerme una visita dentro de poco.

David asintió pensativo y se sentó sobre la mesa observando que nadie los mirase.

—¿Estás seguro de lo qué has hecho?

Ben se acercó.

—No estoy seguro de nada, David —dijo con mal tono, pues los nervios no le permitían modular la voz. Pero hubo un gesto que no esperaba y que llamó la atención de él. David puso su mano en el hombro y dio unas palmadas como si intentase calmarlo, como si en parte apoyase su decisión.

Ben lo miró un segundo pero algo llamó su atención. Al momento, una risa alocada comenzó a salir de los altavoces de los ordenadores. Los administrativos se miraron entre ellos como si no comprendiesen lo que ocurría. De golpe, todos los ordenadores se apagaron como si hubiesen hecho un reset o hubiese un corte de luz y un segundo después la pantalla volvía a encenderse,

aunque esta vez no aparecía la típica pantalla de la intranet del FBI.

El barullo comenzaba.

Una calavera metálica se reía de forma siniestra mientras iba girando sobre sí misma.

Varios de los policías y los administrativos que estaban al ordenador se levantaron soltando algún exabrupto y al momento el pánico comenzó a apoderarse de aquella planta.

—Soy skynet —comentó la calavera—. He vuelto, baby.

¿Aquella voz? ¿Podía ser la de la película de Terminator?

Ben se levantó alterado, mirando a todos mientras los gritos por la sorpresa se hacían más intensos. Observó como el comisario salía alterado de su despacho y preguntaba qué ocurría. Uno de los administrativos le mostró la pantalla con la calavera riendo y hablando.

—Soy Skynet —volvió a repetir con voz grave—. He vuelto, baby.

David se acercó un poco más a Ben y observó la pantalla. Luego lo miró atentamente y susurró.

—Este tío es un friki.

19

Rachel había sacado de su cuenta bancaria quinientos dólares más. De todas formas, cuando enviasen el oficio con su nombre a todos los estados de Estados Unidos, Bruce podría informar que habían estado allí. De aquella forma contarían con más dinero en efectivo, pues a partir de aquel momento no podrían hacer uso de su tarjeta de crédito ni de sus cuentas bancarias.

El Chevrolet Spark era un vehículo mucho más pequeño que el todoterreno. Se notaba la falta de espacio después de ir en el último.

Al menos, podían ir más tranquilos en el sentido de que aquella matrícula no se correspondía con ninguna de las suyas, y concretamente con la de la inspectora. Ganarían más tiempo de aquella forma y pasarían más desapercibidos.

Rachel acabó de pulsar unos botones a su móvil y lo conectó al mechero para que se cargase.

—He puesto el GPS —comentó mostrándole el teléfono.

—¿Hacia Nueva York ya?

Rachel suspiro.

—He introducido la dirección de esa tal Lucia Ortegas. No iría mal echar un vistazo. —Allen la miró de reojo—. De todas formas tenemos que ir a Nueva York.

—De acuerdo. —Luego miró por el retrovisor a Claire, la cual no paraba de cambiar de posición—. ¿No vas cómoda?

—Era más cómodo el coche de Rachel —Se quejó colocándose al otro lado del asiento, justo detrás de la inspectora.

—Es lo que toca, tesoro —dijo Rachel. Luego se giró y la observó—. Perdona que te pregunte, pero... las visiones que dices tener —Claire la miró fijamente—, cuando me dijiste en el bar que la quimioterapia me funcionaría —susurró.

Claire le sonrió con ternura, un gesto que Allen cada vez se acostumbraba más a ver en ella.

—No vi nada —aclaró—. Escuché la voz de un hombre que lo decía.

—¿La voz de un hombre?

—Sí.

Allen intervino en la conversación.

—¿El oncólogo que te lleva es un hombre o una mujer? —Le preguntó.

—Un hombre —sonrió.

—Quizás fuese él quien pronunciaba aquellas palabras —dijo Claire devolviéndole la sonrisa.

Allen miró de reojo a Rachel y le explicó.

—Claire tiene visiones pero también escucha sonidos, palabras —Luego contempló a la muchacha por el retrovisor—. ¿Las escuchaste de lejos? ¿Cerca?

—Las escuché con bastante claridad —respondió.

—Claire dice que cuando algo va a ocurrir en un lugar bastante lejano le cuesta más escucharlo, a medida que se acerca la fecha puede escucharlo con mayor claridad —explicó—. Quizás tenga que pasar un poco de tiempo aún para que escuches esas palabras, hay un tratamiento de por medio. —Luego hizo un gesto que llamó la atención de Rachel—. Pero las escucharás —comentó cogiéndole la mano en actitud de confianza y ternura.

Rachel asintió intimidada por aquel gesto, le apretó un segundo la mano y luego se la soltó

desviándola temblorosa hacia el móvil.

—Pone que tardamos ocho horas y media en llegar a la dirección de Lucía Ortegas. —Miró su reloj y vio que marcaban casi las ocho de la tarde. Observó de nuevo el GPS—. Deberíamos parar cerca de Virginia. Hay moteles de carretera a buen precio y que no pedirán documentos. Podríamos descansar un par de horas e intentar llegar allí por la mañana o a medio día.

—¿Al domicilio de Lucia Ortega? —preguntó Allen inquieto.

—Claro —comentó sin mirarle, observando el móvil.

—¿No sería mejor visitar el lugar por la noche o de madrugada?

Ella lo miró con una ceja alzada.

—Has visto demasiadas películas —rió—. Lo mejor es hacer vigilancias a horas en que haya bastante gente por la calle, se pasa más desapercibido.

—Entiendo —dijo fijando su mirada de nuevo en la carretera.

Rachel lo contempló.

—Supongo que estarás agotado de conducir.

—No te preocupes. Me gusta conducir —respondió sonriente—. Aún puedo aguantar un par de horas más.

Rachel aceptó conforme y se apoyó en el asiento dejando el móvil sobre el salpicadero.

Allen la observó unos segundos y posteriormente se mantuvo atento en la carretera, adelantando algunos camiones que ralentizaban su paso, intentando ordenar sus pensamientos. Por un lado, tenían la dirección de una tal Lucia Ortegas, la cual vivía en New York y que podía ser la misma a la que habían mencionado como Lucy. Por otro lado, no tenían ni idea de quién era el hombre de camisa blanca al que habían visto quedar y hablar con Nicholas Bourez. Estaba claro que si en realidad estaban planeando algo, ese hombre estaba metido hasta el fondo.

—¿Sabes si han pinchado ahora las líneas telefónicas del móvil? —preguntó Allen sin mirarla.

Ella pareció despertar, pues se encontraba callada observando por la ventana.

—Hasta antes de ayer no. Ahora no lo sé.

—Después llamaré a mi amigo Danny, quiero saber cómo se encuentra Megan —Le comentó sin observarla—. A demás, Danny es periodista, quizá pueda buscar algún dato sobre explosivos o antiguos atentados causados por Nicholas o John Bourez.

Rachel lo miró con cierta duda durante unos segundos pero luego se encogió de hombros.

—Está bien.

Pasaron el resto de las horas charlando a ratos animadamente los tres, otras veces callados. Cuando la oscuridad comenzó a apoderarse del día el silencio se fue haciendo más patente en el interior del vehículo. Claire llevaba al menos media hora dormida, la pobre muchacha no acababa de acostumbrarse a un horario normal, demasiados años en un psiquiátrico donde a las diez de la noche todos los pacientes estaban durmiendo.

Allen observó a través del retrovisor como había vuelto a tumbarse en el asiento de atrás, esta vez bastante más encogida que en el coche de Rachel o en el suyo propio, pero al final parecía que había encontrado la postura dado que respiraba de forma tranquila y mantenía los ojos cerrados.

Observó que marcaban casi las once de la noche. Tenía un poco de apetito y comenzaba a encontrarse cansado.

—¿Te parece bien que paremos en el próximo motel que encontremos?

—Me parece bien —Le susurró desviando la mirada hacia atrás, observando también a Claire.

Luego llevó su mirada hacia Allen. Era extraño como cambiaba la percepción de una persona cuando la ibas conociendo. Estaba claro que no podías guiarte por una primera impresión. Cuando lo había visto por primera vez en aquel bar había pensado que se trataba de un loco, de un secuestrador de menores. Lejos de todo aquello había descubierto a una persona amable y protectora.

Se mordió el labio y miró hacia la carretera.

—Cuando ocurrió lo de Megan, tu amiga —comentó de forma suave—, tuvo que ser muy duro.

La observó un momento entre la oscuridad y volvió la vista a la carretera.

—Sí. Mucho. —Suspiró—. Pero fue aún más duro darme cuenta de que Claire me lo había estado advirtiendo durante días —admitió.

—No podías saberlo.

Él le sonrió.

—Ya lo sé, pero eso no quita que me sienta un poco peor por ello. —Se quedó callado de nuevo. Pasaron varios minutos antes de que comenzase a hablar—. Pensé que era una paciente más con una enfermedad más. Estaba equivocado.

—Confías mucho en ella.

—¿Y tú no?

Rachel suspiró y le miró de nuevo.

—Quiero confiar. No hay nada más que desee que confiar en que todo lo que dice es cierto pero…

—Es difícil. Ya lo sé —acabó la frase Allen. Luego negó con su rostro—. Si supieras por todo lo que ha tenido que pasar Claire —comentó—. Tratada como una enferma cuando seguramente es la que está más sana mentalmente de todos nosotros —acabó sonriendo. Luego adoptó una postura más seria y se echó hacia atrás en el respaldo, como si se estirase—. Lo que le ha ocurrido no es justo. Nadie se merece algo así. —Rachel lo miraba sin saber qué decir a eso. Allen señaló con un movimiento de cabeza hacia un punto más adelante, a su izquierda—. Parece que es un área de servicios, puede que tengan habitaciones. ¿Crees que nos pedirán algún tipo de acreditación? —preguntó reduciendo la velocidad para tomar el desvío.

—No lo sé. Lo más seguro —dijo contemplando la enorme casa que comenzaba a formarse ante ellos, una vez que la luz del vehículo comenzaba a iluminarla—. Seguramente no pidan documentación —pronunció observando ya de cerca.

Más que un área de servicios parecía un bar de alcohólicos con habitaciones donde iban a pasar una noche.

Tenía un pequeño porche de madera en bastante mal estado, tras este, la casa blanca tenía tres plantas y acababa con el mismo techo de madera que el porche. Había varias ventanas iluminadas, muchas de ellas con una luz en colores. Por el lateral había una escalera que ascendía planta a planta permitiendo el acceso al balcón que rodeaba toda la inmensa casa en cada una de sus plantas. Desde luego, aquello no era un área de servicio normal.

Allen detuvo el coche y lo observó no muy seguro.

—Seguro que no piden documentación. Esto parece un prostíbulo —acabó diciendo mientras la observaba y arqueaba una ceja.

Rachel arqueó una ceja y volvió la mirada hacia la casa.

—La verdad es que tiene toda la pinta. —Luego se giró para observar a Claire dormida—. No se… —pronunció no muy segura.

Luego Allen se medio echó a reír.

—Seguro que aquí no nos buscan.

Rachel resopló mientras veía apagar el vehículo a Allen.

—Voy a ir a preguntar y depende de cómo lo vea ya decidimos —comentó mientras se quitaba el cinturón.

Rachel no pronunció palabra mientras lo veía salir al exterior y caminar hacia la puerta principal. Desde luego, el lugar tenía mala pinta, no era de su agrado, pero lo que sí era cierto es que estaba segura de que allí no les iban a buscar. No les pedirían ni documentos.

Escuchó como Claire se removía en la parte de atrás y se giró para observarla. Había levantado parte de su tronco y observaba por la ventana con los ojos medio cerrados.

—Te has despertado —comentó Rachel con una media sonrisa.

Claire la observó y le sonrió mientras se pasaba una mano por los ojos.

—Sí. —Luego miró al asiento del conductor—. ¿Dónde está Allen?

—Ha ido a preguntar si hay alguna habitación libre —respondió señalándose el motel.

Claire se incorporó para observar el local. Pasó varios segundos observándolo.

—Qué bonito —pronunció al final—. Las habitaciones son de colores.

Rachel la observó un segundo fijamente, sin saber bien qué responder a eso.

—Sí —pronunció no muy segura, mientras se encogía de hombros.

Allen salió por la puerta con una extraña sonrisa. Llegó hasta ellas y abrió la puerta asomando medio cuerpo.

—Hay habitaciones —dijo mostrándole una llave. Luego incrementó más su sonrisa—. Y sí, es un…

—Hola —pronunció Claire frotándose de nuevo uno de los ojos.

Allen cambió su semblante y se puso más serio.

—Hola —respondió. Luego miró hacia Rachel cohibido—. Un hotel… por horas —acabó diciendo mientras echaba el asiento hacia delante para que Claire pudiera salir—. Vamos, descansaremos un poco.

Ella salió del vehículo y se estiró un poco para relajar la espalda después de haber permanecido encogida varias horas. Rachel salió por la puerta del copiloto y observó el edificio. Aquellos lugares no le gustaban nada. Fue hacia el maletero y sacó su bolsa de equipaje que había hecho en su casa antes de salir de Kansas.

—¿Qué habitación nos ha tocado? —preguntó Claire colocándose al lado de Allen, el cual sacaba su maletín y la bolsa de ropa de Claire.

Miró la llave y le contestó.

—La doscientos tres.

—Digo el color, ¿de qué color?

Allen carraspeó y cerró el coche.

—Ahora lo averiguaremos —dijo mientras cogía su maletín, la ropa de Claire y la bolsa de Rachel. Rachel hizo un intento para quitarle la bolsa pero Allen la esquivó—. Ya la llevo yo.

Rachel hizo un gesto dándole a entender que no necesitaba aquella cortesía pero prefirió no pronunciar nada al respecto, de todas formas el medicamento comenzaba a perder su efecto y el dolor se iba haciendo más intenso a medida que pasaban los minutos.

Caminaron hasta las escaleras y comenzaron a subir.

—¿Te han pedido documentación?

—No. Me han hecho pagar los treinta dólares por adelantado. Podemos quedarnos hasta las diez de la mañana —respondió subiendo las escaleras.

Claire se giró un segundo, pues iba delante de ellos y observó a Allen con algo de timidez.

—Yo… mmm… tengo un poco de hambre.

—Ahora cuando nos instalemos bajaré a por algo de cenar.

Caminaron hasta la habitación con el número doscientos tres y Allen abrió la puerta.

Desde luego, no era el mejor sitio al que podían ir. Entró primero dejando todas las bolsas en el suelo y buscó el interruptor. Al momento una tenue luz se la mostró.

Había una enorme cama de matrimonio en el centro y algo que le llamó la atención, la habitación más que pared estaba forrada con dos grandes espejos, uno en la cabecera de la cama y otro en la pared opuesta, y allí, donde no había espejo, la pared era de un color blanco sucio, incluso descorchado por algunos lugares o hinchado por la humedad.

—Caray —susurró Claire colocándose al lado de la cama.

Ni siquiera había un armario. Simplemente la enorme cama, una especie de sofá con manchas y una mesa pequeña en un lateral donde había una pequeña televisión y una lámpara.

Claire se acercó hasta ella y apretó el interruptor.

Rachel cerró la puerta de la habitación y se colocó al lado de Allen, el cual la observaba de forma desagradable.

—Bueno —comentó ella mientras se encogía de hombros y daba a su voz un tono animado —, parece que nos ha tocado la fucsia. Allen chasqueó la lengua y miró hacia Rachel.

—Llamaré a Danny.

—De acuerdo. Yo hablaré con Ben, a ver si ha podido hacer algo.

Observaron como Claire se sentaba en una punta de la cama y cogía el mando de la televisión conectándola.

Allen volvió a mirar a través del cristal de la puerta del bar que había en la planta baja. Bajo ningún concepto hubiese ido a comer o cenar a un lugar así, pero tal y como estaban las circunstancias cualquier cosa comestible y que aplacase el hambre que sentía en aquellos momentos le parecía apetecible. La camarera aún estaba haciendo los sándwiches que había encargado así que volvió a alejarse mientras suspiraba y escuchaba lo que su amigo Danny le decía.

—¿Pero para qué necesitas saber eso?

—Escucha, no puedo explicártelo, pero necesito que me ayudes. —Luego puso una voz algo más cómica—. Prometo darte la exclusiva a ti solo.

Hubo unos segundos de silencio.

—¿Y prometes que me conseguirás una entrevista personal con la inspectora Morrison?

Allen resopló angustiado por aquella promesa. Aunque no la conocía mucho sabía que aquello no le haría ninguna gracia.

—Haré todo lo posible —respondió angustiado—. Pero consígueme toda la información que puedas sobre John Bourez, Nicholas Bourez, Lucia Ortegas y —Tragó saliva—, necesitaría también información sobre si ha habido algún robo de explosivos o algo así.

—¿Pero en qué estás metido? —Escuchó que gritaba Danny.

—Shhh —Le instó a bajar el tono aunque ya le había informado de que se encontraba solo en casa—. Por favor, Danny.

—Está bien —pronunció finalmente—. Pero recuerda, la exclusiva y la entrevista con la inspectora.

—Sí —dijo Allen observando de nuevo a la camarera. Parecía que había acabado de hacer los sándwiches y comenzaba a liarlos en servilletas de papel—. Megan, ¿está mejor?

Escuchó como su amigo suspiraba.

—Sigue igual. —Su voz se notaba temblorosa—. Los médicos dicen que es buena señal ya que no ha empeorado pero…

—Es buena señal —Le interrumpió intentando infundirle algo de ánimo—. Ha sido un atropello importante, el cuerpo debe ir recuperándose poco a poco.

—Me han dicho que la operación fue perfecta pero que la mantendrán en coma inducido al menos una par de días más, hasta que tenga fuerzas para respirar por si misma. Que si la despiertan y le quitan el tubo ahora puede que aún no esté lo suficiente fuerte para respirar por ella misma.

—Hay que tener paciencia y dejar que el cuerpo se recupere poco a poco. Todo irá bien. Las cuarenta y ocho horas críticas han pasado. Ahora todo comenzará a mejorar —Intentó infundirle calma.

Escuchó como su amigo carraspeaba, como si la voz no le saliese presa del dolor que sentía.

—Sí, estoy seguro —respondió al final. Luego le dio a su voz un tono más fuerte—. Voy a investigar lo que me has pedido. En cuanto sepa algo te lo digo.

Allen arqueo una ceja y miró su reloj.

—Es casi la una de la madrugada.

—No tengo otra cosa mejor qué hacer. Al menos, me mantendrá distraído.

Allen permaneció callado unos segundos y suspiró.

—Está bien. Ya me avisarás. —Tragó saliva—. Gracias.

Colgó el teléfono y entró en el bar observando que estaba plagado de hombres más bien mayores. Algunas de las camareras servían copas al ritmo de una música electrizante, otras simplemente se encontraban subidas sobre la barra iluminada por unos enormes focos de luces de colores bailando al ritmo de la música y bastante ligeras de ropa.

Se acercó a la camarera y se apoyó sobre la barra.

—¿Cuánto es?

—Cuarenta dólares —comentó la camarera entregándole los sándwiches.

—¿Cuarenta dólares? —gritó sorprendido por su elevado precio.

La camarera se cruzó de brazos y lo miró con rostro enfadado.

—Sí, son diez dólares por sándwich, cinco por la botella de agua más cinco de propina. Aquí no se hacen sándwiches, encanto —Le aclaró de mal humor.

Allen suspiró, llevó la mano a su bolsillo trasero extrayendo su cartera y facilitándole los billetes. La camarera le sonrió de forma obscena y los colocó entre sus pechos.

—Gracias —dijo guiñándole el ojo, alejándose mientras caminaba hacia el otro lado de la barra moviendo excesivamente las caderas.

Allen fue directo a las escaleras, subiéndolas de dos en dos. Al menos, estaba más tranquilo. Danny era buen periodista, seguro que podía arrojar algo de luz a aquel lío. Podría encontrar algún dato de interés que le aclarase las cosas.

Llegó a la habitación y abrió la puerta, aunque se sorprendió en exceso cuando encontró que la inspectora se encontraba boquiabierta mirando la televisión, aún con el teléfono móvil en su oído.

Allen arqueó una ceja y cerró la puerta mientras avanzaba hacia ella.

—¿Qué pasa? —preguntó intrigado.

Rachel le instó con la mano a que se callase y dio un paso alejándose de él.

—De acuerdo Ben, gracias. No sé como podré agradecértelo. —Colgó el móvil y se cruzó de brazos observando la televisión mientras resoplaba.

Allen la contempló unos segundos.

—¿Qué? —volvió a insistir nervioso.

—Calla y escucha —Le riñó indicándole a que atendiese a la televisión.

Allen la observó. Era el canal de noticias de veinticuatro horas. Un joven muchacho trajeado daba la última hora.

—"Se prevé que el sistema operativo esté arreglado mañana al medio día" —pronunció el presentador.

Allen arqueó una ceja y luego volvió a mirarla a sin comprender lo que ocurría. Rachel resopló y apagó la televisión.

—¿Me vas a decir que ocurre?

Rachel soltó el mando sobre la cama con gesto preocupado, al lado de donde Claire permanecía sentada, también atenta a la televisión.

—Esa es la solución de Ben —dijo señalando a la televisión.

Allen permaneció callado unos segundos.

—¿Pero de qué estás hablando? —explotó de los nervios.

—Ben, mi compañero —Le indicó nerviosa—. Le pedí que paralizase la orden de búsqueda y captura hacia nosotros, al menos veinticuatro horas.

—Sí, lo recuerdo, ¿y?

Rachel comenzó a moverse nerviosa por la habitación, realizando gestos nerviosos con sus manos.

—Que ha paralizado todo el dichoso sistema informático del FBI —gritó—. Ha contratado a un hacker y ha metido un virus informático en todo el sistema… ¿Te lo puedes creer? —preguntó incrédula.

Allen la miró paralizado, comprendiendo su nerviosismo. Luego comenzó a reírse mientras depositaba los sándwiches sobre la cama.

—¿Qué? —Se quejó Rachel—. ¿Qué tiene tanta gracia?

Allen seguía sonriendo.

—Deja de preocuparte, Rachel —comentó acercándose a ella.

—¿Qué deje de preocuparme? —preguntó exasperada—. ¿Entiendes lo que ha hecho? Si lo descubren, aparte de expulsarle del cuerpo de policía puede acabar en prisión. ¡Es un delito federal! —dijo respirando demasiado rápido, aunque a Allen parecía más bien hacerle gracia aquella conducta.

—Eh, eh, vamos —dijo colocando una mano en cada uno de sus hombros, intentando que se calmase—. Dices que lo ha hecho un hacker… esos tíos saben lo que hacen, no creo que se lo haya pedido al primero que pillase.

—Prefiero no saberlo.

Allen chasqueó la lengua y luego miró a Claire que permanecía sentada sobre la cama, observándolos. Se distanció de Rachel, y se sentó al lado de la muchacha pasándole la cena.

—Toma, come algo. —Claire comenzó a desenvolverlo—. Es de jamón y queso —comentó mientras le pasaba otro a Rachel.

Ella aceptó el que le ofrecía y le quitó las servilletas.

—He hablado con Danny —continuó Allen mientras comenzaba a dar bocados—. Me buscará información.

—Ajá —dijo mientras caminaba intranquila por la habitación.

—Rachel —susurró intentando que reaccionase—. Rachel —continuó en un tono más elevado, haciendo que ella se quedase parada y lo observase—. ¿Por qué no te sientas? —Le

invitó con una sonrisa. Ella resopló de mala gana pero al menos le obedeció colocándose al lado de Claire. —Pues eso… —continuó explicando—, Danny me buscará información. En cuanto averigüe algo me llamará. —Luego carraspeo—. Danny es amigo mío…

—Sí, ya lo sé —Le interrumpió Rachel.

—Es periodista —comentó mirándola fijamente

—Ya me lo dijiste.

—Le he prometido que a cambio de información le daré la exclusiva —Rachel arqueó una ceja, incrédula—. ¿Qué quieres? No va a trabajar gratis el chaval. También le he prometido que le concederás una entrevista —dijo girándose para darle la espalda.

Rachel abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Qué has hecho qué? —preguntó cómo si no comprendiese.

—Que le concederías una entrevista —explicó como si nada, mientras se encogía de hombros y prestaba toda su atención al sándwich. Escuchó como volvía a resoplar, pero al menos no protestó en voz alta, aunque bien podía asegurar por lo poco que la conocía que por dentro estaría hecha una furia—. Esta bien este sándwich —dijo con su voz alegre.

Rachel acabó de dar unos bocados acelerados y se levantó cogiendo la mochila que había traído consigo en aquel viaje.

—¿Qué haces?

—Voy a ponerme el pijama.

Allen parpadeó varias veces.

—¿Has traído pijama? —preguntó llevándose el último trozo a su boca mientras Rachel pasaba por su lado.

Ella se giró y lo miró con una extraña sonrisa en su rostro.

—Soy muy previsora. Por cierto —dijo mirando a Claire—, dado que la cama no es muy grande he pensado que…

—La cama es enorme —Le interrumpió arqueando una ceja hacia ella. Rachel imitó su gesto mientras se colocaba la bolsa de viaje en la otra mano y lo miraba fijamente, al lado de la puerta del aseo. Allen suspiró y miró hacia atrás observando el sofá—. Ya dormiré en el sofá —pronunció resignado.

Rachel le sonrió, aún con un cierto toque de humor en su rostro.

—Gracias, Allen —comentó abriendo la puerta. Podía estar seguro de que esa era su venganza personal por la entrevista que le había programado con Danny—. Eres todo un caballero.

20

Allen se despertó por algún ruido. La oscuridad reinaba en toda la habitación. Suspiró y elevó su brazo colocando la muñeca ante sus ojos apretando con la otra mano el botón del reloj digital para que se iluminase la pantalla. Cerró instintivamente los ojos ante el destello de luz y posteriormente, cuando sus pupilas se adaptaron, observó que el reloj parpadeaba las cuatro y doce minutos. Suspiró y se frotó los ojos lentamente mientras se giraba de forma contorsionista en el sofá, dirección a la cama. Le sorprendió ver que había luz en el aseo, y él no recordaba haberla dejado encendida.

Se sentó en el sofá y agarró el móvil pulsando una tecla para que se encendiese e iluminar de forma sigilosa la habitación. Pudo detectar el bulto de una de las mujeres en la cama. Se medio incorporó iluminando hacia ella y comprobó que era Claire la que dormía plácidamente. Rachel no estaba. Estaría en el aseo. Se volvió a sentar correctamente en el sofá y bostezó. Iba justo a tumbarse cuando escuchó un gemido. Se quedó estático unos segundos y posteriormente se levantó y fue directamente hacia la puerta del aseo nervioso. No estaba seguro, pero le había parecido escuchar un lamento.

Se colocó ante la puerta y llamó suave un par de veces, nadie contestó, así que abrió la puerta de forma lenta, suficientemente lenta para que le permitiese gritarle o llamarle la atención. Pero nadie parecía quejarse por la intrusión.

Introdujo el cuello despacio. Rachel se encontraba arrodillada en el suelo, rebuscando entre la bolsa de equipaje que había traído, pero algo llamó extremadamente la atención. Su rostro estaba totalmente pálido, una gota de sudor descendía por su frente y surcaba su mejilla. Sus manos temblaban excesivamente mientras rebuscaban en la maleta.

—Rachel —susurró entrando al aseo y cerrando delicadamente la puerta tras él, intentando hacer el menor ruido posible para no despertar a Claire—. ¿Estás bien? —preguntó colocándose a su lado.

Pudo observar como su labio inferior temblaba mientras intentaba contener las lágrimas, aun así no lo miró y siguió rebuscando.

—Eh, eh… Rachel —dijo colocando una mano sobre su hombro—. ¿Qué ocurre?

Rachel se apartó de malos modos.

—Déjame —Le dijo con igual tono—. Déjame tranquila —comentó mientras seguía rebuscando.

Allen la observó unos segundos. Su cuerpo delgado, su rostro demacrado y ojeroso. Debía estar sufriendo una crisis de dolor.

—¿Te encuentras bien? —volvió a preguntarle en tono suave.

Rachel se mordió el labio.

—¿A ti te parece que me encuentro bien? —Medio gritó esta vez—. ¿Te lo parece? —volvió a insistirle con gestos. Suspiró y volvió a rebuscar en la maleta de forma desordenada, con prisas. Gimió y volvió a contener las lágrimas—. No lo encuentro —lloriqueó.

Allen se acercó un poco más y le cogió la maleta de forma delicada.

—Buscas el fentanilo, ¿verdad? —preguntó de forma suave mientras comenzaba a rebuscar él.

Rachel se mordió el labio y se dejó caer sobre el suelo mientras se pasaba una mano por los

ojos limpiándose las lágrimas y lo observaba a él de reojo.

Allen extrajo de forma ordenada algunos pantalones cortos y camisetas que contenían la maleta hasta que encontró la pequeña caja redondeada donde estaban las pastillas que al menos aliviarían durante un par de horas el dolor a Rachel.

—Toma —dijo pasándole la caja y volviendo a introducir la ropa en su maleta.

Rachel la cogió un poco tímida y lo contempló con ojos llorosos. Suspiró y apartó la mirada rápidamente de él mientras abría la caja, como si se sintiese mal por la forma en la que le había hablado.

Se puso en pie como pudo y agarró la botella de agua que había dejado sobre el mármol del lavabo.

—Lo siento —susurró dándole la espalda y abriendo la caja. La volcó y dejó que una pastilla cayese sobre su mano—. Pero no me gusta que me vean así.

La ingirió y cerró la botella de agua mientras se apoyaba contra el mármol y se observaba en el espejo. El reflejo no le agradó. Su rostro estaba demasiado demacrado. Su piel tenía un aspecto demasiado blanquecino, que acompañado de sus rizos castaños oscuros hacía que aún resaltase más. Sus ojos llorosos tenían los parpados inflamados y las ojeras demasiado marcadas bajo ellos.

Apartó la mirada del reflejo, asqueada ante lo que observaba y se giró, pero automáticamente se apartó a un lado cuando encontró que Allen estaba excesivamente cerca, observándola igual.

—Déjame echarte un ojo —Le pidió.

—¿Para? —preguntó ella arqueando una ceja y distanciándose. Estaba claro que no quería mostrar debilidad ante él.

Allen la observó durante unos segundos y asintió.

—De acuerdo, como quieras —dijo susurrando—. Pensé que quizás estarías más tranquila. —Suspiró y luego observó el aseo consiguiendo tiempo para ver si ella decía algo pero al mantenerse callada volvió a observarla. Tenía una actitud intimidada, como si realmente le mortificase la idea de estar acompañada en aquellos momentos. Estaba claro que prefería la soledad cuando el dolor provocado por su enfermedad afloraba, pero realmente no era lo correcto, lo mejor sería afrontar aquello junto a una persona que la apoyase y le pudiese dar calma y tranquilidad en esos momentos—. No tardará en hacerte efecto, diez, quince minutos a lo sumo.

—Ya lo sé —susurró tímida mientras otro gesto de dolor hacia que llevase su mano hacia el pecho y diese los pasos correspondientes hacia el retrete para sentarse.

Allen fue hacia ella y la sujetó del brazo para que se sentase, le daba lo mismo que se quejase, estaba demasiado pálida y lo que menos quería era tenerla desmayada con la frente abierta por un golpe en el lavabo de un prostíbulo.

Contrariamente, Rachel no se quejó y se dejó ayudar a sentarse. Allen se arrodilló frente a ella y pasó una mano por su frente apartando unos mechones de cabello.

Rachel se quedó impresionada al ver aquel gesto y desvió la mirada hacia un lado sin saber muy bien cómo responder.

—¿Has tenido dolor de cabeza? ¿Nauseas? ¿Falta de sueño?

—Los primeros días que lo tomaba tuve un poco de nauseas —admitió volviendo la mirada hacia él—. Pero parece que me he acostumbrado.

Allen afirmó y suspiró mientras desviaba su rostro hacia abajo, pensativo y dejando pasar los minutos hasta que le hiciese efecto la dosis. Por mucho que ella le insistiese no pensaba dejarla sola en aquellos momentos, sabía que aunque lo negase una persona se encontraba más tranquila

y a la vez más fuerte si estaba acompañada, pero contrariamente a lo que él esperaba Rachel bajó su mano hasta la suya y la acarició.

Allen elevó su mirada y la observó. Era una mujer hermosa, incluso en aquel estado. Hermosa y fuerte. Se acomodó mejor y se acercó un poco más sin soltar su mano medio sonriéndole.

—En breve estarás mejor, ya verás —Le animó mientras volvía a pasar su mano por su cabello en un gesto cariñoso. Ella suspiró mientras aceptaba y esta vez fue ella la que descendió su rostro hacia abajo, cerrando los ojos intentando calmarse, dejando que pasasen los minutos—. Podrías haberme avisado si te encontrabas mal —Le susurró.

Rachel se encogió de hombros.

—No quería despertarte —admitió. Volvió a suspirar y esta vez lo miró con un poco más de fuerza—. Esto es algo mío.

—No tienes porque enfrentarte a esto sola. —Rachel hizo un gesto tímido—. ¿Y si llegas a desmayarte?

Ella se quedó pensativa como si comprendiese a lo que Allen se refería.

—Ya lo sé —admitió de nuevo con cierto temblor en su labio—. Pero… es difícil —acabó gimiendo—. Yo siempre me había encontrado bien, jamás había imaginado que algo así me pudiese ocurrir.

—Eh, de todo se sale, Rachel. El cáncer ha sido diagnosticado a tiempo. —Hizo un gesto algo desagradable pero aun así intentó mantener la compostura—. La quimioterapia es dura, pero la superarás, muchas mujeres lo hacen, más aún tú cuando el tumor ha sido detectado tan pronto.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Estadísticas médicas —admitió con una sonrisa. Luego le sonrió más abiertamente—. Y Claire.

Ella comenzó a afirmar.

—Claire —Sonrió de forma involuntaria. Luego negó con la cabeza incrédula, como si le pareciese imposible lo que fuese a decir en aquel momento—. Realmente ella es la que me ha dado esperanzas.

Allen la contempló fijamente y rodeo su mano con la otra.

—Déjame enseñarte algo, espera —dijo levantándose.

Rachel se quedó sentada sobre el aseo mientras observaba a Allen salir, sin saber realmente que iba a enseñarle. Escuchó unos suaves pasos por la habitación oscura, realizados con el máximo sigilo para no despertar a Claire y un minuto después Allen entraba por la puerta sujetando en una mano su maletín.

Esta vez se sentó en el suelo apoyado contra el mueble, colocando su maletín al lado.

—¿Qué me vas a enseñar? —preguntó con intriga.

Allen le hizo un gesto para instarle a la calma. Abrió el maletín y extrajo el expediente de Claire colocándolo directamente en las piernas de Rachel, la cual lo observaba intrigada.

Dejó el maletín al otro lado y se situó al lado de ella.

—Mira —dijo abriendo el expediente. Rachel observó mientras pasaba algunas hojas con diagnósticos y el expediente clínico de la joven—. Mira este dibujo —dijo cogiéndolo y centrando su atención en él—. Es uno de los primeros que tengo de ella. De los primeros que realizó —dijo señalándole la fecha, la cual era veintitrés de mayo de dos mil tres.

Rachel lo observó. Había una casa blanca partida por la mitad. Al momento comenzó a sonreír al detectar que le había puesto una especie de venda a la casa, como si intentase curarle, como si aquella grieta que partía la vivienda fuera igual a una persona humana y tuviese una

herida.

—¿Le ha puesto una venda? —pronunció sonriente, como si se tratase de un dibujo de un niño pequeño.

Allen le sonrió pero señaló la venda que cubría la casa en la parte superior, el tejado.

—Tú crees que es una venda —Le dijo mirándola de reojo y una extraña sonrisa en su rostro.

—Ah, ¿no lo es? −preguntó seria.

Allen comenzó a negar.

—Yo digo que es un turbante —continuó algo tímido—. Igual que el que llevan en el islam... o en Marruecos —señaló—. El dieciséis de mayo de dos mil tres hubo un atentado en Casablanca. —Señaló la casa toda de color blanco—. Cuarenta y cinco muertos.

Rachel tragó saliva mientras observaba el dibujo e intentaba interpretarlo. Lo cierto es que mirado así si tenía su simbología.

Allen no dejó que pronunciase nada. Pasó unos cuantos dibujos más y se detuvo en otro.

—Uno de febrero de dos mil cinco, ¿qué ves aquí?

Rachel lo observó. Había tres rectángulos partidos por la mitad y frente a ellos un río el cual desembocaba en un pueblo el cual tenía unas nubes sobre el.

—No tengo ni idea. Sorpréndeme —Le dijo con tono más animado.

Allen le medio sonrió acercándose a ella.

—El diez de febrero, en Paquistán, hubo unas lluvias torrenciales y nevadas —dijo señalándole las nubes sobre el poblado—. Esto provocó la rotura de tres presas. —Señaló los rectángulos—, inundando poblados enteros. Hubo unos seiscientos treinta muertos y más de dos mil desaparecidos. —Rachel tragó saliva—. Pero lo mejor de todo es que si vas al historial clínico de Claire puedes ver que desde el uno de febrero dice escuchar grandes tormentas, el agua correr de forma torrencial y justo el diez de febrero acaba el episodio.

—Vaya —dijo impresionada.

—He estudiado prácticamente todos los dibujos. Y todos tienen su significado. Ahora bien… —Avanzó el expediente prácticamente hasta el final y volvió a extraer las hojas que ya tantas veces había visto. El dibujo de las pelotas que explotaban.

—¿Y de éste tienes alguna deducción?

Allen lo miró y luego le sonrió a ella cerrando el expediente.

—Sinceramente. No tengo ni idea —admitió—. Y Claire tampoco. Pero siempre ha acertado —. Tomó el expediente que había colocado sobre las rodillas de Rachel y lo depositó en su maletín—. Podría estar enseñándote dibujos y significados toda la noche —sonrió mientras acababa de cerrarlo y dejaba el maletín a un lado.

—¿Cuándo te has parado a mirar cada dibujo?

Allen volvió a colocarse de rodillas a su lado.

—Antes de ayudarle a escapar del psiquiátrico ya descifré algunos, fue lo que me acabó de corroborar que lo que le ocurría a Claire no era fruto de una enfermedad mental. —Tomó aire y la miró directamente a los ojos—. La otra noche, antes de verte en el bar del hotel desayunado, estuve hasta altas horas investigando, quería explicarte todo esto para intentar convencerte, por si oponías alguna resistencia —admitió. Aquellas palabras parecieron hacer cierta gracia a Rachel la cual le devolvió la sonrisa. Allen acercó de nuevo su mano a la suya y esta vez la sujetó dando un matiz más serio a su rostro—. Con esto quiero decir que… no pierdas la esperanza, Rachel. No desesperes —Le susurró—- Eres una mujer muy fuerte. Saldrás de esta. Te lo aseguro. A veces tenemos que pasar por algo así para aprender de ello. Quizá esto debía pasar para que creyeses a Claire, para que nos ayudases. Para que hoy estuvieses aquí conmigo en el lavabo de

un prostíbulo a las cuatro y media de la madrugada hablando —acabó riendo dándole un tono risueño. Luego acarició su cabello con suavidad—. Las cosas no ocurren porque sí.

Rachel le miró impresionada por la fuerza con la que emitía aquellas palabras, con la convicción con las que la rodeaba.

—Desde luego eres un buen psiquiatra —acabó bromeando también. Luego suspiró y volvió a mirarlo con una extraña sonrisa en sus labios—. O al menos sabes subir un poco la moral.

—¿Un poco? —preguntó alzando una ceja.

—Lo cual sumado al fentonilo es una buena cura —rio ella también.

Allen se quedó observándola, aunque su rostro aún estaba pálido y estaba seguro de que el dolor no había remitido del todo por la medicación tenía un tono un poco más animado, lo cual lo reconfortaba bastante. No quería verla hundida. No se lo merecía.

Carraspeó un poco y se colocó frente a ella alzando una ceja, lo cual demostraba que estaba dispuesto a soltar alguna nueva tontería.

—Quizás… cuando acabe todo esto podamos ir a cenar un día juntos.

Rachel no pudo evitar que se le escapase la risa cuando escuchó aquello.

—¿Me estás pidiendo una cita? —bromeó.

—Bueno, sé que no es el lugar más apropiado —rio mirando a su alrededor−—, pero creo que no estaría mal.

Rachel suspiró aún con una sonrisa en su rostro.

—No, no lo es —susurró entre risas. Luego lo observó un poco más tímida—. Cuenta con ello.

Se habían levantado cerca de las seis y media de la madrugada. Allen había pagado el resto del precio por la habitación y habían cogido el coche. A pesar de que había dormido poco no se encontraba cansado, al menos, no más que ayer. Las pocas horas de sueño le habían servido para descansar la vista y la mente. Rachel parecía tener mejor cara que aquella noche, al menos, aunque su rostro era cansado no poseía aquella blancura ni las ojeras tan marcadas como la noche anterior.

Claire había ido prácticamente como un zombi hasta el vehículo y tal y como se había sentado se había quedado dormida.

Los pocos rayos de sol que había al abandonar el hotel habían convertido la carretera en una hoguera a las diez de la mañana.

Rachel volvió a golpear un poco el aire acondicionado del vehículo.

—No va bien —dijo mientras golpeaba suavemente el botón del aire acondicionado.

—Ya sabemos que no va —respondió apartándole la mano—. Pero así no se solucionará.

Rachel suspiró y volvió a reposar su espalda contra el asiento.

Miró su móvil donde tenía instalado el GPS y observó el cartel bajo el que iban a pasar a pocos metros.

—Tienes que girar por aquí a la izquierda. Dirección Harrisburg.

Allen miró de reojo el móvil de ella y luego miró hacia delante.

—Creo que es más rápido si seguimos recto.

—No —respondió con contundencia. —A la izquierda. Hazme caso. Creo que he viajado más que tú. A parte, es lo que indica el GPS.

Allen colocó el intermitente a la izquierda y se incorporó a la nueva carretera. No tenía ganas de discutir. De todas formas llegarían y para qué engañarse, seguramente tendría razón.

Miró por el retrovisor y observó que Claire aún seguía totalmente dormida.

—Si quieres puedes dormirte tú también —Le susurró mirando la carretera.

Rachel le miró alzando una ceja.

—No hace falta. Gracias —respondió amablemente—. Si me quedase dormida seguramente nos perderíamos —bromeó.

—Ja, ja —Se burló Allen—. Qué graciosilla.

Al momento notó que su móvil vibraba en el bolsillo del pantalón. Comenzó a sacarlo, pues los tejanos le iban un poco ajustados, y miró la pantalla.

—Es Danny —dijo mostrándoselo—. Toma. —Se lo pasó—. Pon el manos libres.

Rachel apretó el botón de recibir la llamada y automáticamente al botón de la pantalla táctil que marcaba un altavoz.

—Hola, Danny —comentó Allen en un tono un tanto fuerte.

Al momento escuchó como Claire se removía en el asiento de atrás.

—Hola Allen. —Su voz sonaba algo entusiasmada—. Llevo toda la noche investigando, no he pegado ojo.

Allen chasqueó la lengua ante la atenta mirada de Rachel.

—Lo siento, no era mi intención que no descansaras.

—¿Estás de broma? —preguntó asombrado—. ¡Esto es impresionante! —Rachel y Allen se miraron de reojo—. Joder, Allen, me van a dar el Publisher —comenzó a reír—. Recuerda el trato que teníamos.

—¿Qué has descubierto? —preguntó rápidamente.

—Recuerdas el trato, ¿no?

—Sí, sí… te daré la exclusiva.

—Y la entrevista con la inspectora Morrison —Le recordó.

Allen miró de reojo a Rachel la cual ponía los ojos en blanco.

—Danny, soy la inspectora —intervino−. Cuenta con ello, ahora dinos que has descubierto.

—Ah, vaya, hola inspectora.

—Danny —Medio gritó Allen—. Dilo de una vez.

—De acuerdo, de acuerdo. Escucha. Recuerdas que me diste unos nombres, John Bourez, Nicholas Bourez y Lucia Ortegas.

—Sí, lo recuerdo.

—De acuerdo —continuó—. Lucía Ortegas tiene su domicilio en Nueva York en la calle…

—Sí, eso ya lo sabemos.

—¿Ya lo sabéis? —preguntó inquieto.

Rachel sonrió esta vez.

—Recuerda que tu amigo va con una inspectora de policía —dijo con una gran sonrisa.

—Ya, claro, ¿pero a que no sabéis a quién pertenece esa vivienda? —Ambos se miraron de reojo—. El propietario se la alquiló a Nicholas Bourez, la tiene alquilada desde el uno de julio de este año.

Allen golpeó el volante.

—Ves, es la novia —Señaló hacia Rachel—. Lo sabía.

—O la amante, socia, o vete a saber —intervino Danny desde el teléfono—. Lo importante no es eso, ¿sabes realmente quién es Lucia Ortegas?

—Dime.

—Es la sobrina de Anthony Rithz. Sobrina por parte de madre —recalcó—. ¿Te suena el nombre de Anthony Rithz?

—No

—A mi sí —comentó Rachel pensativa—. ¿No es un multimillonario? Creo que tiene negocios. Me suena bastante.

—Exacto —comentó Danny desde el teléfono—. Y qué negocios —bromeo—. Anthony Rithz, o más bien, lagarto negro como lo conocen en Colombia, perteneció a la milicia durante diez años. Desde entonces se encarga del tráfico de armas.

—Continúa —comentó Allen intrigado por ver hacia donde conducía aquello.

—Bien, pues Anthony Rithz es uno de los traficantes de armas más importantes del mundo, aunque operaba sobretodo en Sudamérica proveyendo a las guerrillas con armas.

—Dices, ¿operaba? ¿Ya no lo hace?

—Ahora viene lo mejor —rió Danny—. Hace tres meses llegó por mar un cargamento a California con armas, ¿lo recuerdas? Salió por la tele.

—No.

—Yo sí. Incautaron cientos de armas —señaló Rachel.

—Exacto. Se interrogó a varios testigos, ¿no es cierto?

—Sí, es verdad. Aunque no es de mi jurisdicción —señaló Rachel—. Yo no controlé ese asunto, no sé bien lo qué ocurrió.

—Bien, pues parte de la tripulación dijo que llevaban en total unas dos toneladas en armas —continuó Danny—. ¿Adivina cuanto aparece en el expediente del juzgado? Una tonelada y media.

Allen se quedó pensativo.

—¿Estás insinuando que la policía se quedó parte de las armas? —preguntó realmente confundido.

—O eso, o las volvió a revender.

Allen miró de reojo a Rachel.

—A mí no me mires —Le dijo de malos modos—. No es mi jurisdicción.

—Bueno —volvió a intervenir Danny—, esperad, que ahora viene lo mejor…

—Pensaba que lo mejor era esto —dijo rápidamente.

—No, escucha. El tío de Lucía Ortegas, Anthony Rithz, como te he dicho es traficante de armas, lo cual ya es conocido por la policía. Ahora bien, ¿os suena el nombre de Ahmad Aussum?

—No —respondieron ambos a la vez.

—Perfecto. Pues ahora viene la razón por la que me van a dar el Publisher —rió—. Es uno de los encargados de seguridad del complejo militar de Teherán.

—¿Teherán? —preguntaron ambos a la vez.

—Hace aproximadamente dos meses desaparecieron dos bombas. De ahí que Estados Unidos no retire los militares de Irán. Bueno, pues, ¿adivina de quién es amigo Ahmad? —No dejó ni contestar—. Anthony Rithz. Y este según mis investigaciones y las fuentes que tengo consiguió que Nicholas Bourez y Ahmad se pusieran en contacto hace dos días, en un bar.

—¿Qué? —preguntó Allen deteniendo el vehículo en el arcén. Miró directamente a Rachel —. Debía ser el hombre que estaba con Nicholas Bourez, el del bar.

—Espera, espera, pero, ¿adivina quién ha denunciado la desaparición de bombas? —Luego comenzó a reír—. Esto… esto es buenísimo. Ahmad intervino hace escasas semanas para denunciar la desaparición de material militar y decía textualmente que esto se debía seguramente a las intrusiones de los militares estadounidenses en las estancias militares.

Rachel lo miraba entre asustada e impresionada. Tragó saliva varias veces y luego se quedó

pensativa.

—Oye, Danny —comentó Rachel mirando hacia el móvil—. ¿Y tú como sabes eso? —preguntó medio gritando.

—Soy periodista —comentó con un poco de prepotencia en la voz.

—Ya, ¿contrataste un hacker para piratear la web del FBI? —preguntó como si interrogase a alguien.

—No lo contraté —comentó algo enfadado—. Me debían un favor —acabó sonriente—. Pero no pude acceder a la web del FBI dado que la habían saboteado. —Rachel puso cara de circunstancia hacia Allen, el cual se la devolvió—. Así que la información llega directamente desde el Pentágono.

—¿Qué? —gritó ella.

—Oye —Le devolvió el grito Danny—. Esto lo he hecho para ayudaros, eh.

—Sí —intervino Allen—. Y no sabes lo mucho que nos has ayudado, ni te lo puedes imaginar, Danny —comentó con aire conciliador. Suspiró y se apoyó contra el respaldo como si estuviese agotado. Miró por el retrovisor como Claire se sentaba aún con cara de dormida.

En ese momento todos se asustaron al escuchar como un largo pitido de un coche que había pasado a su lado les alertaba que no estaban bien colocados en el arcén.

—Deberías poner el coche en marcha, no estamos bien aquí —Le indicó Rachel mientras miraba hacia detrás.

Allen puso primera, el intermitente, y se incorporó de nuevo a la carretera conduciendo lentamente.

—Oye —volvió a decir Danny—. ¿Dónde estáis?

—Conduciendo —respondió rápidamente.

—Eso ya lo deduzco. Pero, ¿a dónde vais?

Allen miró hacia Rachel de reojo. Carraspeó un poco y suspiró.

—Vamos hacia Nueva York.

—¿Qué? —El grito de Danny casi le hizo dar un volantazo—. Espera, espera. No estarás pensando ir a hacer una visita a Lucía Ortegas, ¿verdad?

—No es una visita —contestó resignado.

—Joder, joder… cojo un vuelo para Nueva York esta tarde.

—¿Pero qué dices? —contestó Allen enfadado—. Ni se te ocurra ir a Nueva York. Tienes que quedarte allí, con Megan. —Luego suspiró—. Por cierto, ¿cómo está?

—Parece que mejor. Los médicos dicen que la van a despertar esta tarde, a ver si responde bien para poder quitarle el tubo.

—Pues quédate allí. —Le reprendió—. Además, necesito que estés allí —enfatizó.

—Supongo que tienes razón —contestó al cabo de unos segundos—. Pero, esto es muy importante Allen, ¿se puede saber cómo te has metido en esto?

—Mejor que no lo sepas.

—No, no…insisto, quiero saberlo. —Allen y Rachel se miraron de reojo.

—Preferiría explicártelo cara a cara —remarcó Allen.

—Ya. Pero me gustaría saber ¿cómo es posible que sepas esos nombres? ¿qué has podido decir a la inspectora Morrison para que ella misma este arriesgando su carrera profesional para ayudarte?

—Je, je —rio algo tímido—. Danny, te lo prometo. Te lo explicaré todo. Haré que consigas ese dichoso Publisher, pero por favor… ahora no —acabó rogando.

—De acuerdo, de acuerdo.

—Gracias. —Se mantuvo unos segundos en silencio—. Y me alegro de que Megan esté mejor. —Luego sonrió como si no lo creyese—. Es la única buena noticia que he tenido en días.

En ese momento notó como Rachel colocaba una mano en su brazo, se quedó algo parado al notar aquel gesto pero lejos de todo lo que imaginaba comenzó a gritarle.

—Frena, frena. —Comenzó a golpear su brazo. Allen se fijó de nuevo en la carretera. Se había quedado absorto en sus pensamientos. Una larga cola de coches se veía en los dos carriles en el mismo sentido. Apretó fuerte el freno haciendo que Rachel tuviese que colocar su mano en el salpicadero y logró frenar el vehículo a unos cuantos metros del siguiente coche. Rachel emitió un gruñido—. ¿Es qué no mirabas la carretera? —protestó.

—No lo había visto —gritó también movido por los nervios.

—¡Eh! ¿Qué pasa? —intervino la voz de Danny desde el móvil.

Rachel observó la larga cola que ocupaba ambos carriles. Debían tener al menos unos veinte coches delante, pero lo que más le llamó la atención fueron los dos vehículos policiales que cortaban el paso y que iban observando cada uno de los vehículos antes de pasar.

—La madre que… —susurró—. Danny, dime ¿la web del FBI funciona ahora?

—Espera, tengo el ordenador delante. Lo miro. —Tras unos segundos su voz volvió a sonar —. Sí, ahora funciona, han debido arreglarlo ya, ¿por?

Rachel miró asustada hacia un Allen que parecía emitir la misma mirada de miedo. Automáticamente, Rachel se incorporó en el asiento y miró hacia detrás. Un vehículo se acababa de colocar detrás de ellos impidiéndoles que echasen marcha atrás.

—Mierda, mierda —comenzó a gritar—. Tengo que llamar a Ben.

Allen le quitó el móvil de las manos.

—Danny, después te llamamos.

—Vale, pero espera, ¿quién es Ben?

Allen no contestó, le colgó directamente mientras observaba como Rachel agarraba su bolso y comenzaba a rebuscar en su interior.

—¿Crees que pueden estar buscándonos?

—No lo sé —dijo cogiendo el móvil finalmente—. Pero no sería descabellado. —Luego elevó un poco más su tono—. Por Dios, ¿qué hace un control policial en esta carretera?

Allen se pasó la mano por la frente mientras miraba hacia delante. Solo pudo pronunciar unas palabras.

—Te dije que era mejor seguir recto.

—¡Oh! ¡Cállate! —Le gritó mientras se llevaba el teléfono al oído—. Vamos, vamos —susurró—. Cógelo.

Allen observó como el pie de la inspectora se movía inquieto hacia arriba y hacia abajo en una actitud de impaciencia.

Cuando Rachel escuchó que descolgaban el teléfono no pudo remediarlo y no esperó ni a que contestasen.

—¡Ben! —gritó para sorpresa de Allen y de Claire que aún permanecía con rostro dormido, pero que se había apoyado entre los respaldos dejando caer sus brazos hacia delante.

—Hola —pronunció largamente Ben—. Cariño. —De nuevo arrastraba las palabras—. ¿Ya te has levantado?

Rachel miró con cara preocupada a Allen, el cual no podía escuchar nada de la conversación. Luego suspiró y se pasó la mano por la frente.

—Estás rodeado de gente, ¿verdad? —Le preguntó intrigada.

—Sí, me alegro de que hayas dormido bien —contestó Ben mientras miraba de un lado a otro

de la oficina.

Rachel suspiró mientras cambiaba de posición en el asiento del vehículo constantemente.

—La web se ha arreglado ya, ¿verdad?

—Sí —rio Ben.

—El oficio, ¿está enviado?

—¿Ah no? ¿No te ha llegado el ramo de flores? Lo he encargado esta mañana. Supongo que llegará en diez minutos —Escuchó como tapaba el auricular del móvil y hablaba con otra persona con voz más baja—. Es mi mujer. Es nuestro aniversario —dijo con una sonrisa.

—Mierda, mierda, mierda —Iba incrementando la voz de Rachel.

—¿Qué pasa? —preguntó Allen cada vez más nervioso.

—Sabía que te gustaría la sorpresa —Escuchó a Ben que seguía disimulando por el teléfono.

—De acuerdo —dijo finalmente Rachel respirando de forma profunda para intentar tranquilizarse—. El oficio con la orden de búsqueda y captura llegará en diez minutos al resto de comisarías y patrullas. —Pudo observar como Allen abría asustado los ojos y luego golpeaba el volante movido por los nervios—. Hay un control policial en la carretera L setenta y seis EB, dirección Harrisburg, ¿es por nosotros?

—No, ya sé que te gustan de muchos colores, pero solo he podido escoger entre dos.

—¿Qué? —preguntó sin comprender.

—Que no es por ti —contestó un poco molesto, sin duda movido también por los nervios que estaba pasando en aquel momento—. Que es por los otros —Escuchó de nuevo que tapaba el altavoz—. Mis hijos tienen alergia a las flores —comentó como si nada a algún compañero que andaba cerca.

—Vale, vale, ahora —contestó Rachel.

—Pero no, tranquila —continuó Ben—. No tienes solo el ramo de flores, en compensación por haberme marchado tan pronto esta mañana tengo otro regalito para ti.

Rachel puso la espalda recta por la tensión.

—Dime.

—Como sé que te gusta hacer puzles he encargado que hagan uno con tu foto —rio—. En realidad es de toda la familia. Debería llegarte también dentro de diez minutos con el ramo de flores.

—¿Qué? —gritó.

—Sí, qué ilusión, ¿eh? Es que ya que no estoy ahí en casa contigo prefiero decírtelo yo, al menos así soy yo quien te da la sorpresa.

—No, no, no —comenzó a repetir compulsivamente.

—¡Sí! —Le gritó Ben con suma alegría—. Ya sabía yo que te haría mucha, mucha ilusión.

—No Ben, no me la hace —protestó ella de mal humor.

—Ya lo sabía —Le respondió más serio.

Rachel suspiró y miró hacia la larga cola de coches que avanzaban poco a poco hacia las dos patrullas policiales que cortaban el paso y que sin duda inspeccionaban cada vehículo.

Suspiró y miró el reloj. Solo disponía de pocos minutos antes de que el oficio de búsqueda y captura llegase a todas las patrullas del estado y la cola avanzaba demasiado lenta.

—Oye Ben, estoy detrás de algo muy importante.

—Eso ya lo sé —contestó sonriente de nuevo.

—No Ben, ni te imaginas lo gordo que es —dijo realmente seria, lo cual hizo que Ben dejase de respirar durante unos segundos—. Necesito explicártelo y tu ayuda. Llámame cuando bajes a desayunar y estés solo. Te lo contaré absolutamente todo.

—Está bien —respondió en tono serio.

Rachel colgó el móvil directamente y miró hacia Allen y Claire, los cuales parecían estar esperando que les explicase lo que había ocurrido, pero contrariamente con un movimiento excesivamente rápido se quitó el cinturón de seguridad y a Allen también.

—Cambio de sitio, conduzco yo —dijo arrodillándose en el asiento. Allen la miró algo desubicado—. Va, va —gritó.

Allen pasó lo más rápido que pudo arrastrándose por el asiento mientras Rachel le pasaba por encima.

—El freno de mano —gritó Allen cuando se golpeó con él. Pero Rachel no le hizo ningún caso.

Se sentaron ambos en los asientos y Rachel agarró las gafas de sol colocándoselas.

—Póntelas —Le dijo señalando las suyas. Luego miró por el retrovisor mientras se ajustaba el asiento al volante para llegar bien a los pedales—. Claire, cariño, ponte la gorra, cúbrete todo el cabello.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Allen mientras la obedecía y se colocaba el cinturón.

—¿Sabes poner cara de enferma? —volvió a preguntar Rachel mirando por el retrovisor.

—Han creído que lo estaba durante muchos años —respondió con burla. Lo cual recibió una mirada furiosa de Allen.

—Pues túmbate y haz que te duele la barriga, o que te falta la respiración, no sé, haz lo que quieras —dijo mientras cogía su bolso y sacaba un pañuelo blanco. Puso marcha atrás y comenzó a pitar mientras retrocedía lo suficiente para tomar bien la curva y poder avanzar por el arcén.

Allen miró hacia atrás nervioso, agarrándose a la puerta.

—¿Qué haces?

Rachel volvió a pitar compulsivamente mientras sacaba su brazo por la ventana mostrando el pañuelo blanco.

—Han arreglado el sistema informático del FBI, el oficio con la orden de búsqueda y captura les llegará en cuestión de minutos, con nuestra foto —dijo enderezando el coche y comenzando a circular por el arcén, el cual no estaba asfaltado y hacía que el vehículo se moviese de un lado a otro.

—Pero al llevar otro coche no sabrán que somos nosotros —comentó Allen con voz chillona.

—Todos los coches de patrulla llevan una pequeña pantalla con ordenador donde lo reciben todo. Créeme, nos verán las caras. Hay que pasar el control antes de que le llegue.

—¿Y si les ha llegado ya? —Le gritó mientras iban avanzando entre los coches y se acercaban al control.

—Ben me ha dicho que tardarían unos minutos aún en recibirlo.

—Ya, pero si lo acaban de recibir, ¿qué? −preguntó observando ya que uno de los policías corría hacia ellos con actitud de que detuviese el vehículo.

—Cállate —Le amenazó en voz baja ya.

El policía se acercó hacia ellos en actitud enfadada, aunque este varió en cuando Rachel sacó su placa por la ventana y se la mostró.

—Disculpe agente. Soy inspectora —habló en actitud desesperada—. Cerró la placa y la volvió a colocar sobre el salpicadero—. Necesito llegar al hospital. A mi hija le ha dado un ataque de alergia, ha comido crema de cacahuete y es alérgica. Por favor —gritó hacia él nerviosa.

El policía se bajó un poco las gafas de sol y observó al asiento de atrás a través de la ventana. Claire permanecía tumbada con las manos en la barriga con rostro de dolor y escenificando una

respiración dificultosa.

—¡Agente! —Le gritó Rachel para que dejara de observarla—. ¡Vamos!

El agente los miró y finalmente aceptó corriendo hacia los coches patrulla. Pudo escuchar como le gritaba a su otro compañero que detuviese el tráfico y apartase un poco el vehículo para dejarlos pasar dado que se trataba de una urgencia médica.

Rachel avanzó en cuanto el policía se lo indicó pasando entre el pequeño hueco que había entre los dos vehículos policiales.

—Gracias —Le indicó con un movimiento de mano.

—Espero que no sea nada —comentó el agente mientras golpeaba el capó del vehículo al pasar al lado suyo.

En cuanto pasó entre los dos vehículos policiales incrementó la velocidad para apartarse de ellos.

Cuando giraron una curva respiró un poco más tranquila, pero botó cuando escuchó el grito de júbilo de Allen.

—¡Sí! —gritó alzando el puño—. ¡Toma ya!

—¡Allen! —gritó ella también reprendiéndole por el susto.

—Nos hemos librado, Rachel. Por los pelos —dijo con alegría, luego se giró hacia el asiento de atrás y observó como Claire se sentaba con una sonrisa en su rostro. Automáticamente elevó su mano y la palmeó con la de ella—. Lo has hecho genial.

—Sí, vale —interrumpió Rachel la efusividad del momento—. Nos hemos librado esta vez. Pero el oficio con la orden de búsqueda y captura y nuestras fotos van a llegar a toda la policía. ¿Sabes lo que significa eso?

—No saben que conducimos este vehículo —remarcó Allen sentándose de nuevo en el asiento.

—Ya, pero debemos ir con más cuidado aún.

Allen la miró fijamente y suspiró.

—Sí, claro.

21

Dos horas después Rachel aparcó el vehículo en un área de servicio a las puertas de New Jersey. Detuvo el vehículo bajo un árbol frondoso y lo apagó. Suspiró y se apoyó finalmente contra el asiento intentando relajar las cervicales.

—¿Estás bien? —preguntó Allen mirándola fijamente.

Rachel volvió su rostro hacia él y le sonrió tímidamente.

—Me iría bien un fentonilo.

Allen cogió su bolso y rebuscó en el hasta encontrar el bote. Lo abrió y cogió una pastilla.

—Claire, pásame la botella de agua —dijo mientras se giraba hacia ella. La agarró y le pasó ambas cosas a Rachel la cual se encontraba un poco pálida—. Deberíamos comer algo —pronuncio mientras observaba como se tomaba la pastilla—. Sobretodo tú.

—Yo tengo algo de hambre —pronunció Claire animada.

Rachel acabó de tragar y devolvió la botella a Claire.

—Deberíamos ir con cuidado —susurró apoyándose de nuevo en el asiento—. Toda la policía debe tener nuestras fotografías.

Allen observó a las dos y cogió la cartera.

—Iré a buscar algo para comer. —Miró hacia la estación de servicios—. Volveré en seguida. Cogeré unos sándwiches, ¿lo queréis de algo?

Ambas se encogieron de hombros mientras el salía del vehículo.

—Ten cuidado —dijo Rachel mientras se cambiaba de asiento al del copiloto.

Allen se giró lo suficiente para sonreírles de forma tranquilizadora y siguió andando directo al restaurante.

No tardó más de diez minutos en comprar lo que necesitaba e ir al aseo. No se entretuvo. Iba directo sin mirar hacia los lados, caminando rápido y con las palpitaciones del corazón desbocadas. Todo lo que habían descubierto superaba con creces sus expectativas, sabía que Claire tenía razón al decir que iba a ocurrir algo catastrófico, pero tras el descubrimiento de Danny se había dado realmente cuenta de quién iba acompañado.

Ya había tenido experiencias extrasensoriales antes. Lo que había vivido hacía ya tantos años, a la tierna edad de once, con su abuela. La recordaba tan claramente, recordaba su mirada, su tierna sonrisa cuando se despidió de él, incluso aquel olor a la colonia que siempre se usaba.

Había luchado durante años, debatiéndose en si habría sido una simple ilusión, confundido por la rotunda negación de sus padres, pero ahora lo tenía claro. Había algo más. No podía basarse sólo en la ciencia, tal y como había hecho los últimos años.

Se observó en el espejo del aseo unos segundos y cogió la bolsa para salir del área de servicios. Cuando divisó el vehículo aparcado bajo el frondoso árbol percibió como Rachel y Claire conversaban animadas. Las dos eran extraordinarias. No pudo evitar mirar durante unos segundos seguidos el rostro de Rachel, tan en contraste con el de la noche anterior. El fentonilo debía comenzar a hacer su efecto pues sus mejillas comenzaban a ser sonrosadas y su sonrisa tierna se mostraba en su rostro.

—Tomad —dijo pasándole a cada una un sándwich—. He comprado unas latas de bebida. —Las dejó en el salpicadero y se sentó correctamente en el asiento del conductor—. En una hora podemos estar ya en Nueva York −pronunció mientras daba un bocado.

—Introduciré los datos de la dirección de Lucía Ortegas en el GPS.

Allen la miró alzando una ceja.

—¿Quieres ir directamente?

—Me gustaría echar un vistazo de día. Se nota menos. Ya te lo dije.

Allen miró hacia Claire la cual se había asomado entre los dos asientos delanteros y comía rápidamente.

—Tenías hambre, ¿eh? −bromeó hacia la muchacha. Solo recibió una sonrisa por parte de ella.

En ese momento una melodía movida comenzó a sonar en el interior del vehículo.

Rachel miró su móvil mientras tragaba.

—Es Ben —dijo mirando hacia Allen.

—Cógelo, vamos.

Rachel se apretó el botón para recibir la llamada y automáticamente se llevó el móvil al oído.

—Hola, Ben.

—Hola.

—¿Puedes hablar tranquilo? —preguntó algo incómoda.

—Sí. No te he podido llamar antes, perdona. —Escuchó un largo suspiro—. No tengo mucho tiempo, así que explícame lo que sea rápido.

Rachel miró a Allen durante unos segundos y se mordió el labio.

—Ben, ¿te importa si pongo el manos libres?

—Espera, estás solo con el doctor y Claire, ¿verdad?

—Sí.

—Está bien. Ponlo.

Rachel se apartó el móvil y pulsó también la tecla del altavoz.

—Ya está. ¿Me escuchas bien?

—Perfectamente. Cuéntame. Vamos —dijo con urgencia.

Rachel tomó aire mientras miraba confusa a Allen. Le era complicado explicárselo, pero debía hacerlo.

—De acuerdo. —Carraspeó un poco y tomó aire de nuevo—. ¿Recuerdas las fotos que mandé tomar a David en el bar?

—Claro.

—Recuerdas que te dije que uno de los hombres era Nicholas Bourez, ¿verdad?

—Por supuesto.

—De acuerdo. El otro hombre que le acompañaba era Ahmad Aussum, ¿te suena el nombre?

—Para nada.

—Trabaja en el complejo militar de Teherán. Hace un par de semanas denunció en su país la desaparición de dos bombas y material militar en una de sus bases. Dijo que esto era producto de la intrusión estadounidense en sus bases, cuando nuestros militares no han entrado nunca, en principio —remarcó.

—Te escuchó —pronunció exaltado.

—Bien, pues Nicholas Bourez, el hermano de John Bourez al cual se le cambia de prisión mañana, se reunió con este personaje, y ahora te preguntarás, ¿cómo se han podido reunir?

—Me lo estaba preguntando en este momento —comentó nervioso.

—Nicholas Bourez tiene una amiga, o novia, lo que sea. Se llama Lucía Ortegas, es la sobrina de Anthony Rithz, traficante de armas muy conocido en Colombia. Trabajó para las guerrillas durante muchos años y ahora parece que se dedica a este negocio a escala mundial.

Escuchó el bufido nervioso de Ben.

—Rachel, lo que me estás contando es muy gordo, ¿cómo que no tenemos noticias de esto? ¿Cómo te has podido enterar?

—Escucha Ben, hay… —Miró hacia Allen no muy segura—, hay un periodista que nos está ayudando. Esta información viene directa del Pentágono.

—Joder —Escuchó que decía en voz baja—. Pero esto sigue sin explicar porque no tenemos constancia nosotros de esa reunión. Es nuestra jurisdicción.

Rachel tragó saliva mientras se cambiaba de posición.

—Verás, ¿recuerdas el barco mercante que llegó a California y en el que incautaron armas?

—Sí, no hace mucho de eso.

—Pues dijéramos que desaparecieron algunas.

—Estás insinuando que…

—Sí —comentó Rachel con contundencia. Luego suspiró—. Ese barco llevaba un cargamento de Anthony Rithz. Hay que ir con cuidado de a quién se le pasa esta información. No sería de extrañar que hubiese más policía corrupta de la que imaginamos. —Escuchó la respiración acelerada de Ben—. Ben —volvió a llamarlo ella—, lo peor de todo es que el doctor escuchó una conversación acerca del jueves, y todo nos hace pensar que pueden estar planeando algo para esa fecha. Escucha, la desaparición de armas, la reunión secreta entre el hermano de John Bourez y Ahmad, jefe de seguridad de una de las bases militares de Teherán y que denuncian la desaparición de dos bombas echando la culpa a los militares americanos. El tráfico de armas de California y la desaparición de ellas. La conexión de ambos a través de un traficante de armas a nivel mundial. —Se pasó la mano por la nunca angustiada—. Esto huele mal.

—¿Qué huele mal? Esto apesta, Rachel. —Escuchó que se removía inquieto—. ¿Qué necesitas que haga?

Rachel tragó saliva.

—Tienes la fotografía que David tomó en el bar, ¿verdad?

—Deben tenerla en investigación.

—Intentaré pasarte esta documentación por email. ¿Crees que podrías hablar con el comisario?

—¿Yo? —preguntó asustado.

—Claro. Oye, explícaselo también a David, haced presión los dos.

—¿Pero presión para qué? —preguntó elevando un poco el tono de voz—. En realidad no tenemos ni idea de qué van a hacer.

—Nosotros no. Pero está claro que el Pentágono ha escondido información. Supongo que al comisario no le hará ninguna gracia.

—En eso tienes razón —dijo rápidamente.

—Por favor. Explícaselo y… —Luego miró hacia Allen algo dudosa—. Y si tiene alguna duda que me llame.

Ben permaneció en silencio unos segundos.

—Está bien, ¿qué vais a hacer vosotros?

—Iremos a investigar por la zona donde vivie Lucia Ortegas —Luego bajó un poco el tono de su voz—. No puedo hacer esto sola, Ben.

—Tranquila.

—Te pasaré a tu email la información en cuanto la tenga.

—Te llamo en cuanto hable con él.

Rachel afirmó lentamente con su rostro.

—Gracias.

Colgó el teléfono y se apoyó contra el asiento como si estuviese rendida. Se pasó la mano por el cabello y cerró los ojos agotada durante unos segundos.

—Rachel −Le susurró Allen.

Ella abrió los ojos e inspiró como si tomase fuerzas.

—Llama a Danny y dile que me pase toda la información a mi email. Yo se la pasaré a Ben.

—Está bien. —Cogió su móvil y buscó en la agenda el número de teléfono de su amigo, lo pulsó y se llevó el teléfono al oído. Tras unos segundos comenzó a hablar—. Hola Danny, ¿estás en casa aún? —Tras unos segundos miró a Rachel y chasqueó la lengua—. De acuerdo, supongo que toda la información que nos has dado la tendrás guardada. —Miró a Claire y medio sonrió —. Perfecto, apunta esta dirección de email y envíala en cuanto puedas. Es el email de la inspectora Morrison. —Tras dictarle la dirección sonrió a Rachel con dulzura, pues aún estaba algo pálida—. De acuerdo, gracias.

—¿La tiene? —preguntó Rachel nerviosa.

—Sí, pero no está en casa. Ha ido al hospital a ver a Megan. Dice que en cuanto llegue a casa por la tarde te la envía.

Eran prácticamente las ocho de la tarde cuando había recibido el email con toda la documentación. Poca gente quedaba en la oficina. Ben volvió a observar todos los documentos que Rachel le había enviado. Había infinidad de información clasificada. Información sobre antiguos atentados perpetrados por la guerrilla de Anthony Rithz, la desaparición de dos bombas del complejo de Teherán, la reunión de Nicholas Bourez con Ahmad. Aquello era demasiado. Jamás había tenido ese tipo de información en sus manos y, lo cierto, es que le asustaba.

Miró a David, el cual permanecía sentado frente a él, tecleando en su ordenador de forma compulsiva y miró a ambos lados para observar que nadie viese aquella información.

Pulsó la tecla imprimir y se movió con su silla de ruedas hacia la impresora laser que no tardó más de diez segundos en procesar la información y comenzar a imprimir aquellos documentos.

Fue cogiendo cada una de las hojas impresas con datos de cada una de aquellas personas, informes que rebelaban el conocimiento por parte del Pentágono de la desaparición de las bombas, de la reunión secreta mantenida. Aquello sobrepasaba sus límites. Era una verdadera bomba de información.

Cuando imprimió las dieciséis hojas se levantó y sin pensarlo dos veces fue con ellas hacia la mesa de David. Rachel tenía razón, con él podía hacer más presión, el jefe les escucharía y quizás podrían solicitar más información o bien comenzar por su cuenta la investigación, aunque sabía que iban contrarreloj.

—David, ¿podemos hablar un segundo? —Le preguntó.

David le observó y al momento supo que no quería hablar en aquel lugar. Demasiados años de compañeros. David tragó saliva e inspiró algo fuerte como si la situación no le agradase. La última vez que le había pedido aquello se había visto prácticamente forzado a contratar un hacker informático para paralizar la orden de un juez, aun así, se levantó resignado y comenzó a seguir a Ben, esta vez, hacia la salida de emergencias, donde nadie podría escucharles.

Ben abrió la puerta mientras notaba el temblor de su mano al hacer presión y la cerró con cuidado tras la entrada de David.

Miró entre el hueco de las escaleras tanto hacia los pisos inferiores como al piso superior que

iba a la azotea, parecía que estaban totalmente solos, lo cual le reconfortó bastante.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó un poco de malos modos.

Ben se giró hacia él nervioso.

—Es sobre Rachel.

David alzó una ceja hacia él.

—¿Qué ocurre? —Se cruzó de brazos.

Ben se quedó pensativo, sin saber bien cómo comenzar a explicar toda la información que Rachel le había dado. Miró su mano con los documentos sujetos y se los pasó.

—Mira esto —comentó entregándoselos. David no pareció muy seguro pero los cogió colocándolos ante él y comenzó a observar.

Pasó algunas hojas con un rostro que daba lugar a la confusión.

—¿Qué es todo esto? —preguntó alterado.

—Rachel ha descubierto esto. Un periodista les está ayudando.

—¿Qué periodista? —preguntó sorprendido.

—No me ha dicho el nombre. —Se acercó más y le hizo pasar unas hojas mostrándole las fotografías de Nicholas Bourez, Anthony Rithz, Lucía Ortegas y Ahmad—. Este hombre —dijo señalando al último—, trabaja en una base militar de Teherán, ha denunciado la desaparición de dos bombas diciendo que han sido nuestros militares.

—¿Y? —preguntó absorto, como si no comprendiese toda aquella información.

—El día que fuimos al bar cuando buscábamos al doctor Milton y a Claire McCain tú mismo le sacaste una fotografía a Nicholas Bourez.

—Sí —dijo rápidamente, pero aún sin comprender lo que ocurría.

—Nicholas Bourez estaba acompañado de este hombre. Ahmad —Le explicó volviendo a señalarlo—. El doctor Milton escuchó una conversación que nos hace pensar que este jueves pueden estar planeando algo.

—El jueves es mañana —respondió rápidamente.

—Exacto —contestó rápidamente—. Pero espera, hay algo más. Esta mujer. —Señaló su fotografía—, Lucía Ortegas, creo que es la novia del hermano de John Bourez, Nicholas Bourez, es la sobrina de Anthony Rithz, traficante de armas. Hace poco llegó un cargamento a California con armas, pero desaparecieron parte de ellas.

David miraba los documentos con ojos como platos, como si lo que le estuviese explicando Ben fuese un delirio.

—Espera, espera —Lo frenó—. ¿De dónde has sacado esta información?

Ben tragó saliva.

—Es información confidencial del Pentágono.

—¿Qué? —gritó David—. Joder Ben, ¿estás loco?

—No —Le gritó él también—. ¿Te das cuenta de lo que significa esto? Se está planeado un atentado, joder —Le gritó de malos modos mientras señalaba las declaraciones de Admad respecto a la desaparición de dos bombas y posteriormente la noticia y resolución judicial del barco que habían incautado en California.

David movió la cabeza negándolo y luego emitió una risa bastante nerviosa. Finalmente, pareció calmarse y resopló. Se giró hacia la pared y pareció debatirse unos minutos. Volvió hacia Ben cuando se hubo calmado, aunque su mirada aún era un poco perdida.

—Esto es una locura, Ben.

Esta vez Ben se relajó un poco.

—Lo sé —susurró.

—¿Dónde está Rachel? Tenemos que hablar con ella.

—Va camino de Nueva York, quiere investigar más de cerca la vivienda de Lucía Ortegas.

—¿Qué? —gritó—. ¿Y tú se lo permites? Es peligroso. ¿Es qué no te das cuenta?

Ben se acercó a él haciendo gestos para que bajara el tono de voz.

—¿Y qué pretendes? Si es el mismo Pentágono es el que oculta información. El que no nos ha revelado nada de esto cuando tenía constancia de todo.

David ojeó de nuevo todas los documentos que Ben le había entregado.

—¿Y qué pretendes que hagamos? —comentó leyendo la información de Nicholas Bourez.

Ben se removió no muy convencido. Luego se giró y miró como David seguía leyendo de forma rápida todos los documentos.

—Rachel me ha pedido que lo pongamos en conocimiento de Alex.

David lo miró asustado.

—¿Del comisario?

—Sí, claro. Él puede hablar con el Pentágono o con el gobernador —comentó inquieto—. Puede exigir explicaciones, podemos hacer algo para que…—Pero al momento se calló al ver que David doblaba las hojas y las guardaba en el bolsillo interior de su camisa, apartando su chaqueta. Se quedó en silencio unos segundos—. ¿Qué haces?

David acabó de guardar la documentación en su bolsillo como si tuviese todo el tiempo del mundo.

Luego elevó la mirada hacia él y esta vez no hubo un matiz de titubeo en sus ojos, lo que había era convicción.

—Me parece que no comprendes bien la magnitud de lo que habéis descubierto —Le susurró con una sonrisa de triunfo en su rostro. Ben lo miró paralizado. David anduvo unos pasos alejándose de él—. No podías estarte quieto. Rachel no podía estarse quieta —pronunció con un tono de voz grave.

Ben dio unos pasos hacia atrás.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que estoy diciendo es que os habéis metido donde no os importa. —Acto seguido extrajo su arma del cinturón y comenzó a colocar un silenciador. Ben dio unos pasos hacia atrás topándose con la pared, aún sin comprender realmente lo que ocurría. Observó como atornillaba el largo silenciador a su arma mirándolo fijamente—. Nadie va a desbaratar nuestros planes, Ben —pronunció seriamente—. Solo tenías que quedarte quieto. Ser un buen subinspector, pero no, tú debías ayudar a Rachel.

—David —Le amenazó dando un paso hacia él, pero al momento se quedó paralizado cuando ascendió su arma hasta colocarla en su frente—. No lo hagas, David, por favor… no diré nada —Le rogó.

—Ya es tarde. Tienes una información demasiado valiosa, amigo —remarcó la última palabra mientras una sonrisa de triunfo inundaba su rostro.

—¿Me llamas amigo? ¡Eres un traidor! —gritó—. Por Dios, me… me has ayudado con lo del hacker, echaste la fotografía en aquel bar a Bourez como si estuvieses de nuestra parte…

—Hay que disimular —sonrió maliciosamente.

Ben tragó saliva.

—¿Qué va a ocurrir? —preguntó en un susurró mientras observaba como la mano de David no temblaba, con su pulso totalmente firme.

David sonrió.

—Lo que va a ocurrir va a ser impresionante. La liberación de todos. —Luego arrugó su

frente y lo miró de forma fija—. Lástima que tú no vayas a estar para verlo.

Ben observó como comenzaba a apretar el gatillo. En ese momento se apartó de la trayectoria de la bala con un movimiento rápido inclinando su tronco y dado un fuerte golpe al brazo de David. La bala se incrustó en la pared.

Ben se incorporó lo suficiente para coger fuerzas y empujar a David hacia la otra pared haciendo que un estruendo se escuchase en toda la escalera al chocar contra ella.

Agarró la muñeca de David presionándola, intentando desviar de nuevo la pistola de una trayectoria que pudiera alcanzarle.

—Hijo de…—Le gritó mientras comenzaba a golpearle con la rodilla en el estómago. Otra bala salió disparada hacia el suelo.

David logró deshacerse de la otra mano y la estrelló contra su rostro, haciendo que este se retirase por el puñetazo. Volvió a ascender su mano hacia él, con la que empuñaba el arma, pero Ben se abalanzó de nuevo dándole un fuerte golpe contra la pared y haciendo que el arma que sujetaba cayese por las escaleras.

Ambos miraron el arma caer. Ben fue más rápido, propinó un golpe en el estómago de David haciendo que este se agachase por instinto y dándole una pequeña ventaja a Ben.

Necesitaba conseguir la pistola. David lo mataría a la primera oportunidad que tuviese, si no se hacía con ella acabaría muerto.

Se sujetó a la barandilla y comenzó a descender rápidamente hacia el arma, observó un segundo hacia detrás para ver que David se incorporaba y comenzaba a bajar también.

En cuanto llegó a la pistola se agachó para cogerla pero no contaba con que David se tirase hacia él. Notó el golpe del suelo contra su espalda quedándose sin aire. David volvió a golpear su rostro aturdiéndolo lo suficiente para llevar su mano hasta la pistola pero Ben elevó su pierna dándole un golpe en la cara.

—¡Joder! —gritó David de dolor al llevarse la mano a la nariz—. ¡Me la has roto! —gritó al observar la sangre que comenzaba a verter de ella.

Ben comenzó a incorporarse cuando David se tiró de nuevo sobre él, esta vez golpeándole también en el rostro. No pudo hacer otra cosa que agarrarle por los cabellos y tirar fuerte, llevándose unos cuantos golpes en la mano, pero no tenía suficiente movilidad, pues tenía a David encima y él era el que mandaba.

Colocó su codo en la garganta, justo en la nuez de David intentado apartarle de él mientras con sus movimientos iba manchándolo todo de sangre. Cuando consiguió apartarle lo suficiente volvió a golpearle con la otra mano en la nariz haciendo que este se desviase y cayese al lado de él.

Ben no se detuvo ahí, le hincó la rodilla en el estómago otra vez y se incorporó lo suficiente para arrodillarse y pasar su brazo por encima de David para coger el arma, pero David lo vio claro, le golpeó con la rodilla en el pecho apartándolo, dio media vuelta deslizándose por el suelo y empujó fuerte con los dos pies en el pecho de Ben.

No tuvo tiempo de reaccionar. Intentó cogerse a la barandilla pero no pudo. Comenzó a caer por las escaleras dando vueltas mientras se golpeaba todo el cuerpo y la cabeza. Cuando dejó de rodar llegando al siguiente rellano su cuerpo estaba inerte.

David se quejó de nuevo llevándose la mano a la nariz y cogió la pistola. Le costaba excesivamente respirar. Se paso la mano por la barbilla y la nariz intentando limpiarse la sangre, pero lo único que hacía era mancharse más aún.

Se apoyó contra la pared, sentado en el suelo con las piernas estiradas, intentando recuperar el aliento y giró su rostro hacia Ben, el cual permanecía inconsciente bajo las escaleras. Había

estado a punto de hacer que todo el plan se echase a perder. Tantos años de preparación echados por la borda por Rachel y Ben.

Se llevó la mano al bolsillo y extrajo su móvil. Buscó en la agenda y comenzó a ponerse de pie notando como sus rodillas temblaban.

Al tercer tono una voz grave sonó.

—Dime.

—Nicholas —susurró David entre gemidos—. Lo habían descubierto, pero ya está solucionado. Necesito que me pases a recoger. El muy cabrón me ha roto la nariz.

—¿Quién? —preguntó Nicholas Bourez.

—Mi compañero. Pero te repito, ya está solucionado —pronunció de malos modos mientras comenzaba a descender las escaleras hacia el cuerpo de Ben con el arma en su mano.

—Perfecto.

—Hay… hay una inspectora —dijo bajando otro escalón con dolor—. Se llama Rachel Morrison, va acompañada de un hombre, Allen Milton, y una muchacha, Claire McCain. Saben bastante.

—Mátalos.

—Están en Nueva York —gimió al bajar otro escalón—. Seguramente estarán observando la casa de Lucía Ortegas.

Nicholas permaneció en silencio unos segundos.

—De acuerdo. Ya nos ocupamos nosotros. —Se mantuvo callado unos segundos—. Cíñete al plan —ordenó.

—Por supuesto —pronunció al bajar al último escalón y colocarse al lado de Ben.

Escuchó como Nicholas había colgado. Guardó con muecas de dolor el móvil en su bolsillo y observó a Ben. Tenía los ojos cerrados. No sabía si estaba inconsciente o muerto.

Tragó saliva y miró hacia la escalera. Debía salir de allí antes de que lo descubriesen, aun así, no podía largarse sin asegurarse de que Ben estaba muerto.

Colocó sus dedos en la garganta para tomar su pulso. Podía notarlo sin problemas. Estaba vivo.

Cogió la pistola con dolor y la colocó justo en su cabeza. ¿Que importaba si balística descubría que aquella bala había salido de su pistola? De todas formas, esta misma noche cogería un avión. Saldría de Estados Unidos y se marcharía a Colombia para comenzar una nueva vida rodeado de riquezas.

Apretó la pistola contra la sien de Ben, donde tenía una enorme brecha, pero hubo algo que le llamó la atención. Ben abrió los ojos en aquel momento. Lo observó un segundo y sin previo aviso hizo la misma acción que había hecho él anteriormente. Se giró resbalando en el suelo, apartándose de la trayectoria de la bala, colocó sus pies en el pecho de David y lo empujó fuerte.

Sin poder siquiera levantarse en ese momento escuchó como el cuerpo de David caía por las escaleras rodando. Cuando el silencio volvió a apoderarse de aquella zona se arrastró por el suelo hasta el inicio de las escaleras. Por la posición de su cuello sabía que David no estaba vivo.

22

Allen miró de nuevo el reloj. Las ocho y media de la tarde. El sol comenzaba a reducir su intensidad. Rachel miraba justo a la segunda planta del edificio que se suponía que habitaba Lucía Ortegas. Parecía que había alguien en el piso pues las ventanas estaban abiertas, pero en ningún momento durante aquella tarde, nadie había entrado o salido del edificio.

Claire se encontraba tumbada en la parte de atrás, encogida mientras bailaba con sus dedos al son de una música rápida que sonaba de la radio.

Allen volvió a golpear el volante también al ritmo de la música.

—Así que en esto consiste una vigilancia, ¿no? —bromeó hacia Rachel.

Rachel se giró y medio sonrió.

—¿Y qué esperabas? —rio cruzándose de brazos.

—No sé, un poco más de acción. —Rachel le hizo un gesto con su mano y volvió a girarse hacia la ventana—. ¿Cuántos años dices que hay que estudiar para esto? —siguió con la broma.

—Allen —Se quejó ella—, en mi profesión hay mucha más acción que en la tuya.

Él resopló mientras reía y se incorporaba correctamente en el coche.

—Ya, claro —comentó mirando por la ventana.

—Ya me dirás que puede ocurrir en un psiquiátrico.

Claire se apoyó de nuevo entre los dos asientos para disfrutar de la conversación.

—Ocurren más cosas de las que piensas —volvió a responder Allen.

Esta vez Rachel se giró y sonrió. Alzó una ceja y se encogió de hombros.

—Si tú lo dices.

Claire comenzó a reír mientras miraba a Allen.

—Te está dando la razón como a los locos —rió—. ¿Se dice así?

—Sí, se dice así —respondió volviendo a girarse hacia la ventanilla del coche. Luego emitió un largo suspiro—. La verdad es que si es aburrido. —Se quejó finalmente cruzándose de brazos —. Podríamos dar una vuelta al bloque de pisos, ver si hay alguien vigilando, con las fotos que nos ha pasado Danny podríamos identificarlos.

—¿Y qué nos pille algún policía?

—Vamos cada uno por una acera. Buscan a tres.

Claire miró hacia Rachel.

—Yo voy contigo.

Allen chasqueó la lengua fastidiado mientras llevaba el botón a la radio del vehículo para apagarla, pero algo le llamó la atención.

—Vamos, Allen —Le insistió Rachel mientras abría la puerta.

—Espera, espera —Le señaló la radio con la mano—. Escucha.

—“Lo mejor del año. Vívelo. Siéntelo —decía la voz masculina y un tanto aguda del anuncio —. Los nueve tiempos que cambiarán tu vida. No te lo pierdas. Mañana a las ocho de la tarde comienza la final”

Rachel lo miraba sin comprender.

—¿Qué? —preguntó al ver que Allen se quedaba parado. Apagó con un ligero movimiento de dedo el botón de la radio y se quedó en la misma postura—. Allen —volvió a llamarle la atención. Al ver que no respondía. Suspiró y observó que Claire cerraba la puerta de atrás y se

alejaba un poco del coche investigando el edificio que tenía ante ella. Rachel volvió a mirarlo.

—Nueve tiempos —susurraba—. Mañana es jueves.

—Allen, ¿qué pasa?

—¡Lo tengo! —gritó hacia ella. Luego se movió rápidamente y salió del coche cerrando la puerta—. ¡Lo tengo! ¡Lo tengo! Estoy seguro.

—¿Qué tienes?

—¿No has escuchado el anuncio de la radio? —Ella lo miraba sin comprender—. Anuncia que mañana es la final de la liga de beisbol. La final de un deporte que se juega con pelota y bate y que está dividido en nueve tiempos —dijo cada vez más serio—. Igual que las nueve pelotas que dibujó Claire y la última explotaba. —Rachel se quedó impresionada mirándolo, después comenzó a darle vueltas a la cabeza y a moverse inquieta—. ¿Cómo no he podido darme cuenta antes? Siempre he seguido los deportes, cómo, cómo no he podido…

—Tengo que llamar a Ben —susurró mientras cogía el móvil que llevaba en el bolsillo.

—Tú también lo ves, ¿verdad? —preguntó hacia ella—. Tiene su lógica ¿no?

—Tanto que asusta —respondió mirándolo fijamente mientras se llevaba el móvil al oído.

—¡Joder! Tuve que verlo desde un principio —Se riñó—. Soy fan de los… —En ese momento se quedó callado. El corazón se le paralizó y casi se quedó sin oxígeno en los pulmones —. Rachel —dijo, pero ella estaba demasiado pendiente del móvil y de lo que acababan de deducir—. ¡Rachel! —gritó esta vez con toda la fuerza que pudo—. ¡Cuidado! —gritó apartándose de detrás del coche.

En ese momento fue consciente de todo lo que le rodeaba.

Dicen que cuando estás a punto de morir toda tu vida pasa ante tus ojos, lo cierto es que los últimos segundos también se ralentizan, haciendo que cada uno de ellos se alargue hasta tal punto que seas capaz de visualizar en esa fracción tan reducida lo que podrías ser consciente en un largo minuto. Pudo observar como aquel monovolumen se precipitaba contra ellos sin control. Vio como Rachel corría hacia él y comenzaba a rodar por el suelo, a su lado, mientras su coche era hecho añicos contra el edificio. Claire se mantenía paralizada unos metros por delante de ellos. Sin poder reaccionar.

—¡Matadlos! ¡Vamos! —Pudo escuchar una voz que provenía del interior del monovolumen.

—¿Pero qué pasa? —preguntó mientras se ponía en pie y cogía a Rachel del brazo. Observó como el conductor del monovolumen echaba marcha atrás para separarse del coche que acababa de estampar contra el edificio—. Mierda, mierda. ¡Corre! —gritó hacia Claire.

Claire pareció reaccionar y echó a correr por delante de ellos.

Agarró del brazo a Rachel y corrieron hacia la esquina de la manzana, justo por donde Claire había girado unos segundos antes.

Observó hacia atrás justo para ver cómo el vehículo aparecía tras la esquina derrapando para tomar bien el giro. La calle estaba abarrotada de gente, pues era una de las más transitadas, donde toda la juventud paseaba para mirar tiendas o tomar un helado en esas fechas.

Observó como Claire miraba hacia detrás vigilando que le siguieran.

—¡Allí! —gritó Rachel señalando hacia su derecha—. Al centro comercial, Claire.

Pero justo entonces el vehículo se detuvo al lado y tres hombres bajaron de él.

Pasaron justo por delante cuando los tres bajaban del monovolumen.

—Corre, corre —gritó hacia Claire.

Los tres matones corrían a poco más de tres metros de ellos. Por suerte, la gente no se metía en medio de la persecución, pues sólo con verlos se apartaban de su camino y se quedaban boquiabiertos mirando.

Pasaron en medio de la terraza de un bar, al menos debía tener unas veinte mesas blancas colocadas a lo largo de la acera, la mayoría ocupadas.

Allen no lo pensó dos veces, al pasar al lado de una de las mesas la empujó con la mano para que cayese al suelo obstaculizando el paso a los que los perseguían. Fue echando a todas las mesas que se ponían en su camino ante los gritos de la gente que se levantaba y se apartaba de ellos.

En cuanto salió de la terraza se giró para observarlos. Dos de los matones se habían caído aunque uno de ellos ya estaba en pie corriendo de nuevo. El otro era el más atrasado, e iba un poco por delante. Pudo observar al tercer matón levantarse del suelo y comenzar a correr mientras se quitaba helado de la cara.

Giró la esquina, tal y como había dicho Rachel rumbo al centro comercial. Allen observó, el Manhattan Mall era uno de los centros comerciales más grandes e importantes de New York, situado en la calle Broadway, una de más transitadas.

Las puertas se abrieron mientras se aproximaban.

Se colocó al lado de Claire y Rachel y, esta vez, cogió del brazo a Claire, la cual no se resistió. Dentro había un ambiente fresco, aunque cómo no, plagado de gente.

—Vamos —dijo comenzando a correr entre la gente, esquivándola e intentado no caer.

Se giró para observar cómo los tres matones entraban en el centro comercial y miraban de un lado a otro, pero no esperó a ver si los veían, siguieron moviéndose rápido entre la gente y reduciendo un poco el paso para no llamar la atención.

Corrieron sobre el suelo color crema y negro, similar al tablero de un ajedrez y no pudo evitar pensar que en ese momento podían estar haciéndole jaque mate.

Fueron hasta la zona de los ascensores, donde un enorme ascensor de cristal podría llevarlos hasta la segunda planta pero se refugiaron entre toda la gente que salía de este.

Allen buscó de nuevo, pudo observar como uno de ellos salía de una de las tiendas y volvía a buscarlos, por suerte siguió la dirección de la mirada de este y lo condujo hasta otro, el cual se encontraba más cerca de ellos.

Allen miró de un lado a otro. Al final del largo pasillo había una salida.

Miró hacia Claire la cual se encontraba al borde del llanto.

—Eh, eh, quítate la gorra —dijo desparramando todo su cabello rubio por la espalda. Luego se la pasó a Rachel—. Toma —Rachel se la puso de inmediato introduciendo los rizos en su interior—. Vamos hacia la salida —dijo indicándoles la dirección—. Vosotras por la izquierda del pasillo. Yo por la derecha. Va.

Ambos se pusieron en movimiento. Rachel cogió la mano de Claire y comenzaron a caminar intentado parecer lo más tranquilas posible y no llamar la atención. Rachel miró de reojo como Allen iba por el otro lado y se giraba de vez en cuando para asegurarse de que nadie les seguía.

Rachel fue disimulando mientras hacía que observaba escaparates y miraba de vez en cuando hacia Allen. Notaba cómo su corazón latía demasiado rápido. ¿Cómo habían podido enterarse de que estaban allí? Apretó un poco más fuerte la mano de Claire al sentir como temblaba y la observó. Respiraba de forma rápida.

—Tranquila —susurró—. Ya estamos llegando —dijo mirando hacia la puerta, la cual se encontraba a menos de cien metros ya—. Tranquila.

Pero escuchó el gemido que emitía cuando Allen les gritaba y echaba a correr.

—¡Corred! ¡Afuera! ¡Corred! —Les gritó.

Rachel agarró más fuerte la mano de Claire y echó a correr antes incluso de mirar hacia atrás. Se giró un segundo para observar que uno de los matones había dado con ellos y corría en su

dirección, aunque aún se encontraba en la zona de ascensores.

Corrió haciendo que Claire comenzase a gemir, pero no había otra opción, debían despistarlo como fuese. ¿Quiénes eran esos hombres?

Las puertas del centro comercial se abrieron y el sol sofocante volvió cegarlos. Giraron hacia la derecha mientras Allen se ponía a su lado y se adelantaba un poco alzando una mano hacia arriba.

−¡Taxi! —gritó hacia uno que pasaba por el otro lado de la carretera—. ¡Taxi! ¡Espere! —volvió a gritarle.

El taxi se detuvo de inmediato.

Los tres corrieron hacia allí. Nada más llegar, Allen abrió la puerta dejando pasar primero a Claire y después a Rachel. Se estaba introduciendo en el taxi cuando observó a uno de los matones salir del centro comercial, al momento se encontró en compañía de otro de ellos, recorriendo la calle con la mirada.

Coincidió la mirada con él justo cuando cerraba la puerta del taxi. Vio como golpeaba en la espalda de su compañero y comenzaban a correr en su dirección.

—¿Adónde les llevo? —preguntó el taxista. Debía estar a punto de jubilarse.

—¡Arranque! —Le gritó mientras golpeaba el asiento.

—¿Pero a dónde? —volvió a insistir al hombre con aquella voz ya gastada por la edad.

—¡Arranque de una vez! —comenzaron a gritar los tres—. ¡Arranque! ¡Arranque!

El hombre se encogió de hombros ajeno a lo que ocurría, pulsó un botón para comenzar a contar los kilómetros y arrancó justo cuando al matón le quedaban pocos metros para llegar.

Allen se giró para observar cómo el matón corría unos metros detrás del taxi hasta que se alejaban y descendía su marcha, pero estuvo a punto de salir del taxi cuando notó que este se detenía.

—¿Qué hace? —gritó volviéndose hacia atrás.

El hombre mayor se giró hacia él y le miró de malos modos.

—¿No lo ve? ¡Está en rojo! —Le gritó señalando el semáforo.

—No, no, no —comenzó a gritar Rachel mientras se giraba.

Allen se giró de nuevo y vio a través de la luna trasera cómo el matón corría de nuevo hacia ellos. Claire se movía hacia delante y hacia detrás sin parar, realmente nerviosa.

—¡Arranque de una maldita vez! —Le gritó.

—¿Quiere que tengamos un accidente? —volvió a gritarle.

Allen se movió impulsivamente. Se puso de rodillas y ante la sorpresa de ambas comenzó a contorsionarse para pasar al asiento delantero.

—¡Eh! ¿Qué hace? —Le preguntó el taxista asustado mientras lo veía colocarse en el asiento del copiloto.

Pasó un pie hacia el acelerador y le pisó el suyo cuando apretó con fuerza.

—¡Le he dicho que arranque! —gritó cuando las ruedas del taxi rechinaron. Allen colocó las manos en el volante e hizo girar el vehículo hacia la derecha saltándose el semáforo, intentando esquivar todos los coches que en ese momento tenían prioridad.

—¡Pare! ¡Pare! —Le gritó el taxista mientras intentaba quitarle las manos del volante—. ¡Este es mi taxi!

—¡Estese quieto! —Le gritó esta vez Allen mientras esquivaba un autocar que iba en la misma dirección, aunque a una velocidad más reducida. Notó como el hombre comenzaba a golpearle las manos y con la otra pierna el pie que mantenía sujeto el acelerador. Comenzó a esquivar vehículos mientras el taxista golpeaba sus manos y luego iba hacia su cara, presionando

en una mejilla y haciendo que su cuello se echase hacia un lado. Estaba recibiendo una paliza en toda regla a manos de un hombre mayor, pero no le importaba, lo importante es que se iban alejando varias manzanas del centro comercial.

Rachel se giró hacia Allen y suspiró.

—Parece que los hemos perdido.

Allen contempló al hombre mayor que aún golpeaba sus manos y esta vez decidió soltar el volante y se sentó correctamente en el asiento mientras el taxista recuperaba el control de su vehículo.

—Perdone, lo siento —Se disculpó—. Ella es inspectora, estamos protegiendo a una testigo. —Señaló a Claire—. Lo sentimos de veras, pero era vital escapar de allí.

El hombre lo miró un segundo y para sorpresa de ellos detuvo el vehículo al lado de la acera.

—¡Y una rábano! ¡Salgan ahora mismo de mi taxi! —Les gritó.

—Pero nos están siguiendo —gritó Rachel buscando la placa en su bolsillo.

—¡Salgan ahora mismo! ¡Salgan! ¡Salgan! ¡Salgan! ¡Salgan! —comenzó a gritarle el hombre a pleno pulmón con una voz estridente.

Todos salieron rápidamente del taxi, pues estaban seguros de que llamarían mucho más la atención allí dentro que paseando por la calle.

Nada más cerrar la puerta del taxi el hombre aceleró, prácticamente derrapando en el asfalto y apartándose de ellos.

Ambos se miraron fijamente como si lo que hubiese ocurrido fuese surrealista.

Allen tomó aire y las miró un segundo.

—Hay que alejarse de la zona —pronunció acercándose de nuevo a la carretera y elevando su brazo—. ¡Taxi!

Allen miró de nuevo hacia la cabina de teléfono desde donde llamaba Rachel, unos metros separada de ellos dos, los cuales estaban sentados en un banco observando el mar, era una imagen realmente tranquilizante después de lo que había ocurrido.

El sol ya se había perdido en el horizonte, dotando al cielo de unos tonos anaranjados.

—Ves, te dije que lo vería —susurró Claire sonriente.

Allen volvió la mirada hacia ella.

—¿Qué?

—Te dije que lo vería —dijo volviendo su rostro sonriente hacia él—. ¿No lo recuerdas? En la consulta, Michael se enfadó…

—Sí, ya lo recuerdo −rio él también realmente asombrado con las palabras de ellas.

Se quedó observándola unos segundos. ¿Cómo podía ser que unas simples palabras, una simple persona cambiase tanto tu vida?

—¿Qué vamos a hacer?

Allen se encogió de hombros y suspiró mientras volvía su rostro hacia el mar.

—No lo sé. No tenemos prácticamente dinero. He perdido el maletín, Rachel su bolsa con la ropa, los móviles. Todo. —Luego se quedó mirando fijamente el mar e hizo un gesto de desagrado con su rostro—. La cosa pinta mal.

Escuchó como Rachel se acercaba caminando hacia ellos con gesto preocupado.

—¿Has hablado con él?

Rachel se sentó al lado de Claire mientras negaba con su rostro.

—No. No lo entiendo.

Allen la estudió con la mirada.

—De todas formas mejor —dijo rápidamente—. Rachel, solo sabían nuestra posición Danny y Ben. Danny no ha podido alertar a esos matones, te lo aseguro. Así que ha debido ser Ben.

—No. Ben imposible. Estoy muy segura.

—¿Entonces? —Luego bromeó—. ¿Tienen ellos también una vidente?

Rachel hizo un mal gesto y suspiró mientras se pasaba la mano por la frente pensativa.

—Le dije a Ben que se lo explicase al comisario.

—Pues habrá sido él. De todas formas ha sido alguien de la policía. Estoy seguro.

—Oye, quizás tu amigo Danny ha vendido la información y…

—No, no. Es mi amigo. Lo conozco hace muchos años. Olvídalo.

Rachel resopló mientras se cruzaba de brazos y observaba el mar. La imagen y el sonido de las olas la relajaban.

—Creo que ha podido ocurrirle algo a Ben. O quizás me ha estado llamando al móvil.

—No sé Rachel, pero será mejor no involucrarnos más con la policía.

Iba a protestar pero se contuvo. Parte de razón tenía. Su amigo era quien había descubierto realmente todo, no tendría sentido que se lo explicase y que luego los delatara. Sin embargo, tal y como le había informado Danny, había policía corrupta. ¿Y si Ben era uno de ellos? ¿Y si se lo había explicado a Alex y resultaba que éste era el corrupto? Dentro de ella sabía que Ben no había podido ser, le había ayudado con el tema de la orden de búsqueda y captura, aunque también era cierto que eso había sido antes de descubrir todo.

Suspiró y se giró con algo más de fuerzas hacia Allen.

—Bien, ¿y qué hacemos? —preguntó ella.

—No lo sé. —Luego se apoyó contra el brazo. Suspiró y se quedó mirando el mar—. ¿Conoces el estadio New York Yankees?

—Claro, es muy famoso.

—Es el segundo complejo deportivo más grande del mundo y donde se va a celebrar mañana la final. Tiene cabida para cincuenta mil personas—. Luego se echó las manos a la cara y resopló —. Estoy seguro de que estamos en lo cierto.

—¿Qué propones? −preguntó con toda la convicción que pudo.

Allen se levantó y rebuscó en su bolsillo monedas.

—Voy a llamar a Danny.

No esperó a tener respuesta de ambas. Se distanció caminando lentamente, internándose en sus pensamientos. Debatiéndose en qué hacer. La verdad es que se encontraban en un callejón sin salida. Disponían de poco dinero, había perdido toda la información, sus teléfonos, el vehículo. Se encontraban prácticamente sin nada.

Suspiró y comenzó a echar monedas en la cabina telefónica. Por suerte sabía el número de Danny de memoria.

Pulsó los números y esperó a que Danny cogiese el teléfono mientras observaba a Claire y Rachel mantener una conversación en el banco.

—¿Sí? —Escuchó la voz de Danny.

—Danny, soy yo, Allen.

Danny permaneció unos segundos en silencio.

—¿Desde dónde llamas?

—Estoy en una cabina —explicó. Luego tragó saliva mientras se giraba hacia la cabina—. ¿Cómo está Megan?

—Está bien −pronunció con voz animada—. Le han quitado el tubo y respira por sí misma.

Pasa bastantes horas dormida. Una de las veces que he pasado a la UCI estaba con los ojos abiertos pero no podía prácticamente hablar.

—Es por el tubo, esta afónica, ¿verdad?

—Sí, ya me lo han explicado los médicos. —Luego suspiró−. La verdad es que está muy bien. Con suerte mañana la suben a planta.

—Me alegro —comentó sonriente—. Danny, tengo… tengo que contarte algo. —Descendió su voz, lo cual tuvo que llamar la atención de su amigo dado que permanecía callado—. ¿Has hablado con alguien de lo que has averiguado?

—No, con nadie, ¿por?

Allen suspiró y se pasó la mano por la frente.

—Alguien sabía que estábamos en Nueva York y que tenemos información.

Pudo escuchar como Danny tragaba saliva, nervioso.

—¿Qué ha ocurrido?

—Han intentando matarnos.

—¿Qué? —gritó desesperado.

—Nos quisieron aplastar con un vehículo y después nos siguieron, pero los hemos despistado.

—¿Estáis bien? —preguntó rápidamente.

—Sí, sí. —Luego se giró para observar de nuevo a las dos mujeres—. Sólo confío en ti —Le susurró—. Necesito que mires una cosa.

—Dime —pronunció rápidamente.

—La información que nos pasaste por email, Rachel se la envió a un ayudante suyo, se llama Ben. Este Ben tenía toda la información que nos has dado y también tenía conocimiento de que íbamos a investigar la vivienda de Lucía Ortegas. Rachel ha intentado llamarle varias veces después del intento de matarnos pero no le coge el teléfono.

—¿Crees que ha podido ser él? —preguntó inquieto.

—Rachel asegura que no. Que confía en él tanto como yo en ti, pero quiero que le investigues. Quiero saber si ha ocurrido algo en la comisaría.

—Está bien. Espera, cojo bolígrafo y papel —Se mantuvo callado unos segundos—. Ya está, dime. Ben ¿qué más?

En ese momento se dio cuenta que no sabía su apellido.

—No lo sé. —Luego suspiró—. Es el ayudante de Rachel Morrison, subinspector.

—No me lo pones muy fácil, ¿eh?

—Sí has podido averiguar lo otro esto también podrás —Le animó.

—De acuerdo, miraré qué puedo hacer —dijo con ánimo en la voz.

—Pero Danny, no tengo móvil y Rachel tampoco. Lo hemos perdido todo. Mi maletín, los teléfonos, el vehículo.

—Joder −susurró.

—Bueno, y hay más —comentó inquieto—, creo que hemos averiguado donde será el atentado.

—Dímelo —dijo rápidamente.

—Creemos que puede ser en el estadio de los New York Yankees, durante la final de Beisbol.

—Joder —volvió a decir—. Irán los gobernadores de varios Estados a la final y sin hablar de la gran cantidad de gente que…

—Sí, sí, ya lo sé. Escucha —susurró—. Intenta averiguar si ha ocurrido algo en la comisaría

de Rachel, cualquier cosa, y mañana por la mañana si no he vuelto a llamarte hazlo público.

—¿Me estás diciendo que lo publique?

—Publícalo, vende la noticia a un medio de comunicación, me da exactamente igual, pero si no tienes noticias mías hazlo.

Danny se quedó callado unos segundos y luego resopló.

—Está bien. ¿Tú qué vas a hacer ahora?

—No lo sé. —Se giró de nuevo para observarlas. Se quedó pensativo un rato y finalmente suspiró—. Te llamo en cuanto pueda.

—Llámame —suplicó, pues era la única forma de saber que se encontraba bien y después de lo que le había narrado tenía miedo por su amigo.

—Lo haré. Gracias por todo.

—Cuídate —pronunció antes de colgar.

Allen se quedó pensativo unos segundos tras colgar el teléfono. Sabía que estaba en lo cierto. Ahora lo veía todo claro. La conexión entre Nicholas Bourez y Anthony Rithz. La visión de Claire de un hombre en un bar, la visión que apuntaba hacia la final de la liga de beisbol.

Observó de nuevo a las dos mujeres hablar y se dirigió hacia ellas, hacia el banco donde miraban el mar. Aquel lugar le daba paz después de todo lo que había ocurrido. Pero no podían quedarse quietos en un sitio, los matones podrían estar buscándolos. Era mejor estar en movimiento.

Llegó hasta ellas y se sentó en el banco unos segundos.

—¿Qué te ha dicho Danny? —preguntó Rachel.

—Le he explicado lo que tenemos en mente, lo del atentado de mañana. —Luego miró a Claire—. Asegurabas que eran pelotas.

Ella afirmó.

—Estoy segura. Blancas, pequeñas.

Allen suspiró mientras se pasaba una mano por los ojos realmente cansado.

—Le he pedido a Danny que investigue sobre Ben y la comisaría. —Luego miró a Rachel de reojo—. ¿Estás de acuerdo?

Rachel tardó unos segundos en contestar.

—Nunca va de más —susurró al final. Después se inclinó en el banco y se cruzó de brazos —. ¿Qué piensas hacer?

Allen ya estaba negando con su rostro antes de que acabase la pregunta.

—No tengo ni idea. —Tragó saliva y observó a las dos—. No nos podemos quedar aquí quietos.

—Yo tengo hambre —comentó Claire.

Allen la miró y luego aceptó.

—Podemos ir a comer algo. Pero realmente no se qué hacer. —Acabó suspirando como si estuviese realmente agotado.

Rachel puso su espalda más recta.

—¿Te das cuenta de que esto ya se nos escapa de las manos? Si la visión de Claire es cierta habrá un atentado mañana. Nosotros no podemos con ello ya. Somos solo tres.

—Ya lo sé. —Se giró y miró hacia el mar pensativo—. ¿Y qué propones?

Rachel se quedó pensativa unos segundos.

—Deberíamos entregarnos. —Allen le miró pero no pronunció nada—. Podemos explicárselo a la policía. Tenemos la información.

—Ya no la tenemos.

—Yo la tengo en mi email —respondió rápidamente.

Allen asintió.

—Ya, pero hay otro problema. Hay unos matones siguiéndonos. Obviamente están alertados por alguien y, seguramente sea de la policía —Le recordó.

Rachel se encogió de hombros.

—Por eso digo, entregarnos nosotros en cualquier comisaría. Obviamente si usamos una tarjeta de crédito vendrán a buscarnos en cuestión de diez minutos y ya no es tan seguro de que quien venga a buscarnos pueda ayudarnos. Pero yo digo entregarnos nosotros en cualquier comisaría, hablar con algún policía o inspector. Elegirla.

—¿Y tu amigo Bruce?

Rachel negó con su rostro.

—Es inspector de Indianápolis. No de Nueva York.

—¿Y no conoces a ninguno de Nueva York? —preguntó nervioso.

—No —respondió rápidamente—. Pero se me acaba de ocurrir algo.

—¿Qué?

—En la intranet del FBI hay un directorio con todas las direcciones de email, teléfonos de todas las comisarías.

—¿Podrías contactar con alguno?

—No estoy pensando en eso. —Luego se acercó más a ellos dos—. Tengo toda la documentación que Danny nos envió. Podríamos ir a un locutorio y hacer un envío masivo de esa información a todas las comisarías, a todos los inspectores. —Luego suspiró—. No tardarían más de quince minutos en encontrarnos, en rastrear desde donde ha sido enviado el email, pero de esta forma nos aseguramos de que lo tengan todos. —Se quedó mirando fijamente a los dos —. Es lo único que se me ocurre.

Allen suspiró y miró a Claire, la cual lo observaba sin pronunciar palabra. Se le veía tan joven, tan poca cosa entre ellos dos. No quería volver a verla ingresada, no quería que volviese a sufrir más. Merecía ser feliz de una vez. Sabía que los detendrían, que los llevarían a comisaría y que los meterían en un calabozo. Que acabaría siendo juzgado por un juez por lo que había hecho. Pero Rachel le había explicado que tenía muchos amigos jueces y fiscales y, de todas formas, no podía permitir que lo que Claire había profetizado ocurriese. No podía permitir que tanta gente fuese a morir, todo apuntaba a que mañana habría un atentado que costaría la vida de muchas personas, él no podía girar su rostro o cerrar los ojos ante ello.

Suspiró y se quedó contemplando el mar.

—De acuerdo. —Tragó saliva—. Haremos eso, pero esperaremos a mañana. Hablaré con Danny antes para saber si ha averiguado algo. Dejemos que tenga unas horas para investigar y así asegurarnos de si tu superior está enterado del asunto.

—Estoy de acuerdo —comentó Rachel.

Allen suspiró y se puso en pie.

—Vamos, buscaremos algo para cenar y un lugar donde pasar la noche.

23

Danny miró el reloj. Marcaban las doce menos cuarto de la noche. Las palabras de Allen le habían dejado consternado. ¿Un atentado mañana durante la final de la liga de beisbol? No era descabellado. Después de todo lo que había descubierto todo apuntaba a que se estaba preparando algo pero, ¿cómo había llegado Allen a aquella conclusión? Aquello le mantenía inquieto, no paraba de plantearse la pregunta: ¿cómo había podido tener conocimiento de todo ello? Tendría que interrogarlo cuando lo tuviese cara a cara, pero… aquellas últimas palabras sobre unos matones lo habían asustado.

Sabía que estaban detrás de algo muy importante y que, obviamente, había unos intereses detrás. La información que había conseguido gracias al hacker informático lo había dejado perplejo. ¿Por qué ocultaba el Pentágono, un organismo de defensa estatal, aquella información? ¿Por qué no lo habían comunicado al resto de policía para intentar paralizarlo?

Se pasó la mano por el cabello revolviéndolo y comenzó su búsqueda por internet. Entró en la web de la comisaría de Kansas, pero en ningún lugar había un directorio específico con los nombres de los inspectores o ayudantes.

Tras varios minutos fue al buscador de internet y buscó noticias sobre la comisaría, pero nada.

Quizás debía arriesgarse y llamar por teléfono, pero seguía sin saber el apellido de él para poder preguntar. De todas formas, debía intentarlo.

Buscó el móvil de prepago que tenía contratado y marcó el teléfono de la comisaría de Kansas intentando hallar una excusa para poder hablar con él.

Cuando comenzó a escuchar los tonos de llamada notó como le sudaban las manos. No tardó más de tres tonos en que lo cogiesen.

—Comisaría de Kansas, ¿en qué podemos ayudarle?

—Hola, buenas noches. Verá, llamo porque quería hablar con Ben.

Hubo un silencio un poco largo.

—Ben, ¿qué más?

Danny rio algo nervioso.

—Es ayudante de una inspectora —Luego tragó saliva—. Es amigo mío, habíamos quedado para cenar todo un grupo pero no se ha presentado, le estoy llamando al móvil y no lo coge —improvisó.

—Ya —contestó el hombre secamente, como si con la última información que le había dado hubiese deducido quien era—. Lo siento, pero el subinspector no se encuentra aquí en estos momentos, ¿puedo preguntar quien llama?

En aquel momento su mente recordó las palabras que Allen le había dicho. Unos matones le habían seguido, él mismo había descubierto que había policía corrupta.

—Soy Carl —mintió—. Por favor, si le ve dígale que me llame. Estoy preocupado.

—Le dejaré ese mensaje.

No esperó a que colgasen de comisaría. Apagó el móvil directamente y casi estuvo a punto de estrellarlo. Suspiró y observó el teléfono mientras lo apagaba. Al menos, con ese móvil, no podían localizarlo.

Se puso en pie sin saber realmente qué hacer o adónde dirigirse.

Necesitaba saber sobre ese hombre. Necesitaba ayudar a su amigo como fuese. Con la desgracia de Megan ya había tenido suficiente. Su novia saldría adelante, se pondría bien, ahora quien necesitaba ayuda era su amigo.

Cogió un pendrive y guardó toda la información que había descubierto en el. Apagó el ordenador, guardó la memoria en su bolsillo y cogió la cartera y las llaves del coche.

No sabía bien qué hacer, lo único que podía en esos momentos era ir a investigar por la zona. Los alrededores de la comisaría podían darle pistas, podía ver si había mucho movimiento policial.

Salió del piso con un portazo, echó la llave y fue directo al garaje donde tenía el vehículo.

Condujo despacio mientras rememoraba todo lo acontecido los últimos días, los descubrimientos que había hecho.

La comisaría se encontraba a escasos veinte minutos de su piso, aun así, esos minutos se le hicieron eternos. Lo único que tenía en mente era que mañana podía haber un atentado, todo indicaba a que así sería, y de él también dependía poder salvar todas las vidas que habría en aquel estadio.

Se pasó la mano por la frente mientras giraba calle tras calle y adelantaba a alguno que le retrasaba en su marcha hacia la comisaría mientras pensaba en las palabras de Allen “Si no tienes noticias mías vende la información a un medio de comunicación”

¿Lo haría? Estaba claro que una revista no tendría tanta repercusión. Lo que tendría que hacer era vender toda aquella información a un canal de televisión, aunque pensándolo mejor, ¿Venderla? Era una lástima, podía ganar unos cuantos millones, podía ganar su premio de periodismo pero, ¿arriesgando su vida y la de todas las personas que amaba? Estaba claro que si difundía aquella información con su nombre su vida correría peligro. Allen le había dicho que le habían perseguido, que habían intentado matarlo. No, él no podía jugársela, y más con Megan en el hospital. Haría una aportación anónima.

Tras varios minutos aparcó el vehículo a un par de calles de la comisaría.

La noche era realmente calurosa. Cerró el vehículo y se aseguró de nuevo de llevar la cartera y la memoria con la información que había guardado en el bolsillo de su tejano.

Comenzó a caminar con las manos guardadas en los bolsillos, observando la gente con la que se cruzaba. Muchas mujeres sacaban sus sillas plegables a la acera y hacían sus charlas en la calle, aprovechando el buen tiempo mientras vigilaban a sus hijos.

Giró la calle y se quedó paralizando durante unos segundos observando la comisaría, debatiéndose en si entrar y preguntar directamente por Ben o mostrar aquella información a la policía.

La comisaría y la calle estaban en calma, excepto por un grupo de cinco mujeres, seguramente vecinas de un mismo bloque, unos metros a su derecha, y que conversaban animadamente.

Se quedó pensativo mientras sus voces llegaban de fondo, pero algo llamó su atención.

—No creo que salga en las noticias.

—A saber lo qué ha pasado. Seguramente han vuelto a apalear a algún detenido —contestó otra mujer con voz gastada.

—Esas cosas no salen nunca en las noticias. Se guardan bien las espaldas —comentó la otra.

Danny se giró para observarlas. Todas mujeres de mediana edad. Algunas de ellas sujetando un vaso con un refresco en la mano y otras conversando mientras hacían ganchillo en la calle.

—Estoy por ir mañana a preguntar —comentó la mujer tras dar un sorbo a su refresco.

—¿Y crees que te lo dirán? —rio la otra.

Danny caminó hacia ellas y se detuvo justo en frente, haciendo que las cinco se girasen hacia él, observándolo.

—Buenas noches —dijo cohibido—. Disculpen mi intromisión pero, ¿ha ocurrido algo hoy aquí?

Las mujeres se miraron entre ellas durante un segundo. Y luego una de las más animadas abrió los ojos hacia él de forma descomunal. Lo mejor de aquellos corralillos que montaban todas aquellas mujeres era que estaban deseando explicarlo y conversar de ello.

—Uhh, chico, se ha montado un buen jaleo —dijo sonriente.

—¿Qué ha pasado?

Otra mujer se giró hacia él.

—No tenemos ni idea, pero se han juntado tres ambulancias y han cortado la calle hasta hace un par de horas.

—¿Ambulancias? —preguntó realmente interesado.

Una de las mujeres alzó un poco la mano para llamar su atención.

—Yo he visto que sacaban a dos personas.

—Prudence —Le cortó la otra—. Tú siempre dices que has visto algo y luego nos enteramos de que no.

—Es verdad. Lo he visto desde la ventana —protestó enfadada.

Danny miró de nuevo la calle. La verdad es que no había ni rastro de lo que decían las mujeres.

—Seguro que se ha muerto algún detenido de esos que tienen en los calabozos —comentó otra.

Allen le había mencionado que Ben, el ayudante de la inspectora no le cogía el teléfono. ¿Puede que los mismos matones que les habían atacado a ellos lo hubiesen hecho con Ben? Comenzó a notar como todo su cuerpo temblaba. Aquello sobrepasaba sus límites. Necesitaba averiguar realmente lo que había ocurrido. Miró hacia las mujeres, las cuales seguían debatiendo entre ellas y volvió a interrumpirlas.

—¿Saben a qué hospital han podido ir las ambulancias?

La mujer que le había hablado en primer lugar le miró de nuevo con algo de solemnidad.

—¿Pues a cual lo van a llevar muchacho? Al de siempre, al North Kansas City Hospital.

Notó como la respiración se le aceleraba más, como su corazón se descontrolaba. Megan estaba ingresada en ese hospital.

Ni siquiera dio las gracias ni se despidió. Salió a paso acelerado ante las atentas miradas de las mujeres, desapareciendo de la vista de ellas tras girar la primera esquina.

Podía haber ocurrido cualquier cosa, pero estaba seguro de que estaba relacionado con el caso, y seguramente con Ben.

Llegó hasta su vehículo y entró directamente arrancándolo. Por Dios, si tenía algo que ver puede que algún matón de los que había seguido a Allen y a la inspectora estuviese ingresado en ese hospital, por otro lado, puede que fuese Ben uno de los ingresados.

Danny resopló y puso cuarta para acelerar el vehículo. Fuese como fuese no le gustaba un pelo que las ambulancias hubiesen ido al mismo hospital donde estaba ingresada su novia.

Allen le había explicado que Ben les había ayudado ¿Y si era él el que seguía vivo? ¿Y si aquellos matones se enteraban de que aún estaba con vida e iban a por él igual que habían hecho con Allen?

Podía armarse un buen follón en el hospital y Megan estaba allí.

Condujo como un verdadero poseso hasta el hospital. Bajó la rampa para aparcar en el garaje

y lo dejó inclinado ocupando dos plazas, de todas formas el garaje estaba prácticamente vacío, dudaba que alguien pudiese quejarse.

Se dirigió hacia el ascensor y pulsó la planta cero para que le llevase hasta la entrada del hospital. Aquellos segundos se le hicieron eternos. Comenzó a moverse por el ascensor andado de forma compulsiva y pasando las manos por el cabello de forma nerviosa.

Ni siquiera esperó a que las puertas del ascensor se abriesen para salir, si no que tuvo incluso que contorsionarse para poder salir del habitáculo, pero en seguida se frenó cuando observó que tres policías se encontraban sentados al otro lado de la sala tomando un café.

Danny tomó aire y se dirigió hacia el mostrador caminando lentamente mientras miraba a los policías de reojo.

Había una mujer en el mostrador de información. Ya la había visto los anteriores días, pero no se había parado a hablar con ella. Llevaba su cabello entre castaño y canoso recogido en un pequeño moño en su nuca.

Aunque su rostro era surcado por unas suaves arrugas parecía simpática.

Caminó hasta ella y se colocó justo en frente.

—Buenas noches —pronunció en un tono bajo después de mirar de reojo de nuevo a los policías.

—Buenas noches —respondió mientras apartaba la mirada del ordenador y dejaba de teclear.

—Verá, me han comentado que ha habido un incidente en la comisaría de aquí —dijo manteniendo un tono tirando hacia lo bajo. La mujer lo miró con suspicacia.

—¿Es un familiar?

Danny le sonrió.

—No, no, soy amigo de Ben. Quería informarme si está bien.

La mujer volvió a mirarle de forma interrogante y esta vez desvió la mirada hacia los policías unos segundos.

—Espere un segundo aquí —comentó mientras se levantaba y salía del mostrador.

Danny tuvo verdaderos deseos de salir corriendo cuando vio que la recepcionista se dirigía directamente hacia ellos. Tuvo que contener sus piernas para no echar a correr. Notaba como una gota de sudor nerviosa comenzaba a recorrer su nuca.

Los policías hablaron unos segundos con ella y posteriormente se dirigieron hacia él.

—Buenas noches, señor —comentó uno de los policías seguido por los otros dos—. ¿Podría darme su documento identificativo? —Danny se mordió el labio nervioso y asintió mientras se llevaba la mano al bolsillo y extraía su cartera—. Me ha comentado que pregunta por Ben, un compañero. ¿Es amigo suyo?

Danny trago saliva mientras le pasaba su identificación.

—Me interesaría saber si está bien y poder hablar con él. —Luego suspiró—. Soy amigo de la inspectora Morrison.

Los tres policías lo miraron durante unos segundos y después le devolvieron su documento.

El policía que parecía estar al cargo lo observó de arriba a abajo y luego aceptó con su rostro de forma lenta.

—Espere un segundo aquí.

Danny observó que pasaba detrás del mostrador y cogía el teléfono. Se giró un poco para observar que los otros dos policías se habían quedado a su lado de brazos cruzados y observándolo con rostro interrogante.

—¿Cómo se llama? —preguntó el policía que hablaba por teléfono.

—Soy Danny —inspiró aire y notó como su voz temblaba—. Soy periodista.

Desvió de nuevo la mirada hacia los dos policías y no pudo dejar de observar durante unos segundos el arma que portaban colgando en su cinturón. ¿Estarían preparados para usarla contra él?

El hombre colgó el teléfono y salió del habitáculo colocándose a su lado.

—Ben se encuentra bien —Le dijo esta vez con un rostro más amigable—. Dice que quiere hablar con usted. Acompáñeme.

Allen despertó asustado. Notó como su hombro era movido de una forma brusca. Abrió los ojos y lo primero que observó fue un frondoso árbol. Los rayos del sol se colaban entre sus hojas. Habían cenado unos perritos calientes y se habían quedado en un parque que, aunque no muy grande, estaba rodeado de árboles. Habían encontrado un banco vacío, sin vagabundos. No le agradaba aquel lugar por la noche pero no tenían otra opción. No podían permitirse un hotel, les encontrarían antes de tiempo y, allí, al menos, estaban a salvo, sabía que la policía no pasaría por aquel lugar y si lo hacían no se pararían a mirar. Lo único que había eran vagabundos, aunque a esa hora ya se habían marchado la mayoría, lo que más había era alguna familia con los niños pequeños paseando.

Le costó un poco ubicarse pero cuando lo hizo se incorporó rápidamente en el banco de madera.

Se pasó la mano por los ojos intentando despejarse y bostezó un par de veces.

Rachel estaba a su lado mientras le observaba.

—¿Qué hora es?

—Van a dar las nueve —comentó mientras observaba a Claire venir hacia ellos pasándose la mano por la boca, pues acababa de beber agua en una pequeña fuente situada a pocos metros de ellos.

Allen se pasó de nuevo la mano por los ojos. Había dormido cerca de cuatro horas. Las primeras horas había dormido Rachel, luego habían cambiado y era ella la encargada de vigilar.

Se incorporó y la observó, de nuevo tenía un rostro pálido y las ojeras marcadas.

—¿Estás bien?

Ella suspiró.

—Tengo dolor, pero aguantaré.

Allen la observó unos segundos hasta que Claire se sentó entre ellos dos.

—¿Qué hacemos? —preguntó con voz cansada.

Allen observó unos segundos más a Rachel y después desvió la mirada hacia Claire.

—Pasaremos la información que hemos descubierto.

Claire se quedó pensativa y luego puso cara de disgusto.

—¿Me volverán a llevar al psiquiátrico? —sollozó hacia Allen.

Rachel colocó una mano en su hombro haciendo que se girase para mirarla.

—No, cariño. No lo vamos a permitir. Te lo prometo.

Claire inspiró aire y tras unos segundos, pensativa, asintió con su rostro.

Rachel miró a su alrededor mientras se apartaba unos cabellos. El parque cada vez estaba más concurrido de gente. Los niños se juntaban en un pequeño cuadro de arena jugando con cubos, mientras los de más edad jugaban en los columpios.

—Hay un locutorio a unas manzanas de aquí —comentó Rachel poniéndose en pie.

Allen suspiró y se puso en pie. Contempló a Claire sentada en el asiento. Su mirada era algo perdida y preocupada. Colocó su mano en su hombro y se acercó a ella.

—Sabes que hay que hacerlo.

—Ya lo sé. —Se encogió de hombros mientras se levantaba del banco. Luego se mordió el labio—. Pero estoy asustada. —Notó como su labio temblaba.

—Eh, eh. —Allen se agachó colocando sus ojos a la altura de ella—. Claire, todos tenemos miedo —dijo mirando de reojo a la inspectora—. Pero es algo que hay que hacer. —Tragó saliva y luego le sonrió intentando infundirle algo de calma—. Gracias a ti puede que se salve mucha gente.

Ella le devolvió una leve sonrisa. Finalmente pareció hallar el valor suficiente para afirmar con su rostro.

Allen puso una mano en su hombro.

—Vamos —dijo mirando a Rachel.

Caminaron hacia exterior del parque. Aunque era pronto el sol ya irradiaba con fuerza. Hoy sería un día muy caluroso. Aún no sabía cuál sería su desenlace, pero sabía que algo importante se avecinaba. La única esperanza que tenían era pasar aquella información que habían descubierto a todas las comisarías y esperar que ellas hicieran algo con aquella documentación. Estaba claro que aquello era demasiado gordo como para intentar detenerlo ellos solos, necesitaban apoyo, ayuda, sin eso estaban perdidos, y no solo ellos, sino toda la gente que fuese a ver el partido.

Caminaron tranquilamente, observando que no se aproximase ningún coche de policía y alerta con toda la gente que se cruzaban, lo que menos necesitaban era encontrarse con los matones del día anterior.

Se detuvieron ante un puesto ambulante de cafés y compraron uno para él y otro para Rachel. Claire se pidió un batido de chocolate y se sentaron en un banco próximo al locutorio.

Estaba cerrado, y en su puerta rezaba que el horario de apertura era de nueve y media de la mañana a nueve de la noche.

Allen miró el reloj y observó que eran las nueve y diez.

Permanecieron en silencio el resto del rato, como si estuviesen analizando los pasos que iban a dar, las posibles consecuencias que podía tener enviar aquella información. Era cierto que podían recibir ayuda, pero también existía la posibilidad de que no estuviesen interesados en abrir el email y detenerse diez minutos en observar aquella información. Y si era así. ¿qué harían?

Observó las personas pasear delante de ellos hasta que uno se detuvo frente al locutorio y comenzó a abrirlo.

Allen se giró hacia Rachel.

—Ya abren —Le susurró mientras daba su último trago al café.

Rachel aceptó con una mirada un tanto perdida, pero no dijo nada, ni siquiera respondió, se limitó a observar como el hombre iba abriendo las puertas y entraba en el interior dirigiéndose a la mesa al lado de la puerta, desde donde controlaba todos los ordenadores. Tras unos minutos se levantó.

—Bueno, vamos allá.

Allen y Claire se colocaron a su lado y entraron en el locutorio.

—Buenos días —Le dijo Rachel observando el local. Era bastante amplio, debía tener al menos treinta ordenadores, cada uno con una pequeña mesa y separadores que daban algo de confidencialidad de los otros vecinos navegantes que acudiesen al locutorio—. Necesitamos un ordenador. —Se aproximó a la mesa.

El hombre la miró y pulsó unas teclas de su ordenador.

—¿Cuánto rato?

—Con un cuarto de hora habrá suficiente. Es para enviar unos emails.

El hombre comenzó a negar.

—Se hace por fracciones de media hora —Le indicó.

Rachel aceptó.

—Pues media hora.

—Son cinco dólares —comentó colocando su mano para recibir el dinero.

Rachel se giró hacia Allen el cual sacaba la cartera del bolsillo y extrajo el dinero pasándoselo al jefe del local.

—De acuerdo —dijo metiéndolo en una caja−. Pueden coger el ordenador que quieran. Metan esta clave. Esta activado para media hora. Si necesitan más tiempo, díganmelo.

Pasó un papel a Rachel con un número de usuario y una clave y se la dio a Allen. Se giró y dirigió a uno de los ordenadores más alejados del local.

Allen colocó un par de sillas al lado de ella y se sentaron los tres frente a la pantalla del ordenador mientras pasaba el papel a Rachel con los datos que debía introducir.

Rachel tecleó el usuario y la clave y al momento el ordenador pareció cobrar vida con una cuenta atrás de media hora en un pequeño reloj, situado en un lateral de la pantalla.

Rachel miró a Allen y Claire durante unos segundos y suspiró.

—¿Preparados? —Les susurró. Ambos afirmaron no muy convencidos. Rachel tragó saliva —. Seguramente al tener una orden de búsqueda y captura seguirán el rastro en cuanto meta mis datos en la web del FBI. —Volvió a mirarlos—. No creo que tarden más de quince minutos en llegar aquí para cogernos.

Claire la miraba asustada, pero Allen tenía en su rostro una mirada fija y convincente.

—Habrá que ser rápido entonces —Le susurró—. Vamos allá.

Rachel tragó de nuevo saliva y esta vez abrió internet accediendo a la web del FBI mediante su clave. Miró de reojo a Allen.

—Cuenta diez minutos desde ya —dijo tecleando rápidamente. Allen miró el reloj memorizando que eran las nueve y cuarenta y dos minutos.

Rachel accedió a la intranet del FBI introduciendo sus datos personales y fue directa hacia una pestaña que rezaba contactos.

—Aquí están todas las comisarías del FBI —comentó. Al momento una larga lista comenzó a aparecer en la pantalla, con todas las comisarías, Estados donde se encontraban, número de teléfono y correos personales.

Una vez se abrió clicó otra pestaña abriendo su correo personal, el cual tardó un poco en cargarse.

—Este locutorio no tiene muchos megas de velocidad —Se quejó—. ¿Cuánto llevamos?

—Han pasado dos minutos —comentó Allen mirando el reloj.

El correo electrónico de Rachel se abrió finalmente y buscó el email que Danny le había enviado con toda la información que tenían. Le pulsó a reenviar y automáticamente borró todos los datos de Danny para que no tuviesen constancia de él, lo que menos quería era meter a otro inocente en aquel jaleo. Observó que el email de reenviar llevase adjuntada la documentación que Danny les había enviado y volvió a la web de contactos con todos los emails de las comisarías.

—Tengo que copiar una por una las direcciones —dijo mientras iba copiando las direcciones de email y lo pegaba en su propio email con la documentación.

—Hay muchas —Le dijo Claire.

—Lo sé, tesoro —comentó Rachel mientras movía rápida el ratón del ordenador abriendo una pestaña tras otra y copiando las direcciones de email.

—Han pasado cinco minutos —comentó Allen observando el reloj.

Rachel movió más rápido si podía su mano sobre el ratón, debía enviar aquel email a todas las comisarías que pudiese, cuantas más lo recibiesen mayor era el porcentaje de que recibiesen ayuda.

—¿Crees que ya nos han detectado? —preguntó Allen mientras observaba con gesto preocupado a Rachel y miraba de reojo hacia la puerta de entrada al locutorio.

—Nos han detectado desde el primer segundo que he accedido con mi clave. A los dos minutos ya nos han localizado. Al tercer minuto se lo han comunicado a la comisaría más cercana a este lugar, es decir, ya se dirigen hacia aquí —dijo copiando y pegando direcciones de email en su correo particular.

—Joder —susurró Allen mirando hacia el exterior—. ¿A cuánto está la comisaría de aquí?

Rachel no contestó pues estaba demasiado nerviosa y con faena como para atender rápidamente a esa pregunta. Copio un par de direcciones más y sin mirarle contestó.

—A unos cinco o seis minutos en coche.

—¿Y si hay mucha caravana? —preguntó inocente Claire.

—¿Para qué crees que están las sirenas? —respondió Rachel con una pegunta sin apartar la mirada de la pantalla del ordenador.

—¿Cuántos llevas? —preguntó Allen desviando la mirada de la puerta de entrada al local al ordenador de forma nerviosa.

Rachel resopló.

—Necesito silencio —susurró con tono nervioso mientras movía rápida la mano del ratón.

Allen miró el reloj. Las nueve y cincuenta. Tragó saliva mientras observaba a Rachel copiar una tras otras las direcciones de las comisarías.

—Ya está —susurró cerrando la pestaña de contactos. Fue hacia el email personal donde había copiado todas las direcciones adjuntando la documentación y puso como asunto “Hoy posible atentado”

—¿Qué haces?

Rachel no contestó mientras comenzaba a escribir en el email. Allen se acercó para leer lo que escribía.

“Soy la Inspectora Morrison. Le adjunto esta información descubierta. Todo hace pensar que habrá un atentado esta noche en la final de la liga de beisbol del New York Yankees. Han intentando acabar con mi vida y con la del doctor Allen Milton y la paciente Claire McCain por tener esta información. Necesitamos ayuda”

Allen colocó la espalda recta cuando escuchó el sonido de las sirenas de policía a lo lejos.

—Ya están aquí —dijo observando la puerta de entrada al locutorio. Se acercó a ella colocando la mano en su hombro—. Dale a enviar —gritó llamando la atención del jefe del locutorio—. Por Dios, Dale.

—Voy, voy —gritó estresada.

Dos coches policiales derraparon frente a la puerta del locutorio mientras el sonido de las sirenas inundaba toda la calle.

Rachel llevó el ratón hasta la tecla de enviar y pulsó justo en el momento que dos policías irrumpían en el locutorio apuntándolos con las pistolas.

—Inspectora Morrison —gritó uno de ellos—. Póngase en pie con las manos en alto.

Allen y Claire se pusieron en pie.

Rachel volvió a mirar la pantalla del ordenador antes de levantarse. Una página nueva se abría. Mensaje enviado. Suspiró y acabó de ponerse en pie lentamente mientras elevaba sus manos.

Miró a Allen un segundo y le susurró.

—Se ha enviado.

24

Allen volvió a girarse con los brazos cruzados y caminó lentamente por la sala. Al menos, los habían dejado estar a los tres juntos en una misma habitación. Claire se encontraba sentada, siguiéndolo con la mirada en silencio. No había pronunciado palabra desde que los habían detenido. No los habían esposado cuando los habían llevado hacia los coches policiales. Allen se había asustado al principio, pues lo habían metido a él solo en un vehículo. Claire y Rachel habían ido en el coche policial que les seguía. Pero se había calmado cuando minutos después de que le metiesen en aquella sala de la primera planta de la comisaria habían llegado ellas dos.

No había podido remediarlo y se había abrazado a Claire intentando controlar los nervios. Claire se había sentado en una de las sillas al lado de Rachel, la cual se encontraba bastante pálida, el dolor debía estar incrementando sin la toma de su medicación.

Allen fue de nuevo hacia el otro lado de la sala mientras contemplaba con rostro preocupado a Rachel. Miró el reloj y vio que marcaban prácticamente las dos del medio día.

—¿A qué están esperando? ¿Por qué nos retienen aquí?

Rachel elevó su rostro, el cual había permanecido apoyado sobre la mano aquella última media hora.

—No tengo ni idea —susurró.

—Llevamos prácticamente tres horas y media —comentó enfadado. Se dirigió a la puerta y la golpeó repetidas veces—. ¡Eh! ¡Eh! ¡Hagan el favor de abrir!

Las dos mujeres le observaron con curiosidad en la mirada.

—No va a servir de nada —susurró Rachel.

Allen se apoyó contra la puerta abatido. Se cruzó de brazos y miró a la inspectora.

—¿Puede que estén contrastando la información que le enviamos por email? —Ella se encogió de hombros sin saber la respuesta—. Aquí también la enviaste, ¿no?

—Claro.

Al momento, notó como la puerta golpeaba su espalda haciendo presión. Alguien intentaba abrirla. Allen se apartó confuso. Un policía uniformado abrió la puerta y miró hacia Allen.

—¿Qué quieren?

Allen lo miró irritado.

—Salir de aquí —bromeó, aunque luego su rostro cambio a más serio—. La inspectora Morrison no se encuentra bien. Necesita medicación.

El policía la observó. Su rostro era pálido y en su frente brillaban por gotas de sudor causadas por el dolor.

—¿Qué le ocurre? —preguntó esta vez más preocupado.

Allen lo miró fijamente.

—Tiene cáncer —respondió directamente—. Necesita fentonilo para el dolor de forma urgente.

El policía la observó unos segundos más y aceptó.

—Veré que puedo hacer.

Iba a cerrar la puerta cuando Allen la paró con la mano ante la mirada fija del policía.

—¿Por qué nos retienen aquí? ¿No tendríamos que tener derecho a un abogado? —preguntó furioso—. Le hemos enviado una información por email a todas las comisarías, ¿sabe si la han

recibido?

El policía se quedó paralizado ante tanta pregunta, sin saber cómo reaccionar. Se notaba que era novato. Titubeó un poco pero justo cuando parecía que iba a comenzar a hablar un grito lo paralizó desde el otro lado del pasillo.

—¡Eh! ¡Novato! Aparta de ahí —comentó aquella voz.

El novato se apartó a un lado dejando que un hombre de mediana edad y con cara furiosa se situase frente a él. Pero eso no fue lo que le llamó la atención. Escuchó una conversación intercalada entre unos pasos rápidos que se dirigían hacia ellos. Aquella conversación. Aquella voz que intervenía en ella. Le resultaba familiar. Notó como el corazón le daba un vuelco y los vellos se le ponían de punta.

Salió de la habitación con gesto agitado colocándose al lado de aquel hombre mayor con rostro atormentado.

—¡Danny! —gritó al ver a su amigo caminar rápidamente por aquel largo pasillo, acompañado de un hombre de color que caminaba más despacio. Llevaba una venda enroscada en su frente y otra en el brazo. Luego su rostro se convirtió en preocupación—. ¿Danny? ¿Qué haces aquí?

Su amigo le ofreció una gran sonrisa y se abrazó a él mientras daba palmadas en su espalda.

—Tío, en menudo jaleo te has metido —dijo separándose, aún con la sonrisa en su rostro.

Allen le sonrió y después miró hacia el hombre de color que había al lado. Este se presentó.

—Soy Ben Doyle. Subinspector y ayudante de la Inspectora Morrison —dijo ofreciéndole la mano—. ¿Dónde se encuentra?

Allen soltó su mano y le indicó con un movimiento de rostro que se encontraba dentro de la sala.

—No se encuentra bien. Necesita una medicación. Fentonilo, para el dolor.

El hombre con rostro atormentado se giró hacia el policía novato y le ordenó que encontrase dicha medicación. Después se presentó como el comisario Alex.

Ben entró rápidamente en la sala encontrando a Rachel sentada sobre la silla, mirando hacia la puerta. Rachel lo miró asombrada y se levantó de un salto, aunque su rostro era pálido y ojeroso pudo transmitir una sonrisa dulce hacia él.

Ben se acercó y le tendió la mano con alegría.

—No tienes buena cara —Le susurró con una sonrisa.

Rachel le sonrió aún más pero se encogió de hombros.

—Me he encontrado mejor que ahora. Tú tampoco la tienes —admitió mientras observaba la venda que cubría su frente y su brazo, a la vez que el resto entraban en la sala. Observó a su jefe, Alex y a Danny, el amigo periodista que les había ayudado con la información. Pero algo le llamó la atención—. ¿Dónde está David?

Alex cerró la puerta tras de ellos y se cruzó de brazos sin responder palabra. Ben la miró contrariado.

—No estaba de nuestro lado. —Luego hizo un gesto un tanto doloroso—. Tuve un enfrentamiento con él.

—¿Qué quieres decir? —preguntó conmocionada.

Ben pareció debatirse unos segundos antes de comenzar a hablar. Se apoyó en la mesa e inspiró aire.

—Después de que me pasases la información por email sobre el atentado lo compartí con él. —Tragó saliva de nuevo—. Intentó acabar con mi vida. Escuché como hablaba con Nicholas Bourez.

Rachel se llevó una mano a sus labios con actitud de asombro.

—Estaba infiltrado.

—Eso parece —comentó Alex, el cual se acercó hacia ellos con paso lento—. Ben me mostró toda la información. ¿Cómo lo habéis conseguido?

Allen intervino.

—Danny me la consiguió. Yo se la pedí —dijo rápidamente, exonerando de culpa a su amigo.

Alex se apoyó en la mesa igual que Ben y contempló a Rachel y a Allen alternativamente.

—No me refiero a eso —susurró—. Ya sabes lo que quiero decir.

Allen tragó saliva y miró de reojo a Rachel y a Claire, la cual se mantenía totalmente callada.

Suspiró y cerró los ojos durante unos segundos reflexionando sobre aquella pregunta. ¿Qué iba a decirles? ¿Claire tenía visiones? ¿Por eso mismo la ayudé a escapar? ¿Todo esto ha sido gracias a Claire? En parte, ella se merecía ese reconocimiento, se merecía que el resto de las personas supiesen que ella, a la que habían tratado por enferma mental, en realidad era una vidente en potencia. Por otro lado, ¿cómo explicar aquello? Seguramente pensarían que él también era un digno candidato a entrar en un psiquiátrico. Perdería credibilidad toda su versión.

Estaba dudoso respecto a qué contestar, titubeaba antes de hablar pero por suerte Rachel intervino.

—El doctor Milton y la señorita Claire escucharon unas conversaciones en el bar donde se encontraban. —Todos miraron hacia ella—. Me explicaron en el bar lo que habían oído y les creí. —Rachel se puso en pie—. Me dijeron que me darían toda la información siempre y cuando les acompañase e investigase lo que habían escuchado. —Miró hacia Alex y Ben—. Gracias a ellos hemos descubierto todo esto.

—Sí, eso está muy bien —intervino Alex de nuevo—. Pero, ¿porque ayudó a escapar a la señorita McCain? —Miró hacia Allen de nuevo—. Sabe que es un delito —dijo con contundencia—. Tendrá que dar algunas explicaciones.

Allen tragó saliva y esta vez contempló durante unos segundos a Claire, la cual mantenía su rostro cabizbajo. Inspiró aire y cogió fuerzas.

—La señorita McCain está en perfecto estado. No padece ninguna enfermedad mental. —Se mordió el labio—. Sé que fue un error por mi parte, que debería haber solicitado el alta pero realmente está en perfecto estado de salud mental. Sé que ha sido un grave error y asumiré las culpas por ello, pero ella no debe estar encerrada.

En ese momento Rachel se colocó a su lado y colocó su mano en el hombro apoyando a Allen.

—El doctor tiene razón. Ella está en perfecto estado —Luego intentó sonreír—. Y dado que los tres hemos hecho este descubrimiento, hemos ayudado al FBI y además han intentado matarnos, supongo que se podrá hacer algo para retirar los cargos que hay sobre…

—Inspectora —Le amenazó Alex. Luego meneó la cabeza en actitud dudosa—. Aunque esa versión no me convence… ya hablaremos de eso más tarde. Ahora hay un tema mucho más importante.

Rachel se cruzó de brazos.

—En eso tiene toda la razón. ¿Qué vamos a hacer con la información? ¿La habéis contrastado? —preguntó a Ben.

—Todo es correcto, y lo peor es que es cierto.

Alex intervino de nuevo en la conversación.

—Me he tomado la molestia de hablar personalmente con otros inspectores. Nos dan su

apoyo.

Rachel enarcó una ceja hacia él.

—¿Qué significa eso? ¿Lo habéis hablado con el Pentágono?

Alex comenzó a reír.

—Inspectora, el Pentágono no está al corriente de que tenemos esta información. La mantenían oculta. No seremos nosotros los que digamos que un periodista se ha infiltrado en su base de datos y ha encontrado toda esa información… no lo haremos al menos hasta que acabe todo esto. Obviamente, esto es un asunto de estado, y se dará parte de todo al Ministro del Interior, pero única y exclusivamente cuando todo haya acabado. No quiero recibir una orden por parte del Pentágono para que se paralice esta investigación.

—Crees que es consentido por el Pentágono —susurró boquiabierta.

—Creo que hay intereses que van más allá de nuestra comprensión. El negocio de la venta de armas mejora mucho la economía de un país —acabó diciendo.

Rachel se pasó la mano por la frente agobiada.

—Y supongo que crear otra guerra lo mejorará mucho más —acabó pronunciando Allen, el cual recibió la mirada impresionada de todos los comparecientes.

Rachel miró fijamente al comisario.

—¿Cómo procedemos?

—Como he dicho lo he comentado con otros inspectores, inspectores de mi confianza. A parte, con el email que habéis enviado a casi todas las comisarias no creo que haga falta que lo hagamos público. Ya se encargarán los periodistas —comentó con una extraña sonrisa en sus labios mientras observaba a Danny—. Haremos una vigilancia de todo el recinto. Pondremos hombres en cada una de las puertas de acceso y salida del estadio y se procederá al cacheo de cada persona que entre.

Rachel negó con la cabeza.

—Puede haber policía infiltrada. La bomba o lo que sea que vayan a usar puede que esté ya colocada en el estadio.

—Se está haciendo un reconocimiento del estadio con perros entrenados…

—Espere —intervino Allen—. ¿No sería mejor paralizar la final de beisbol?

Alex puso cara de disgusto.

—No podemos hacer eso. Sí que hay muchos argumentos a favor pero, ¿por qué en el estadio de Beisbol?

—Porque todo encaja —respondió Allen rápidamente—. Lo escuché claramente. —Inspiró aire intentando calmarse—. En la conversación del bar dijeron que estaban preparando algo impresionante. Hoy coincide con el día en que trasladan a John Bourez a la prisión de Nueva York y, ¿qué acontecimiento mejor que una liga de Beisbol que se ve a nivel mundial para reivindicar lo que quieren?

Ben tragó saliva.

—David me lo dejó claro a mí también. Planeaban algo para hoy. Algo que acabaría con la vida de muchas personas. —Pasó de mirar fijamente a Alex a mirar a Allen—. Creo que tienes toda la razón.

Allen aceptó aquello con un ligero movimiento de cabeza. Alex se quedó pensativo y finalmente suspiró.

—Mandaré más seguridad para proteger al gobernador. —Miró hacia Rachel y se pasó la mano por la frente—. De acuerdo, tenemos la vigilancia en cada puerta, los cacheos, los perros… ¿propones hacer algo más?

Rachel se quedó pensativa.

—Reforzar la vigilancia al furgón que traslada a John Bourez —susurró—. Repartid fotografías de todos los presuntos implicados a la policía. Y sobre todo, formar un perímetro de control alrededor del estadio.

—Está bien —acabó diciendo Alex. Asintió y volvió a mirar a Rachel con gesto preocupado —. Nosotros nos encargamos de todo. Descansa.

—No —dijo asustada levantándose de su asiento—. No pienso quedarme fuera de esto.

Alex se acercó un poco más a ella con gesto comprensivo.

—No estás en condiciones de…

—Ni se te ocurra decirme eso. —Le apuntó amenazante con el dedo—. Llevo casi una semana detrás de esto. Han intentado matarnos, hemos tenido que dormir a la intemperie, hemos tenido que permanecer escondidos por una orden de búsqueda y captura que tú mismo…

—Oye —comentó Alex elevando un poco el tono, aunque en plan conciliador—. Yo no sabía lo que ocurría.

—Ya lo sé. Pero he luchado mucho para llegar hasta aquí —acabó diciendo.

Alex la observó durante unos segundos. Tenía mal aspecto, se encontraba débil, pálida, pero tampoco podía obviar que ella era la que poseía más información sobre lo que estaba ocurriendo.

Permaneció unos segundos dudoso pero finalmente asintió con un gesto molesto.

—Está bien, está bien, vendrás con nosotros —comentó mientras se giraba camino a la puerta.

—No —reaccionó cortante.

Alex se giró sin comprender.

—¿No?

Rachel apretó sus puños y miró durante un segundo a Claire y a Allen.

—Voy al estadio.

Alex avanzó unos pasos hacia ella.

—Rachel, estamos diciendo que puede que explote una bomba y tú quieres ir al estadio donde…

—Intentaron acabar con nosotros —comentó ella—. Esos hombres pertenecían a la banda terrorista. Quizás sean ellos los que estén encargados. Podría reconocerlos.

—Eso no lo sabes —comentó asustado.

—Es cierto —intervino Allen—. Yo también voy —dijo colocándose al lado de Rachel, aunque al momento percibió el gesto furioso de ella, aunque él se limitó a enarcar un poco su ceja, retándola.

Alex se acercó a ellos con actitud indignada. Los miró fijamente durante unos segundos.

—¿Eres tan tozudo como Rachel? —preguntó mirando fijamente a Allen.

Allen sonrió durante unos segundos.

—Más aún.

Alex resopló y se dio media vuelta.

—Entonces mejor no pierdo el tiempo intentando convenceros de que no vayáis —comentó antes de salir por la puerta.

Rachel suspiró y se quedó mirando fijamente a Allen.

—No vas a ir —Le susurró.

Allen la observó y se cruzó de brazos.

—Sí que voy a ir —respondió convencido.

—¿Y Claire? —volvió a susurrar mirando de reojo a la muchacha que había permanecido

callada todo el rato.

Allen miró hacia Danny y Ben los cuales les observaban.

—Danny se hará cargo de ella, ¿verdad Danny? —preguntó elevando su tono de voz.

25

Rachel Morrison bajó del vehículo mientras colocaba su pistola en el cinturón y después la escondía bajo su fina chaqueta azul. El estadio estaba al completo, las personas hacían filas para entrar a uno de los complejos mundiales más grandes. Niños con gorras, con banderas de sus equipos de beisbol colocados sobre los hombros de sus padres y riendo de júbilo.

Rachel tomó aire intentando coger fuerzas y miró a la puerta trasera por donde salía Allen.

Ben les había llevado hasta el lugar después de que la inspectora se recuperase un poco tras la toma de la medicación.

Cerró la puerta con fuerza y miró a Rachel mientras escuchaba de fondo la música animada que provenía del interior del estadio, anunciando que en breves minutos comenzaría el encuentro. Focos de luces se desplazaban hacia el cielo y se reflejaban en las pocas nubes que surcaban un cielo que comenzaba a apagarse. En poco menos de una hora ya sería de noche y las estrellas serían testigo de lo que aconteciese allí dentro.

Se miraron los tres durante un segundo y después fue Ben el que se acercó a ambos, los cuales miraban el enorme estadio con miedo en sus ojos.

—El encuentro comenzará en menos de diez minutos —comentó Ben. Luego miró alrededor —. Hay mucha policía secreta, más de la que pensáis.

—Ya imaginaba —respondió Rachel mirando de un lado a otro.

—Los geos vienen de camino. Llegarán en cuestión de quince minutos. —Rachel enarcó una ceja hacia él—. Como medida de precaución. Les hemos dicho que practicaremos seguramente un simulacro.

—Ya —dijo apartando la vista de él.

Ben observó un segundo a Allen, el cual también miraba de un lado a otro y tragó saliva.

—Vamos, os colaré dentro.

Comenzaron a caminar con Ben a la cabeza, mientras Rachel y Allen le seguían.

Aunque intentaba estar calmado, decirse que tal vez todo esto fuese un error, un conjunto de coincidencias, no podía hacer que su corazón descendiese sus pulsaciones. Observó las personas felices, ajenas a todo lo que en realidad se había descubierto y podía pasar, y contempló durante un segundo a Rachel.

—Quiero una —Le susurró.

Ella le miró sin comprender mientras seguía a Ben.

—¿Una qué?

—Una pistola —dijo sin rodeos.

Ella le medio sonrió.

—No, ni hablar. Tú eres psiquiatra, no policía.

—¿Y qué? —contestó malhumorado—. Dame un arma —insistió—. Vamos, es una medida de protección.

—Ni siquiera sabes disparar, podrías herir a alguien.

—No tengo intención de usarla, solo como protección —dijo cogiéndola del brazo y haciendo que se detuviese un segundo—. Vamos.

Rachel dudó un poco, pero finalmente chasqueó la lengua y comenzó a caminar más rápido, soltándose de la mano de él e intentando alcanzar a Ben que ya se internaba entre la larga cola

que esperaba su entrada al estadio.

Allen corrió detrás de ella hasta situarse a su lado. Se detuvieron frente a un policía que vigilaba aquella puerta de acceso y Ben le enseñó la placa. El policía le hizo un gesto con su rostro para que entrasen mientras supervisaban la mochila de un hombre.

Entraron a través de un pequeño pasillo hasta un recinto más grande, igual de atestado de personas que buscaban hacia donde debían dirigirse.

Ben se giró hacia ellos.

—Saldré fuera con Alex un segundo, ¿llevas el walkie encendido? —Rachel se miró el cinturón y comprobó que la pantalla de su walkie desprendía una suave luz. Afirmó con su rostro y suspiró—. Hay mucha policía secreta, todos estamos conectados en la emisora dieciséis, si veis algo extraño comunicadlo.

Ambos asintieron. Se miraron un segundo siendo conscientes de que quizás podían morir allí dentro. Ben no dijo nada más y se giró para alejarse pero Rachel le llamó.

—Espera, ¿vas a salir fuera?

—Sí, luego entraré cuando estén todas las personas dentro.

Rachel se acercó a él y le susurró.

—Dame tu arma y tu walkie —dijo mientras con un movimiento de mano le indicaba a Allen que se acercase.

—¿Para qué? —preguntó desconcertado.

—Puedes conseguir otros fuera —respondió mientras le hacía un gesto para que se diese prisa—. No quiero que vaya desprotegido —dijo pasándole el walkie a Allen. Luego cogió el arma que Ben le pasaba y miró hacia Allen—. Atiende porque solo te lo voy a decir una vez. Así está el seguro puesto —Le indicó—. Lo quitas y solo tienes que apuntar y disparar —dijo pasándole el arma a la vez que le colocaba de nuevo la seguridad—. Y cuidado con el retroceso. Siempre cógela con las dos manos.

Allen la observó y la guardó en su cinturón tal y como Rachel la llevaba.

Ben le miró y le medio sonrió.

—Intenta no matar a nadie —bromeó mientras se giraba de nuevo. Rachel volvió a llamarle.

—Ben, espera —dijo esta vez acercándose ella sola. Ben se giró para mirarla. Rachel se colocó ante él y le observó con una media sonrisa en sus labios—. Gracias por todo —Le susurró mientras le tendía la mano para estrecharla—. No sé que habría hecho sin ti.

Ben la contempló unos segundos y finalmente sonrió mientras estrechaba su mano. Se mantuvieron unos segundos así, observándose y sonriendo, hasta que ambos decidieron que aquel momento había acabado y soltaron sus manos.

—Ve con cuidado —dijo Ben.

—Tú también. Nos vemos luego —respondió mientras se giraba y caminaba hacia Allen, el cual se había quedado un par de metros apartado.

Allen había depositado la pistola de Ben en su cinturón y contemplaba el walkie. Rachel se situó a su lado.

—Bien, ¿cuál es el plan?

Rachel arqueó una ceja y suspiró.

—Recorreremos el estadio en busca de algún sospechoso. —Se cruzó de brazos y lo observó —. ¿Claire no te dio ninguna pista más?

—No, sólo que la última pelota explotaba. Supongo que se refería a que ocurriría en el último tiempo.

—¿No te describió a alguien?

—No.

Rachel miró de un lado a otro.

—Está bien. —Le quitó el walkie de su mano y lo sintonizó en una frecuencia volviendo a dárselo.

—¿El trece? —Le miró algo molesto—. Ben ha dicho que estaba en el dieciséis.

—Sí, pero ésta es para hablar tú y yo en privado —dijo mientras se situaba en la cola que avanzaba hacia las gradas.

Allen permaneció en silencio unos segundos.

—¿No vamos a ir juntos?

—Podemos cubrir más superficie si nos distanciamos. Tú por abajo, yo por arriba. Peinaremos el estadio.

Allen chasqueó la lengua y colocó su walkie en el cinturón, colgando de una pequeña pestaña que llevaba en la parte trasera.

Subieron lentamente unas pequeñas escaleras hasta que salieron al exterior. Ambos se quedaron impresionados cuando observaron todo el estadio. Majestuoso, enorme y totalmente iluminado por unos focos situados en la parte más alta del estadio.

En su centro se encontraba en campo de beisbol, con un césped bien conservado y el camino de tierra que conducía a cada base. En el centro, uno de los equipos vestidos de blanco ensayaba sus tiros con el bate. Los hinchas gritaban de emoción cuando el golpeo del bate contra la pelota hacía que esta surcase el cielo a una velocidad increíble.

Se situaron a un lado para dejar que el resto de personas circulasen. Rachel agarró su walkie y sintonizó una emisora.

—Ben, soy Rachel. Estamos ya en el campo.

Segundos después llegó la voz grave de Ben.

—Dime.

—Avísanos cuando acabe de entrar gente.

—Está bien.

—Corto —dijo Rachel.

Miró a ambos lados y cogió del brazo a Allen para distanciarse un poco de la avalancha de gente que salía de las escaleras avanzando hacia las gradas.

—Escucha —dijo colocándose a su lado—. Yo iré por la parte de arriba del estadio, tú ve por abajo —dijo señalándole las escaleras—. Cualquier cosa me avisas.

—Y tú a mí —dijo mirando hacia donde había indicado. Después giro su rostro y miró fijamente a la inspectora—. Creo que si salimos vivos de aquí estaría bien ir a cenar. —Rachel sonrió—. Recuerda que me lo prometiste en el lavabo del burdel.

—Claro —respondió cohibida. Miró hacia un lateral y suspiró—. Ten cuidado y no hagas ninguna locura —comentó separándose un poco de él, pero Allen la cogió del brazo—. ¿Qué ocurre? —preguntó preocupada.

La contempló unos segundos, debatiéndose y titubeando un poco, como si quisiera decirle algo.

—Allen, dime —Le animó acercándose un poco más.

Pero él no dijo nada, subió el escalón que les separaba y la besó directamente, de forma tierna. Ni siquiera tuvo tiempo de separarse, fue un beso demasiado corto pero que consiguió que Rachel acabase de recuperar el color que le faltaban en las mejillas.

—Por si acaso no hay un después —dijo en un susurro.

Rachel no sabía qué decir. Se removió inquieta, aceptando con su rostro. Lo cierto es que le

había atraído desde un principio, aunque su sentido de la responsabilidad y el trabajo la hubiesen hecho desestimar aquella idea y centrarse en la investigación y su enfermedad.

—Será mejor que baje —continuó Allen.

Rachel asintió y se giró aún conmocionada por lo que había ocurrido, sin saber cómo reaccionar y qué decir ante aquello. Cerró durante un segundo los ojos e inspiró para calmarse mientras apretaba los puños. Cuando se volvió a girar para intentar quitar algo de hierro al asunto Allen ya se había distanciado bastante y se encontraba a la altura de las primeras gradas.

Lo observó bajar las escaleras del estadio a buen ritmo, sin mirar atrás. Lo siguió con la mirada hasta que llegó abajo del todo y se giró finalmente hacia ella. Le saludo con leve movimiento de la mano, moviéndose continuamente de lugar para que Rachel alcanzase a verlo entre la muchedumbre que esperaba ansiosa el principio del partido.

Las mascotas de ambos equipos animaban en las gradas con su especial baile y haciendo que la gente aplaudiese.

Le devolvió el saludo y comenzó a ascender las escaleras rumbo a la parte más alta, mientras comenzaba a observar con ojos indagadores a las personas que rodeaba o bien pasaban a su lado.

Cuando llegó a la parte más alta del estadio tuvo que detenerse unos segundos a recobrar el aliento. Cuando se giró pudo observar finalmente la envergadura de este, era realmente enorme. Fue cuando las dudas comenzaron a inundar su mente. Demasiada gente. Demasiadas personas con bolsas, mochilas… No debía olvidar que ya habían pasado un arco de seguridad a la entrada del estadio y que obviamente, había mucha más policía secreta de la que imaginaba. ¿Sería suficiente todo aquello?

Se movió de un lado a otro observando la parte de abajo donde Allen permanecía quieto, esperando a que ella le diese una señal. Tomó el walkie en su mano y lo llevó hasta sus labios mientras esquivaba a una de las mascotas del equipo que había comenzado a acercarse a ella bailando. Le apartó con un mal gesto y se distanció de ella, aunque pudo escuchar cómo de aquel muñeco salían unas palabras.

—Será idiota —Escuchó que decía hacia ella.

Rachel ignoró aquel comentario.

—¿Me recibes?

El walkie emitió unos sonidos de interferencia pero finalmente la voz de Allen llegó alta y clara.

—Sí, te recibo.

—Cualquier persona en actitud vigilante o sospechosa, cualquier persona que cargue con una maleta que te parezca… mmm… sospechosa —volvió a repetir—, comunícamelo y daré parte a Ben.

—De acuerdo —Escuchó la voz de Allen.

—Caminaremos hacia tu derecha.

—Vale.

Rachel comenzó a caminar observando la pequeña figura de Allen en la lejanía, en la parte más baja del estadio. Mantuvo aquel ritmo constante durante varios minutos, observando cada una de las personas, sin que ninguna llamase su atención. Quizás se había equivocado. Aunque las pruebas que tenían les hacían llegar a aquella conclusión puede que no estuviesen en lo cierto.

El sonido de una voz por los altavoces le hizo detenerse.

—Se va a interpretar el himno nacional de los Estados Unidos —dijeron. Al momento toda la gente se puso en pie.

Observó dirigirse a un niño al centro del campo con un micro en la mano. Ese era uno de los momento más bellos de todos los partidos a su parecer, un momento en que independientemente del equipo del que fueras todos se unían para sentir aquella música, aquel sentimiento patriótico.

Poco después el niño comenzó a interpretar el himno a capela con una hermosa voz aguda. Rachel aprovechó para observar a cada una de las personas que la rodeaban, pero su mirada la llevó hasta una de las gradas, situadas un poco por encima de ella, totalmente acristalada y protegida, donde pudo intuir la figura del gobernador de Nueva York en pie, con su mano en el corazón, disfrutando de aquel momento.

El gobernador de Nueva York se levantó nervioso y aplaudió compulsivamente cuando el jugador alcanzó por poco la tercera base.

—Vamos, vamos. —Siguió aplaudiendo mientras se sentaba de nuevo y miraba hacia el lado, donde uno de los guardias de su seguridad privada contemplaba el partido igual de nervioso que él.

—Le ha ido por bien poco —comentó este.

—Demasiado —respondió el gobernador mientras miraba el reloj.

Acababa de comenzar el tercer tiempo y el partido estaba muy igualado. Cuatro carreras el equipo local, cinco el visitante.

El gobernador miró de reojo a su ayudante y luego observó a los otros tres guardias de seguridad que le acompañaban en aquella cómoda estancia. Era todo un lujo ver el partido desde allí. Disponía de unos buenos sofás e incluso una pequeña nevera de donde podía coger todo lo que le apeteciese. Aunque para su gusto, a demasiada altura. Hubiese deseado que estuviese un poco más baja, nunca le habían gustado las altura. De todas formas, su aparición apoyando al equipo de Nueva York era buena campaña para las elecciones que se darían en menos de un año. En pocos meses comenzaría una campaña mucho más dura y que le alejaría de su familia durante meses.

Era lo que debía hacer. Ir de ciudad en ciudad promocionándose, dando a conocer sus fantásticos planes de futuro en aquel maravilloso discurso que había diseñado su gabinete. Un discurso que sabía que estaba plagado de promesas que seguramente, a la larga, no podría cumplir, pero que no cesaría en su empeño por hacerlo.

Thomas, su guardaespaldas de más confianza seguía observando el partido de pie, a su lado.

—¿Por qué no te sientas?

—Estoy bien así, señor.

El gobernador asintió y contempló de nuevo como el bateador se colocaba en posición.

—¿Cómo están los niños? —preguntó sin mirarle.

Thomas sonrió.

—Supongo que viendo el partido.

Se puso en pie de nuevo, con los puños en alto cuando el bateador golpeó con fuerza la pelota y esta salió disparada hacia el otro extremo del campo.

—Bien, bien. —Aplaudió mientras se sentaba—. A Jeremy le encanta el beisbol —explicó refiriéndose a su hijo menor−. Lo disfruta incluso más que yo. —Luego sonrió abiertamente—. El año que viene, cuando haga los ocho años, lo apuntaré a beisbol.

—Quizás llegue a jugar en la liga profesional —dijo divertido Thomas, su hombre de confianza.

El gobernador se giró y le apuntó con el dedo.

—El chico apunta maneras. Llegará lejos si se lo propone.

Le sonrió y volvió su mirada hacia los cristales, a través del cual se podía ver el partido.

Thomas se giró cuando escuchó que llamaban a la puerta, aunque el gobernador no pareció escucharlo, pues permanecía absorto mientras se frotaba las manos, nervioso. El equipo de seguridad que se encontraban al lado de la puerta fue hacia ella.

—¿Quién es?

—Obsequio para el gobernador —comentó una voz femenina desde fuera—. Se trata de una botella de champany, algo para picar y un muñeco de la mascota de equipo de Nueva York.

—A mi hijo le gustará —comentó con la mirada perdida en el partido.

Los guardaespaldas se miraron entre ellos y luego observaron como el gobernador, sin apartar la mirada del campo de juego, levantaba la mano y les hacía un gesto para que les dejase entrar.

El más cercano a la puerta abrió. Una mujer con rostro amable y sonriente arrastraba una bandeja con unas diminutas ruedas. Un hombre detrás de ella sujetaba una pequeña bandeja en los brazos con la botella y un muñeco apoyado en ella.

—Que lo dejen ahí —Escucharon la voz del gobernador de espaldas a ellos.

Abrió un poco más la puerta para darles paso. La mujer entró con la bandeja de ruedas acompañada de varios platos en los que había unas cuantas galletas, patatas y olivas depositándolo junto a una pequeña mesa que había en un lateral de la estancia. El hombre le siguió con la bandeja sobre la que reposaba la botella y las copas, depositándolas sobre la mesa.

—Muchas gracias —comentó el gobernador aún de espaldas a ellos.

—No hay de qué —respondió la mujer ya girándose y volviendo hacia la puerta, seguida del hombre. Pero algo llamó la atención de la seguridad del gobernador. El hombre se giró para observar fijamente a los ojos de la mujer y llevó la mano rápidamente hacia el muñeco de la mascota.

Antes de que el primero de ellos fuese consciente de lo que estaba ocurriendo el hombre extrajo una pistola del muñeco y la mujer otra que guardaba a escondidas bajo su chaqueta larga de camarera.

El hombre apuntó al guardaespaldas que tenía más cercano y le disparó directamente al pecho haciendo que el estruendo alertase a toda la seguridad de la sala y al gobernador que se levantó de inmediato asustado.

La mujer apuntó a otro de los miembros de la seguridad, situado al lado del gobernador y, antes de que pudiera llevar su mano al arma, le disparó en la rodilla haciendo que gritase mientras caía al suelo, llevándose la mano a la rodilla destrozada.

—No, no —dijo el hombre acercándose rápidamente hacia Thomas que se había llevado la mano al arma y que amenazaba con sacarla de su funda—. Toca ese arma y considérate hombre muerto.

La mujer se acercó a otro de los hombres del gobernador y le quitó el arma de su cinturón.

El gobernador miraba de un lado a otro sin comprender. Su vista voló hacia el guardaespaldas que permanecía sin vida en el suelo, mientras su camisa blanca se teñía de un rojo carmín y otro permanecía apoyado contra la pared tapando con sus manos la sangre que vertía de su rodilla, gimiendo de dolor.

Puso su espalda recta y se colocó a un lado de uno de Thomas, el cual se había colocado delante de él para protegerle.

—¿Qué están haciendo? —Les gritó con toda la fuerza que podía.

El hombre le miró fijamente y elevó el arma hacia el gobernador. Se aproximó rápidamente y

colocó la pistola a pocos centímetros de su frente, ante la mirada impasible de su amigo Thomas.

—Usted cállese. Siéntese, vamos —Le dijo mientras señalaba con la otra mano el asiento—. Vamos, vamos —gritó con urgencia.

El gobernador se sentó mientras contemplaba de reojo a sus hombres heridos. Tragó saliva y miró con determinación al hombre que le apuntaba.

—Deje que venga un médico a atenderlos.

El hombre puso los ojos en blanco y directamente impactó la culata del arma en la frente del gobernador, haciendo que su cuerpo se desplazase hacia el lado. La risa de la mujer que apuntaba con el arma a los otros guardaespaldas inundó aquel pequeño salón.

El hombre acercó de nuevo la pistola a la sien del gobernador, justo donde comenzaba a emanar un hilo de sangre.

—A ver si lo entiendes, no estás en posición de pedir nada —Le dijo agachándose a su lado.

Miró a los miembros de seguridad que observaban impasibles lo que ocurría y luego miró a la mujer.

—Lucía, si se mueven, mátalos directamente —comentó mientras se levantaba poco a poco.

La mujer le sonrió mientras hacía que se sentasen en el suelo contra la pared.

El gobernador se levantó brevemente, lo suficiente para incorporarse en el sofá mientras llevaba una mano hacia su sien intentando controlar la hemorragia. Miró su mano teñida de sangre y posteriormente elevó su mirada de nuevo hacia ese hombre.

—¿A qué ha venido?

El hombre le sonrió y volvió a pasear su pistola por delante de la frente del gobernador, como si se tratase de un juego.

—Es muy sencillo. O hacen lo que le voy a pedir o vuelo este estadio por los aires. —Acabó sonriendo, como si en realidad estuviese disfrutando de aquel momento.

El gobernador palideció al momento.

—¿Volar? —preguntó como si le costase entender aquello.

—Sí, volar —dijo con lentitud, paladeando cada una de las letras de aquella palabra. En un gesto rápido se acercó hacia él y gritó—. ¡Hacer pum! ¡Pum! ¡Pum! Sabe qué es eso, ¿no? —decía rápidamente, acompañado de innumerables gestos que le recordaban a un perturbado—. Todos volarán por los aires, todos… toda la gente que está aquí. —Señaló hacia la ventana para indicarle el estadio—. Mujeres, hombres, niños. Todos.

El gobernador se movió incómodo en su asiento. Jamás se había visto en una situación así. Ni siquiera se lo había planteado. No lo habían preparado para afrontar una experiencia como aquella.

—Entonces, quedamos en que sabe qué es hacer pum, ¿no? —continuó el hombre agitado mientras se rascaba la cabeza con el arma.

—Sí.

—Y no quieres que haga pum, ¿verdad?

—No —respondió con voz ronca.

—¡Perfecto! —gritó feliz. Se arrodilló a su lado y volvió a pasear el arma frente a su rostro —. Nos vamos a entender a las mil maravillas.

El gobernador le observó fijamente, intentando parecer sereno y mantener la compostura.

—¿Qué es lo que quieren?

En ese momento escuchó como la mujer volvía a reír ante aquella pregunta.

—Esa es la mejor pregunta que podía hacer —afirmó. Miró el reloj y vio que marcaban prácticamente las nueve, luego se giró y observó como todo el estadio gritaba de alegría mientras

uno de los jugadores acababa una carrera—. El tercer tiempo —susurró el hombre. Se giró hacia el gobernador y sonrió—. Conoce a John Bourez, ¿verdad? —El gobernador aceptó con su rostro sin decir nada, y sin comprender aún realmente lo que ocurría—. A esta hora debe estar a punto de entrar en el Estado de Nueva York, trasladándolo a esta prisión. —El hombre tragó saliva y sonrió—. Quiero que el furgón que lo transporta pare en el área de servicios del kilómetro setenta y cuatro y lo deje allí. Libre.

El gobernador lo miró confundido.

—¿Qué?

El hombre se puso en pie rápidamente y volvió a golpearlo con fuerza en el mismo lugar donde le había dado la primera vez.

—¿Qué no ha entendido? —gritó enfurecido, prácticamente escupiendo—. ¿Voy a tener que repetirlo todo dos veces? —Se agachó al lado de él de nuevo—. O da esa orden o hago que este precioso estadio, con toda la gente, vuele por los aires cuando el partido acabe. Tiene poco menos de una hora. —Esta vez se llevó la mano al bolsillo y sacó un teléfono móvil—. Le da tiempo de sobra a realizar las llamadas que tenga que hacer. —Arrojó el móvil al lado de su cabeza y se incorporó de nuevo elevándose—. Llame a quien tenga que llamar. Haga lo que tenga que hacer. Pero o mi hermano es liberado o le juro por Dios que el mundo no olvidará este día durante siglos —acabó amenazante.

El gobernador se incorporó y cogió el móvil.

—No, no es tan fácil… —comentó titubeante.

—Llame —Le amenazó colocando su arma en su mejilla.

El gobernador lo miró durante unos segundos y finalmente asintió con su rostro mientras observaba la pantalla del móvil que le había dado. En cuanto apretó los primeros números del móvil el hombre dio un salto de alegría y gritó de felicidad.

Miró hacia Lucía y sonrió.

—Ves cariño, te dije que tampoco era tan difícil —dijo acercándose a ella para darle un beso.

El gobernador aprovechó ese momento para desviar la mirada hacia el miembro de seguridad que se cogía con dolor la rodilla y que se encontraba sentado contra la pared. Cruzó la mirada unos segundos con él, lo suficiente para guiarle con sus ojos a que mirase un poco hacia abajo. El gobernador siguió la mirada del guardaespaldas que se desplazaba hacia la cintura de este, de donde colgaba un walkie, y por lo que le pareció ver, con la luz encendida.

Volvió a ascender la mirada hacia él y entonces lo comprendió. Tenía la línea abierta. La policía habría escuchado absolutamente todo. Volvió a mirar hacia el móvil mientras Nicholas Bourez se colocaba de nuevo a su lado y le apuntaba con el arma.

Necesitaba ganar tiempo como fuese. Resopló y luego elevó un poco la mirada mientras Nicholas le observaba sonriente.

—Llamaré al juzgado penitenciario. Ellos podrán informarme de la unidad policial que ha ido a buscar a su hermano a la prisión. Luego solo necesito llamar a la policía y que me pasen con ese furgón, así podré hablar con ellos.

El hombre volvió a arrodillarse a su lado.

—Perfecto —respondió realmente feliz, acercando de nuevo su arma—. Pero juégamela, haga cualquier cosa que no entre dentro de ese plan y le vuelo la tapa de los sesos.

El gobernador lo miró fijamente mientras acababa de marcar el número. Inspiró y le dio a la tecla de llamar. Se llevó el móvil al oído y se pasó la mano por la frente notando como la sangre iba descendiendo de forma lenta por la brecha que le había hecho.

—Buenas noches —comentó el gobernador mientras notaba como Nicholas Bourez se

acercaba al teléfono para escuchar con un rostro sumido en la locura—. Soy el gobernador de Nueva York, James Fitchall, por favor, ¿podría pasarme con el juez penitenciario de guardia?

La telefonista se quedó sin habla unos segundos.

—¿Quién? —preguntó conmocionada.

—James Fitchall, por favor, necesito hablar con el juez penitenciario que se encuentre de guardia. —Luego miró de reojo el rostro de Nicholas, el cual mantenía la oreja pegada al móvil —. Es un tema urgente.

Tras unos segundos más de silencio finalmente contestó.

—Está bien, espere un segundo. Paso la llamada a su despacho.

—Gracias.

La línea pareció cortarse, sin escucharse nada. Nicholas aprovechó para incorporarse y situarse frente al rostro del gobernador. Colocó de nuevo su pistola en la frente apretándola contra él y sonrió.

—Muy bien gobernador, lo está haciendo muy bien —comentó como si se tratase de un niño.

El gobernador lo miró fijamente y finalmente sacó algo de agallas. Elevó su mano y apartó con un golpe el arma situada en su frente.

—Aparta el arma de mí —Le amenazó.

Aquel gesto no le hizo ninguna gracia a Nicholas, el cual colocó el arma de nuevo en su frente y la apretó más fuerte.

—Vuelve a hacer eso y… —No pudo continuar.

—Buenas noches —comentó el gobernador retándole con la mirada a Nicholas—. Lamento llamarle a estas horas.

Nicholas se acercó de nuevo.

—No te preocupes —Escuchó que decía el juez—. ¿A qué debo esta llamada, James? —Lo tuteó como si ya se conociesen.

El gobernador contempló con fijeza los ojos de Nicholas, el cual iba incrementando la presión del arma sobre su frente a media que no contestaba. Finalmente, apartó la mirada de él y la distanció a un lado.

—Es sobre el traslado de John Bourez, ¿ha ido bien?

El juez rio con aquella pregunta.

—Oye, James —dijo en tono amistoso—. ¿Tú no te relajas nunca? ¿No estás en el estadio viendo la final de beisbol? —acabó riendo.

—Sí, sí…—comentó rápidamente—. Pero ya ves, tengo demasiadas cosas en la cabeza como para desconectar —dijo volviendo la mirada y observando el arma que no dejaba de apuntarle.

Aquella respuesta hizo gracia a Nicholas que sonrió maliciosamente.

—Pues deberías desconectar, no es bueno para la salud —Siguió hablando el juez.

El gesto de Nicholas le hizo comprender que se le estaba agotando la paciencia por aquella conversación y el gobernador pudo leer en sus labios como pronunciaba en voz baja un “ve al grano”.

—Pero, ¿ha ido bien? ¿Algún incidente del que deba estar informado para que los medios de comunicación no me machaquen mañana?

El juez volvió a reír.

—Pues claro, es simplemente un traslado, por lo que sé de momento está todo bien. Ese hijo de puta va directo a la prisión de Nueva York, donde pasará el resto de su vida —acabó diciendo en tono grave—. No estaba de acuerdo con este traslado —reconoció—. Pero puesto a que se pudra, ¿qué más da si es allí o aquí?

—Sí, claro. —Suspiró y observó a Nicholas—. Por cierto, ¿sabes la dotación policial que está haciendo el traslado?

—Eso debes preguntarlo a la federal —Luego se quedó callado un segundo, reflexionando—. ¿Por qué me haces esa pregunta?

James tardó unos segundos en contestar.

—Simplemente quiero estar informado de todo —reaccionó—. Bueno, sabiendo que todo va bien me quedo mucho más tranquilo.

El juez tardó de nuevo unos segundos en contestar.

—¿Va todo bien? —preguntó no muy convencido.

—Claro —respondió rápidamente—. Pero no quiero que mañana los periodistas me machaquen a preguntas que no pueda responder.

—Ya —respondió con una voz pausada. Le pareció escuchar un suspiro y finalmente respondió con un tono más animado de voz—. Disfruta del partido. Es sólo una vez al año.

—Claro, eso haré. —Dicho esto Nicholas apartó el móvil de su oreja y lo apagó sin poder darle las buenas noches al juez.

Apretó el móvil entre sus manos y volvió a colocar la pistola sobre su frente con mucha más presión.

—¿A qué estás jugando? —preguntó nervioso.

—¿A qué te refieres?

—El juez no puede darte esos datos. Ya lo has escuchado —Le gritó—. Debes llamar directamente a la policía. —Luego bajó su pistola al pecho—. ¿Me estás haciendo perder el tiempo? ¿Es eso? —gritó. Luego miró hacia Lucía—. Quizás debería hacer volar este estadio ya y dejarme de tonterías. ¿Hago eso? Dime. ¿Lo hago? —preguntó histérico.

—No —Tragó saliva—. Pensaba que él podría facilitármelo. Joder, ¿crees que arriesgaría la vida de estas personas?

Aquella respuesta calmó un poco el nerviosismo de Nicholas el cual se quedó callado durante unos segundos.

—Haz la otra llamada. Ahora —ordenó depositando el móvil con fuerza sobre sus piernas.

James cogió el móvil de nuevo. Comenzó a marcar el primer número cuando un fuerte golpe seguido de un estruendo inundó la sala.

La puerta se abrió de par en par sin previo aviso. James ni siquiera esperó a ver lo que ocurría. Aprovechando la distracción de Nicholas se tiró al suelo mientras golpeaba en la caída la pierna de Nicholas haciendo que perdiese el equilibrio y cayese al suelo.

—¡Suelte el arma! ¡Suéltela! —Escuchó que gritaban al menos diez hombres a la mujer.

Al momento escuchó unos pasos rápidos y distanciaron el arma que había caído a pocos metros de la mano de Nicholas.

Al fin, pudo comprender lo que ocurría. Diez policías de los geo habían irrumpido en la sala armados y protegidos con chalecos antibalas.

Uno de ellos se situó rápidamente sobre Nicholas inmovilizándolo mientras el gobernador se levantaba lentamente y observaba que otro policía se acercaba a él para ayudarle. Le detuvo con la mano haciéndole un gesto de que se encontraba bien y miró hacia su guardaespaldas y amigo Thomas, el cual corría hacia su compañero que permanecía tirado en el suelo. Le tomó el pulso y suspiró.

—Tiene el pulso muy bajo. —Luego miró hacia el policía que se arrodillaba a su lado−. Al menos está vivo.

El policía cogió el walkie y pidió ayuda médica de inmediato.

Thomas se giró directamente hacia Nicholas que permanecía inmovilizado en el suelo.

—Hijo de puta —susurró mientras le pateaba en un costado. Se agachó y lo cacheó rápidamente—. No tiene ningún detonador —comentó hacia el gobernador. Luego giró su rostro hacia Nicholas—. Tú también te vas a pudrir en la cárcel. —Le agarró con rabia su cabello forzándolo a que le mirase—. ¿Me has escuchado? Vas a pasar el resto de tu vida en prisión.

Pero lejos de todo lo que esperaba Nicholas comenzó a reír. Al principio su risa fue suave, poco a poco fue incrementándose, algo que descolocó a todos.

—¿Crees que has ganado? —preguntó retándole de nuevo—. ¿De verdad lo crees? —gritó—. Me parece que no entiendes lo que ocurre. —Luego le sonrió directamente—. Hay bombas en este estadio y a menos que en poco más de media hora dé yo mismo la orden… —Luego miró al gobernador—. ¡Pum!

Thomas se levantó apretando los puños mientras escuchaba la risa cada vez más alocada de Nicholas hasta que no se contuvo más y golpeó su rostro con el pie haciendo que se desplazase rápidamente hacia un lado. Al menos consiguió que se callase.

Se giró hacia el gobernador y le miró preocupado.

—¿Qué hacemos? ¿Cuáles son las órdenes?

El gobernador reflexionó durante unos segundos y luego miró a través del estadio aquella multitud de gente que presenciaban felices el partido, ajenos a todo lo que había ocurrido allí dentro.

—Que evacuen el estadio —ordenó.

—Malo, malo… —intervino Nicholas mientras elevaba su rostro. Debía haberle roto la nariz porque de sus orificios salía abundante sangre, aun así, en su rostro, aún contenía una sonrisa de victoria.

Thomas volvió a agacharse junto a él y volvió a agarrarle del cabello haciendo que le mirase.

—¿Malo qué? —Le gritó.

Nicholas suspiró con calma y pareció deleitarse en el nerviosismo que desprendían todos lo que se encontraban allí.

—Si alguien sale del estadio, también lo vuelo —comentó alegre.

—Tú no sabes si alguien sale o no, no puedes verlos desde aquí —gritó Thomas.

—Ah, ya, es verdad —comentó como si fuese consciente de ello en ese momento, pero luego lo miró fijamente y su sonrisa se ensanchó—. Se me ha olvidado decir que tengo unos cuantos amigos vigilando.

Thomas miró directamente hacia el gobernador, el cual escuchaba impasible todo aquello. Se acercó él mismo y se agachó a su lado.

—¿Dónde está la bomba?

Nicholas giró su rostro con dolor pero igualmente su sonrisa no desapareció.

—Frío, frío de nuevo. ¿Quién ha dicho que haya solo una?

El gobernador permaneció arrodillado a su lado varios segundos intentando comportarse con frialdad ante semejante actitud. Se levantó lentamente y observó a la muchacha que permanecía sentada contra la pared.

Apretó los puños y fue hacia ella directamente.

—¿Dónde están las bombas? —Le gritó situándose frente a ella.

La muchacha elevó la mirada hacia él, con gesto enfurecido e hizo un gesto de indiferencia sin decir nada más.

James se apartó de ella y fue directamente hacia uno de los policías que se encontraban en la puerta, armado con varias pistolas y alejándolo de ellos. Salió de la habitación junto a él.

—Que evacúen a todo el estadio lentamente —comentó mirando de reojo hacia dentro de la sala.

El policía hizo un gesto poco amistoso.

—Si nos ven puede que activen las bombas —Le susurró—. E igualmente desalojar el estadio lleva su tiempo. Hay mucha gente. No creo que dé tiempo a evacuar a todo el mundo en media hora sin llamar la atención, y aunque así fuese se acabarían por dar cuenta.

El gobernador aceptó con su rostro dándole la razón.

—Hazlo. Puede que realmente no haya nadie ayudándolo.

El policía iba a responder cuando la voz de Thomas llegó desde dentro.

—Gobernador —Escuchó su grito. Al momento Thomas salió de la habitación con el móvil que Nicholas le había dado para que realizase las llamadas. Se colocó a su lado y se lo mostró—. Hace escasos quince minutos ha llamado a dos números de teléfonos.

—Justo antes de entrar en esta sala —puntualizó James en un susurró. Cogió el móvil, lo observó y se lo pasó al policía—. ¿Pueden localizar si las personas que llevan estos teléfonos se encuentran aquí?

—Podemos intentar rastrear la llamada —comentó rápidamente.

—Hacedlo. Rápido

26

Ben volvió a apretar el walkie mientras observaba atento la pantalla del ordenador, situado en la camioneta que los geo habían traído. Tanto el comisario como él mismo se habían sorprendido al comenzar a escuchar la conversación que estaba teniendo lugar en aquella tribuna donde se encontraba el gobernador. Rachel Morrison tenía razón. Había tenido razón desde un principio. Volvió a mirar la triangulación que habían hecho mediante los satélites de la posición de dichos móviles y todo encajaba. Esos teléfonos estaban allí. Debían darse prisa o en menos de diez minutos harían volar el estadio por los aires.

—A todas las unidades —comentó por el walkie—. Los sospechosos están en el interior del estadio. El primero tribuna dieciséis, fila siete asiento doce. El segundo tribuna cuatro, fila veintidós, asiento treinta. —Tragó saliva y miró hacia el estadio donde se escuchaba la gente gritar cuando golpeaban la pelota—. Hacedlo con la máxima discreción posible. —Se giró, miró durante un segundo al comisario y se puso en pie mientras colocaba su walkie en el cinturón—. Voy a entrar.

Allen Milton había escuchado con atención lo acontecido durante la última media hora. Claire había tenido razón. Habría un atentado donde moriría muchísima gente. No pudo evitar girar sobre sí mismo y observar a todas las personas que había allí, ajenos a lo que podía ocurrir en escasos diez minutos. Si comenzaba a alertar a la gente podían explotar la bomba, y es más, no quería infundir el pánico, sabía que eso sería incluso peor. Sabía lo que era una marabunta de gente intentando escapar.

Miró hacia la parte alta del estadio y observó la pequeña figura de Rachel en el otro extremo, recorriendo las gradas con urgencia. No los encontrarían. Había demasiada gente y demasiado poco tiempo. El walkie volvió a sonar.

—A todas las unidades —reconoció la voz de Ben—. Los sospechosos están en el interior del estadio. El primero tribuna dieciséis, fila siete asiento doce. El segundo tribuna cuatro, fila veintidós, asiento treinta. —Se quedó callado unos segundos—. Hacedlo con la máxima discreción posible.

Allen miró rápidamente su posición e imaginó la de Rachel.

Tribuna cuatro, leyó que ponía en el cartel de indicación. Cogió el walkie y lo situó junto a sus labios mientras comenzaba a subir escaleras.

—Rachel, estoy en la tribuna cuatro. Subiendo a la fila veintidós —comentó mientras incrementaba el paso subiendo las escaleras.

Segundos después la voz de Rachel le llegó a través del walkie.

—Allen, la policía va hacia allí. No intervengas —comentó una voz ahogada, como si estuviese corriendo. Allen miró el walkie unos segundos, deteniéndose justo en el escalón que precedía a la fila veintidós—. ¿Allen? ¡Allen!. No lo hagas —volvió a rogarle por el walkie.

Allen miró los asientos, recorriendo con agilidad cada una de las personas que se encontraban en aquella fila sentadas. Familias acompañadas de niños vestidos con los colores de sus equipos, sonrientes, con banderas en sus espaldas y gritando mientras el equipo local acababa una de sus carreras.

No le hizo falta contar las personas para saber de quién se trataba. Un hombre con la cabeza rapada, bastante corpulento. Vestía con unos tejanos largos y una camiseta de tirantes negra. Un tatuaje en su brazo le hizo comprender. Un delfín de color negro ascendía prácticamente desde su codo hasta su hombro.

Recordó lo que había dibujado Claire, lo que había dicho. “Estos delfines matan” Lo había acertado todo. Todo cobraba sentido una vez más.

Apretó el walkie en el puño y respiró hondo. Avanzó hacia él, con la mirada fija en aquel hombre, sorteando las personas que permanecían de pie y sentadas en aquella fila y dirigiéndose a paso lento hacia él, sin perder el contacto visual.

Llegó prácticamente hasta su lado mientras sorteaba a las últimas personas pasando entre sus piernas y la siguiente fila de asientos. No sabía bien qué hacer. ¿Sacar el arma? ¿Derribarlo al suelo?

El hombre se debió sentir observado porque giró su cabeza y lo observó. Recorrió con la mirada a Allen, el cual avanzaba los últimos metros hacia él.

Allen supo el mismo momento en que ese hombre detectaba que algo no iba bien. El walkie en su mano y su mirada agresiva le habían delatado.

El hombre se levantó y se quedó estático observando a Allen el cual se detuvo y fijó la mirada en él. Permanecieron varios segundos quietos observándose, examinándose mutuamente, hasta que el hombre sin previo aviso se giró y comenzó a correr en dirección contraria hacia el otro extremo de la fila.

Allen no se detuvo, corrió detrás de él entre aquella estrecha fila mientras cogía el walkie y lo llevaba hacia sus labios.

—¡Está huyendo! —gritó—. Se dirige hacia las escaleras.

Intentó pasar lo más rápido que podía entre las personas y los asientos de la fila de abajo, mientras el hombre ya comenzaba a subir los escalones de dos en dos, dirección a la parte alta del estadio.

Estuvo a punto de resbalar cuando subió también el primer escalón de aquella interminable escalera. Le faltaba el aliento, todo el cuerpo temblaba, pero debía hacerlo. La gente de aquel estadio dependía en parte de él. Las vidas de todas aquellas personas dependían de lo que ocurriese en aquellos próximos minutos.

Subió las escaleras con toda la celeridad que pudo, agarrándose a la baranda que dividía la escalera en dos partes para darse impulso y no perder el equilibrio.

El hombre del delfín se le veía atlético, subía las escaleras a una velocidad más rápida que él, pero con lo que no contaba era con que un hombre absorto en el partido se levantase y se interpusiese en su camino.

Tropezó cayendo al suelo y levantándose al momento, pero con los suficientes segundos para que Allen pudiese darle alcance y se abalanzase sobre él.

El hombre con el que había tropezado se apartó de inmediato en cuanto vio que Allen se lanzaba contra él emitiendo un grito asustado el cual alertó a toda la gente que rodeaba y que se giraron para ver el espectáculo.

Allen no esperó, sabía que aquel hombre con esa musculatura podría contra él, pero ahora se encontraba en una posición superior dado que estaba encima de él, debía aprovechar aquello.

Tomó con su brazo todo el impulso posible y asentó un puñetazo en la mandíbula de aquel hombre el cual se defendió al momento.

Agarró a Allen del cuello de su camisa desplazándolo a un lado y asestándole otro golpe en la mejilla. Allen cayó al lado, aturdido, mientras veía como el hombre se levantaba pero logró

detenerlo asestando una patada en la pierna de este que perdió el equilibrio cayendo sobre un grupo de gente joven que al momento se apartó con gritos.

Allen se levantó de inmediato y empujó al hombre corpulento escaleras abajo, el cual perdió el equilibrio y comenzó a rodar unos cuantos escalones por debajo de él. Fue cuando se dio cuenta de lo que iba a hacer. El hombre se arrodilló mientras una brecha se abría en su frente y comenzaba a sangrar. Llevó su mano hacia el bolsillo del pantalón y extrajo un móvil.

¿Podía ser ese el detonador? ¿Podía ser que fuese a apretar el botón para hacer explosionar la bomba?

Allen no quiso comprobarlo, descendió los escalones y asestó una patada en su rostro haciendo que cayese unos cuantos escalones más y el móvil siguiese rodando hacia abajo.

Cayó unos diez metros hacia abajo mientras se golpeaba todo el cuerpo y la gente se levantaba a su paso horrorizada.

El móvil se quedó unos escalones por encima del lugar donde había caído. Necesitaba coger ese móvil antes de que lo consiguiese de nuevo aquel hombre. Bajó las escaleras que lo separaban de él, pero se quedó estático cuando una chica joven cogió el móvil y lo observó.

—¡No! —gritó Allen—. ¡No lo toque!

Lo hizo con tanta fuerza que la mujer dio un salto asustada depositando de nuevo el móvil en el suelo.

Descendió hasta él y se agachó a su lado. Lo primero que hizo fue inspeccionar su ropa en busca de algún detonador u otro instrumento electrónico con el que pudiese activar cualquier tipo de explosivo, mientras toda la grada observaba asustada lo que estaba ocurriendo.

—¡Eh! ¡Quítele las manos de encima! —gritó un hombre que pareció salir al auxilio del hombre que permanecía inconsciente en el suelo.

Allen lo miró con gesto irritando.

—¡No se acerque! ¿Lo entiende? —Le gritó con energía.

—¡Será cabrón! —comentó mientras comenzaba a descender las escaleras con actitud agresiva, como si estuviese dispuesto a defender a aquel hombre.

Iba a responderle de nuevo cuando escuchó que el hombre parecía recobrar el conocimiento.

Allen no se andó con rodeos. Lo cogió de la camiseta de tirantes y lo obligó a mirarle.

—¿El móvil es el detonador? —Le gritó con todas sus fuerzas. Pero el hombre no parecía ni poder gesticular palabra. Se fijó en que debía tener varios dedos de la mano rotos así como una pierna por la posición de esta. Cuando intentó pronunciar una palabra la sangre comenzó a brotar de su boca. Pudo ver cómo varios de sus dientes habían desaparecido.

—¡Dime! —Le gritó ajeno al malestar de aquel hombre—. ¿Es ese? ¿Hay más? ¿Dónde está la bomba?

Escuchó como toda la gente comenzaba a gritar y el hombre que bajaba las escaleras se había quedado paralizado al escuchar lo que Allen decía. Sabía que tan solo le quedaban unos pocos minutos, ya no podía andarse con rodeos o formalismos.

—¡Dímelo! —Le gritó de nuevo—. Vamos hijo de puta, dímelo—. Le volvió a gritar mientras observaba que el hombre perdía el conocimiento.

Apretó los puños y miró hacia la parte superior de la escalera donde un grupo de policías bajaba hacia él.

Los policías se colocaron al lado del hombre y miraron a Allen.

—No ha dicho nada —dijo mientras observaba a su alrededor y notaba sus manos pringosas. Se las miró y observó que estaban teñidas de sangre, igual que toda su camisa y parte de los pantalones, pero algo llamó su atención, algo de lo que no había sido consciente hasta ese mismo

momento.

La gente corría asustada, una marabunta comenzaba a bajar las escaleras rumbo a los túneles que les conducirían al exterior del estadio. Pero había algo más, el partido se había paralizado y no solo se estaban vaciando las gradas cercanas a él.

A varios metros de él pudo comprobar como otras gradas se vaciaban. ¿Qué estaba pasando?

Desvió su mirada hacia la parte superior de la grada y se quedó petrificado. Un hombre con abundante barba negra y pelo bastante largo mantenía las manos en alto ante un grupo de policías que le amenazaban con armas.

Allen salió de aquel jaleo para observar mejor la situación subiendo unos cuantos escalones y llevándose varios pisotones y empujones de todas las personas que huían de allí.

Observó el grupo de policías y se le paralizó prácticamente el corazón cuando observó que Rachel era uno de los que apuntaba a aquel hombre con el arma. Aunque estaban bastante alejados podía identificar su figura más pequeña que la del resto de policías.

El hombre mantenía las manos en alto y parecía estar gritando hacia ellos en actitud agresiva.

Allen cogió su walkie y lo llevó a sus labios.

—El detonador es un móvil —gritó mientras intentaba no caer ante la multitud de personas que lo empujaban de un lado a otro—. Se trata de un móvil —volvió a gritar.

Rachel, al igual que el resto de policías escucharon lo que Allen les decía a través del walkie. Rachel miró al hombre impasible, contempló sus manos en alto, justo en una de ellas apretaba fuertemente un pequeño móvil plateado.

La policía comenzó a gritar hacia él.

—¡Deje el móvil en el suelo! Déjelo lentamente —comenzaron a gritarle—. ¡Hágalo o abriremos fuego!

El hombre aún mantenía las manos en alto pero cerró los ojos como si recapacitase, pareció tomarse unos segundos de reflexión mientras la policía no dejaba de gritarle.

Abrió los ojos de improviso y sonrió.

—De todas formas yo ya estoy muerto —susurró. Movió su dedo hasta el móvil y pulsó un botón sin dar ni siquiera tiempo a la policía para abrir fuego.

No pudieron evitarlo. Un gran estruendo hizo que todo el estadio comenzase a temblar y vibrar.

Allen contempló a Rachel un segundo antes de que una corriente de aire huracanada creada por la enorme explosión, el sonido más fuerte que jamás había escuchado le hiciese girarse, pero no estaba preparado para la corriente de aire huracanada y la onda expansiva que provino a aquella explosión. El impulso le hizo volar varios metros hacia atrás, cayendo sobre unos asientos al principio y posteriormente cayendo al suelo golpeándose la espalda. Una nube de polvo y piedras inundó todo el estadio en cuestión de segundos. Notó como infinidad de piedras comenzaban a golpearle todo el cuerpo, como comenzaba a costarle respirar por la nube de polvo que comenzaba a surgir. Se cubrió con los brazos la cabeza cuando notó que el temblor que estaba sacudiendo el estado se hacía más potente, dándole la sensación de que todo el estadio temblaba y se hacía añicos. Nada más lejos de la realidad.

Un gran estruendo, más fuerte que la misma explosión, le hizo encogerse más. Notó como las gradas se inclinaban hacia un lateral. Abrió los ojos para observar que a pocos metros de él estas cedían a la explosión y habían desaparecido, y si no se daba prisa y se movía de allí las gradas donde él se encontraba cederían a su propio peso precipitándose y arrastrando todo lo que se encontrase allí con ellas.

Se levantó en medio de aquel terremoto e intentó moverse hacia el otro extremo, pero era

realmente complicado. No podía prácticamente mantenerse en pie. Adelantó unos cuantos metros, los suficientes para poder agarrarse a unos asientos de plástico y se aferró a ellos con todas sus fuerzas.

Le costaba respirar demasiado, en aquella nube de polvo no existía oxígeno. Cerró los ojos y rezó porque aquellas gradas no cedieran y aguantasen lo suficiente como para salir vivo de allí. Para que todo aquello no fuese más que una horrible pesadilla. Para que Rachel se encontrase bien. Rachel. Fue lo último que pensó cuando el enorme estruendo volvió a sentirse en todo el estadio y notó que las gradas cedían bajo su peso arrastrándolo y cayendo al vacio, hacia un mar de escombros, fuego, hierros y piedras amontadas.

Rachel se tiró al suelo y se cubrió la cabeza adoptando una postura fetal. Notó como cientos de piedras la golpeaban tras aquel enorme estallido y posteriormente un polvo blanco se apoderaba de aquella parte del estadio haciendo que respirar fuese muy difícil. Tras varios minutos logró abrir los ojos. Una neblina le dificultaba ver varios metros por delante. Notó un intenso dolor en su mano, alzó la mirada y observó un pequeño corte que hacía que un hilo de sangre se desplazase hacia su muñeca. Miró hacia los lados y comprobó que varios de sus compañeros permanecían en shock, aún tirados sobre el suelo y mirando de un lado a otro, aturdidos por lo que había sucedido.

—¿Estás bien? —preguntó al compañero que se encontraba al lado. Coincidió la mirada con ella un segundo pero no dijo nada, simplemente titubeó mientras su labio temblaba.

Gimió un par de veces antes de reunir el valor suficiente para ponerse en pie. Se levantó del suelo y gritó cuando intentó dar su primer paso, pues era prácticamente imposible mantenerse en pie con aquel temblor de piernas. La explosión les había pillado por sorpresa. Miró de un lado a otro mientras observaba aquel paisaje. Tragó saliva mientras se sacudía el cabello del polvo de la explosión.

En aquel momento se encogió de angustia y dolor. Entró en un estado de shock durante unos segundos observando aquella catástrofe, sin poder articular palabra alguna, sin siquiera poder mantenerse en pie.

Casi medio estadio había desaparecido convirtiéndose en un amasijo de rocas y hierro. Se pasó las manos por su rostro angustiada, sin saber qué hacer, desesperada con la situación y comenzó a observar a su alrededor totalmente petrificada.

Notó como todo su cuerpo temblaba al ser consciente de la magnitud de lo que acaba de suceder. Comenzó a costarle respirar, notaba cómo su corazón se aceleraba mientras los gritos de desesperación y dolor comenzaban a inundar todo el estadio.

Una persona pasó por su lado con la cara ensangrentada, sin decir nada, pero sus labios parecían pronunciar alguna palabra, seguramente el nombre de la persona que buscaba.

La gente caminaba sin rumbo, sin comprender lo que había ocurrido, con todas sus vestimentas manchadas en sangre y gritando de impotencia.

Rachel caminó a duras penas entre el polvo que comenzaba a difuminarse. Se mordió el labio intentando contener las lágrimas. Nunca había sentido algo así. Un sentimiento tan profundo de dolor y angustia.

Miró de un lado a otro contemplando el escenario. Por suerte, la mayoría de las personas que se encontraban en aquellas grada habían podido salir, aun así, muchas habrían muerto. Una lágrima comenzó a brotar de sus ojos y resbalar por su mejilla.

Miró de nuevo desesperada de un lado a otro, intentando recobrar el aliento y tosiendo

compulsivamente. Intentó tragar saliva, pero le era imposible, el polvo había secado toda su garganta.

Avanzó hasta el lugar donde las gradas se habían convertido en piedra triturada, en un mar de hierros enrollados con piedras. Contempló el escenario mientras notaba como se le encogía el corazón y los gritos de desesperación inundaban su garganta.

—¡Allen! —gritó agachándose al borde de la grada destruida, donde lo había visto por última vez—. No, por favor… por favor… —susurró—. ¡Allen! —gritó desesperada.

No pudo contenerse y se arriesgó a bajar dando un pequeño salto en ese agujero, donde a poco menos de dos metros comenzaban los escombros.

Gritó de dolor cuando su pie aterrizó en aquellas duras piedras notando como se torcía de nuevo. Se puso en pie lentamente escuchando como todo crujía, como muchos de los pilares que aún sujetaban las gradas se encontraban en grave riesgo de derrumbarse y hacer desaparecer otra parte del estadio.

Comenzó a caminar de forma lenta entre los escombros iluminados por los pocos focos que habían resistido a la explosión y que daban algo de luz entre aquella catástrofe.

Se situó sobre una roca que consideró estable y miró de un lado a otro desesperada, angustiada.

—¡Allen¡ —gritó mientras otra lágrima caía por su rostro. Tosió un par de veces y se llevó la mano a su camisa apretándola justo donde su corazón latía a una velocidad sobrehumana—. ¡Allen! Por favor… —Volvió a llorar y a encogerse de dolor—. Por favor… Dios mío… por favor… —gemía mientras miraba todo a su alrededor, desesperada ante la idea de no volver a verlo más.

Sin poder evitarlo recordó la ternura con que la había tratado los días anteriores, aquel gesto de cariño que le había demostrado en las gradas antes de separarse y aquellas palabras que él había pronunciado *“por si no hay un después”*. Se encogió más aún cuando recordó aquellas palabras. Aquello no podía acabar así. Él les había conducido hasta allí, él era la causa por la que mucha gente en ese momento se encontraba viva. No imaginaba no poder volver a ver aquella mirada preocupada, aquella sonrisa, no escuchar su voz nunca más. —¡Allen! —gritó desesperada.

Un golpe le hizo girarse mientras se pasaba la mano por la mejilla secándose las lágrimas. Una suave silueta se intuía entre el polvo, una silueta que aunque caminaba muy lenta se dirigía hacia ella.

—¿Allen? —preguntó desesperada mientras avanzaba hacia allí, con temor por no encontrarlo, porque no fuese él.

—Rachel —Escuchó su voz seguida de un tos que parecía asfixiarle.

Reconoció aquella voz al momento, podría reconocerla en cualquier parte del mundo.

A medida que se fue acercando lo vio con más claridad.

Parte de sus ropas estaban rotas, tenía varios cortes por todo el cuerpo, pero en especial uno en la frente que parecía haber parado su hemorragia pero todo su alrededor incluso su ojo derecho se encontraba rodeado de sangre.

Su cuerpo se encontraba envuelto en aquel polvo blanco. Observó cómo se encogía de dolor, la angustia que reflejaba su rostro a cada paso de que daba.

Las lágrimas de angustia sustituyeron a las de alegría, a las de calma por verlo vivo. Incrementó su paso mientras rodeaba algunas rocas y subía acelerada por ellas. Un ligero temblor se apoderó de su cuerpo cuando finalmente superó el último obstáculo y se colocó frente a él.

Allen permanecía con sus ojos medios cerrados por el dolor, su espalda encorvada hacia delante y su mano colocada sobre el costado, donde tenía un profundo corte.

Rachel se acercó a él sin contener las lágrimas, pasó su mano por su rostro dolorido mientras lo observaba y se abrazó a él mientras daba rienda suelta a todos los nervios que había pasado.

Lloró desconsolada en su hombro mientras se agarraba a él más fuerte, deseando poder quedarse siempre así, notando el calor que desprendía su cuerpo, con vida.

Allen besó su frente antes de estrecharla también en un abrazo. Apoyó su rostro en el hombro de ella y cerró los ojos mientras un largo suspiro salía de lo más profundo de su ser.

Estaban vivos y juntos.

Rachel se separó un poco de él y pasó una mano por su rostro mientras él mantenía los ojos cerrados. Poco a poco los abrió y se quedó observándola mientras apretaba los labios intentando contener la angustia.

Se contemplaron unos segundos, con cariño, ternura, hasta que esta vez fue Rachel quien se acercó para darle un suave beso en los labios antes de volver a abrazarle.

Se quedaron en aquella posición, en medio del caos, conscientes de la tragedia que los rodeaba, pero al menos, estaban vivos.

A lo lejos, se comenzó a escuchar el sonido de sirenas que acudían al rescate de todas aquellas personas.

Allen y Rachel se sentaron en la puerta de la ambulancia sujetando sobre su nariz una máscara que les proporcionaba oxígeno.

Hacía más de dos horas que las explosiones habían ocurrido y aún seguían saliendo personas del estadio. Unas por su propio pie, otras ayudadas. Allen recorrió con la mirada todo lo que les rodeaba. Infinidad de ambulancias, coches de bomberos, coches policiales… muchas personas permanecían tumbadas en el suelo luchando por respirar.

Excavadoras se dirigían ya hacia la zona cero del atentado, intentando encontrar más supervivientes.

Ladeó su cuello hacia un lado y encontró la mirada tierna de Rachel. Allen cogió su mano estrechándola. Estaban vivos, ambos, y aunque hubiese sido una catástrofe estaba seguro de que habían podido salvar muchas vidas al poder detener una de las explosiones. Bien merecía la pena haber corrido aquel riesgo, pensó mientras observaba algunos niños siendo atendidos y que obviamente habrían muerto si no hubiesen dado la alarma y detenido una de las bombas.

—Me debes una cita —bromeó mientras apretaba un poco más su mano—. Cerca de aquí hay un restaurante que… —continuó.

Rachel le sonrió con tristeza y acabó tosiendo, aún tenía los pulmones inundados de polvo.

Iba a responder cuando escuchó su nombre entre una multitud de gente.

Ambos giraron su cuello. Aquella imagen se quedó grabada en la mente de ambos. Claire corría entre todos aquellos enfermeros, policías, gente herida… sorteando a las personas tendidas en el suelo recibiendo asistencia sanitaria, seguida por Danny.

Corrió hasta ellos mientras lloraba y se abalanzó sobre ambos rodeando los hombros de Allen y Rachel cada uno con un brazo.

—Tenía miedo —gimió abrazada, sin soltarse un ápice—. Pensaba que os había ocurrido algo. —Siguió llorando mientras ambos rodeaban a la muchacha con sus brazos.

Danny llegó intentando recuperar aliento. Se paró ante ellos observándolos. Ambos tenían un aspecto horrible, pero estaban vivos, y eso era lo que importaba.

—La policía no nos ha dicho cómo os encontrabais hasta que hemos llegado —comentó aún recuperando el aliento por perseguir a Claire—. ¿Estáis bien?

—Hemos estado mejor —dijo Allen aún con Claire encima.

—Ya lo veo. —Miró de un lado a otro y luego contempló a Rachel—. He hablado con Ben, han detenido a uno de ellos, el otro ha muerto en la explosión. —Suspiró y volvió a mirar a su alrededor como los efectivos sanitarios ayudaban—. Menudos cabrones… habían metido las bombas en las mascotas de decoración repartidas por el estadio, llevaban semanas ahí puestas. La que no ha explotado acaba de ser desactivada.

—Sí, ya lo sabemos —comentó Rachel retirándose la mascarilla del oxígeno un segundo—. Hemos hablando antes con Ben, nos lo ha explicado todo.

—Ya —dijo como si se lo hubiese imaginado. Se cruzó de brazos y se quedó durante unos minutos observándolo todo. Aquella escena parecía sacada de una película apocalíptica.

Allen tosió compulsivamente y cuando se logró calmarse se quitó la mascarilla también.

—¿Sabes lo que dicen por las noticias?

—Simplemente que ha habido un atentado. No han dado a conocer las causas ni los autores. Supongo que en breve lo dirán. Sino ya me encargaré yo —acabó susurrando.

Allen volvió a colocarse la mascarilla mientras con la otra mano acariciaba el cabello rubio de Claire.

Miró hacia el lado y observó el rostro cansado de Rachel. Al menos, ahora todo había acabado, en ese momento se dio cuenta de ello.

Allen giró su rostro hacia Claire que aún permanecía abrazada a él. Ella era especial, como un ángel. Claire lo observó con lágrimas en los ojos, con un inmenso cariño y agradecimiento.

Jamás permitiría que nada malo volviese a ocurrirle.

Pasó una mano por su mejilla mientras limpiaba con delicadeza una de las lágrimas que resbalaba y le sonrió con ternura.

La abrazó con más fuerza con un brazo y suspiró mientras llevaba su otra mano hasta la de Rachel para acariciarla.

Todo había acabado, estaba vivo y junto a las dos personas que en ese momento más le importaban, y se sentía agradecido por ello.

Epílogo

Allen Milton incrementó su sonrisa mientras salía de la consulta. Ya sabía lo que iba a ocurrir. Claire no había dejado de repetirlo en aquellos últimos meses. Aún y así no pudo contenerse de abrazar a Rachel cuando el oncólogo repitió con alegría que el tratamiento de quimioterapia había tenido buenos resultados y en la última analítica no se detectaban células cancerígenas.

Cogió la mano de Rachel, la cual tenía los ojos empañados de emoción y caminaron en silencio por el largo pasillo rumbo a la sala de espera, sin pronunciar nada, simplemente saboreando aquel bello momento.

Claire se puso en pie en cuanto les vio aparecer. Su sonrisa era aún mayor que cuando se había despedido de ellos al llamarles para entrar a la consulta. Corrió hacia Rachel y se abrazó ante la atenta mirada de los pocos pacientes que esperaban su turno para entrar a la consulta.

—Te lo dije —Le susurró sonriente sin que Rachel tuviese oportunidad de explicarle nada—. Te dije que te pondrías bien.

—Sí, una vez más tenías razón —Le sonrió Rachel mientras acariciaba su cabello y se estrechaba contra ella.

Allen las observó con una sonrisa, mientras acariciaba la espalda de Claire.

Los últimos meses habían sido de locos. Aquella experiencia le había hecho modificar su vida, darle un giro de noventa grados.

Hacía poco menos de tres meses que había comenzado un nuevo trabajo situado a las afueras de Kansas. Un hospital mucho más tranquilo y menos concurrido, donde podía ejercer su profesión con más calma. Rachel, se volvería a incorporar en breve a su nuevo puesto de trabajo tras que se le concediese el alta, en una de las comisaría de Kansas.

Durante los días posteriores al atentado las confabulaciones sobre las causas y los motivos que habían llevado a aquellas personas a realizar el atentado no habían cesado. Gran parte de la información que habían descubierto no había salido a la luz. Razones religiosas, políticas… habían dicho los medios de comunicación. Nunca las verdaderas causas ni el verdadero desarrollo de los acontecimientos. Era impactante ver las noticias y observar que la información que daban la mayoría de veces sobre lo que había ocurrido estaba bastante alejada de la realidad.

Aún le parecía increíble que tras aquella explosión solo mil doscientas ochenta y cuatro personas hubiesen fallecido y dos mil setecientas sesenta y tres hubiesen resultado heridas, teniendo en cuenta la envergadura del estadio y que podía contener más de cincuenta y cuatro mil hinchas. Habían logrado salvar muchas vidas y, aunque aún un sentimiento de culpa cuando pensaba en los que habían perdido la vida anidaba en él, le alegraba saber la gran cantidad de personas a las que habían salvado al detener la explosión de una de las bombas.

El procedimiento contra Nicholas Bourez se encontraba en fase de instrucción, aún quedaba mucho para que el juicio se realizase, pero le tranquilizaba saber que se había decretado la prisión provisional, así que seguramente, se enfrentaría a una perpetua.

Lucía Ortegas había muerto durante la explosion. Respecto al resto de participantes en el atentado se encontraban imputados con cargos de coautoría junto a Nicholas Bourez, cumpliendo también la prisión provisional. Con suerte, obtendrían la misma condena que el autor principal.

El propio FBI había negado cualquier tipo de implicación o ayuda por parte del doctor

Milton y de la paciente Claire McCain, lo que había sido beneficioso para ambos, de esa forma, se evitarían declarar como testigos en los juicios. Jamás se les podría ubicar en aquella investigación ni en el lugar de los hechos.

Allen, de cara al resto del mundo, había dejado su puesto de trabajo en el hospital voluntariamente, pero con él, se había llevado todo el historial e informes médicos de Claire McCain. Se había encargado de borrar personalmente cualquier fichero que involucrase a Claire con un psiquiátrico o con enfermedad mental. Cierto hacker había contribuido a ello gracias a otra tarta de chocolate. Para el resto del mundo y para el resto de psiquiátricos, jamás había existido una paciente llamada así.

Allen se separó un poco de ambas recreándose en aquella imagen. Ahora si podían volver tranquilos a su nuevo hogar, a aquel piso que hasta poco después del atentado había sido solo para él.

Ahora tenía una nueva vida y una nueva familia junto a Rachel y Claire. La vida que siempre había deseado.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Esta novela es una de las primeras que escribí hace ya tantos años. Comencé a escribirla en 2004 y, desde entonces, ha sido modificada constantemente. Al fin me he decido a publicarla y esto se lo debo sobre todo a las siguientes personas:

A mis padres, que me apoyaron siempre y me dieron la fuerza necesaria para emprender este camino.

A Raúl, que me ha insistido sin descanso durante años para que la publique, animándome a ello.

A mis lectoras cero: Sandra, Nerea, y Vane. Muchas gracias por ayudarme a mejorarla y por vuestros valiosos consejos.

Agradecer también a Alexia Jorques por esta preciosa portada y a Romeo Ediciones por la maquetación de la novela.

Y, en general, a todos los lectores. Muchas gracias por todo el apoyo que he recibido y las constantes muestras de cariño.

Me siento afortunada de poder sacar a la luz mis novelas, de poder cumplir uno de mis sueños… y esto os lo debo a todos vosotros.

Un abrazo.

Mariah.

Sobre la autora

Mariah Evans es el pseudónimo que usa esta escritora nacida en Barcelona en enero de 1983. Es licenciada en derecho y en la actualidad compagina su trabajo en la abogacía con la literatura. Se confiesa una lectura empedernida desde muy pequeña y es esa misma afición la que le ha llevado a crear sus propias historias, siempre con el objetivo de hacer disfrutar al lector.

No le gusta encasillarse en un mismo género y sus libros mezclan tanto la intriga, como la acción y el romance.

Entre sus libros destacan: La serie paranormal de Ciudad de Reyes, En tiempos de guerra, el Conjuro y Un océano entre los dos.

Table of Contents

PRÓLOGO
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
Epílogo
AGRADECIMIENTOS
Sobre la autora